



DUEÑOS DEL DESTINO

Guillem López

Para mi hermano Alex,
pequeño gran guerrero.

CAPÍTULO 1



a vida había pasado ante los ojos del viejo de la misma forma que el incansable vendaval arrasa todo a su paso, sin origen ni destino. Como hojas llevadas por la ventisca, los años cayeron en el pozo de los falsos recuerdos, aquellos que apenas se sabe de dónde salieron, si alguna vez tuvieron lugar o solo son una invención de la cordura.

El Burz Hatur era un páramo maldito y muerto que acababa con las esperanzas y la memoria de los que una vez llegaron allí para asentarse como colonos. Con la soledad vuelta la mejor compañera, y sin la necesidad de una excusa para permanecer en aquel lugar, la carne y los sentimientos se endurecían, resecos, áridos, tanto como el lugar que eligieron para sobrevivir. Llegados a aquel punto, el viejo ya no recordaba si alguna vez tuvo sueños o ilusiones, pues al final de sus días se encontraba preso en la frontera de lo posible, con la vista puesta en la muerte acechante.

Apenas distinguía una sombra difusa en el horizonte brumoso, caminando a trompicones, contra el temporal; y sin conocerlo ya sabía quién era y qué quería. Un golpe de viento barrió una vez más la tierra seca del Burz Hatur y golpeó las paredes de la cabaña con un millar de pequeños guijarros. Se cerró la gruesa pelliza sobre el cuello, encogió los hombros y permaneció impasible, sin mover un músculo, a cubierto bajo la desvencijada techumbre de la entrada. Tenía los ojos de hielo, incoloros, como dos cráteres en la cara abrasada, rajada por un abanico de arrugas y piel cuarteada. El largo pelo cano ondeaba con cada bandazo del temporal, acompañado de una hirsuta barba sucia. Todavía tenía tiempo, todo el tiempo del mundo, antes de que el monje alcanzara el buen refugio de Max, *el loco* Max.

Rumió un instante más, escrutando la figura que se acercaba, y entró en la cabaña. Era un hogar lóbrego aunque cálido, acogedor a pesar de los huesos que colgaban de las vigas y las pieles curtidas y polvorientas, abandonadas al olvido del desuso. En la chimenea ardían unos pocos troncos y el aire se impregnaba del acre olor de la ceniza cada vez que la tormenta ululaba en el respiradero.



Max se acercó a un malogrado cesto, lleno de ramas secas con el aspecto de fibrosos animales despellejados, y dispuso unos pocos sobre la escuálida llama. Después se quitó el abrigo, lo colgó de unos grandes cuernos de macho cabrío, y se sentó en una butaca remendada con parches y remaches a los que asomaban clavos oxidados y madera carcomida.

Se llevó la larga pipa a los labios y la encendió con una brasa ardiente. La hoja seca se consumió en un chisporroteo, crepitó y expulsó una breve pero apestosa humareda ocre. Estiró los pies hacia el fuego. Al poco sintió el calor sobre la recia piel repujada de las botas. El invierno estaba cerca, otro invierno más en el Burz Hatur. El viento lo anunciaba a voz en grito, aullando la llegada del exterminador, el cruel dueño de aquel yermo desamparado en que vivía. Al fin y al cabo, Max solo estaba de paso, como todos los colonos, breves apariciones que se acabaron esfumando en el viento.

La puerta se abrió con un golpetazo y un brazo ventoso sacudió los huesos colgantes en una caótica melodía. Max no prestó atención, apenas desvió la mirada desde el ángulo de los párpados. Dio varias chupadas cortas pero intensas, cruzó un pie sobre otro y se rascó la costrosa piel del cuello. La figura del clérigo era una rocosa silueta oscura tras la que flameaba la capa. Ataviado con la gran armadura de su orden, el petate en una mano, un hacha de doble filo en la otra y el yelmo calado entre las hombreras cubiertas de afiladas púas. Se agachó al traspasar la portezuela y cerró tras él.

La ventisca asomaba su impertinente silbido a los irregulares maderos y barría el polvo a sus pies. El clérigo permaneció en silencio, estático como una reliquia religiosa de tiempos pasados. Su enorme tamaño se veía encajonado bajo la techumbre de la cabaña, y la oscura silueta armada recordaba un siniestro tótem pagano. Max dio una calada profunda y observó el fuego durante un largo instante. Con un quejido ahogado se incorporó, tomó un par de retorcidas ramas y las arrojó al hogar. Después se dejó caer contra el respaldo y suspiró.

—Puedes sentarte —dijo, con la pipa entrechocando en sus desgastados y sucios dientes.

El monje caminó hasta la mesa y tomó asiento en un pequeño taburete. Sus recias pisadas fueron acompañadas por el quejido de la madera al sentir su peso. Las placas de la armadura rechinaron



contra la malla metálica en un repentino estruendo. Se quitó el yelmo cerrado, con una estrecha rendija por visor, y lo dejó sobre la madera. Era un hombre joven, quizá envejecido por el cansancio acumulado bajo los ojos y en la boca, rodeada de barba incipiente. Su piel quebrada, abrasada por el incansable viento del Hatur, apenas reflejaba el brillo de la escasa lumbre. Se quedó quieto, en silencio, con los rasgos desaparecidos en las sombras y sus inconvenientes pensamientos devorados por el famélico remordimiento.

La pipa se había apagado, pero Max continuó mordiendo la caña y saboreando el amargo regusto de la hoja en los labios. Algunas maderas prendieron en el hogar y una repentina claridad iluminó la estancia. Las sombras se retiraron a los rincones y extrañas formas corrieron de un lado al otro con el balanceo de los huesos colgantes. El viejo apoyó la cabeza contra los nudillos y carraspeó sin apartar su atención del fuego.

—¿Cuántos días llevas? —preguntó, de la misma forma en que se lanza un pensamiento al aire, sin emoción alguna.

El monje levantó la frente y lo miró sin pestañear. Se pasó la lengua por los labios y sintió el sabor de la tierra y la sangre bajo las llagas y las costras.

—Diecisiete —respondió. Su voz resultó ser tan seca como el viento helado que arrasaba el yermo erial al otro lado de las paredes.

Max se incorporó y vació la cazoleta de su pipa con unos pacientes golpecitos. Después echó mano a su bolsa de cuero y añadió un nuevo pellizco de hoja seca que prensó con la larga uña de su dedo meñique.

—No te queda mucho —afirmó, lleno de parsimonia—. ¿Vas de vuelta?

El clérigo pareció meditar la respuesta, paseó sus pensamientos por la habitación, oculto tras un velo taciturno y exhausto.

—Sí —respondió, finalmente—, voy de vuelta.

El viejo asintió, severo, balanceando la cabeza como si paladease el significado de aquellas palabras. Prendió el extremo de una ramilla seca y bizcó los ojos, oculto tras las vaharadas de humo. Masticó el sabor de la hoja ardiente y sus mejillas se hincharon antes de caer descolgadas bajo los pómulos.

—Frente a ti hay licor de espino blanco —dijo antes de acomodar



darse en su butaca y continuar su aburrido pasatiempo frente al fuego—. Lo destilo yo mismo. Es la cosa más horrible que me he echado al gaznate, pero te mantiene caliente el cuerpo y fríos los pensamientos. Te irá bien.

—No me está permitido embriagarme —masculló el clérigo entre dientes.

En esta ocasión, y por primera vez, el viejo se volvió hacia su invitado y lo observó de pies a cabeza. Sus ojos vidriosos destellaron una fuerza inusitada, ofendida pero cauta, tras un guiño suspicaz. Separó la pipa de los labios y apuntó con ella al clérigo.

—¿Sabes cuántos monjes antes que tú me han dicho lo mismo?

El clérigo se volvió hacia el retador anciano.

—¿Acaso crees que eres el único? —continuó Max, entrecerrando los párpados, receloso—. Muchos han pasado por esta casa. Otros se te adelantaron y abrieron esa puerta. Cruzaron el umbral y se sentaron a mi mesa. Muchos, sí; es probable que todos. ¿Qué ocurre? ¿Sientes ofendida tu fe? No seas tonto, acepta mi licor y también mi comida. Tengo un queso de cabra excelente y galletas de centeno que guardo para el invierno.

—No puedo aceptar nada.

—Entonces, ¿por qué has venido? Dime, ¿no tienes respuesta? —Max chasqueó los labios y su boca se vino sobre la barbilla. Después regresó al fuego y acomodó sus viejos huesos en el desvencijado asiento—. Siempre igual. Venís cargados de culpa y apeláis a mi hospitalidad. Desde que era niño. Recuerdo a mi padre sentado aquí mismo y algunos de los que ahora son tus maestros, monjes que han convertido su nombre en leyenda, sentados donde estás tú. Todos con la misma expresión derrotada y los ojos tristes. Convencidos de encontrar una muerte honrosa ahí fuera, luchando contra la nada. —Se volvió apenas y sonrió desde las arrugas de los párpados—. ¿Te sorprenden mis palabras? Lo que te espera ahí fuera es la nada, el vacío despiadado del Hatur. Eso te matará antes de que regreses de... ¿cómo lo llamáis?

—El Tránsito.

—Eso. El Tránsito. Tantos días en la peligrosa soledad del Hatur para qué...

—Para llegar a ser un hermano templado —saltó el monje. Su boca se había vuelto una tensa marca que rebosaba adusto orgullo—.



Para uno de los nuestros es un gran honor emprender el Tránsito y enfrentarse durante veintitrés días a los peligros del páramo. Al regresar seré ordenado clérigo templado y ocuparé un lugar acorde junto a Hakkad el Castigador.

—Hakkad... —masculló Max, enredando los dedos en la barba—. Él también fue uno de los que sentó en esa mesa. En aquella época todavía no ceñía su cuello con esa.. espantosa cicatriz. Era un monje joven, bastante más que tú, pero tenía la misma culpa en los ojos. Recuerdo que comió y bebió y después se marchó a dormir fuera, con la helada ventisca arañando su armadura. Pensamos que no lo lograría, que lo encontraríamos muerto a la mañana siguiente, postrado en su último rezo. Pero era obstinado y terco, tanto como la rabia que lo consumía por dentro. Lo consiguió y ahora es vuestro jefe...

—Padre de armas.

—Eso, padre de armas. La última vez que lo vi no me reconoció. Fue hace dos años, quizá tres; sí, fueron tres años. Cuando viajé a Tróhengeimm en busca de provisiones. Sus ojos... habían cambiado, ya no era el mismo. Aunque supongo que para eso sirve el Tránsito, para convertirlos en otra cosa.

—Volvemos fuertes al lado de Dios o quedarnos con la muerte.

—No parece que haya mucha diferencia entre una cosa y otra. Muchos de tus hermanos descansan ahí fuera. Los que jamás regresaron a Tróhengeimm y dejaron sus huesos para que se blanqueasen al sol mortecino del páramo.

—Ese era su destino.

—No me malinterpretes. Respeto mucho a los muertos, más que a los vivos. Son más sinceros, y mi única compañía. Pero acepta la ayuda que vienes a buscar. Muchos otros lo hicieron antes que tú. Para eso estoy aquí. Esa es mi misión en este lugar. Deberías aprender a recibir, especialmente cuando viniste en busca de ello... —El viejo se puso en pie y caminó a un lado, apartando en su camino algunas plumas y huesos polvorientos. Tomó de un estante una cazuela de barro y un paño aceitoso anudado con soga—. Debes comer algo. Aunque tu vergüenza, tu dios o ambas cosas te impidan pedir bocado, yo te lo ofrezco, ese es mi papel. Siempre ha sido así y siempre lo será.

El clérigo observó el queso y la carne ahumada frente a él, las resecaas galletas y también higos en confitura. La boca se le llenó de



saliva. Hacía dos días que había agotado las viandas de su morral, y un monje no se entrena para cazar y subsistir en la agreste adversidad del Hatur. Estaba preparado para luchar, convertir su cuerpo en un arma y su mente en una puerta abierta al castigo de Dios. Costara lo que costara, había elegido convertirse en una imagen divina o perecer en el intento. Ser nombrado monje Templado y continuar con la labor de aquellos que lo precedieron, proteger los pasos del norte de cualquier amenaza.

Alargó la mano hasta el queso, dudó un instante y la retiró. Cerró los ojos y musitó un rezo entre dientes.

—Dios ama a sus fieles, pues ellos son los defensores del norte. Es justo y piadoso con los rectos y valientes. Es el arma en mi mano, el escudo que me protege. Dios es padre, único, que me acogerá en su reino cuando todo acabe. Mi fe es su deseo, La Palabra mi camino.

Entonces cogió un pequeño bocado y lo masticó sin prisa.

Max se sentó frente a él, apoyó los codos en la mesa y cabeceó, perdido en sus recuerdos. De espaldas a la lumbre sus facciones se acentuaron y la máscara de la vejez se deslizó sobre su rostro. La piel ajada, espejo de unas emociones desterradas con el paso de los años, barridas por el inclemente ostracismo del anacoreta. El clérigo se preguntó si aquel hombre había sido alguna vez joven, si realmente había tenido una vida. Observó su alrededor mientras comía; el sucio cuchitril que tenía por morada, las deshilachadas mantas en un revoltijo sobre el lecho, los sacos de grano, las polvorientas pieles curtidas, y supo que no era así, que no se podía tener una vida en aquel lugar. Uno nacía viejo al helado clima del norte y moría solo, duro como una roca, pero solo.

—¿Por qué continuas aquí? —lo interrogó el clérigo. Su fuerte vozarrón sonó juvenil, casi tímido—. Todos se han marchado.

Max levantó las cejas y recorrió los labios con la boquilla de su pipa. Los recuerdos se volvieron sombras que corrían en el vidrio de sus ojos. No respondió, no todavía. La hoja se había apagado y él la observó con un repentino gesto taciturno. Respiró varias veces y su voz sonó rota al principio.

—Mi abuelo fue colono. Mi padre también. Ambos murieron en esta casa, y también sus mujeres. Mi hermano abandonó hace tiempo. Como el resto de colonos. Ya no queda nadie. Soy el último.



—Puedes volver conmigo a Tróhengeimm si lo deseas. El páramo no es lugar para un viejo. ¿Qué puedes hacer aquí?

—Lo que he hecho siempre.

—No seas loco. En nuestra hermandad te buscaremos una ocupación. Estarás bien alimentado y dormirás al cobijo de Dios hasta el final de tus días.

—Como sabrás —concedió tras desplegar una sardónica sonrisa—, loco es mi segundo nombre. No me interesa tu oferta.

—Mi oferta es la única que recibirás. Tu momento ha pasado. Nada queda para ti en este lugar.

El anciano desvió la mirada y recorrió la habitación, impregnado de repentina melancolía.

—Antes... hace años —explicó—, cazaba hombres bestia con mi padre. Los colmillos de K'ari eran bien valorados por los brujos y los arcani de las ciudades. Algunos vendían dientes de lobo o incluso hiena albina, pero nosotros nunca hicimos eso. No necesito ser un monje para saldar mis cuentas con Dios. He matado tantos K'ari que perdí la cuenta. —Levantó una ceja y, con un leve movimiento, le descubrió el enorme espadón que descansaba a un lado, contra el muro—. Aunque eso no duró siempre. Hace muchos años, un buen día, los K'ari desaparecieron. Debieron de irse más al norte. Todos los clanes se esfumaron y sin hombres bestia que matar... ya no había mucho que hacer por aquí.

El monje observó durante un largo momento la espada del viejo. Tenía el filo oxidado y el cuero de la empuñadura estaba ajado y reseco, reparado con paños harapientos.

—Sé muy bien lo que dices —dijo, asintió despacio, casi haciendo un ejercicio de sinceridad a su propia conciencia. Sin embargo se mordió los labios y caviló sus siguientes palabras—. Cada vez nos cuesta más encontrar una razón para continuar protegiendo los pasos. Todo ha cambiado. La amenaza está del otro lado de las montañas, entre los mismos hombres. Los reyes luchan los unos contra los otros y, en su codicia, desafían el poder de Dios. ¿Sabes que hay una guerra?

—No lo sé —dijo, despreocupado—, aunque no me sorprende.

—Dios llama a los suyos a la batalla. Nada queda en el Burz Hatur, regresa conmigo y deja este lugar.



—Siempre puedo esperar.

—¿Esperar a qué? ¿A la muerte? Eso no es propio de un creyente.

—Todavía tengo cosas pendientes, no con Dios, sino con el Burz Hatur, asuntos a solucionar antes de dejar este mundo.

—Tus únicas deudas son con Dios y por las muescas de tu espada, esas ya fueron pagadas hace tiempo. No tienes nada que hacer aquí, vuelve conmigo, no insistiré mucho más.

El viejo retuvo la respiración y bajó la cabeza. Una siniestra sonrisa se dibujó en su flácido mentón cuando se inclinó hacia delante.

—Han vuelto —susurró en una confidencia.

El clérigo detuvo un higo confitado en el aire, frente a la boca, y estudió el ladino semblante del viejo con detenimiento avieso. Sus ojos se encontraron en un choque fortuito. El clérigo dudó y detuvo una pregunta en los labios. Después, sin apartar la mirada de aquellos ojos marchitos, se comió el higo y lo masticó sin prisa. Se observaron mutuamente, esperando, aguardando algo que los dos conocían pero ninguno se atrevía a convocar. Había algo en el ulular ventoso que corría a sus pies, una risa insultante que ofendía el silencio de aquellos hombres.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es cierto.

—Ya no hay hombres bestia por aquí; desde hace décadas.

—Sabes muy bien que no es así. ¿Te sientas a mi mesa y llenas mis oídos con tus mentiras? Han vuelto, ambos lo sabemos.

—Aunque así fuera, no eres más que un anciano. Tus días como cazador y guerrero ya pasaron. No creo que puedas levantar tu arma...

—Pues moriré con ella entre los dedos.

—Una decisión valerosa que respeto y admiro.

—Mucho mejor que pasar mis últimos años limpiando los establos de vuestros caballos. Porque... Para eso has venido, ¿verdad? Has venido por mí, para llevarme al sur y alejarme de aquello que no te atreves a confesar.

—Solo era una propuesta...

—No puedo acompañarte en el Tránsito. Soy viejo, no tonto. Tus sutilezas resultan grotescas para mí. Me propones que huya de mi casa, que abandone el lugar en que vivieron mis antepasados. ¿Por qué?



—¿Para qué vivir solo tus últimos años?

—Todos morimos solos.

—Eso enseña la escritura...

—Pero sabes que es cierto lo que digo. Han vuelto. No puedes ocultarme la verdad. Sabes que estoy en lo cierto.

—Quizá.

—¿Quizá?

La penumbra creció alrededor del clérigo y, por un instante, sus facciones se volvieron una máscara oscura, funeraria.

—Hace un mes una de nuestras patrullas se topó con... algo. No te precipites, viejo, no encontraron hombres bestia o salvajes del páramo. Era... otra cosa. Algo que nadie ha visto en esta parte del mundo.

—Sí —murmuró la voz rajada del viejo, alargando, satisfecho, aquella simple sílaba.

—Deberías replantearte mi ofrecimiento y volver al sur hasta que sepamos qué nueva amenaza nos ronda.

El viejo se volvió de costado y cruzó los pies el uno sobre el otro. Su perfil, lleno de curvas por dentro y por fuera, se asemejó a un madero seco, gris como el plomo, dispuesto a arder en su propia pira funeraria. Una ligera sonrisa apareció en sus párpados y en las arrugas de la nariz.

—Poco puedes enseñarme —dijo, cabeceando—. Yo... ya los conozco.

El clérigo contuvo el aliento y sus labios temblaron.

—Los escucho, desde hace noches. Susurran en el páramo, tras las rocas. Su voz se desliza hasta mi cama, esa voz que es como el viento; todos ellos son como el viento. Las últimas tres noches no han faltado a su cita. Ayer me robaron una cabra. Ahora los esperaré despierto, con la espada afilada y dispuesta para la última cacería.

—Esta lucha queda por encima de tus posibilidades, viejo.

—Una buena manera de presentarme ante Dios.

—La mejor. Pero no sabes a lo que te enfrentas.

—¿Acaso tú sí?

—Solo sé que casi le cuesta la vida a Hakkad. He visto el espadón de uno de esos monstruos. Solo un gigante puede levantar un arma de ese tamaño, y no me refiero a un estúpido Dachalan. Eran demo-



nios, venidos del más allá, sedientos de almas mortales. No son de este mundo. Ven conmigo y abandona este lugar.

—El Hatur se lleva en el pecho, golpeando por dentro. Esta tierra muerta es parte de todos nosotros, monje.

—No insistiré más.

—De nada serviría.

—Viejo estúpido. Escucha lo que digo.

—Ya es demasiado tarde.

Max se acarició los labios con la húmeda boquilla de la pipa. En esta ocasión sus ojos se desviaron al suelo, con los párpados caídos y las arrugas casi desaparecidas. Abrió y cerró la boca, varias veces, antes de hablar.

—He elegido mi destino, monje. —Su voz pasó de la confesión a la amenaza, y se rasgó como una tela raída—. ¿Qué harás tú con el tuyo?

En ese momento el viento arreció con ímpetu, y finas cascadas de polvo cayeron de la techumbre. Ambos hombres miraron arriba, como si esperaran que, en cualquier momento un dios sanguinario arrancase el tejado y reclamara sus vidas para saciar su sed. La corriente de aire avivó las llamas del hogar y la habitación tomó el aspecto de un rompecabezas desordenado y roto. Los huesos pendientes se balanceaban a uno y otro lado en una algarabía aguda y hueca, con multitud de tonos enloquecidos. Un remolino creciente arañó las paredes de la cabaña en el exterior. Las cabras balaron. El clérigo se puso en pie, mirando a todas partes, y su taburete salió despedido al tiempo que tomaba su gran hacha entre las manos. Max, el viejo loco, hacía honor a su nombre y contemplaba, fuera de sí, la furia intempestiva de aquella tormenta sobrenatural que azotaba su casa.

De repente, todo se detuvo. Tal y como había aparecido, el viento cesó en su empeño y se volvió un peligroso bisbiseo que se colaba entre la argamasa de las paredes. La respiración reptiliana de un depredador invisible que tienta a su presa acorralada. Casi podía sentirlo al otro lado de los muros, en torno a la casa, avanzando hacia la puerta, paso a paso, acariciando con su amenaza las paredes.

El monje miró al anciano, que había dejado su pipa sobre la mesa y seguía con la cabeza el avance de aquella presencia invisible. Se detuvo en la puerta. Levantó el hacha y pasó la lengua por los labios, en lugar de la plegaria olvidada.



—Ya están aquí —musitó el anciano.

La portezuela creció y creció frente a él. Se expandió hasta lo imposible y, en las rendijas y boquetes, la luz desapareció tras la oscura figura. Finas motas de polvo flotaban en el aire y desaparecían devoradas por la sombra tras la madera. En esta ocasión el rezo asomó a los labios del clérigo como una letanía murmurada que se esfumó al escuchar la creciente risa tras él. Desde el ronquido sordo de su pecho cavernoso, Max había comenzado a reír, de forma nerviosa, casi involuntaria. El clérigo lo observó en un gesto ceñudo, hacha en alto, dispuesto a asestar un golpe mortal en nombre de Dios a lo que quiera que fuese a entrar por aquella puerta.

Con un ligero golpecillo, la madera bailó en sus goznes y se desplazó en un chirriante arco. La figura apareció al umbral de la misma forma en que la noche llega a la tierra arrasada del Hatur, con una advertencia muda pero llena de soberbia y seguridad. Tenía los miembros estilizados y largos, como el cuerpo, embutido en una armadura de cuero repujado y metal teñido de negro. Su atavío estaba cubierto de diseños radiales que trepaban por el delgado talle, en torno a los hombros, hasta el cuello, y se extendían en una máscara tan alargada como su cabeza y a la que asomaban guedejas plateadas a las correas posteriores. La máscara era un vacío de negrura sembrado por mil líneas que tan pronto parecía un rostro venido del infierno, como un remolino de espirales finamente elaboradas. En la estrecha cintura una espada curva se balanceaba en su funda. El pomo representaba una garra que atrapaba una gran piedra engarzada, roja como la sangre de un volcán, brillante como una estrella.

—Vanaiar —murmuró el monje al recordar las historias que contaban sus hermanos sobre aquellos demonios surgidos del frío hielo del norte.

En un movimiento leve y estilizado, la criatura levantó la diestra y extendió la garra hacia el clérigo. Tenía los dedos largos, enguantados en la protección de unos brazares que sembraban de finas cuchillas y afiladas agujas sus manos, como la piel de un reptil antiguo renacido en metal y cuero. Las uñas se recogieron, tal que un águila atrapa a su presa, y casi al instante la enorme hacha del clérigo cayó al suelo en un estrépito repentino. El joven guerrero se llevó las manos a la frente al tiempo que un gemido asomaba a su boca,



sorprendido y confundido, quizá temeroso en un último pecado. Las venas surcaron su cráneo, los ojos se salieron de sus órbitas, irritados y enloquecidos cuando el gemido se volvió grito y la confusión, dolor.

El viejo Max se puso en pie y dio un paso atrás mientras contemplaba al monje retorcerse con la cabeza entre las manos. Cerró los ojos cuando sintió la explosión, pero llegó tarde a cubrirse. Restos de sangre y hueso y gelatinosos sesos le salpicaron la barba y la camisa. El descabezado cuerpo del clérigo cayó sobre la mesa y la sangre borbotó del cuello hecho trizas como en una fuente viscosa.

No dijo nada. Se pasó las manos por la barba y el pecho y observó los dedos manchados. En el suelo, pedazos de lo que antes era una cara, retales del hombre que había comido frente a él. Sin poder evitarlo, su atención se desvió un instante al viejo espadón que reposaba contra la pared, en un rincón, tan lejos como los recuerdos de la última vez que había usado aquella arma.

La criatura bajó la mano y miró al viejo de arriba abajo desde la negrura de su rostro cambiante. Después descubrió la mellada hoja del arma a un lado y caminó hasta allí. Sus pasos eran largos, delicados, casi felinos en su descuidado deambular. Acarició el arma antes de tomarla entre sus manos. Era un recio mandoble norteño, de metal sin brillo, antiguo aunque todavía afilado y cubierto de ralladuras y muescas. Lo levantó frente a su rostro cubierto, deleitándose en un placer extraño. Entonces habló, y su voz era un ronco aspirar sembrado de chasquidos y dentelladas ocultas tras la siniestra careta.

Max, el viejo Max, se pasó la mano por la camisa una vez más, arrastrando las manchas de sangre y restos blanquecinos. Levantó su pipa, apagada, y la llevó a los labios. Las manos le temblaban y cerró los puños con todas sus fuerzas. Después trató de hablar, pero la voz se le trabó en un ronquido que amagó tras una mueca y un soplido lleno de fastidio. Guiñó un ojo y apuntó al extraño ser con la barbilla.

—¿Vas a matarme con mi propia arma? —preguntó.

La criatura dio un paso al frente y levantó el mandoble sobre su cabeza. La máscara de cuero devoraba toda luz alrededor y sus finos diseños parecían cambiar y moverse sutilmente en la superficie.

—Bicho del demonio —escupió el viejo lleno de orgulloso desdén—. ¿Matar a un viejo desarmado te hará sentir mejor? O es por



placer, ¿es eso? Matar por matar. Por estrujar un insecto entre los dedos. ¿Es eso? ¡Responde de una vez! Has venido a matar, solo matar. ¿Es eso? Es eso...

CAPÍTULO 2



u pelo refulgía destellos ígneos, aunque tenía la piel pálida y el mohín triste, agotada por la atropellada huida desde Villas del Monje. Al perfil asomaba la nariz pequeña y un pómulos manchado de pecas casi transparentes como un mar de estrellas bajo los ojos extenuados. No podía negar que aquella mujer tenía algo especial. Salió malherida, sin apenas fuerzas para caminar por ella misma, y sin embargo, días después, el cálido rubor había vuelto a sus mejillas. A pesar de las heridas y el cansancio, Trisha había sorprendido a todos los clérigos que la tomaron como una carga en su escapada al norte. Incluido Anair, quien observaba desde un lado a la pelirroja.

Trisha se había recostado contra el tronco de una encina retorcida de aspecto pétreo y oteaba, tras el llano que seguía la última línea boscosa, la ciudadela de Dromm. En su mano, una ramita sin hojas acariciaba lentamente el tronco en que se apoyaba. Su mirada desaparecía al abandonar el refugio del bosque, quizá tratando de perseguir unos pensamientos mucho más lejanos y evadidos. La vertical arquitectura de Dromm la devolvía a la realidad, a la verdad de un camino que no habría elegido de conocer el futuro.

Dromm se encontraba al final de un angosto valle en forma de media luna cubierto por campos de cultivo. De los pequeños aljibes que se veían aquí y allá, surgían canalizaciones de piedra que recorrían el plano y lo convertían en un inmenso tablero de casillas desiguales. Los muros de piedra contruidos por los humanos llegaban a las laderas de los montes, incluso arriba, más arriba de lo que podía haberse esperado, de forma que todas las alturas alrededor de la ciudadela habían sido transformadas en sucesivos muros de piedra y escalones de tierra labrada. En la cara interior de esa media luna el camino ascendía sinuoso hasta la puerta de la muralla de Dromm, cada vez más escarpado. Y tras la muralla, la ciudad y la montaña se hacían una sucesión de arcos, contrafuertes, torres y ventanucos abiertos en la misma roca, como una espiral coronada, no por la cima, sino por el más alto de los torreones, el Lucero de Dromm.



Anair mantuvo la penetrante mirada en Trisha incluso después de que esta percibiera su presencia y, sobresaltada, dejara caer la rama y se incorporase. Ella se sintió visiblemente incómoda por la intrusión, en especial ante el impassible rostro del inquisidor y la fría y leve sonrisa en la comisura de los labios.

—Hace rato que suenan las campanas en Dromm —dijo, inclinando la cabeza hacia la ciudad.

—Están llamando a los campesinos del llano —respondió el inquisidor—. Corren a protegerse tras los muros de piedra.

—¿No deberíamos acudir también?

Anair salió de tras los arbustos y avanzó unos pasos hasta ella. Había perdido mucho peso desde la traición de sus hermanos en Campoalegre y los pómulos parecían desgarrar la piel de la cara. Sus ojos claros se encontraban vidriosos en la oscura profundidad de las cuencas y las manos asomaban a la túnica como las extremidades de un insecto. Hacía días que su cota de malla era transportada por otro monje y, a través de las ropas desgarradas, el pecho se veía enjuto bajo los vendajes sucios y ensangrentados.

—Debemos esperar —explicó Anair—. Todavía no han regresado todos nuestros hermanos. No falta mucho. Esta noche dormirás al cobijo de Dios.

Trisha arrugó los labios y devolvió la mirada de soslayo a Dromm. Pequeños grupos de personas se veían en la distancia, atravesando los campos, conduciendo el ganado o empujando un carro cargado de cestos. Suspiró.

—Hace días que deseaba hablar contigo —murmuró Anair—. Pero me has evitado. Ni siquiera sé tu nombre.

—Me llamo Trisha —dijo.

—¿De dónde eres, Trisha? —La voz del inquisidor tenía una inflexión pausada, casi amigable.

Trisha se enfrentó a él y colocó las manos en la cintura. Resopló en un gesto de indignación y un mechón rojizo se descolgó sobre su rostro.

—¿A qué viene tan repentino interés? —lo interrogó de forma suspicaz.

—Solo pretendía ser amable.

—No me gusta tu mirada, ni tus preguntas, ni esa sonrisa falsa, inquisidor —dijo ella, atropelladamente.



—Mi nombre es Anair.

—Conozco a los de tu calaña —escupió.

—No. —Anair chasqueó la lengua contra el paladar—. Crees conocer mis pensamientos y prever mis actos. Pero te equivocas, Trisha. Yo, ahora, estoy en tu mismo bando, no sé por qué, pero así es. Los propósitos de Dios escapan a nuestro entendimiento.

—Créeme —continuó ella con un aire escéptico—, si pudiese elegir no estaría aquí.

—Puedes hacerlo, puedes elegir. —Una mano huesuda abandonó la manga y extendió un dedo hacia la claridad tras el bosque—. Vete con tus amigos y con la niña. Marchad al sur. Sois libres de hacerlo.

La mujer dio media vuelta y bajó el rostro.

—Sabes que no llegaríamos muy lejos —murmuró.

—No llegarías a Róndeinn. —La sonrisa de Anair retornó a sus labios—. Es una buena elección correr al cobijo de Ela Adjiri, pero ahora estás demasiado lejos, Trisha.

Ella le dirigió una mirada de soslayo, rabiosa y cargada de odio que no perturbó al inquisidor.

—Tienes mi palabra de que nada le ocurrirá a la niña ni a ti mientras estéis en Dromm. Tengo cosas más importantes en que concentrarme. —Anair desplegó la capucha sobre su cabeza y se recostó contra un árbol—. Hay asuntos que requieren mi atención urgentemente. Como sabrás nos encontramos en guerra, aunque no sé todavía quién es amigo o enemigo. Rókesby te dio una certeza. No se celebran demostraciones de fe en Dromm y no es momento de perseguir razaelitas. Estaréis tan seguras como yo mismo puedo estarlo. Pero recuerda, siempre, que la gente es supersticiosa y necesita explicaciones para aquello que no comprende. No les des una excusa si no puedes ponerlos de tu lado.

—Te lo agradezco —asintió con un ligero movimiento de barbi-lla—. Por el momento es suficiente —musitó Trisha sin mirarlo.

—¿Acaso esperas algo más?

—Me conformo con la indiferencia de los tuyos.

—El destino nos depara extraños compañeros de viaje —musitó pensativo.

—Eso es bastante cínico por tu parte, inquisidor.

—Atrapada en tu huida con monjes caídos en desgracia,



perseguida por los más fanáticos guerreros de Dios y protegida bajo la mano de un inquisidor de Vanaiar. —Anair amagó una risa que se convirtió en una ahogada tos. Se cubrió la boca y respiró antes de continuar con la mano sobre los costrosos vendajes de su costado—. Me gustaría saber qué opina tu señora Adjiri de la suerte que corres.

—Yo no tengo ninguna señora.

—Claro —guiñó un ojo—, y yo no soy un siervo de Dios. —Trisha abrió los labios para replicar, pero él la interrumpió al tiempo que alzaba un dedo—. No te disculpes. Llevas tanto tiempo ocultándote que ya no eres capaz de aceptar la realidad y mostrar tu verdadero rostro.

Trisha abrió los ojos, entre la indignación y la sorpresa.

—¿Me estás dando lecciones de sinceridad, inquisidor?

—Solo digo que puedo ver más allá de las palabras, Trisha.

—Pues entonces deja de mirarme o quizá yo vea más allá de las tuyas —escupió ella.

—No eres tan importante como crees, aunque nunca admitirías algo así. —Paladeó las palabras antes de continuar—. Eres demasiado... orgullosa. De todas formas, mal que te pese, también me fijo en aquellos que te acompañan. En especial esa chiquilla. Kali. ¿Dónde la encontraste? —preguntó el inquisidor—. Es evidente que no es tu hija.

—Eso no es asunto tuyo —respondió con sequedad.

—Ela Adjiri suele enviar a sus discípulos en busca de nuevos «marcados» —continuó Anair con su voz sinuosa—. ¿Es así como la encontraste o fue casual?

—Tus preguntas me ofenden. Déjame tranquila —lo recriminó ella y se enfrentó a él.

—Pero a pesar de ello me respondes, con evasivas, pero lo haces. Comprendes tu situación. Pero ¿por qué te ofendes? —Aun en la oscuridad, bajo la capucha, veía sus finos labios y la piel cérea y aceitosa—. Ya te he dicho que solo pretendo ser amable y conocerte mejor.

—Tienes la lengua venenosa, Anair. Mantén alejada tu amabilidad de Kali —exclamó Trisha antes de darse media vuelta y abandonar, enfurecida, aquel lugar.

El monje inquisidor descansó la cabeza contra la corteza oscura de la encina y escuchó el tañer de las campanas a lo lejos. La pelirroja era una mujer fuerte, aunque tal vez ella no lo creyese, y se encontraba lejos de su tutora, sola. Las debilidades de ella serían las



armas del inquisidor para llevarla a su terreno. Aunque quizá no fuera tan fácil. Era protectora, una figura maternal y guerrera que no abandonaría a Kali por nada del mundo. Podía sentir ese vínculo en ellas, algo invisible que las unía. Nunca permitiría que la niña se acercara a él, a no ser que fuera la misma chiquilla la que lo deseara.

Suspiró y un ataque de tos le hizo incorporarse rápidamente. Entre toses escupió flemas sanguinolentas al tiempo que intentaba contener la respiración. Los puntos de sutura que Suthwell le había practicado se habían infectado y la carne se veía gris y muerta, ceñida por el grueso hilo ennegrecido.

—¿Te encuentras bien, maestro? —preguntaron a su espalda.

Sobre el hombro, Anair encontró al joven Tasha con su perenne expresión taciturna. Su aspecto había cambiado y, lejos de la juventud de hacía solo una semana, el ceniciento rostro parecía envejecido. Caminó hasta su lado y se arrodilló junto a él.

—¿Está todo bien, maestro? —insistió.

Anair le tomó las manos entre las suyas y dejó caer la cabeza a un lado.

—No, Tasha —respondió con el habitual tono irónico que confundía al joven—, nada está bien.

—¿Vuestras heridas os preocupan? —Desvió su atención a la desgarrada y sucia túnica—. Pronto os atenderán en la ciudad.

—No es mi cuerpo el que me desvela, Tasha. —Dio unos golpecitos en el dorso de su mano—. No he de morir todavía, lo sé.

—Es por la mujer pelirroja y la extraña niña, maestro —asintió Tasha, decididamente—. Los monjes hablan. No fue buena idea traerlas con nosotros. Ocultan algo en ellas, una fuerza extraña.

—Cuéntame, Tasha... ¿Qué dicen los monjes? —Anair se incorporó en su asiento.

Tasha miró a los lados y bajó la voz.

—Murmuran sobre sus ojos, no son normales. Apenas tiene color en ellos y eso es una marca, una señal. Suave pasa mucho tiempo a su lado, y Tull también. Sin embargo Lestick no le dedica la misma atención que antes. La evita, y eso pesa en la niña. Algo pasó durante el rescate de la mujer y sus amigos. Tull no quiere hablar de ello, aunque sus evasivas muestran más secretos de los que él cree. Es seguro que tiene la marca de Razel en ella.



—La mujer quiere llevarla al sur... —meditaba Anair.

—Pues dejemos que se marchen. Los impuros solo pueden traer la maldición con ellos —añadió Tasha, alarmado.

—Quizá es una ventaja que debiéramos aprovechar, Tasha —sonrió el inquisidor, lleno de bondad—. Dios tiene un plan para cada uno, y ella nos encontró a nosotros. Estaba en Campoalegre antes de que cayéramos en la trampa. Mi caballo perdió el juicio frente a ella como si hubiera visto al peor de los demonios. Era un animal excelente, valiente como pocos hombres y acostumbrado a la batalla. Más tarde, Kali regresó y nos sacó a todos de allí; seguimos vivos por ella. No hay casualidad en todo este asunto. Dios sabe lo que hace.

—Sí, claro. —Tasha bajó la mirada como un niño desilusionado.

—Mis plegarias están perdiendo fuerza —dijo Anair—. Les está pasando a todos los demás. Nuestras oraciones ya no surten el efecto de antes.

—Dios ya no nos escucha —se quejó Tasha y cerró los puños—. Es la condenación. Somos herejes ahora.

—No digas tonterías. —El inquisidor apretó los dientes—. Recuerda a Raben y el respeto que le debes. Ofendes todo lo que te enseñó. La fe no desaparece, tan solo se transforma y, en estos momentos, todos los hermanos están perdidos en la oscuridad. Hay que encontrar una luz que ilumine el camino de los hermanos. —Anair se detuvo y desvió su atención al suelo, tomó aire y continuó en un susurro—: Tengo una misión para ti, Tasha.

—Lo que ordenéis, maestro —asintió el joven y entrecerró los ojos.

—Tras el concilio de Rodstel, los reyes misinios y el Consejo de la Ira se encargaron de requisar y confiscar todos los manuscritos arcanos y textos sagrados que había en el norte. Nadie escapó de aquella persecución. Los textos fueron llevados a Davingrenn y almacenados en la gran biblioteca arcana del Lévvokan. Solo dos ciudades se negaron a entregar los libros: Bremmaner y Dromm.

—¿Deseáis esos textos?

—Cuando estemos a salvo quiero que encuentres unos libros y me los traigas. No será fácil. El consejo ciudadano de Dromm los guarda en lugar secreto, pero es de vital importancia para nuestra misión recuperar esos textos.

—Los encontraré, maestro.



—Especialmente uno de ellos. —Anair acercó su rostro al del joven y murmuró—: Las profecías de Jansen que seguía tu anterior maestro, Raben.

El muchacho alzó la mirada inundada en lágrimas. Se sentía abandonado y solo, lanzado contra la violenta realidad del mundo. La pasión con que había defendido las ideas de Raben se había convertido en un agrio sentimiento de derrota. Convertido en hereje, perseguido y rodeado de muerte y dolor. Forzado a descubrir la verdadera cara de aquellos que había considerado hermanos en la fe. No cabía esperanza en sus ojos.

Anair acarició su mejilla en un gesto compasivo.

—No te preocupes muchacho —dijo con un guiño—, vamos a levantar una fe.

La poderosa voz de Rókesby y el ajetreo en el bosque llamó la atención de ambos. El grupo se ponía en movimiento y, antes de tener tiempo a incorporarse, Osprey se deslizó silenciosamente tras la vegetación. Se movía con pasos sinuosos y en silencio, como era habitual en el espía de Anair.

—Los exploradores han regresado —dijo con voz siniestra—. Es el momento.

Tasha ayudó a Anair a ponerse en pie y regresar al lugar donde esperaban el resto.

Entre las encinas y el brezo espigado aguardaba una veintena de monjes de Vanaiar. Su aspecto, sucio y desharrapado, les daba la apariencia de asaltadores o ladrones en lugar de guerreros santos. La mayoría no vestía más que una túnica cochambrosa; pocos guardaban su cota de malla o el yelmo, la mayoría estaban desarmados y sin escudo. Sus rostros desnutridos, agotados y faltos de fuerza. Los exploradores, a cargo de Hill, habían vuelto.

—Hay tropas de Dosorillas en el valle —dijo el aukano, resollando por la carrera—. Pero el grueso de su ejército todavía está lejos.

El monje explorador había rasgado las mangas de su túnica, y los brazos morenos se veían fibrosos y fuertes, surcados por venas oscuras. En la diestra transportaba su arco recurvo, al estilo aukano, aunque en la aljaba, a su espalda, solo asomaba el plumón de dos flechas.

—No hay tiempo que perder —anunció Rókesby—. Todos a Dromm.



Tras los monjes podía verse la figura del gigante llamado Reid y, siempre cerca, su compañero Olen. A su lado, aunque en un segundo plano, Trisha y la callada Kali. Durante el viaje no se habían relacionado mucho con los clérigos, a excepción quizá de Suave y Tull. El primero hablaba animadamente con Kali y siempre andaba bromeando con ella, de hecho, era el único capaz de sacarle una sonrisa, incluso en ocasiones contadas una breve carcajada. Tull, quizá por su rudo carácter reservado había compenetrado con el gigantón Reid, y ambos cargaron con Trisha durante los primeros días de marcha.

Abandonaron el bosque y recorrieron los campos cercanos a paso vivo hasta alcanzar el primer sendero. Los monjes de vanguardia, como el barbudo Solon, o Everard Bakster con su largo mandoble, debían retrasar la marcha para mantener el grupo unido en todo momento, pues era fácil romper la formación y dejar atrás a los heridos. A pesar de todo, antes de haber recorrido una cuarta parte del camino, los de Rókesby, quizá por la cercanía de sus hermanos en las murallas, comenzaron a trotar y la columna se dividió en tres.

Kali y Trisha se encontraron entre la primera avanzada y el pequeño grupo que comandaba Anair. Con ellas estaba Olen, Reid, Tull y Suave. Caminaban todo lo rápido que sus llagados pies les permitían, sin mirar atrás más que para comprobar cómo la distancia entre ellos y Anair aumentaba. Las campanas resonaban en el valle con un eco agudo y sostenido que se clavaba en sus oídos. Pronto el murmullo de los campesinos se convirtió en un estruendoso alboroto. Los senderos confluían a un camino principal que ascendía directo a las puertas fortificadas, donde un río de gente se aglomeraba en busca de protección.

Habían perdido de vista a los hombres de Rókesby y enseguida fueron ellos también engullidos por la marea de campesinos, carromatos y ovejas que avanzaba a trompicones en el desbordado sendero. Trisha cogió de la mano a Kali y Reid se abrió paso a trompicones, pero aquello no hizo más que empeorar la situación. El griterío se convirtió en pánico cuando los cuernos de las murallas resonaron sobre las campanas y se escucharon algunos gritos. Por un instante asomó la voz de Rókesby sobre la multitud, pero fue acallada por un centenar de voces.

—¡No te sueltes! —dijo Trisha a Kali entre los cuerpos agolpados.



Habían perdido a Olen y Reid. Sobre la multitud, el gigante buscaba alrededor a la pelirroja.

Un carromato cargado de provisiones se despeñó por un terraplén contiguo al camino ascendente y algunos hombres se fueron tras él. Gritos de terror y empujones y uñas que trataban de aferrarse a la carne para llegar a lugar seguro. Las campanas seguían doblando cada vez más y más cerca. Trisha recibió empujones y arañazos y su pierna quedó presa entre la multitud. Ya casi veía la puerta en la barbacana, donde la gente se agolpaba en un cuello de botella. Vio a Rókesby trepar a lo alto de una plataforma. Era un carro cargado con barriles. Movía los brazos y daba órdenes, pero no escuchaba su voz. La entrada estaba bloqueada, los monjes se apresuraban a apartar las maderas vencidas en el camino. La masa de cuerpos se le vino encima, incapaz de oponerse a tal fuerza. Vio a Reid levantar una rueda del carro sobre su cabeza. Tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo. La gente gritó y ella cayó al suelo entre pisotones y pellizcos. Entonces Kali se escurrió de entre sus dedos y desapareció.

Ya no lo soportaba más. Dejó la mano de Trisha y se deslizó entre las piernas de la multitud. Kali no podía escuchar nada, excepto el griterío y las campanas en su incesante llamada metálica. Salió a empujones y aterrizó de bruces sobre la tierra a un lado del camino, en una pendiente de tierra que resbalaba desde la curva. Se arrastró todo lo rápido que pudo, clavando los dedos entre guijarros y tierra reseca, hasta dejarse caer boca arriba y recuperar la respiración. Cuando observó, desde la distancia, comprendió qué había pasado.

Un grupo de monjes trataba de dismantelar un carro y abrir el paso del camino, justo bajo el portón. Los guardias de la ciudad amenazaban con sus armas al gentío que se agolpaba a las puertas, aunque la masa empujaba como una onda marina, incontrolable, y a cada embestida el gran carromato volvía a su posición. De repente el gran Reid, que había lanzado una rueda sobre su cabeza fuera del camino, apoyó la espalda contra los maderos e hincó los pies en el suelo con las rodillas flexionadas. El enorme peso se levantó brevemente, y parecía que la fuerza de Reid se vería vencida por el carro y los barriles. Varios monjes se lanzaron contra el obstáculo y, finalmente, cayó por el borde del camino. La puerta había quedado despejada, y las voces aliviadas sustituyeron brevemente al pánico.



Sin embargo, Kali no podía sentirse aliviada. El obstáculo arrojado por Reid y los clérigos caía, dando vueltas y más vueltas, por el terraplén, directo hacia ella. Se formó un torbellino de piedras y tierra que se desintegraba entre polvo y maderas astilladas. El rostro de su enorme amigo se descompuso.

—¡Kali! —gritó el gigante de Brönt desde la puerta al comprender su tremendo error.

Ella sintió que los ojos se le salían de las órbitas. Dio un brinco y corrió, tan rápido como pudo, montaña abajo. Pero la pendiente era pronunciada y la tierra suelta resbaladiza. Tropezó y recuperó el equilibrio, saltó un arbusto seco y pensó que debería correr hacia un costado. El ruido fue ensordecedor. Antes de resbalar y caer al vacío, creyó escuchar la voz de Reid una vez más.

El golpetazo contra las rocas la dejó aturdida, se acurrucó y esperó el carromato sobre su cuerpo. Recogió las piernas contra el pecho y cerró los ojos. Se cubrió la cara con las manos sucias. Llegó el desprendimiento de piedras, la madera quebrada en mil pedazos, el fino polvo invadió su olfato. Pero no ocurrió nada más.

Las campanas continuaron sonando, y el griterío había disminuido su intensidad. Ahora sí escuchaba la voz de Rókesby dando órdenes, maldiciendo y llamando a unos y otros. «Debería estar muerta —pensó—, no había escapatoria.» Lentamente salió de su cobijo y quedó arrodillada con la capucha caída sobre los hombros. Los restos del carromato y el desprendimiento que había provocado aterrizaron a unos pocos pasos de ella, lentamente, sin ruido ni violencia. Todavía algunos de los maderos flotaban en el aire hasta posarse, delicadamente, sobre el montón de piedras y restos de barriles rotos. El más grande de los pedruscos que rodó hacia ella resbalaba por la pendiente, saltó los maderos quebrados y, casi levitando, dio la vuelta hasta reposar en tierra firme.

Reid continuaba en el linde del camino con la expresión aterrada, incluso cuando vio que se ponía en pie sin ningún daño. Tras él, el camino había sido despejado y los campesinos entraban a toda prisa en la fortaleza, conduciendo su ganado con ayuda de los monjes de Rókesby. Olen llegó junto a Reid y lo miró desconcertado, sin comprender qué había ocurrido. Ella se pasó la mano por la frente y el pelo, y se sacudió el polvo, hasta que vio a Trisha.



La raída capa de la mujer ondeaba al viento de la misma forma que su pelo rojizo. Todavía tenía la vista puesta en el montón de escombros que se había abalanzado contra ella y el brazo en alto, con la mano paralela al suelo y los dedos ligeramente flexionados. Desde el terraplén, Kali vio a Trisha recortada contra un cielo ocre y verde, mucho más alta y atlética de lo que le había parecido antes. Sus ojos se habían vuelto oscuros y los labios estaban tensos en un poderoso gesto que no hubiera esperado en ella. La última de las piedras se detuvo y, cuando volvió su mirada a Trisha, había vuelto a ser la de antes. Bajó deslizándose desde el camino y la abrazó al llegar a su altura.

—Creí que te había perdido —murmuró Trisha.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó la chiquilla, en un gesto todavía sorprendido.

—Ahora no es momento —exhaló agotada con un ojo puesto en algunos curiosos que habían contemplado lo ocurrido—. Debemos entrar con el resto.

El sonido de los cuernos retumbó de nuevo y, sobresaltadas, volvieron sus miradas al llano.

En los cercanos campos se alzaban las primeras columnas de humo. Algunas de las granjas ardían en la distancia y familiares siluetas corrían aquí y allá, lo suficientemente lejos como para no escuchar los gritos, aunque sí como para diferenciar el pánico de aquellos que habían quedado atrás. Hombres a caballo galopaban tras el disperso ganado y alcanzaban los lindes del bosquecillo que hacía un momento les había servido de cobijo. Cerca del horizonte, en el lugar en que las faldas de los montes se convertían en pliegues que ocultaban el camino al sur, una suave niebla se confundía con el cielo; la marca de un ejército.

Kali sintió como Trisha la tomaba por los hombros y la empujaba de vuelta al camino, pero ella no podía apartar la vista del valle. Los estandartes y banderas aparecieron a su vista como un recuerdo de muerte. Azul y gris, con el puente de tres arcos coronado, al igual que la noche en que murió Jared. El humo, turbio entre el polvo y las cabalgadas de los jinetes, daba un halo fantasmagórico a la masacre de campesinos. Podía verlos correr con las armas en alto y Jared indefenso, sin ayuda, con la lanza en el costado y el rostro marmóreo. De nuevo estaba ocurriendo, allí mismo, frente a ella. El corazón



lo golpeó con fuerza en el pecho, tanto que le impedía respirar. La frente se le sembró de sudor frío, helado, y una rigidez mortuoria se hizo con sus músculos.

—¡Kali! —gritó Jared sobre su hombro— ¡Corre, Kali, corre!

Pero ella no podía moverse. Debía quedarse allí y verlo de nuevo. En los campos los hombres escapaban hasta caer ensartados por las flechas y las mujeres eran atrapadas por decenas de manos que desgarraban sus ropas. Jared gritaba aunque moriría de nuevo, Kali sabía eso. Y también sabía que después vendría la rabia y el calor y la muerte para todos.

—¡Kali! —exclamó Trisha—. ¡Hay que entrar!

—No voy a dejarte otra vez, padre —murmuró ella con la vista perdida en el llano—. No puedo dejarte otra vez.

Trisha la tomó por los hombros y la sacudió con fuerza.

—Kali —dijo—. ¿Qué te pasa? Necesito que vengas conmigo.

Ella parpadeó varias veces y su respiración se agitó, repentinamente, en los labios. Algunos dardos silbaron sobre sus cabezas. Desde la parte baja del camino unos pocos arqueros disparaban sus flechas contra los últimos rezagados en el portón. Las campanas cesaron en su llamada y una sensación de alivio recorrió su cuerpo. Trisha mantenía el rostro frente a ella y las manos sobre sus mejillas, enfrentando las pupilas verdes al vacío de los extraños ojos de Kali.

—Estamos juntas —susurró la mujer pelirroja—. Nada va a pasar.

Kali cerró los labios en un gesto decidido y asintió antes de trepar por el terraplén de vuelta al camino.

La pareja de mercenarios se había negado a entrar hasta asegurarse de que Kali y Trisha estaban bien. Aturdidos por la escena, quizá sorprendidos por la habilidad de Trisha, esperaban en el camino, agazapados junto a los restos de la desbandada.

Olen saltó, se deslizó en la tierra hasta ellas y cogió a la pelirroja por la cintura, protegiendo a Kali con el otro brazo. Juntos corrieron tan agachados como pudieron mientras algunos dardos se estrellaaban contra el suelo o los muros de piedra. Reid había tomado unos maderos que levantó a forma de pantalla y con los que cubrió a sus amigos en los últimos pasos hasta la seguridad del portón.

—¡Me debes una, pecosa! —Olen se incorporó tras pasar la puerta, pero sus palabras se desvanecieron ante el caótico bullicio del interior.



Docenas de hombres y monjes armados corrían a las escalinatas y ascendían a los adarves defensivos tras las almenas. Cestos cargados con flechas se subían a la muralla mediante poleas. Rókesby gritaba órdenes y, rodeado de unos cuantos hombres que no habían visto todavía, gruñía maldiciones, braceaba y golpeaba su puño contra la mano. Gestos de dolor y desánimo a su alrededor; también de rabia y sed de sangre. El portón chirrió sobre sus goznes metálicos y media docena de monjes prepararon unas enormes traviesas de madera reforzada, pero se detuvieron en seco cuando por la estrecha abertura se colaron los últimos monjes.

Todos se hicieron a un lado cuando Anair entró acompañado por Osprey y Tasha. Las puertas de Dromm se cerraron a su espalda y él caminó los últimos pasos, apoyado en una retorcida vara que le servía de bastón. Se le veía lívido, agotado y débil, con el aspecto que tiene un hombre cercano a la muerte. Rókesby y el resto de canónigos, hombres de fe y clérigos armados, habían dado la vuelta, en dirección al escarpado centro de la ciudad. Un monje joven, vestido con un manto y sin armadura, se acercó al inquisidor.

—Dejad que os ayude, hermano —se ofreció.

—Quiero hablar con el Consejo ciudadano de Dromm —ordenó Anair, ignorando su amabilidad. Hablaba con un jadeo rasgado, domando su desaliento.

—Acaban de partir hacia el Lucero con el padre Rókesby —indicó el monje y descolgó un odre de agua que transportaba al hombro.

—Vayamos pues al Lucero. —Anair escupió las últimas palabras. En su rostro demacrado, los ojos resaltaban tal que esferas de vidrio que contenían una furiosa determinación bajo una ceñuda arruga.

—Pero... hermano... —tartamudeó el joven, mostrando el odre de agua—, habéis sufrido graves heridas. Necesitáis ayuda.

—Y Dios necesita una venganza —replicó—. Lo más pronto posible.

El monje inquisidor clavó la vara en el adoquinado de Dromm y comenzó a ascender hacia las alturas de la ciudad conquistada a la roca. A su lado, Osprey y Tasha, caminaban despacio, con las capuchas de sus sucios y desgarrados hábitos sobre las cabezas.

—Osprey —dijo Anair al tiempo que levantaba un huesudo dedo—. Quiero una lista con los nombres de los monjes que se han dejado llevar por el pánico en la entrada.



El siniestro monje asintió en silencio y ocultó sus manos en las mangas.

Kali y Trisha habían presenciado toda la escena frente a ellas. A su lado, Olen y Reid se habían hecho a un lado, tan lejos como pudieron del inquisidor y sus secuaces, hasta dar con la espalda contra el muro. Olen arrugó la nariz a su paso y carraspeó sin disimulo alguno.

—Esos tres me dan escalofríos —murmuró el mercenario, dio un codazo a Trisha en el costado y se apartó un mechón descolgado sobre la frente. Aunque su ironía se congeló en el instante en que Anair miró sobre el hombro y su gélida sonrisa asomó hacia ellos.

—Nos vamos descubriendo, Trisha. Nada se puede ocultar por demasiado tiempo. Te advertí que fueses cauta —dijo el inquisidor—. Y sigo esperando hablar contigo, Kali de Bruma.

Todos los monjes guerreros a su alrededor clavaron su atención en ella.

Se sintió pequeña y frágil. Intentó devolver la mirada, pero no pudo y bajó el rostro. Además de los monjes, sin verlo, sabía que todos los otros la miraban también. Olen y Reid no podían evitar escudriñarla de reojo, Lestick ni siquiera la había vuelto a dirigir la palabra. Suave y Tull, tan amables como eran con ella ocultaban sus temores y rechazo. Trisha, tras la cándida manera en que la acariciaba bajo el pelo, temía el poder desatado que albergaba Kali. Esa era la verdad. Todo seguía siendo culpa suya. Podía sentir el miedo en los demás cuando descubrían sus ojos sin iris. Y ahora, aquel inquisidor, de nuevo la descubría el día en que todo comenzó y su caballo se espantó frente a ella. Una mirada acusadora que le llegaba al más oculto de sus secretos.

De repente todos aquellos pensamientos se esfumaron. La mano de Trisha se deslizó entre ellas y tomó la de Kali con fuerza, llevándola contra su cuerpo. Kali alzó la mirada y descubrió que sus amigos no la miraban. Los tres mantenían la vista fija, desafiante y rígida en el inquisidor. Trisha parecía espléndida, fuerte y orgullosa. Tras ella, Olen cruzó los brazos frente al pecho y Reid, tan grande como el muro, lo imitó tras cerrar los puños.

Anair, inmutable, amagó una risita altiva, quizá aceptando un reto no pronunciado, torciendo el gesto al tiempo que miraba de pies a cabeza a los tres guardianes de Kali. Dio la vuelta seguido



por Osprey y Tasha, y retomaron su largo ascenso hacia el lugar de reunión del Consejo ciudadano de Dromm, el Lucero, en busca de venganza para su Dios.

CAPÍTULO 3

Browen Levvo, príncipe de Misinia y único heredero del rey Abbathorn, fue observado con admiración y respeto por la tropa agolpada a ambos lados del campamento. El ajetreo previo a la secreta reunión que se celebraba había convertido la verde colina en un lodazal oscuro cubierto de hierba pisoteada que apestaba a orines. Sobre ellos, el cielo se ocultaba tras aterciope-ladas nubes grises que apagaban los colores y ensombrecían el rostro de Browen. Tenía el pelo muy corto, oscuro como los ojos, los pómu-los redondos y la nariz afilada, apuntando a la crin de su montura, un esplendido animal cubierto por una sobrevesta ajedrezada en ver-de y plata. Ignoraba los murmullos a su alrededor que especulaban sobre cuál sería el próximo paso del ejército misinio en la conquista de Aukana, pues ese era el propósito de tal asamblea: llevar a la prác-tica las ambiciones de su rey.

Tras él montaba Gavein, su guardaespaldas fiel. Un hombre del linde de Nueva Misinia, de piel abrasada y frondosas patillas como la nieve, cabeza afeitada, gruesos aros dorados en las orejas y la empuñadura de su cimitarra asomando a la espalda. Ambos parecían agotados, aunque la leyenda que los acompañaba los convertía, a ojos de los simples guerreros, en leones saciados de carne y sangre. Juntos habían matado tantos hombres durante los últimos días, que la soldadesca les había otorgado el sobrenombre de Castigadioses. Un apodo ridículo a oídos de alguien que nunca había concedido un minuto a lo divino, ni siquiera al maldecir. Browen no disfrutaba de tal renombre, aunque reconocía su utilidad a la hora de sembrar el miedo en el enemigo. Ahí radicaba la verdadera utilidad de ser quien era. Gavein se lo enseñó desde joven: un enemigo temeroso ha perdido media batalla.

El mercenario había entrado al servicio de Browen cuando éste no era más que un chiquillo. Por aquella época Gavein había demos-trado su valía luchando por los Levvo contra los clanes bárbaros de El Linde, al servicio del Otko de caballería. Era un hombre apátrida, conquistador de grandes extensiones de tierra para un rey al que no



conocía, y que, como muchos de los Nuevos Misinios, se deleitaba en la competición y la batalla. Su sorpresa fue mayúscula cuando, durante su primera visita a Davingrenn, el rey en persona le confió el adiestramiento y protección, hasta la mayoría de edad, de su único hijo. Gavein no menospreciaba sus habilidades con las armas pero, entrenar al hijo de un rey era mucho más de lo que esperaba. Al poco supo que Abbathorn no lo había elegido por su destreza con el acero, sino más bien por alejar a su primogénito lo más posible de Davingrenn. Algo que Browen cargaba sobre su espíritu y que lo hizo merecedor de la compasión del mercenario, convirtiéndose al tiempo, en servidor, amigo y compañero de lucha.

Gavein condujo su montura tras el príncipe, hacia el pabellón que se levantaba en el centro del campamento. Browen vestía la armadura de placas abollada y sucia de barro y sangre seca. Los bordes de su capa verde se habían convertido en brunos jirones enredados en el escudo que golpeaba la grupa del caballo. Permitía a su animal caminar al paso, sin prisa, al tiempo que relajaba sus manos enguantadas sobre el pomo de la silla, dejando las riendas flojas. Sin embargo sus labios se contraían como si, a pesar de la dejadez del paso, su camino requiriera la más estricta determinación. Y era esa mezcla de levedad y rocosa apariencia la que le granjeaba la admiración de todos los que lo veían.

Junto al pabellón se alzaban los coloridos estandartes de los señores que esperaban en el interior. A la izquierda el emblema carmesí y plata con el halcón y la espiga de Kregar Kikkuril, como anfitrión, pues la reunión se celebraba al sur de sus dominios. A la diestra, el blasón de los Levvo, con el águila real coronada sobre ajedrezado en gules y plata. El decoro mandaba el lugar que cada emblema ocupaba tras ellos. Desde los estandartes más importantes, como el de Dosorillas o Ursa, hasta los de aquellas casas menores, banderizos y leales a caballeros misinios y aukanos, como el macho cabrío de Bardok Levvoil, o el azur y oro de los Bakster de Entreríos.

Un paje tomó el bocado de su montura y Browen desmontó en un lento movimiento. Los escarpes metálicos de su armadura se hundieron en el fango y sintió que lo aprisionaban durante un instante eterno. Gavein se colocó a su espalda, en silencio, mientras él contemplaba la veintena de estandartes frente a él. Comprimió los labios y bajó una ceja al ladear el rostro.



«Todos los honores para mi Casa —pensó—. Los hombres necesitan de la guerra para unirse. Mi padre es un gran pastor de almas, conoce el alimento de la codicia humana.»

Chasqueó los labios y entregó los guanteletes a uno de los sirvientes que esperaba junto a una bacinilla llena de agua limpia. Se refrescó las manos tan ligeramente que apenas afectó a la suciedad incrustada en su piel, suspiró y atravesó el umbral de entrada.

En el interior el aire estaba cargado de denso humo y agrio aroma a sudor. Sus ojos se tomaron unos segundos hasta acomodarse a la penumbra, aunque antes de poder distinguir rostro alguno, la acalorada discusión de una docena de voces se silenció al instante.

—¡Larga vida a Abbathorn Levvo! —gritó alguien— ¡Toda la gloria para su hijo!

A lo que siguió un coro y el retumbar de puños sobre la mesa.

—¡Levvo, Levvo, Levvo!

El primero en acercarse y tomarlo por el hombro, el mismo que había coreado su nombre, fue Ealard Skol, señor de Uddla. Era un hombre de mediana edad, pelo color heno recorrido por mechones plateados, rostro redondo y ojos grandes de un intenso color azul. Golpeó varias veces la hombrera de su armadura antes de atraerlo hacia él y empujarlo al centro de la tienda mientras murmuraba, con voz nasal, bravatas guerreras.

—Este es el león misinio que todos esperábamos, muchacho, mi príncipe —dijo.

El recinto formaba un irregular octógono y, en varios de los ángulos, grandes braseros de metal contenían maderos en llamas que caldeaban la estancia, demasiado para el gusto de Browen. En el centro una tosca mesa de madera sobre la que se desplegaban diferentes mapas del norte, pergaminos y rollos de órdenes que eran redactados y sellados por tres escribas sentados en pequeños taburetes de tres patas. Alrededor de la mesa una veintena de hombres golpeaban con los puños los petos de sus armaduras y se acercaban a saludarlo entre sonrisas y elogios. Tanto sonoro cumplido, reverencia y halago, lo incomodó además de confundirlo entre la plétora de rostros.

Reconoció al gigantón Enro Kalaris, señor de Ursa, por su cacoleado pelo naranja y su aspecto severo, remarcado por la imponente armadura negra y carmesí. También a Oliver Rjuvel, de



Dosorillas, de aires adustos y marcial rostro subrayado por un denso bigote negro. Guardó un saludo para el joven Bardok Levvoil, cuya salvaje melena dorada se enroscaba en las hombreras metálicas de su coraza. Y apenas intercambió algunas palabras entrecortadas con la sucesión de señores y guerreros que le salieron al paso, hasta que el grupo se abrió y, frente a él, con los brazos en jarras y el brillo punzante en la mirada, apareció Brákenholm, el comandante del Otko de caballería.

—¡Por todos los viejos dioses muertos! —rugió el rudo guerrero sin despegar los dientes— ¿Es esa sombra que veo en tu cara una barba? Traedme un cuchillo y yo mismo lo afeitaré.

—Preferiría un barbero manco y ciego, caracortada —respondió él, haciendo alusión a las cicatrices que rompían sus mejillas—. Tu pulso ya no es lo que era.

Brákenholm explotó en una sonora carcajada y tomó entre sus brazos a Brown, animado por los vítores de los allí reunidos.

—¡Traed vino y putas, y más vino! —exclamó— El joven león quiere presumir de ser hombre.

Brown tensó la mandíbula y trató de contener el rubor en sus mejillas. Durante años lo habían adiestrado para reprimir sus emociones, especialmente frente a aquellos que le debían lealtad. La política le parecía cosa de comerciantes. Poder, riqueza, influencia, tratos que llevaban a guerras que concluían con más tratos. Mejor mantenerse imperturbable, pues cualquier signo de debilidad podía ser aprovechado en un futuro, y los hombres eran débiles, aunque lo llamaran príncipe y león.

Llegaron las copas de vino tinto, dulce y especiado, y las baladronadas guerreras. Unos adularon a otros al recordar el Hoyo de Kansel, y todos rieron al rememorar los combates. Brown felicitó a cada uno y se alegró de que nadie resultara herido. Aquella era una guerra fácil, y podían congratularse por las refriegas ganadas. Para eso estaba el vino y las mujeres y los músicos, para olvidar la cercanía de la muerte y celebrar la vida con los aliados y los amigos. Él era el futuro rey y, además de muchas otras cosas, debía saber eso.

Finalmente, entre la algarabía, quedó solo, rodeado de Brákenholm y unos pocos.

—Dicen que luchaste bien contra Khymir y su ejército —le con-



fesó Brákenholm con la complicidad y el orgullo vueltos la máscara del viejo guerrero.

—Fuimos los vencedores pero no luchamos mejor —respondió él—. Khymir escogió el lugar y nosotros el momento. Perdimos más hombres de los que hubiera deseado.

—Estos aukanos huyen como conejos asustados —intervino Ealard Skol.

—Es verdad —asintió Brákenholm—. Durante todos mis años en El Linde, luchando contra los clanes salvajes, no había visto nada igual. No tienen organización, ni plan de batalla. No sé quién está de nuestro lado y quién del suyo. Desde la muerte de Khymir se retiran en desbandada. Muchos vuelven a su casa, como si esta fuera una guerra perdida.

—¿Acaso no lo es? —sonrió Enro Kalaris tras alzar su copa.

—Realmente es un pueblo de cobardes —masculló Skol entre sus rechonchos labios, pero la veloz réplica de alguien hizo callar a toda la audiencia y convirtió la conversación en centro de todas las miradas.

—Es un pueblo descabezado. Pronto tendrá una cabeza a coronar y recuperará su honor.

Kregar Kikkuril se abrió paso hasta Browen y levantó un pichel hasta la ligera sonrisa maliciosa. Su bruñida armadura reflejaba la llama de los braseros y la confundía con el vivo tono ocre de su cabello. Al contrario que Browen, el aukano se veía limpio e inmaculado, sin un rasguño, con su capa roja y plata derramada en pliegues perfectos desde los hombros. Era el único que cambiaba su armadura al final de cada jornada; varios armeros reparaban su equipo y sus pajes cuidaban de que las ropas siempre estuvieran limpias.

—Bromear sobre un rey muerto... A los reyes se les sirve y se los honra. Corona solo hay una en el Imperio Misinio —ladró Brákenholm con toda su brusquedad norteña, mirando a otra parte.

—A eso me refiero —replicó Kregar y arqueó una fina ceja—. Aukana necesita un líder fuerte que le haga olvidar su desafortunada deriva bajo el mandato de reyes extranjeros. Pronto el norte volverá a ser uno, como antaño.

Kregar levantó su copa y sonrió a los nobles misinios al tiempo que miradas suspicaces corrían entre ellos.

—Brindo por eso —afirmó Ealard Skol, y todos bebieron con él.



—No os vi al entrar, Kregar —se disculpó Browen.

—Y yo preferí dejaros a merced de vuestros súbditos —respondió al tiempo que señalaba al círculo de caballeros—. Todos necesitamos ser alagados alguna vez.

—Kregar luchó bien en el Adah Nah —concedió Browen con un gesto amigable—. No puedo decir que los jinetes de Kjionna estén faltos de arrojo. Los vuestros hicieron honor a su fama.

—Nada comparado con mi príncipe. —Encogió los hombros el aukano—. Solo deseo servir.

—Khymir encontró una mala muerte. —Oliver Rjuvel chasqueó los labios bajo el bigote.

—No es noble final para un rey verse sesgado por un virote de ballesta —añadió Brákenholm.

—Ordené castigar al ballestero que lo derribó —explicó Kregar de forma orgullosa—. Perdió dos dedos de cada mano y otros dos en los pies. Esa presa era mía.

—Doy fe de ello —continuó Browen—. Kregar se lanzó sobre el rey y sus hombres como un auténtico halcón.

—La fe es un bien escaso en estos tiempos, mi príncipe —dijo el comandante con la vista en el suelo—. Deberías depositarla en mejores templos.

—Presiento cierta envidia en esas palabras —añadió Kregar.

—¿Envidia? —saltó Brákenholm con su voz cavernosa—. Falta mucho para que envidie tus batallas.

—En Kansel no había más que hombres borrachos y campesinos armados con palos —dijo Kregar—. Unos se enfrentan a reyes y otros a bandidos harapientos y desertores.

—Yo mismo vengo de perseguir a esos desertores. —Se envaró Browen al percibir la creciente tensión entre ellos. Pero sus palabras se diluyeron en un silencio que aullaba una violenta amenaza.

—No me gusta escuchar chanzas y sinsentidos. —Brákenholm sonrió de forma animal, mostrando los dientes y comprimiendo las cicatrices de su rostro.

—¿Chanzas? —exclamó el de Kjionna con un mohín sorprendido.

—¿Acaso no fuisteis derribado durante la lucha?

Kregar afiló la mirada y bebió un sorbo de vino.

—Fue culpa de la infantería —explicó—. Los muy idiotas se in-



terpusieron entre Khymir y yo. Entorpecieron la carga de los míos y, en la refriega, nos vimos atrapados en poco espacio. Caí por la avalancha que causó el pánico del enemigo, no por su ataque.

El veterano comandante dio un paso al frente con los ojos encendidos y los labios húmedos de vino.

—Cuando el Otko carga la tierra retumba, los hombres se orinan los pantalones y los infantes corren a esconderse entre las faldas de sus madres —escupió Brákenholm—. Nadie detiene la carga de la caballería.

La mandíbula de Kregar, el aukano, se cerró con tanta fuerza que casi se podía escuchar el rechinar de dientes. Ambos nobles se mantuvieron las miradas, tal que depredadores que se retan y esperan el menor movimiento del otro para enzarzarse en una pelea a muerte. Brákenholm era un viejo lobo, grande y rocoso, cubierto de cicatrices de escaramuzas pasadas y con la piel cuarteada como el cuero viejo por el sol y el hielo de la Nueva Misinia. Sin embargo, Kregar era apuesto y hermoso, de apariencia ligera y de perfil estilizado. Uno frente al otro, con las llamas de los braseros recorriendo los petos metálicos de sus armaduras y acariciando los orgullosos ojos, parecían una mortal y afilada daga de exquisitos metales, enfrentada a un gran mazo de guerra norteño.

—Rivalidad de jinetes —rompió el silencio Ealard Skol, conciliador hasta el final—. Deberíamos buscar unas buenas mozas y que se desfoguen montando, si es lo que quieren.

El resto rio de forma comprometida, intentando obviar la tensión entre aquellos dos hombres. Browen miró a ambos con cierta sorpresa y puso el dorso de la mano sobre el pecho de Brákenholm.

—No quiero más peleas que las del campo de batalla, Brak —dijo el joven príncipe. Era un palmo más bajo que el veterano comandante, pero su voz sonó tan imperativa como la orden de un rey—. Todos luchamos bajo el mismo estandarte, y no tengo que recordar los colores de mi Casa.

—Y yo no ocultaré mi antipatía por este mal llamado halcón cazaliebres —replicó el grandullón y arrugó la nariz en gesto de desagrado.

Kregar lanzó el contenido de la copa al suelo, cubierto de paja seca, y su rostro se contrajo en una mueca. Durante un breve instante su mano derecha buscó la empuñadura del puñal, pero se detuvo



al tiempo que un denso silencio tomaba el interior del pabellón. Muchas miradas cayeron sobre él, y una docena de manos se deslizaron hasta las vainas en que dormían las armas. Los ojos de Kregar viajaron de un lado a otro y su labio inferior tembló de forma imperceptible al verse rodeado por los más poderosos señores misinios. Sin embargo, sin retroceder un paso, sus carnosos labios acompañaron con una arruga el rubor colérico que tomó su rostro.

Browen había pasado de la sorpresa y el desconcierto, al más iracundo de los enfados. Empujó con ambos brazos a Brákenholm, el comandante dio un paso atrás y se revolvió de su señor. Antes de que el príncipe alzara la voz y llamase a la calma, su guardaespaldas, Gavein, ya se había interpuesto entre ambos.

—¿No habéis tenido bastante lucha?! —exclamó Browen. Aunque al observar a Gavein enzarzarse en un intercambio de empujones con Brákenholm volvió atrás e intercedió en la menuda reyerta— ¡Parad, idiotas!

—Tu sirviente necesita una lección de modales —rugió Brákenholm.

Browen hizo una mueca a Gavein y agitó la mano cual abanico. El mercenario asintió, dio media vuelta y regresó a las sombras anaranjadas de los lados.

—Te recuerdo que tú también juraste lealtad a mi nombre —masculló Browen, entre dientes.

Brákenholm bajó la mirada y asintió al tiempo que engullía su orgullo.

—Kregar es nuestro anfitrión —continuó Browen—. La tierra que pisas es suya. La carne que comes se alimentó de su hierba. ¡Es nuestro aliado! Muestra un respeto y serás respetado.

Kregar expiró el aire pesadamente y recogió un mechón descolgado sobre su frente.

—Discúlpate —ordenó Browen.

Brákenholm torció el gesto y dio un paso al frente.

—Mis disculpas al señor de Kjionna —murmuró con la vista en el suelo.

El joven Levvo asintió hacia Kregar en espera de una respuesta.

—Acepto —dijo al tiempo que la fría sonrisa volvía a sus labios.

—¿A qué viene vuestra enemistad? —los interrogó Browen.



—El viejo Brákenholm lleva muchos años luchando. Cuando él mataba hombres nosotros todavía éramos niños de pecho. Se deja llevar por la antigua moral del guerrero —concluyó Oliver Rjuvel y reposó una mano en el hombro del comandante.

—¿Qué significa eso? —preguntó Browen, impaciente—. No estoy de humor para acertijos.

—Hay que respetar al oponente caído —rugió Brákenholm—. Dios reconoce a los valientes, antes y después de la batalla. Y aquí el halcón conserva para él el cuerpo de Khymir. Anda por ahí con su trofeo, como si fuese un ratón muerto.

—¡Esa lengua! —exclamó Browen antes de enfrentarse a la gélida sonrisa de Kregar— ¿Es eso cierto?

Kregar Kikkuril dudó un instante y se trabó al observar las miradas de todos sobre él.

—¿Acaso merece otra cosa el rey extranjero? —respondió, cargado de ironía.

—No me parece incorrecto —agregó el joven Bardok Levvoil con una mueca de desprecio—. Deberíamos desmembrar su cuerpo y enviarlo al frente de los ejércitos. Así sabrán qué les espera a los que no se sometan al poder misinio.

—¡No he preguntado tu opinión! —escupió Browen, henchido de rabia.

—El pueblo viene a verlo desde lejos —explicó Kregar en tono calmado—. Para ellos es el principio del cambio. Un símbolo ha caído. Qué se vayan acostumbrando a sus nuevos señores.

—Eso no me importa —lo acalló Browen—. Es un rey y debe recibir honores como tal. Envía el cuerpo a Kivala, hay una reina, una esposa y una hija que esperan su regreso.

—Pero... —gimió Kregar.

—Es una orden —masculló el príncipe—. Y los señores al servicio de mi padre suelen obedecer mis mandatos. Por la lealtad que juraste al rey misinio, acatarás lo que te exijo.

—Así lo haré —concedió Kregar y dio un paso atrás.

Browen se irguió y esperó, aturdido por la excitación y el calor. Suspiró y contuvo los acelerados latidos de su corazón. Todos lo miraban expectantes, con las copas detenidas frente al pecho. Hombres mucho mayores que él, líderes de ejércitos y señores de sus tierras.



Incluso Bardok Levvoil, con su gran tamaño y la cabellera rubia, aparentaba más edad a pesar de ser dos años menor. Se sintió abatido y cansado. Una sensación agria le rasgó la garganta y los ojos le abrasaron los párpados por la falta de sueño.

Avanzó hasta la mesa cubierta de mapas y dejó la copa con un golpe seco.

—Hemos perdido demasiado tiempo entre halagos y disputas estúpidas —dijo—. Libramos una guerra para mayor gloria de mi padre. Hagamos honor a nuestros juramentos y pasemos a discutir los verdaderos asuntos que nos reúnen aquí, que no son el vino ni las historias de muerte. La gloria está en el campo de batalla. Discutamos de guerra. ¿En qué situación nos encontramos? —preguntó al concentrarse sobre la decena de pergaminos garabateados.

Nadie respondió. El joven príncipe tomó entre sus dedos algunos de los mapas y descartó las cartas manuscritas con el sello real impreso en cera carmesí. Desde las cejas esperaba una respuesta que no llegó hasta que Ealard Skol se aproximó a la mesa mientras carraspeaba, tratando de aclarar la voz.

—Una situación inmejorable, alteza —explicó al tiempo que desplegaba un gran plano de ambos reinos norteños—. Mediante la rápida y aplastante victoria de Kansel el ejército del norte ha apisionado a los aukanos en retirada contra la fortaleza de Rajvik. En el este estamos dispuestos para asediar a Jornealven en Akkajauré. Y tras la batalla de los campos bajos y la muerte de Khymir, Kokkujia se resguarda protegida por el río.

—Tengo un gran destacamento de halcones a dos días de aquí —anunció Kregar tras él—. Una orden vuestra y Kivala será mía.

—Podemos dar por acabada la primera fase del plan, mi príncipe —apuntó Brákenholm—. Pronto la plata de Akkajauré será acuñada con el rostro de vuestro padre.

Browen recorrió con la mano desplegada el grueso papel.

—¿Qué hay de las tierras al sur? —Preguntó sin alzar la mirada.

—Ylarnna falló a su palabra —explicó Skol—. No se opusieron a nuestra ofensiva y tampoco acudieron a la llamada de Khymir. Nuestros informes dicen que algunos de sus banderizos se han alzado contra los Eana, aunque son informaciones contradictorias. De todas formas, parece claro que algo oculta el de Ylarnna.



—Ankal, el señor padre de Khymil Eana, ha fallecido y su heredero no cumplió con el trato —añadió Kregar.

—Tampoco nosotros cumplimos con nuestra parte —arrugó Browen el cejo—. Solicitaron un rehén.

—Todavía no se ha hecho pública la fuga de Earric de Bruswic —apuntó Skol—. A no ser que los Eana tengan espías en Davingrenn, deberíamos suponer que han roto el acuerdo por su propio interés.

—Ese hombre casi mata a mi hermana durante su escapada. —Browen cerró el puño—. También secuestró al consejero de mi padre. Quiero que tras la caída de Kivala su familia pague con dolor las heridas que causó él. Y Khymil Eana deberá responder por su falta de honor.

—Yo mismo me encargaré de eso, alteza. —Se adelantó Kregar con su perenne sonrisa en el rostro—. He enviado mensajeros a Ylarnna y pronto recibiremos respuesta.

—Bien —asintió el joven príncipe. Se enfrentó a Kregar y lo miró de pies a cabeza—. Si esperabas una orden mía para tomar Kivala, ya la tienes. Conoces el plan de mi padre. Todo el territorio que conquistes será adjudicado a tu casa, excepto Akkajauré y los campos más allá del río. Y soluciona pronto el asunto de Ylarnna.

—Así lo haré —asintió el apuesto halcón.

—Y una cosa más —añadió Browen tras un instante—. Devolve-rás el cuerpo de Khymir a su viuda, que es ahora la reina. Si tienes honor le debes un respeto. Y puedes conquistar Kivala, y gobernarla en un futuro, pero no será tuya. No olvides al rey al que sirves ahora.

Kregar cabeceó y, por un momento, Browen sintió la gélida mirada vacía de aquel hombre que había traicionado a su rey y su patria por el poder y la riqueza. No sentía más que desprecio por él. Había luchado a su lado frente a los mal armados guerreros de Khymir, pero no lo quería como aliado, ni siquiera cabalgando a su lado. Era ladino, frío y astuto, pero no le pareció un líder carismático, incapaz de levantar lealtades y apoyos más que por la fuerza. Su padre había hecho bien buscando en Aukana el mejor de los aliados, un hombre corrupto, avaro, perdido en su egocentrismo aunque condenado a servir por su propia vileza. Sin embargo, él hubiera buscado hombres buenos, pasionales, justos y honorables, hombres que con el tiempo hubieran competido por el poder en el norte. ¿Cómo podía adivinar



quién era el aliado correcto en el momento correcto? Sin dudarlo, Browen disfrutaba de la compañía de Brákenholm y de sus enseñanzas, como mentor y amigo. Su padre, el rey, lo apartaba de Davingrenn, conocedor del peligro que alberga el más poderoso señor de Nueva Misinia y líder del Otko de caballería. ¿Era eso la política? ¿Desconfiar de cualquier hombre en su camino al trono?

—¿Ocurre algo, mi príncipe? —La voz de Skol lo sacó de su ensoñación.

—Quiero que el cerco a Akkajauré se cierre cuanto antes —dijo tras tomar aire en un suspiro y pellizcarse el entrecejo—. Necesitaremos todos los hombres contra las murallas de Jornealven. La ciudad de plata es la mejor presa en esta cacería y mi padre desea su piel antes del invierno.

—No tomará mucho acabar con la resistencia en Porkala —explicó Oliver Rjuvel—. Tan solo son grupos dispersos que huyen a las montañas. Los aplastaremos como insectos.

—¿Quién los comandaba? —preguntó Browen.

—Koldo Hajkl —intervino Kregar—. Un necio, un borracho y un patán. Yo mismo me aseguré de que él fuera el encargado de defender el norte. Sus tropas estaban acampadas a las afueras de Porkala. No tiene la más mínima idea de táctica.

—Quiero que el Otko se encargue de acabar con toda resistencia entre Bremmaner y Rajvik. Los monjes de Vanaiar se ocuparán de tomar la fortaleza. No nos entrometeremos en sus asuntos.

Brákenholm dio un paso al frente y asintió de forma marcial.

—Douglas Bakster y los suyos irán contigo —dijo Browen.

Un joven caballero se abrió paso desde las sombras hasta la mesa en que el príncipe apoyaba los brazos.

—Mi señor —dijo con una discreta reverencia—. Preferiría marchar al sitio de Akkajauré que luchar cerca de Rajvik.

Browen levantó la mirada de los mapas y observó a Douglas. Un hombre joven, de aspecto fornido, pelo castaño y una barba bien recortada en torno a un mentón estrecho.

—¿Es por tu hermano? —preguntó.

Douglas Bakster tenía un hermano menor que había jurado los votos como clérigo de Vanaiar y ahora se encontraba entre los capítulos declarados herejes y enemigos de la corona. Browen no tenía



ningún hermano. Pero supuso que si fuese el caso también preferiría morir en una muralla que alzar la espada contra él.

—Sus propios actos lo han llevado a la condenación —anunció el joven príncipe Levvo—. No debes sentirte responsable por ello, pero te concedo tu petición. —Bakster expiró antes de asentir—. Marcharás con Oliver y Ealard Skol. Bardok irá en tu lugar.

—Yo también prefiero luchar en Akkajauré —masculló el norteño y dio una gran zancada hasta colocarse al lado de Bakster, al que sacaba dos palmos de altura.

—Tú irás al norte, con Brákenholm, y acabarás con toda resistencia Aukana hasta que los monjes reclamen para ellos la venganza —replicó Browen.

Bardok Levvoil dio un paso más y levantó junto a su cintura un puño enguantado, sólido y compacto como una roca.

—Permite que vaya a Akkajauré y en dos días Jornealven abrirá sus puertas para ti, mi príncipe —dijo con un gesto depredador—. Mataré tantos de sus hombres que el río se teñirá de rojo, los campos quedarán yermos y los guerreros misinios podrán fornicar con una multitud de viudas.

Browen sonrió con simpatía y dio un golpe al hombro del joven guerrero. Un rumor de risas, que aturdió a Bardok, nació entre sus señores.

—No dudo que lo harías, Bardok. —Browen se encogió de hombros y bajó el puño de su súbdito con suavidad—. Pero si alguien tiene que matar al hermano de Douglas prefiero que seas tú. Y él también lo prefiere.

El rumor se convirtió en una carcajada, y el aturdido y suspicaz Bardok volvió a su lugar con el cejo prieto y una mueca en los labios. El príncipe sonrió y se irguió al tiempo que contemplaba a sus señores entre las sombras y claros de la tienda. Alzó una de las copas y esperó que todos repitieran su movimiento.

—¡Toda la gloria para Abbathorn Levvo y el Imperio Misinio! —dijo a voz en grito.

—¡Levvo, Levvo, Levvo! —clamaron todos.

Los escribas redactaron los documentos que serían enviados a Davingrenn antes de que el campamento fuera dismantelado y los generales misinios regresaran al frente de sus ejércitos. Todo estaba



dicho. El plan de su padre, el rey, seguía su cauce, como los mandatos de un dios omnipresente desde la lejanía del salón del trono. Todos callaban y acataban las órdenes, convencidos y devotos de aquella fe ciega hacia el monarca, algo de lo que él mismo dispondría algún día. El sueño del Imperio Misinio se había convertido en una realidad. O, de forma más realista, estaba en camino de ello. Pronto todo el norte formaría parte de una nueva nación regida por el férreo puño de su nombre. Aunque todavía quedaban ciertos compromisos por cumplir.

Tras el vino y las despedidas, la claridad del exterior le pareció cegadora. Gavein había preparado su montura personalmente y supervisado el equipo necesario y la escolta que los acompañaría hasta su nuevo destino, la ciudad ducal de Bremmaner. Como representante de su padre, debía acudir a sellar el pacto con el duque Lórean y agradecerle su apoyo contra el rey aukano y los herejes de la Orden de Vanaiar. Su misión: mostrar al duque su buena fe y el premio por su lealtad. Él mismo. Como hijo del rey misinio, pronto se desposaría con la pupila del duque, Leana Hornavan, sellando así el final de la antigua rivalidad entre las dos casas. Tan solo era un súbdito más que se sometía sin objeciones, sin discusión. Pues así lo habían educado; siervo e hijo, nunca al contrario.

—¿Rumbo al norte? —preguntó Oliver Rjuvel, que ya montaba un corcel cubierto por una gualdrapa larga azur y plata.

—Los asuntos de la corona me llaman en Bremmaner —respondió, dando media vuelta—. Me reuniré con vosotros en el asedio de Akkajauré.

—Los asuntos de alcoba, querrás decir. Una boda siempre es motivo de alegría. —Sonrió bajo el tupido bigote oscuro.

—Así debería ser. Pero son asuntos, al fin y al cabo. —Browen guiñó un ojo de forma involuntaria, bajó el rostro y dirigió una seria mirada a Oliver—. Tu hermano se encargará de la toma de Dromm. Me han dicho que está haciendo un buen servicio a tu casa. Le deseo la mejor de las suertes. Y a ti también, Oliver.

—Mi hermano es un buen político, y como tal su meta es el poder, no trepar escalinatas de asalto. —Asintió con aspecto sombrío y una amarga sonrisa—. Confíemos en su capacidad para esquivar las flechas como esquivo la sífilis y a los maridos enojados —suspiró



y retomó su tono cordial—. Te deseo lo mejor con tu nueva esposa. Que sea ardiente en la cama, dueña de su casa y una buena madre.

—Solo la he visto una vez —añadió él—. Y no puedo asegurar nada de eso a simple vista. Es un matrimonio político y yo un siervo fiel de mi padre y su causa. Si es su deseo desposaré a esa mujer y le daré hijos que heredarán un imperio.

—Me han hablado de su cuerpo —confió Oliver con una mueca desdeñosa—. Y también de su mal humor. La Hornavan es una mujer guerrera. Que no te rompa ningún hueso en vuestra primera noche. O en la segunda.

El joven Levvo torció el gesto.

—No pareces muy satisfecho.

—La satisfacción no es más que un lastre a la realidad. —Browen chasqueó los labios—. En los pactos no se desea la satisfacción, tan solo el buen término de lo pactado. Si no hubiera desencuentro, si yo eligiese a esa mujer, los sentimientos alterarían el trato y la mercancía de la lealtad perdería su valor. No puedo estar satisfecho.

El noble hijo de Dosorillas se devoró los labios bajo el bigote y meditó aquellas palabras.

—Eres demasiado serio, mi príncipe —dijo, moviendo la cabeza a los lados—. Todavía eres joven para pensar como un rey viejo. Y además eres un romántico. Valoras en demasía el amor. El matrimonio es un pacto por la supervivencia, el amor llega con el tiempo. Y si no, siempre están las mujeres de los otros —concluyó con una breve mueca sarcástica que se esfumó al instante—. Es broma, mi príncipe. Sabes que yo nunca haría algo así.

Browen sonrió, acarició la montura de Oliver bajo la capizana metálica y tendió la mano derecha hacia él.

—Ten cuidado en Bremmaner —añadió el hombre con rigidez—. Ten mucho cuidado.

Oliver era un gran guerrero, heredero de Dosorillas por derecho, pero demasiado rígido y no muy inteligente. Desde que Browen lo conocía, había regido su vida por estrictos valores de lealtad a sus padres, códigos de honor y comportamiento. Tenía un aura de rectitud, incapaz de mostrar otra cosa más que la que perturbaba su mente. Un hombre plano y sincero por obligación. Al contrario que su hermano, Verneil, un tipo con dos caras, o más bien una multitud



de ellas. Oliver y su comportamiento le resultaban irritantes y necesarios al mismo tiempo. La lealtad y los valores también podían ser equivocados en según qué hombres, aunque eso Oliver nunca se lo cuestionara.

Pequeños destacamentos armados corrieron de una parte a otra, en una barahúnda de gritos y órdenes y el trasiego de desmontar un campamento. Los estandartes cabalgaron hasta la primera línea de colinas y desaparecieron contra el temprano atardecer de Aukana. Antes de la noche la elevación donde se habían reunido no sería más que una mota enfangada entre los apagados campos de hierba ocre. Un soldado acercó su montura a Browen. Un hermoso alazán llamado *Kokoil*, furioso, en uno de los dialectos de El Linde. Se encontraba tan agotado como él, magullado y anhelante de un baño y el sueño reconfortante que le hiciera olvidar las imágenes de la guerra. Rostros deformados por el terror se sucedían frente a Browen cuando cerraba los ojos. Hombres que habían muerto bajo su espada durante los últimos días. Aunque para eso todavía debería esperar mucho tiempo.

—Cuando lo desees podemos partir, príncipe Levvo —dijo alguien a su espalda.

Enro Kalaris, señor de Ursa, esperaba tras él, con el caballo por el bocado y su perenne gesto altivo y fuerte.

—Voy hacia el norte —respondió él—. ¿No deberías haber partido con Oliver y Skol?

Kalaris rio de forma gutural, como un ronquido surgido desde el estómago.

—Llegó un mensaje de tu padre esta misma mañana —explicó satisfecho—. Vuelvo a Davingrenn para desposar a tu hermana cuanto antes. No quiere verla viuda antes de casarla.

—Todavía estaba en cama tras la huida del De Bruswic —objetó Browen.

—Pues entonces será tu padre el que no quiere entregarme una hija muerta y desea que me apesure —respondió Kalaris y a su sonrisa asomó de nuevo el ronquido jocoso.

Browen intercambió una desconcertante mirada con Gavein, que arrugaba el cejo mientras ceñía el ataharre de su montura. Enro Kalaris los miró a ambos con los ojos casi cerrados y los pulgares enganchados en el cinto. Todo en aquel hombre era grande; el amplio



pecho, la nariz bulbosa, los dientes caballunos, los dedos como corteza de olmo. Y su figura imponía, además del tamaño, una energía deslumbrante que comenzaba en las caracoladas guedejas anaranjadas y continuaba en los profundos ojos verdes.

—Vamos —dijo—. Tu hermana se casa con el mejor de los candidatos, será señora de Ursa y parirá buenos y fuertes hijos con el pelo de fuego.

—Bueno... —tartamudeó el príncipe— esa es una gran noticia. Pronto seremos cuñados. Cabalguemos juntos pues.

—Sus heridas... —musitó en confidencia Kalaris—. ¿Son graves? Quiero decir... ¿No habrá quedado deforme o incapacitada, verdad?

El príncipe le dirigió una mirada cortante como un filo helado. No hubo respuesta a su pregunta.

Browen no gustaba de la compañía de Enro Kalaris. No necesitaba disimularlo, tan solo ser cordial, políticamente correcto, discreto y paciente hasta que Kalaris abandonara la conversación y prescindiese de él. Pero eso no ocurrió tal y como las maneras y modales marcan.

Desde que abandonaron el lugar en que se habían reunido con los otros señores misinios, Kalaris fanfarroneó de sus hazañas, despotricó contra el resto de nobles, maldijo una y otra vez a los monjes de Vanaiar, y amenazó de muerte a todos los enemigos que recordaba. Era un hombre iracundo, altivo, que trataba a su montura con desprecio. Durante un momento, Browen y Gavein, hastiados de su cháchara, cruzaron miradas cómplices y ambos supieron que le deseaban una lenta agonía.

Kalaris les permitió un único respiro y no fue por cortesía, ni por agotamiento, resultó ser por admiración.

El segundo día de marcha hacia el norte, tan solo unas horas antes de que el señor de Ursa los abandonara en dirección al oeste, encontraron el camino sembrado de muerte.

—Por todos los dioses del norte... —masculló Browen antes de sentir el regusto agrio trepando por su garganta.

Gavein, que se había educado en las duras tierras de El Linde, donde los hombres viven en clanes de origen salvaje y no se rigen por las leyes misinias, no había visto nada igual. Ni siquiera más allá de los montes de Brönt los salvajes habían perpetrado tales atrocidades.



A ambos lados del camino, árboles, estacas y postes servían de catafalco a hombres, mujeres y niños. Docenas de cuerpos pendían de cuerdas, devorados por las aves, corrompidos por el sol y los insectos. Las nubes de moscas y mosquitos sobre los jirones de carne desgarrada zumbaban de forma ensordecedora. A los pies de algunos ahorcados las vísceras se agitaban cubiertas de larvas blanquecinas. El camino continuaba flanqueado por aquel público que murmuraba cada vez que las moscas volaban a su paso, y al que era imposible no prestar atención.

—¿Quién ha hecho esto? —murmuró Browen, al contemplar la interminable y macabra senda.

—Kregar Kikkuril —respondió Gavein. Sus ojos se contraían en un millar de arrugas de piel dorada mientras contemplaba el horror ausente de vehemencia—. La guerra llega a todos los rincones, compañero, y es una buena excusa para limpiar la casa propia una vez se ha preparado la escoba. No hay otro propósito más que acabar con los enemigos políticos y los opositores. Quizá no estés acostumbrado, pero así se gobierna en tiempo de guerra.

Gavein clavó en él sus ojos de hielo y detuvo el caballo a su lado, en silencio, hasta que una carcajada les hizo dar media vuelta.

Kalaris reía como un marinero borracho. Golpeaba los muslos con las manos y reía, reía y reía hasta que le saltaron las lágrimas. Sus carcajadas comenzaron a contagiarse a la tropa y, en un momento, muchos hombres armados reían a carcajadas en el centro del camino. Los cuervos desplegaron las alas y se unieron a la algarabía con graznidos agudos y después volaron en círculos sobre todos ellos.

—¡Basta! —gritó el príncipe Browen, aunque Kalaris no contuvo su risa, tan solo bajó la intensidad.

—Pensaba que ese Kregar era un presumido que abusaba de muchachos jóvenes —dijo entre risas—. Pero empieza a gustarme ese violador de ovejas.

Browen tiró con fuerza de las riendas y *Furioso* saltó a un lado con un relincho.

—¡Aquí nos separamos, señor de Ursa! —exclamó—. Dad recuerdos a mi padre y nos veremos en la boda de mi querida hermana.

Picó de espuelas con fuerza y se alejó a galope tendido de aquel salvaje noble y sus hombres. Ni siquiera miró atrás. Escuchaba los cascotes



de Gavein y su escolta personal tras él. ¿Cómo podía casar su padre a un hombre así con su hermana? ¿Qué pretendía con ello? Kalaris era el Hiurel misinio, el representante del consejo nobiliario frente a la corona, un cargo de gran poder y responsabilidad. Quizá no hubiera sido lo más acertado dejarle de aquella manera en tierras de Kjionna. La rabia se le convirtió en remordimiento y de nuevo en un rabioso reproche. Debería pedir disculpas cuando volviera a Davingrenn, tragarse su orgullo y aceptar los planes de su padre y a su nuevo cuñado. ¿Cómo podía hacer algo así? ¿Tan poco significaban para él?

Los campos fronterizos de Aukana se mostraban como una sucesión de colinas suaves coronadas por árboles solitarios. Cabalgó inmerso en sus pensamientos, abandonado y solo, perseguido por sus hombres, hasta que dejaron atrás el hedor de la muerte y la noche cayó sobre ellos.

Durante la mañana del segundo día desde que dejaron atrás a Enro Kalaris y su cruel risa, divisaron la ciudad de Bremmaner.

El palacio ducal asomaba en su risco como un bloque de granito, protegido por la más grande muralla de todo el norte. Como la resistencia de sus ciudadanos, la ciudad se mostraba sólida y desafiante a los campos de alrededor. Baluarte de una cultura propia que había sido perseguida por los reyes misinios y traicionada por sus antiguos parientes aukanos. Bremmaner, siglo tras siglo, guerra tras guerra, sometida y liberada una y otra vez, continuaba en el mismo lugar, imperturbable ante los odios de dioses y reyes. Y el hijo de su más encarnizado enemigo, Browen Levvo, llegaba a sus puertas para sellar el fin de su odio y convertirse en el primer misinio con derecho a acceder al gobierno del ducado.

La escasa columna de guardias misinios atravesó las calles de la ciudadela y ascendió hasta el palacio ducal. Nadie parecía indiferente a su paso. El desprecio empapaba las miradas y tras ellos tan solo dejaban el frío y crudo silencio de un mausoleo. La confianza era su única arma. El duque era un hombre de palabra y los Levvo habían cumplido con su parte, allí estaba él para demostrarlo. Aunque quizá todo era una artimaña, una trampa para llevarlo a la muerte o utilizarlo de rehén. El duque había apoyado la guerra de Abbathorn, traicionado a los aukanos y a los Jansenitas de Vanaiar, y conseguido casar a su pupila con el heredero misinio, lo cual le reportaba una



nueva era de paz para su pueblo. ¿Qué podía ganar con su muerte o captura? Los Levvo no eran extorsionados, eso lo sabía todo el mundo.

«El duque ha hecho un buen trato —se dijo al contemplar los rostros de aquellos que se apartaban a su paso—. Tantos años de guerra han marcado a este pueblo, lo llevan en la sangre y en los ojos. Es el vacío que deja la muerte. Únicamente tienen pasado, una gloriosa historia, pues el presente es demasiado duro para aceptarlo y el futuro se esfumó en la pira funeraria.»

Descendió de un brinco y los tobillos le devolvieron una dolorosa punzada en respuesta a su brío. Demasiados días sin descanso, demasiados muertos y objetivos de guerra por cumplir. Ansiaba un baño caliente, un lecho mullido, carne recién hecha y vino especiado. Dispondría de algunos días antes de volver a empuñar la espada en Akkajauré. Días como invitado de honor del duque, días de diplomáticas conversaciones, política, medida, hastío y falsedad. Y unas pocas horas para ella, para su remanso de paz, su auténtico y añorado reino.

Cuando el príncipe Browen atravesó las puertas de la nave principal del palacio ducal, nadie había esperándolo. Se detuvo a unos pocos pasos de la entrada e intuyó un movimiento tras una de las columnas. Una mano blanca, pero no de porcelana, más bien de piedra dura, precedió la aparición de Leana Hornavan. Con su orgulloso rostro ovalado, el pelo castaño suelto y rebelde como ella, lo observó con descarada curiosidad.

—Bienvenido a Bremmaner, misinio —dijo ella.

Vestía unos amplios pantalones de lino blanco ceñidos a las rodillas y una camisa de mangas cortas que dejaban ver sus brazos fuertes y bien formados. Caminó hasta él a pasos largos y rítmicos, con la suavidad de un depredador. Sus cejas formaban un arco de escepticismo con los carnosos labios.

—Así que tú eres la mujer que debo desposar por el bien de nuestras casas —sonrió él—. Debo decir que nada me hace más infeliz en este mundo.

Browen la observó acercarse al tiempo que estiraba los dedos de sus guanteletes y los arrojaba al suelo. Allí estaba frente a él, la sacerdotisa guerrera, la última de su linaje.



—Apestas a sudor y sangre. —Leana arrugó la nariz y sonrió en la comisura de sus labios.

—Te he echado de menos —murmuró él antes de fundirse en un beso apasionado y estrechar su cuerpo contra el de ella.

CAPÍTULO 4



brió los ojos y, sin moverse, escudriñó alrededor.

La habitación se encontraba en penumbra, iluminado un rincón por el tenue fuego de la chimenea y la luz que se filtraba entre los cortinajes. Debía de ser mediodía, quizá más tarde. Los brebajes de hierba del sueño la atontaban, perdía la noción del tiempo y todo se volvía una sucesión de noches y días en una interminable vigilia repleta de horribles pesadillas. Con la diestra tiró las mantas a un lado y, poco a poco, se incorporó hasta quedar sentada en el borde del lecho, de espaldas a los ventanales cubiertos.

Anja Levvo contempló su mano izquierda cubierta de vendajes, reposar muerta sobre su regazo, y se llevó la mano derecha a la sien. Cerró los ojos y sintió que la habitación le daba vueltas. ¿Cuánto tiempo había pasado? Recordaba la cena en el salón lejana en el tiempo, como si hubiera sido un año atrás. También el rostro de su madre y el sabor de los brebajes calientes en su garganta. Después llegaban los extraños criminales. El rostro del muchacho de ojos afilados y la mujer de pelo corto color heno. Escuchaba sus risas y el dolor le rasgaba el espinazo con cada cuchillada. Su padre, el rey, con su voz grave y los ojos fuera de sí, semidesnudo, montando a su madre de forma salvaje mientras Browen miraba todo desde un rincón. Oraciones junto a la cama, conjuros arcanos que ella misma había intentado aprender de los libros de Rághalak. Tragó saliva y los pies descalzos tocaron el frío suelo de piedra.

La habían vestido con una larga camisa de color verde claro, larga hasta los tobillos y ceñida a los puños y el cuello. Dio un paso y el dolor la hizo emitir un quejido que rasgó el silencio del cuarto. Llevó la mano a la espalda y acarició la dureza de los emplastos y las compresas de lino. Entonces sintió el pecho oprimido y descubrió el compacto vendaje que ceñía su espalda, desde los hombros hasta las nalgas.

Se acercó lentamente hasta los ventanales y apartó con dificultad los cortinajes. La luz violentó la estancia. No era un resplandor veraniego, ni siquiera iluminaba el sol aquella ventana, pero sus ojos se encontraban todavía en las tinieblas y desvió el rostro a un lado,



cegada por la luz exterior. Repitió la operación hasta descubrir todas las ventanas y quedar exhausta con la frente apoyada en uno de los cristales. Su brazo permanecía estéril, apoyado contra el pecho.

Con la respiración agitada, presa de un creciente pánico, comenzó a deshacer el vendaje de su mano izquierda. Torpe y débil, trataba de apartar el tejido que cubría su piel. Tiró varias veces al tiempo que su corazón se aceleraba. Mordió las vendas y el dolor, punzante como un aguijón envenenado, trepó hasta el codo. Ahogó un grito dolorido y contuvo el aliento cuando la venda cayó al suelo en una suave espiral.

Anja vio su mano abotargada, con un largo y profundo tajo que cercenaba la carne hasta casi mitad antebrazo. Los dedos, antes delgados y blancos como mármol, estaban hinchados, amoratados, repletos de sangre coagulada. Y el hedor, el tufo a putrefacción que golpeaba su rostro era horrible. Aquel miembro deforme y negruzco no era su mano. Ni siquiera la sentía al final del brazo; era como mirar un trozo de carne muerta, algo ajeno a su cuerpo. Las piernas le fallaban. La habitación volvió a dar vueltas alrededor y se derrumbó contra las gruesas cortinas.

—¡Mi señora! —gritaron al tiempo que la puerta se abría— ¡Ayuda, ayuda!

Varias sirvientas entraron en la habitación y se abalanzaron sobre ella. Frente a sus ojos se sucedieron rostros desconocidos y voces lejanas y confusas en una sorda neblina. La acompañaron al lecho y el contacto de las sábanas le provocó una glacial sensación de levedad. Cerró los ojos y trató de controlar el vaivén de sus sentidos. El labio inferior acompañaba trémulo un susurro casi imperceptible.

—Mi madre —suplicó antes de desmayarse—. Que venga mi madre.

La sonrisa de Rághalak nunca le había parecido tan obscena. Tenía el cuerpo desnudo y los pechos de mujer descolgados como ubres estriadas; cubiertos de manchas, al igual que la piel de su calva. Abbathorn le dirigía una mirada terrible, severa y llena de prejuicios, mientras el consejero se relamía acurrucado bajo la figura del rey. Familia, imperio, Dios. Sabía que su madre la llamaba pero no en-



contraba su rostro. Comenzó a gritar desesperada cuando el cuerpo se le convirtió en un miembro atrofiado lleno de pústulas. Rághalak estaba allí, junto al rey, pero también era la reina. Eran los dos. Y Abbathorn continuaba impasible, como una figura de cera.

Despertó varias veces; siempre rodeada de una densa oscuridad. De vez en cuando, rostros de aspecto fantasmal aparecían de la nada y repetían, una y otra vez, su mensaje traído del más allá. El guerrero del rostro rectangular. Berk, sosteniendo sus intestinos y babeando oscuros salivazos. El rey y su risa insana y enloquecida. Risas y más risas. Y en ocasiones silencio y el chiquillo harapiento en un rincón, clavando en ella sus ojos sin iris; durante horas, toda una vida. Hasta que por fin llegó el día y la luz, y las visiones desaparecieron entre los ecos de la consciencia.

—Hay que ventilar esta habitación —dijo la reina, corriendo las cortinas bruscamente al tiempo que Anja parpadeaba en el lecho, tratando de alejar el sueño.

Había entrado perseguida por media docena de sirvientas que, imitando a su ama, comenzaron a abrir los postigos de los ventanales. Una brisa fresca inundó la estancia y arrolló los sentidos de Anja. Tenía la boca reseca y los ojos doloridos. Se encontraba débil y el estómago se le recogía como un animal herido. Las criadas retiraron las mantas de su cuerpo y la reina se detuvo junto al lecho y la contempló con expresión satisfecha.

—Estás mucho mejor —dijo, frotándose las manos—. Eso es indudable. Pero has perdido mucho peso. ¿Tienes hambre?

—Estoy hambrienta —respondió Anja con un hilo de voz.

—Traedle fruta, queso tierno, miel, leche, pan blanco y nueces —ordenó la reina a una de las sirvientas que asentía con cada nueva palabra—. Y preparad pescado para esta noche.

La sirvienta salió a toda prisa y cerró la puerta tras ella. La reina Anja miró a su alrededor y devolvió la vista a su hija, sentada al borde de la enorme cama.

—Sé que te sientes mareada y débil, pero ya no tienes fiebre —afirmó, pecho enhiesto, hombros atrás—. Pronto te recuperarás.

—He tenido unas pesadillas horribles, madre —murmuró la princesa con la palma derecha en la frente.

—Dime qué viste.



La reina Anja se sentó a su lado, con la espalda erguida y los ojos oscuros y refulgentes frente a ella, y esperó su relato. Pero Anja no quería contarle los sueños que había tenido a su madre; o por lo menos no todos. Sintió vergüenza y pánico cuando recordó las imágenes tan violentas y sucias en su cabeza. Cada segundo que demoraba su respuesta quedaba más claro para la reina que su hija le ocultaba la verdad, y Anja trató de ser tan sincera como su madre demandaba sin desvelar sus profundos monstruos.

—Soñé que Abbathorn te poseía de forma salvaje y Browen miraba desde un rincón —explicó Anja, con cierto reparo.

—¿Me golpeaba? —Alzó una ceja la reina.

—Sí —respondió la princesa y una irónica sonrisa apareció en el fino rostro de su madre—. Pero después ya no eras tú. Era Rághalak el que aparecía con pechos de mujer y el rey estaba a su lado, desnudo.

—¿Y tu hermano?

—No —Anja arrugó el cejo—, él ya no estaba.

La reina apartó la mirada un instante en un mohín caviloso. Tomó aire profundamente por la nariz y le devolvió la mirada cargada de energía.

—Siempre tuviste unos sueños muy reveladores, hija mía. Algún día llegarás a comprenderlos —dijo, dando unas palmaditas en sus manos.

—También soñé con los presos que escaparon —añadió Anja.

—Eso me parece menos importante.

La reina Anja se puso en pie y cerró las ventanas. Una de las sirvientas dejó una palangana llena de agua fresca junto a Anja y se sentó frente a ella, le tomó la mano izquierda y comenzó a cortar el paño que cubría la herida.

La hinchazón había dejado su carne insensible, tal que un apéndice ajeno a su cuerpo. El color negruzco y morado se había transformado en nubes de violeta con sombras cerúleas. El corte estaba limpio y seco en los bordes; era un cráter profundo que partía toda la palma hasta el antebrazo. No podía mover los dedos. La criada limpió la herida con el agua, aplicó un emplasto de hierbas y volvió a cubrir la mano con un paño limpio.

—Soñé con el chiquillo que los acompañaba —dijo Anja al tiempo que la ayudaban a desvestirse.



—Soñarás por mucho tiempo con ese momento. Suele ocurrir.

—No es el ataque lo que recuerdo —protestó ella sin levantar la voz—. Lo veo a él, en un rincón con esos ojos tan finos y sin iris. Escrutándome, como si esperase algo de mí.

Su madre dio media vuelta y la observó en silencio, después caminó hasta una de las ventanas y perdió su mirada en la lejanía del mar de Mis.

—Era el razaelita de Rághalak —continuó Anja—. Justo esa noche habíamos decidido ir a verlo.

—¿Verlo? —la interrogó la reina.

—Le pedí a Rághalak que me llevase a la cocina para verlo —explicó la princesa—. Sentía curiosidad y deseaba comprobar sus poderes de curación.

—¿Por eso casi mueres? —Dio media vuelta, bruscamente—. ¿Por comprobar sus dotes como curandero?

Anja cerró los labios, bajó la mirada y se quedó inmóvil. Las sirvientas habían retirado el vendaje y el emplasto de la espalda, dejando al descubierto la herida. Miró por encima del hombro y comprobó con horror su cuerpo cortado en el reflejo del espejo. La reina no había mentido, estaba más delgada y pálida que de costumbre, aunque además, el largo tajo marcaba su cintura como un salvaje desgarró. Los hombros, redondos y níveos, tenían algún rasguño sin importancia que se desvanecía en la piel transparente. Sobre los riñones comenzaba una hendidura que alcanzaba una de las nalgas y separaba sus carnes en una cicatriz horrenda.

Anja hubiese llorado de no ser porque su madre guardó silencio. Bajó el rostro. Se mordió las ganas y las lágrimas se le derramaron por dentro, tras la fachada pétrea que resultaba ser la princesa Levvo. Pasaron un paño húmedo por la espalda y limpiaron las heridas. Le vendaron todo el torso, oprimiendo su pecho y el vientre, hasta la cara interior de los muslos. Después la vistieron con un traje verde que se ceñía a la cintura y a los hombros sobre una camisa blanca bordada con diminutas perlas en la pechera a modo de brocado. Su madre continuó en silencio.

Mientras la peinaban pensó que debería explicarse mejor respecto al razaelita y su visita a las cámaras de Rághalak en plena noche. Había estado estudiando las artes arcanas y la curiosidad por una



realidad al otro lado del espejo comenzaba a plantear preguntas en ella que nadie podría responder. La reina conocía las bases de la alquimia y algunos textos arcanos, también el uso de velas y las señales y premoniciones en la naturaleza, pero no era un sustituto a los secretos de Rághalak ni competía a los antiguos sabios arcanos. De todas formas, aunque hubiera tenido ciertos conocimientos no los hubiese compartido con ella; no todavía, no todos.

—Cuando los encontremos —susurró la reina a su oído mientras ceñían una ligera diadema a su pelo—, yo misma me encargaré de que su sufrimiento dure años.

La reina Anja acarició el pelo de su hija y se irguió tal que una cobra.

Ella la contempló en silencio, con esa extraña mezcla de admiración y terror que los Levvo habían inculcado en sus hijos. No estaba bromeando. La venganza de su madre no conocía límites, y era una mujer fría y cruel como ninguna; una auténtica serpiente Levvo. Sin embargo, la princesa no podía dejar de preguntarse qué había despertado la vengativa ira de su madre. El ataque a su propia hija en el interior del Lévvokan o el orgullo herido del áspid verde.

—No debes preocuparte por los razaelitas. —Sonrió al tiempo que acariciaba sus mejillas con el dorso de los dedos—. Tienes un propósito más elevado que encargarte de los marcados. Deja eso para los monjes inquisidores y la guardia de tu padre.

Anja dudó al recordar su interés por el *Razalim Makaikan*, el único de los tratados arcanos que profundizaba en los primeros marcados aparecidos en Kanja.

—Debes centrarte en el estudio de las materias que te propuse —asintió.

—Los libros que me dejaste me fueron de mucha ayuda —afirmó ella, rotundamente—. Aprendo poco a poco, pero con firmeza.

—Desde luego que lo haces. —Chasqueó los labios—. Dices exactamente lo que quiero escuchar sin apenas alterarte. Y todavía no has desviado la mirada ni una sola vez. Despierta en mí satisfacción y cierta cólera contenida.

—Madre, yo... —dijo con la voz trémula y su madre mostró la sombra de una sonrisa gélida.

—No finjas vergüenza, por favor. Recuerda siempre que sé todo



lo que pasa por tu mente. ¿Preferías los que Rághalak guardaba para sí mismo? —La reina entrecerró los ojos.

Anja se sobresaltó. Su madre sabía que el taimado consejero le había prestado algunos libros sin su supervisión. Había leído manuales arcanos y textos prohibidos sin su permiso y eso era una grave rebeldía a ojos de la reina.

—¿Cuáles has leído?

—El *Códice de la Transmutación* —respondió Anja con rapidez.

—¿Solo ese? —arrugó el cejo.

—Sí. —Una gran mentira tras la que siguió un pesado silencio.

La reina detuvo sus ojos en los de su hija en espera de una señal, un gesto imperceptible, una demostración de debilidad y saltaría sobre ella como un cazador que descubre la presa herida. Pero eso no ocurrió. Anja respiró normalmente, con las manos sobre el regazo y la barbilla alta. Quizá su madre supiera que estaba mintiendo aunque, de todas formas, Anja también era una mujer Levvo, y eso lo llevaba en la sangre; sangre fría, helada.

La reina se volvió hacia las mujeres que recogían las sábanas y levantaban el colchón de lana para darle la vuelta.

—Salid —ordenó—. Dejadnos solas.

Ambas sirvientas abandonaron en el acto sus tareas y salieron al trote de la habitación.

—Enro Kalaris llegará pronto para desposarte —dijo con el semblante acerado—. En breve será tu marido y tú te convertirás en la señora de Ursa.

—Ansío encontrarme con mi destino —musitó Anja.

—Esa sería una buena respuesta si la dijeras a otro —dijo la reina, caminando hasta colocarse frente al espejo y encontrar los ojos de su hija en el reflejo—. Pero yo soy tu madre y mentora, y no tienes por qué guardar las formas conmigo. Claro que, tal vez te mientas a ti misma y en lugar de eso pretendieses decir que ansías ser dueña de tu destino. Eso sería más propio de la educación que te he dado. Aunque de nuevo, no dejaría de ser una respuesta falsa.

—Puedo afrontar cualquier reto —se corrigió Anja sin mover un músculo—. Estoy preparada.

La reina dio media vuelta y la miró de forma condescendiente.

—No eres tan inteligente, hija mía. —Sonrió—. Es la juventud la



que te llena de vehemencia. Pronto aprenderás a controlar ese sentimiento. Serás señora de una ciudad y esposa del Hiurel misinio. Deberás someterte en muchas ocasiones para triunfar en otras tantas. Pronto tu único destino será servir y tejer la tela de tu propia fuerza tras el hombre que te otorgó títulos y riquezas.

La reina anadeó de vuelta hasta ella con un suave vaivén en sus caderas. Cogió un frasco con perfume, humedeció la yema de sus dedos y acarició el cuello de Anja con el aromático elixir.

—Nada debe pasarle a Enro Kalaris —bajó la voz—. Debes protegerle por todos los medios pues él será la llave del trono para tu hermano. Pronto Browen desposará a la única hija legítima de Khy-mir y establecerá la semilla del futuro Imperio del Norte. Pero para que eso ocurra necesitamos del apoyo de Kalaris y su influencia en el resto de señores misinios. La autoridad de Ursa en el norte es un preciado tesoro que debe caer del lado de tu hermano.

—Pero el rey ha prometido a Browen con Leana Hornavan, la pupila del duque de Bremmaner, y pactar de una vez la paz con la ciudad rebelde —objetó Anja.

—Desde la desaparición de Rághalak los planes de tu padre se van al traste —desdeñó la reina con un movimiento de la mano—. Desea las minas de Akkajauré y dominar al nuevo Gran Maestre de la Orden de Vanaiar. Prometió tierras a los siervos de Kjionna y la libertad a los jinetes Kirkuk. Incluso les prometió a la princesa Vanya. Ese no es un futuro para mi familia. —Los ojos de la reina resplandecieron al tiempo que cerraba el puño frente al rostro—. Prefiero arrojarme a las llamas antes que ver esfumarse así todo por lo que he luchado. Sin Rághalak no hay meta en los planes del rey, solo la efímera gloria personal. No es un estratega, tan solo un chico resentido por los éxitos de sus antepasados. Sus señores se cansarán pronto de tantas ínfulas de grandeza. Ya le llaman el rey loco. Loco. —Sonrió—. ¿No te parece gracioso?

La reina tomó el rostro de Anja entre sus manos. Como si contemplara un espejo estudió su piel y acarició los pómulos hasta levantar su barbilla.

—Kalaris es más seguro, hija mía —murmuró sin apenas despegar los labios—. Apoya a tu marido en beneficio de tu familia.

Anja se mantuvo callada. No le producía ningún sentimiento



aquella sentencia porque, en realidad, las palabras de su madre, como otras tantas veces, eran un arma de doble filo. Las mujeres Levvo se entregaban, urdían su vida sometidas a una rígida y estricta disciplina; hasta que llegaba el momento y el objeto de su entrega, el matrimonio que habían respetado y defendido con uñas y dientes, se convertía en obstáculo para un fin mayor. Familia, imperio, Dios.

Ella no estaba interesada en matrimonios. El principio de la conversación todavía reverberaba en su cabeza y las palabras de su madre tan solo le hacían recordar al desaparecido consejero real. Los ojos felinos color mostaza y vetas verduzcas, la sierra de sus dientes limados y las manchas en el dorso de las manos huesudas y afiladas como garras. Esa era su máscara, la cobertura que ocultaba la verdad del consejero, una apariencia más allá de sus ladinas palabras protegida por el miedo. Quizá su madre también hubiese descubierto aquella mascarada del horrible hombre, o tal vez no. Su madre solía despreciar muchas pequeñas cosas que más tarde se convertían en grandes errores. Como su afición por los textos arcanos. Que la reina no pudiera comprender los misterios de la magia no significaba que su joven hija estuviese preparada para entregarse a lo prohibido.

—¿Quién era Rághalak? —preguntó Anja sin saber por qué.

Su madre se irguió y se alejó un par de pasos.

—Un perro fiel de tu padre salido de las profundidades del bosque de Oag.

—¿Era un sacerdote Ishká? —Su madre no había puesto freno a la curiosidad de Anja, así que continuó con sus preguntas.

—Tal vez lo fuera —se encogió de hombros la reina—. ¿Cómo sabes tú eso?

—Lo leí en un libro —explicó ella—. Son sacerdotes del caos; opuestos al Círculo de los Seis, los altos druidas que velan por el equilibrio sagrado. Los Ishká son seres ávidos de poder que buscan la unión de los opuestos y, con ella, la destrucción de todo.

—Un consejero a medida para el ego de tu padre —añadió de nuevo frente al espejo, comprobando que algún mechón escapaba sobre la frente—. Deberías concentrarte en tu matrimonio y en mis palabras. Sientes un amor enfermizo por los libros, hija mía. —Sonrió fríamente—. Muchos saberes provocan la desdicha en los sabios. Cuídate de que tu apetito no te lleve a la tumba.



Aquella última frase lapidaria continuó en los pensamientos de Anja durante el resto del día y buena parte de la noche. Podía tomarlo como una amenaza o bien como una advertencia. Quizá fuera ambas cosas. Desde que leyera el *Códice de la Transmutación* había aprendido que las ideas, los conceptos, no son uno solo, son dos, o muchas; y, tal vez, ese fuera el mundo que ella conocía, el de los muchos mundos donde nada es solo uno sino una multiplicidad de seres y pareceres. Así pues, si todos eran muchos, qué era ella; princesa, hija, mujer, pronto esposa sumisa y, en su interior, bruja.

Entre las mantas los sueños se le sucedieron como un torrente imparable de imágenes extrañas que la sumergían en un estado de vigilia. Algunas voces la llamaban a dormirse y caer en un pozo oscuro de gélido dolor. Pero ella se resistía y, de nuevo, la escena de la mayoría de edad de Browen y el bofetón del padre. La humillación, como una muerte social frente a todos. Lágrimas derramadas sobre el rostro de su hermano. Ella era incapaz de llorar. Las mujeres Levvo no lloran, sonríen y esperan, esperan, esperan mientras caen en un pozo de dolor. Abajo, más abajo, hasta el fondo. Y en el torbellino de la caída, gritos, aullidos y espejos de mil tamaños. En todos ellos aparecía el rostro del malicioso consejero rodeado por una tenue luz en un lugar conocido por ella: la torre de la biblioteca.

El alba la descubrió despierta. Ojos abiertos, extraviados en los efluvios de sueños premonitorios que el pensamiento consciente, con su moralidad y miedo y prejuicio aprendido a golpe de educación rígida, la hacía esquivar tal que una trampa. La herida de la espalda la avisaba de su presencia con un insistente picor. La mano izquierda, muerta sobre el regazo, apenas se desperezaba en un revivir que no llegaba, y continuaba replegada sobre sí misma, como una hoja muerta, pálida y reseca.

Se vistió con un traje sencillo, muy parecido al que llevaba la noche en que todo había ocurrido. La pechera se abrochaba sobre el pecho y el talle se ceñía a la cintura, lo que llevó más esfuerzo del que pensaba. Sentada en la cama, jadeante y con el cuello cubierto de sudor, desistió ante la torpeza de su mano zompa y dejó unos botones sin pasar. Se calzó unas botas de piel bajas y cálidas y se echó una capa sobre los hombros. Abrió el cajón central del tocador y extrajo una pequeña caja de marfil con ricos ornamentos dorados en las esquinas.



En su interior dos plumas negras, un frasco lleno de polvo ocre, algunas piedras de diversos colores y aquello que andaba buscando. Una piedra caliza blanca que manchó sus dedos en cuanto la tocó.

No salió al pasillo principal, podría ser sorprendida por cualquiera y no deseaba ser vista, no todavía. Dio un rodeo y descendió al patio desde las cámaras para invitados que ahora se encontraban vacías. Desde allí, por una escalinata, bajó a los salones de entrada, cerca de la barbacana del Lévvokan. Los adormilados guardias esperaban el relevo y se cuadraron a su paso tan tarde, que cuando las lanzas golpearon el suelo, ella ya había cruzado el portón de salida.

La mañana era fresca. El vaho precedió su respiración agitada, cruzó la capa frente al pecho y sintió el frío en la nariz. Fue una sensación placentera. Corrió en diagonal sobre el húmedo adoquinado. En uno de los patio laterales, bajo un pequeño arco y flanqueada por dos guardias Levvo, estaba la puerta de entrada a la torre de la biblioteca.

—Haceos a un lado —ordenó unos pasos antes de llegar a su altura.

Ambos guardias intercambiaron miradas de desconcierto hasta que uno de ellos se envaró y habló sin mirarla a los ojos.

—Lo siento, mi señora —dijo con voz grave—, pero la torre está clausurada y tenemos órdenes de no permitir la entrada a nadie.

Anjaladeó el rostro y abrió los ojos como platos.

—Supondré que no me has reconocido y que, en cuanto lo hagas, te disculparás, abrirás la puerta y te harás a un lado.

El guarda miró de soslayo a su compañero, que lo ignoró con la vista perdida en el frente. Después, sus hombros se hundieron y balbuceó lentamente.

—Mis disculpas, princesa. —Tomó un manojito de llaves de su cinto y comenzó a buscar la apropiada—. Pero nadie puede entrar en la torre. Esas son las órdenes de vuestro padre, el rey.

—No voy a subir a la torre —objetó Anja—. Solo quiero ver el lugar en que me atacaron aquellos fugitivos.

El guardia se volvió apenas, con el labio inferior algo descolgado y húmedo, como si sintiera su culpa por lo ocurrido, y agitó las llaves torpemente hasta introducir una en la cerradura. Tiró de la anilla y la puerta se entreabrió con un lastimoso quejido.

Anja ignoró al guarda que esperaba en el quicio, sin penetrar en la oscuridad iluminada por una columna de temprana luz diurna.



Como una pintura enmarcada, el suelo mostraba una oscura mancha que había penetrado en cada poro de la roca y entre las juntas. La sangre derramada por Anja aquella noche había pasado a formar parte de la torre, y ese pensamiento, frente a la sombra de su figura afilada y repleta de secretos la hizo sonreír de forma siniestra. Dio un paso y penetró en la oscuridad, más allá de la puerta, hasta el borde de la informe mancha, pero sin llegar a tocarla con la punta de sus botas.

—Dejadme sola un momento —murmuró sin mirar atrás.

—Pero, mi señora... —insistió el guardia con voz trémula.

—¿Prefieres ir a luchar por mi padre en las tierras de Aukana? —dijo ella con una mirada glacial.

La puerta se cerró y al principio la oscuridad fue un muro sólido y asfixiante que la oprimía contra el suelo. Le costaba respirar. Recordó cómo, aquella noche, las fuerzas la abandonaban sobre el cálido lecho de su propia sangre. Escuchó de nuevo el filo en la noche, cortando el aire, la ropa y su carne por igual. Sintió el abrasador contacto del metal y el dolor, el dolor que la volvía incapaz de moverse, de pensar, de pedir auxilio; tan solo entregada a la muerte.

Sus ojos se acostumbraron a la penumbra y pronto distinguieron la mancha en el suelo rocoso, pero ella no estaba allí, su cuerpo yacente había desaparecido, dejando tras él el precioso líquido vital, la sangre.

La pequeña roca caliza parecía emitir una claridad fosforescente en la oscuridad. Se acuclilló y dibujó un círculo en el suelo, sobre la roca manchada de sangre, de algo menos de un paso de diámetro. Después en su interior dibujó otro y entre ambos comenzó a trazar los símbolos olvidados. Sus labios repetían un galimatías al tiempo que la pequeña roca blanca trazaba extraños signos. Su respiración se agolpaba y la escritura se aceleraba en torno al círculo. Los últimos trazos parecieron golpes llenos de rabia. Se impulsó con las manos y saltó atrás para contemplar su obra. Las líneas y runas entre ellas se iluminaron un instante, con la claridad de una estrella, y después se fundieron en la roca impregnada de sangre, confundidas con la sólida oscuridad.

Golpeó la puerta con los puños y los guardias abrieron al instante. Apenas los miró al pasar a su lado. No podía contener la respiración. Se sentía acalorada y fuera de sí. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo podía ser que estuviera tramando algo así? Intentaba no correr, pasar desapercibida, pero la excitación la vencía, sus pies se aceleraban



hasta el trote y después, de un brinco, saltaban los escalones y se aferraba con fuerza al pasamanos. Cuando llegó a sus cámaras privadas corría a toda velocidad y la capa, tras ella, ondeaba como una bandera al viento. La espalda le recordó su herida con un dolor sordo y profundo que parecía nacer del mismo hueso.

La habitación estaba desierta. Nadie había notado su ausencia. Comenzó a girar alrededor con la piedra blanquecina en alto. No podía hacerlo allí. Su madre lo descubriría y la castigaría, o mucho peor, el castigo por aquello podía ser mucho peor. Mejor no pensar en las consecuencias. Pero ¿dónde lo haría, dónde? Se sentía mareada. Abrió las puertas de las cámaras cercanas hasta llegar a un cuarto pequeño, de suelo de listones de madera, que se había utilizado en algunas ocasiones para alojar a los sirvientes de los poderosos que visitaban el Lévvokan.

Se arrojó al suelo y con pulso trémulo dibujó un círculo, en su interior otro, y los signos volvían a su mano como las palabras afloraban a los labios en una letanía susurrada. Los últimos trazos fueron golpes furiosos que hicieron retumbar la madera y la piedra salió despedida de sus dedos. Arrancó el pasador de plata de su capa se llevó las manos frente al pecho. Dudó un instante. ¿Estaba segura? Nadie había hecho nada similar en muchos años, quizá siglos. Podía morir, quedar atrapada entre los mundos, en el lugar en el que habitan los demonios, presa para toda la eternidad, esfumarse como si nunca hubiese existido. Contempló, llena de temor, su mano muerta, raquítica, condenada a una existencia miserable. Clavó la aguja en la muñeca herida, justo sobre la cicatriz. El dolor la hizo doblegarse sobre las rodillas y ahogar un grito. Cerró los ojos con fuerza; las lágrimas se agolparon en sus párpados.

La sangre empapó el centro del círculo. Estaba hecho. Ya no había vuelta atrás.

La oscuridad se hizo de repente. Todo a su alrededor había desaparecido excepto el suelo que se había vuelto frío y pétreo. Al momento vio la escalera frente a ella. Se puso en pie y comenzó a trepar en la oscuridad. Había finos hilos de luz clara que penetraban desde algunas aspilleras. Tropezó varias veces pero continuó su ascenso. Se sentía una mujer nueva, arriba, siempre arriba y cada vez más y más rápido. Hasta llegar a la primera sala.



En el centro había una gran mesa cubierta de papeles. Estantes en las paredes, repletos de pergaminos y frascos de cristal. El atril de Rághalak con sus anotaciones. Polvo y más polvo, y un cofre, un cráneo de plata, mapas antiguos de lugares que no sabía ni que existieran. Y al fondo una puerta de doble hoja. Corrió hasta ella y la abrió de un empujón sin importarle el estrépito de su excitación.

A la vista de Anja, miles de libros abarrotaban las paredes de la biblioteca. Apilados en el suelo, caídos por los rincones en montones, legajos descompuestos de hojas desperdigadas sobre alfombras. Gruesos, finos, de tafilete dorado, de piel oscura, escritos en tablillas, en idiomas desconocidos, en runas y signos mágicos y cubiertos de bocetos y garabatos. Se llevó las manos al rostro.

Ahora la biblioteca del Lévvokan era suya. Suya y solo suya.

CAPÍTULO 5



l agua estaba cubierta de flores y hierbas, pero había perdido el calor y apenas era un caldo aromático y tibio. Brownen recostó la nuca sobre uno de los bordes de la enorme bañera y resopló cargado de una perenne ansiedad. Recogió agua con una mano y la dejó caer sobre la frente, con los ojos cerrados a pensamientos inoportunos.

—¿Te importaría relajarte aunque solo sea por un instante? —dijo Leana.

Brownen esperó a que el agua corriera entre sus cejas y abrió los ojos.

Leana apareció desde las sombras, contoneándose, con los andares leves y ligeros como el sedoso *shrab* de sacerdotisa anudado a su cintura. Su pelo castaño de guedejas recias y gruesas caía sobre los redondos y fuertes hombros. Sonreía con una especial inteligencia, un gesto felino y hambriento al que ya se había acostumbrado.

—Lo siento —se disculpó él—. Pensaba que ya debería haber presentado mis respetos al duque, y sin embargo...

—¿Estás aquí con su protegida?

Brownen entreabrió los labios y observó su cuerpo de carne dura y suave, tanto como su carácter. Suspiró y ladeó el gesto.

—Y sin embargo... —continuó—. Se niega a recibirme y pospone nuestro encuentro.

—El duque es dueño de su casa...

—Y yo soy el hijo del rey y merezco deferencia.

—¿Te parece un mal trato el que recibes en Bremmaner? —preguntó Leana con la voz aterciopelada.

Brownen la miró fijamente. Se había sentado en el borde de la bañera, tenía los pechos pequeños y redondos, sólidos como todo su cuerpo. El *shrab* se deslizó sobre el muslo y una rodilla, blanca y redonda como una luna, apareció y reclamó toda su atención. Ella sumergió la mano en el agua. Los pétalos giraron en el torbellino que dejó a su paso y después se arremolinaron en torno a su brazo. Brownen cerró los ojos y suspiró al sentir la suave caricia. Su cabeza cayó a un lado y se humedeció los labios.



A veces, resultaba tan fácil dejarse llevar... Aunque era una falsa salida, una momentánea excusa. Abrió los ojos.

—Hace dos días que estoy aquí y no he hecho más que descansar y hacer el amor —replicó él tras enfrentar sus miradas.

—¿Y no te encuentras satisfecho?

—Si hubiese muerto, este sería el único de los paraísos que haría feliz a mi espíritu. —Sonrió él, se pasó la mano por la cara y, como llevada con la cascada de agua, la sonrisa se esfumó tan rápido como había aparecido—. Pero todavía estoy en el mundo de los vivos y mi padre tiene una alianza que sellar y una guerra por ganar.

—¿Por qué no me extraña esa actitud de sometimiento y deber? —Leana chasqueó los labios y apresó el vello púbico de Browen entre los dedos—. No me gustas nada cuando te conviertes en el obediente hijo de Abbathorn Levvo —masculló tras afilar la mirada.

Browen se sintió ruborizar. Trató de incorporarse, pero Leana lo empujó y él resbaló en un pequeño chapuzón. Escupió agua, gruñó, y la atrapó entre sus brazos, arrojándola al interior de la bañera junto a él. El agua se desbordó en una ola. Browen giró sobre sí mismo y trató de atraparla, pero Leana se revolvió, dio la vuelta a la situación y se colocó sobre él antes de besarlo.

—Olvida la guerra y los tratos de tu padre —susurró a sus labios—. Sé tú mismo por una vez. El duque puede esperar; la guerra también. Cuando atraveses esa puerta volverás a ser el león Levvo, pero de momento, mantén tu mente libre de inquietudes y concéntrate en la mujer que te habla.

No era fácil olvidar el nombre de su casa, a pesar de que ello significara la mayor de las liberaciones para Browen. Desde que la conociera, Leana era una isla desierta, un cobijo de calor y silencio en la ruidosa realidad de su destino. Y sin embargo, durante el breve tiempo que podía disfrutar de su compañía, durante las noches en que desnudos se refugiaban el uno en el otro, las tribulaciones de su sangre inundaban su pensamiento y le dejaban ajeno y distante. Se veía ausente y avergonzado al mismo tiempo, pues sentía las miradas cargadas de reproche de Leana, pero él era el hijo de Abbathorn Levvo, el león, y nada podría cambiar eso.

Browen la miró fijamente, sin pestañear, y después se besaron muy fuerte, como en una salvaje dentellada.



Se vistió con una camisa blanca y un manto de lana sobre los hombros que anudó a la cintura con un grueso cordón teñido de verde. Tras la primera noche en Bremmaner todo el cansancio de los días anteriores se había transformado en un dolorido recordatorio de las batallas. Le costaba cerrar los puños y enderezar la espalda, y ni siquiera los músculos se le relajaban lo suficiente como para olvidar que la guerra por el norte no había hecho más que comenzar.

—Nunca me harás caso —dijo ella al tiempo que servía vino en un pichel de plata—. Demasiado orgullo masculino.

Browen la observó desde la distancia y se sentó en el banco sin respaldo cubierto de cojines. Leana se mostraba como era; entre tinieblas encarnadas, hermosa e intrigante, sacerdotisa y guerrera. La última de una estirpe que los de Bremmaner deseaban recuperar antes de someterse al poder de los misinios. Y él la amaba. Lo sentía en la boca del estómago cuando la miraba, en sus pensamientos cuando estaba demasiado lejos para escuchar su voz, tocar su cuerpo, paladear su sabor. Pero eso era algo que nadie debía saber. Su amor debía quedar en secreto. Era más seguro para ambos. Un matrimonio convenido debía carecer del amor, de la pasión que sentía cuanto la abrazaba contra el pecho; fuerte, muy fuerte.

—Es tan propio de los hombres no saber disfrutar del presente. —Caminó hasta él con sendas copas—. Atormentados por el antiguo pasado, o bien por el futuro inexistente. Por mucho que caviles en el duque o en tu padre, en los hombres que matarás o en los que mataste y cuyas voces te persiguen, no conseguirás más que ansiedad y miedo. Es algo tan obvio que no sé cómo no puedes verlo.

—Sí puedo —masculló él con fastidio—. Pero encerrado en la casa de mi enemigo, rodeado por sus soldados, y con la guerra atezando a mi pueblo, no es tan fácil olvidarse de todo, por muy hermosa que seas o lo sugerente de tus palabras.

—Solo quiero ayudarte —susurró Leana de forma tierna y tomó asiento a su lado—. ¿En qué piensas ahora?

—Pensaba en la próxima boda de mi hermana con Enro Kalaris. Mi padre sellará así el pago por la lealtad del Hiurel misinio. —Desvió la mirada con un susurro—. Anja no está preparada para Kalaris.

—El nuestro también es un matrimonio pactado.

—Pero yo te amo a espaldas de mi padre.



—Más te vale —sonrió ella.

—No te mofes de mi hermana —escupió.

—No me mofaba de ella —Leanaladeó el rostro, cubierto por un velo de repentina seriedad—. Quizá lo hiciese de tu padre, pero nunca lo haría de una mujer que es obligada a someterse.

Browen se recostó entre los mullidos cojines y expiró pesadamente con la vista perdida en los rincones.

—Tú no lo conoces —murmuró al tiempo que se mordía el labio inferior y perdía la mirada—. Kalaris es un bárbaro, un déspota cuyas dos anteriores mujeres han muerto en el lecho. Anja no está preparada para esto, todavía es muy joven. —Se incorporó, la rabia sometida en un susurro—. Pero eso no importa a los intereses del rey, al poder y la gloria de mi nombre.

Leana dejó la copa a un lado, se acercó y le acarició las mejillas de forma compasiva.

—¿Cuánto ha de durar esto antes de que intente expulsarme lo más lejos posible de su lado? —masculló Browen.

—Ahora has hablado ciertamente —le dijo—. Tu padre te quiere lejos, pero eso es algo que sabes desde hace muchos años. Nada cambiará su odio hacia ti nacido desde el miedo. Es él el que te teme, Browen. No necesitas nada de esto. —Ladeó la cabeza hacia las armas de ambos abandonadas en un rincón, y su pelo se contoneó de forma seductora—. Deberíamos escapar a las montañas del Ilä y no volver nunca —le propuso.

—¿Y rodearme de aukanos de bigotes largos y comedores de buey? —Browen amagó una sonrisa ceñuda—. Prefiero perderme en los lejanos países del sur de Kanja que verme envejecer entre aukanos.

—Huiremos donde desees, donde nadie nos encuentre. —Lo tomó de la camisa con ambas manos y lo atrajo hacia ella—. Y me darás tu semilla para criar muchos hijos.

—Siempre que quieras —sonrió él.

—Siempre que te lo ordene.

Browen rio y chasqueó los labios. De nuevo sus ojos se desviaron al suelo y la sonrisa se le volvió melancólica.

—¿Qué ocurre ahora? —le interrogó Leana.

—Es hermoso soñar —respondió con una cantinela en la voz—.



Pero en unos años seré duque de esta ciudad, rey de Misinia y emperador del Norte. Y tú conmigo.

Leana le soltó la pechera, contrariada, y se alejó unos pasos, jugueteando con la copa de vino entre los dedos.

—Lo llevas en la sangre —dijo al tiempo que miraba sobre su hombro—. Los Levvo estáis condenados a la ambición y la guerra. Y yo contigo.

Browen torció el gesto y sintió un amargo regusto trepar por su garganta. La palma de las manos se le humedeció y los dedos se convirtieron en carámbanos helados. Se puso en pie y caminó hasta ella.

—Lo siento —dijo en un murmullo—. No sé qué me ocurre. Debería dormir a tu lado y no verme acosado por estas insanas inquietudes. No es por la guerra, aunque quizá pienses que soy un cobarde...

Ella se dio la vuelta. Había recuperado la ofensiva sonrisa que esgrimía cuando lo desafiaba y deseaba a la vez.

—Nunca he pensado que lo seas —replicó—. Ni espero hacerlo en el futuro. Aunque quizá sería mejor que yo participara en ese asedio de Akkajauré.

—Sin duda sería más hermoso —asintió él al tiempo que le acariciaba el cuello.

—Sagrado. Y mucho más mortífero —añadió Leana—. Aunque yo no mato aukanos a las órdenes de los misinios. Sería como acabar con un pariente lejano.

—Así es la guerra. —Browen se encogió de hombros—. Someter al enemigo, conquistar su territorio, expandir tus dominios.

—Esas son pretensiones de hombres. —Arrugó la nariz y bebió un pequeño sorbo—. Gobernar países y ahogarse en su ambición. El poder de una mujer va mucho más allá, en el espacio y el tiempo.

Browen disimuló una carcajada y tomó la copa de las manos de ella.

—¿Son todas las Keirae como tú? —preguntó.

—Eso es lo bueno —respondió Leana—. Todas somos diferentes. —Se alejó un paso y continuó su explicación—. No como esos odiosos monjes de Vanaiar. Todos uniformados, jerárquicos, acosados por el sentimiento de culpa y el miedo a un Dios padre que condiciona su amor a esa misma culpa y sumisión. El amor de Keira es incondicional, siempre hay lugar para sus hijos en el regazo de la madre universal.



Browen bajó la mirada y estiró los labios en una mueca. Observó las yemas de sus dedos y pasó el pulgar sobre los gruesos callos nacidos con el entrenamiento y la lucha.

—Siempre que seas una mujer —susurró, tan débilmente que ella no llegó a escucharlo y afiló los ojos hacia él.

En ese momento alguien golpeó la puerta un par de veces y, tras la orden de Leana, un sirviente entró en la sala de baños. Inclínó la frente y señaló al exterior.

—Gavein desea ver a su señor, el príncipe Browen —dijo.

—Haz que pase —ordenó ella.

El sirviente salió por la puerta sin dar la espalda y cerró suavemente.

—Ese mercenario tuyo está inquieto —apuntó Leana.

—Tanto como yo —añadió Browen.

—Es diferente —objetó contrariada—. Él es un criado. Tú su amo. No son las mismas tribulaciones las que corren en sus pensamientos.

—Debería dar ejemplo. —Levantó un puño hasta la cintura y contuvo una maldición.

Leana sonrió y movió la cabeza a los lados, como si comprendiera todos sus sentimientos.

—Ya lo haces —dijo antes de acariciar su mentón—. A cada momento.

Gavein entró en la sala y saludó con una discreta reverencia. Su aspecto fiero y rocoso no había cambiado a pesar de la ropa holgada y colorida. Dos gruesas muñequeras de cuero repujado ceñían sus brazos y había sustituido su cimitarra por un puñal de considerable tamaño al cinto. Sin pronunciar palabra clavó sus claros ojos en Leana.

—Creo que preferiréis estar solos —dijo la mujer tras un instante; arqueó una ceja y miró a ambos—. Son bien sabidos los gustos de los hombres misinios.

La joven sacerdotisa de Keira salió por un lado y dejó al príncipe con su guardaespaldas. Ambos la siguieron con la mirada hasta que desapareció tras la puerta. Uno con un mohín paciente, el otro con el gesto malhumorado y un bramido taurino contenido.

—¿Por qué le consientes tales desplantes? —escupió Gavein y señaló la dirección en la que Leana había marchado.

—Porque es valiente y dice lo que piensa —respondió—. Creo que no estamos acostumbrados a mujeres así.



—Desde luego que no —añadió el mercenario—. Deberían enseñarles a tener la boca cerrada.

—Es mi prometida y la mujer que amo —apuntó Browen de forma tajante—. Muestra un respeto.

—Pero...

—Creo que realmente no estás molesto porque te llamase invertido —explicó Browen—, sino que es una mujer la que lo dijo. ¿Cuántas veces has llamado sodomitas a los hombres a tu cargo?

Gavein resopló, se dejó caer sobre el diván y tomó una jarra de vino.

—No estoy cómodo en este lugar —dijo tras un generoso trago.

—Yo tampoco.

—Y creo que la Hornavan te traicionará.

—¿Por qué piensas eso? —lo interrogó, casi a voz en grito—. Me sorprende y ofende al mismo tiempo tu desconfianza. No finjas indignación y explícame qué te mueve a ello.

Gavein murmuró algunas palabras, dio un nuevo trago de vino y, perdiendo la poca paciencia que Dios le había dado, dio una palmada en su grueso muslo y acusó a su señor.

—¡Porque te tiene hechizado! Le permites su orgullo, evitas sus desafíos. Te encierras con ella durante casi dos días...

—¿Cuánto tiempo pasarías tú encerrado con tu esposa al volver a casa? —saltó Browen.

El mercenario estrujó el ceño y gruñó.

—Ella no es tu esposa.

—Pronto lo será.

—Y yo no tengo esposa.

—Cualquiera de ellas —añadió el príncipe y tomó asiento a su lado.

Habían pasado tanto juntos. Aquel hombre de piel morena y ojos de hielo, de cabeza afeitada y patillas como cascadas de plata, le había educado para la guerra, para segar vidas como el campesino cosecha la mies en los meses estivales. Pero también le había enseñado el valor de la lealtad, el coraje de un amigo, la inquebrantable unión de los hombres. Browen sabía, sin dudarle un instante, que Gavein daría su vida por él si llegaba el momento, y que esa era la única preocupación del mercenario, el propósito sagrado con que había ungido su vida: protegerle a cualquier precio. Era un auténtico



mentor y amigo, y sin embargo él continuaba melancólico y triste.

Browen puso su mano en el redondo hombro de Gavein y apretó con fuerza al tiempo que una sonrisa afloraba en sus labios, aunque no a sus ojos.

—Me alegro por ti y por tu dicha, Browen —dijo con aspecto taciturno—. Pero salgamos de aquí cuanto antes. No me gusta este lugar.

—Pronto volveremos a la guerra, mi querido compañero. —Deslizó su mano hasta la ancha nuca de Gavein—. Donde está el auténtico peligro. Nada puede pasarnos aquí.

Gavein apartó su brazo de un manotazo y apoyó los codos en las rodillas.

—Los hombres están inquietos y aburridos —anunció.

—Pues que se entretengan con mujeres y vino.

—¡Ya lo han hecho! —replicó con su potente voz y la mirada cargada de despecho—. Y no ha cambiado nada. No les gustan las intrigas de esta gente, sus murmullos y complacencia. Y el sentimiento es mutuo. Esta gente nos odia, Browen, desean vernos muertos.

—No todos —replicó.

—Unos pocos pueden turbar la paz de muchos —añadió el mercenario.

El príncipe se puso en pie y caminó unos pasos lentamente en actitud cavilosa.

—Esta mañana hubo un enfrentamiento con los hombres del duque —explicó Gavein.

Browen dio media vuelta y contuvo la respiración con un mohín rígido.

—No hubo sangre... Pero la habrá. Es cosa de ese maldito sobrino de Lorean —continuó el mercenario y dio una palmada—. Ronda y busca el límite de nuestra paciencia como un gato montés marca su territorio. Y créeme, mi señor, al final lo encontrará y ocurrirá lo que todos esperan.

—Hablaré con el duque esta misma tarde —dijo Browen tras meditar un momento—. Debo presentarle los respetos de mi casa antes de salir hacia el este. Pronto abandonaremos esta ciudad pero mientras tanto, somos sus invitados.

—No somos invitados —añadió Gavein con gesto sombrío—, somos prisioneros.



—Gavein —exclamó en tono amenazador—. Tus intrigas y sospechas me agotan.

—¡Te digo que estás hechizado! —dijo a voz en grito, saltó de su asiento y le apuntó con un dedo—. No me escuchas, mi príncipe. Al menos ten presentes mis palabras y mantén alerta tus sentidos.

—Yo siempre estoy alerta, Gavein. —Sonrió con los brazos en jarras.

Los ojos de Gavein se convirtieron en un furioso resplandor bajo las pobladas cejas color ceniza. El labio inferior se torció en una mueca y aparecieron los dientes prietos como un muro de marfil que contenía rabia y una fuerza primigenia. Todo ocurrió muy rápido, demasiado para el ojo de un hombre no acostumbrado a la lucha. De repente, en un fugaz movimiento desenfundó el gran cuchillo y lo lanzó contra la garganta de Browen. El joven príncipe contuvo la respiración y dobló su cuerpo hacia atrás, no demasiado, pero lo suficiente como para esquivar el filo. El brillante metal pasó a escasas pulgadas de su nuez y él trastabilló y retrocedió unos pasos.

—¡Pero ¿qué estás haciendo?! —exclamó Browen, recuperando el equilibrio.

—¿Siempre estás alerta? Demuestra lo que cacareas —masculló entre dientes el viejo mercenario.

—¿Ahora? ¡Ni siquiera estoy armado! —gritó el príncipe, pero sus palabras se vieron interrumpidas por la embestida de Gavein.

—¡Pues busca un arma y lucha! —dijo al tiempo que le lanzaba un nuevo golpe.

Browen saltó hacia atrás varias veces. Replegaba sus hombros a izquierda y derecha conforme los golpes cruzados de Gavein surcaban el aire frente a él. Dio varios pasos al tiempo que giraba la cintura y el cuello para evitar el cortante resplandor del arma. Hasta que tropezó y cayó de espaldas. Gavein sonrió y cambió el cuchillo de mano. Sus gruesos aros de oro refulgieron en un destello. Dirigió el brazo izquierdo justo a su rostro, pero Browen lo detuvo, clavando la rodilla en su pecho. Después lo golpeó con el codo en la cara, y el mercenario rodó hacia el lado contrario por el que lo hacía Browen.

Cuando se puso en pie, Gavein escupió una flema sanguinolenta y cubrió los labios con la muñequera de cuero. Ambos respiraban de forma excitada y nerviosa. Browen buscaba a los lados algún arma



que poder utilizar contra su guardaespaldas, algo con que poder golpearlo antes de que le dejase otra cicatriz que le recordase aquellos entrenamientos salvajes que tantas veces habían practicado. Aunque, por una vez, el juego era diferente, había una desesperación latente en la mirada del mercenario, la necesidad de hacer válidas todas sus enseñanzas y consejos.

Gavein saltó adelante con el cuchillo en la zurda. Primero dio un paso largo y luego un pequeño salto, como si pretendiese dar un gran tajo a su cara. Sin embargo, Browen pensó que lanzaría una estocada directa, dejando paso a un fuerte golpe con el puño derecho, o tal vez un rodillazo a sus costillas. Así que no se movió hacia la derecha de Gavein, sino que se inclinó hacia el lado contrario, atrapó el brazo armado del mercenario y lo atrajo hacia él. El guardaespaldas tropezó con su pierna, hincó la rodilla en el suelo con el brazo atrapado contra el costado de Browen y gruñó al comprender su error.

El joven príncipe tomó, rápidamente, una bandeja cargada de fruta y golpeó con todas sus fuerzas la cabeza de Gavein, que cayó al suelo en un bufido.

Ambos resollaban por el combate. Gavein se llevó la mano a la coronilla con un gemido y permaneció arrodillado en el suelo. Browen caminó hasta un lado y comprobó cómo el filo de su sirviente y mentor había desgarrado la camisa en un costado. Se dejó caer en el diván y buscó a tientas la frasca con el vino. Con la respiración agitada bebió unos sorbos y el caldo carmesí se derramó en su pecho.

—Leana no mentía... Al fin y al cabo... —dijo de forma entrecortada—. Merecíamos quedarnos solos.

El moreno mercenario clavó en él sus ojos de hielo, todavía cargados de furia, y contempló la mano manchada por su propia sangre. Un fino hilo rojo resbaló por la calva hasta las canosas patillas y un abanico de arrugas apareció en el vértice de sus ojos al tiempo que estallaba en una carcajada. Browen se contagió con su alegre y espontáneo gesto, y ambos rieron durante largo rato.

Había un leve velo de inquietud en sus risas. Browen presintió de nuevo la preocupación en sus ojos y quizá cierto cariño fraternal. Desde que tenía once años, Gavein había sido su sirviente, pero también mentor y amigo. Llegados a aquel punto sentía que el rudo mercenario había empequeñecido al tiempo que envejecía. Él, que



debía ser su protegido, se convertía en su igual, en un hombre capaz de derrotarlo cada vez más a menudo. Y en el momento en que uno asciende para convertirse en aquello que será y el otro se acerca al ocaso de sus días, ambos hombres se encuentran iguales, más cerca de lo que nunca habían estado.

Retornó a sus aposentos y ordenó a sus sirvientes que preparasen ropa limpia para su recepción con el duque. Eligió una camisa menos amplia con las mangas bordadas en dorado y verde y la pechera blanca, un pantalón oscuro y unas lustrosas botas de media caña. Se ciñó un cinto estrecho con el águila de su familia por hebilla y un pequeño cuchillo ceremonial al lado derecho. Era momento de enfrentarse a la verdad de los cortesanos de Bremmaner. A las miradas de desprecio de muchos y al odio de otros tantos. Aunque le tranquilizaba contar con el beneplácito del duque y el amor de Leana. Todo pasaría rápido y pronto estaría lejos de cualquier guerra, junto a ella, por siempre.

Pero sus pensamientos se esfumaron cuando vio el pequeño papel caer de uno de los pliegues de su camisa.

Un amarillento y basto trozo de pergamino se encontraba entre sus botas. Lo tomó entre los dedos y caminó hasta la ventana para leer unas palabras garabateadas con fina escritura en tinta de brillante bermellón.

«Por tu propio bien —leyó—, abandona esta ciudad cuanto antes y no vuelvas nunca.»

CAPÍTULO 6



ué es ese hedor? —preguntó Daima La, contrayendo su rechoncha cara.

El bote surcaba la corriente con un quejido lastimoso de sus maderos ennegrecidos y mohosos, y los dos druidas, a popa, entre cestos y mercaderías, pasaban tan inadvertidos como sus sencillas túnicas les permitían. Dagir La, el Gran Druida de Anam Oag, apoyó el peso en su cayado, entrecerró los ojos y suspiró.

—La ciudad, mi querido amigo —dijo—, la ciudad.

Un millar de casitas blancas de tejados mostaza se esparcían en torno a una colina coronada por la fortaleza de la familia Adjiri. A sus pies, abandonados en las orillas tal que despojos de monstruos marinos, se alineaban decenas de barcazas pesqueras entre las que, afanados marineros de río, reparaban redes y aparejos al final del día. La llegada de la tarde servía a algún retrasado mercader que descargaba sus productos en los muelles, donde ociosos buscavidas holgazaneaban tendidos al sol moribundo. Tras los embarcaderos y arenales, la ciudad se desplegaba como una vela hasta el Camino del Sur, sin muralla, llena de color y vitalidad.

Róndeinn había crecido mucho desde la última visita de Dagir La. No recordaba la mitad de aquellos amarraderos y, si bien la silueta principal era prácticamente la misma, nuevos barrios habían crecido a los lados. Pequeñas construcciones de piedra y ladrillo nacidos a lo largo del río, en dirección oeste, mientras que un poblado de carretas y casas de adobe y techumbre de paja se amontonaba sin orden en el este. Róndeinn siempre había sido un lugar de reunión para los comerciantes de todo el norte. Y por el movimiento y jolgorio que todavía se observaba en la ciudad, se podría decir que el negocio había tomado la población.

Ambos druidas cruzaron el río en una de las barcazas que unían la provincia de Blancamapola con el reino de Misinia. A aquellas horas de la tarde la mayor parte del tráfico discurría en sentido contrario, formado por hombres del bosque que regresaban al hogar tras cambiar sus manufacturas, remedios y frutas silvestres, por herra-



mientas o útiles. Quitando de las suspicaces miradas del barquero, nadie prestó demasiada atención a los dos hombres encapuchados de rostro y manos tatuadas.

—¿Es la primera vez que abandonas Oag? —preguntó Dagir La con una leve sonrisa.

Daima La asintió al tiempo que se ruborizaba y bajó la mirada.

—Este es el reino de los hombres —explicó Dagir La con la vista puesta en la orilla norte—; aunque tengamos amistad con los Adjiri, no son como nosotros. No se rigen por las leyes del bosque. Lo que prima aquí es el mercado. Nada se hace si no hay un beneficio implícito. El mundo de los hombres es un pozo en que todo se pierde. Ya no son animales. Talan árboles, pescan sin medida, cazan sin importar la época del año. Están poseídos por un apetito que devora sus vidas y les vacía del auténtico significado de la existencia. Su religión es el beneficio, su dios la riqueza. Pero en realidad son pobres, mendigos que van de la cuna a la tumba. No estaremos mucho tiempo entre ellos, tan solo lo suficiente como para solucionar nuestros asuntos.

En aquel momento la barcaza chocó contra el muelle con un golpe hueco. Dagir La hizo un gesto rápido con la mano y bajó su capucha hasta el límite de las cejas al tiempo que los marinos desplegaban la pasarela. Antes de descender a tierra, el más joven de los dos se detuvo en el borde del amarre. Daima La miró abajo y vio el agua de la orilla norte del Adah Kari embrutecida y cubierta de espuma-rajos amarillentos, peces muertos y suciedad putrefacta agitada por el vaivén del agua.

—La ciudad... —murmuró con desagrado.

Avanzaron entre puestos de pescado ahumado y barriles repletos de vísceras sobre los que zumbaba una nube de insectos. Vieron hombres de piel oscura venidos de más allá de Khun, mercenarios zingarios beber a la sombra de las redes, y marinos de Bahía Blanca con el pelo color del fuego trenzado hasta la cintura. Todo Róndeinn tomaba el aspecto de un gran mercado. Los zapateros trabajaban a la puerta de sus casas, en las esquinas se vendían amuletos y elixires, los ancianos fumaban en pipa y observaban a los extranjeros ir y venir entre animales enjaulados y barriles de hidromiel. Encontraron mu-



jeres misteriosas, cubiertas de alhajas y brillantes piedras, que leían la fortuna; curanderos que mostraban tumores extraídos en frascos de alcohol; dentistas que exhibían orgullosos cientos de muelas arrancadas como trofeo a su experiencia. Vendedores de libros en idiomas desconocidos y afiladores de espadas, curtidores y jóvenes vaciabolillos. Esa era la realidad diaria de Róndeinn, la ciudad mercado.

Las calles en torno a la colina de los Adjiri se encontraban más despejadas y tranquilas. La mayoría de casas ofrecían comidas, espectáculos, bebidas calientes, o sugerentes baños misinios de lavanda y jengibre. La calzada había sido pavimentada con piedra de río a cuyos lados corrían estrechos canales de agua sucia y hedionda. Edificios de hasta cuatro plantas daban paso a casas señoriales de acaudalados mercaderes cuyas hijas paseaban en palanquines cubiertos camino del teatro. De vez en cuando, topaban con pequeñas plazas alrededor de esculturas nacidas entre flores otoñales. Cuando alcanzaron la cima del sinuoso sendero que ascendía hasta la cima, el sol se había convertido en una iridiscente y cálida esfera que anunciaba su pronto final y, el mundanal ajetreo, en un murmullo lejano.

Los Adjiri habían construido una gran morada de piedra ambarina extraída de las mismas colinas que acompañaban el cauce del río, con pequeñas torres redondas de techos afilados en los ángulos y grandes ventanales. Al final del día, con la puesta de sol, la morada del señor de la villa parecía un espejismo sobre las humeantes chimeneas de sus siervos.

Una pareja de guardias de la ciudad, con yelmos en forma de hoja y trajes celeste y plata salieron al paso de los druidas.

—Soy Dagir La, Gran Druida de Anam Oag—se presentó mientras levantaba una mano frente a ellos, sin darles tiempo a abrir la boca—. Traigo importantes noticias para vuestra señora. Conducidnos a su presencia.

Los guardias intercambiaron miradas desconcertadas hasta que uno de ellos hizo un gesto al otro que salió a la carrera hacia la casa. Con el cejo prieto se inclinó levemente, cambió de mano su lanza corta y les indicó el camino hacia la entrada principal.

—Supongo que esto es lo que llaman lujo—dijo Daima La tras atravesar la puerta del palacete.

Las paredes estaban cubiertas por tapices que retrataban escenas



de la historia misinia. Gruesas columnas de mármol circundaban la periferia de la sala y les conducían a una puerta doble guardada por dos sirvientes. El suelo de piedra celeste se encontraba tan pulido que su reflejo semejaba un estanque sobre el que podían caminar los invitados. En lo alto, una claraboya que coronaba el edificio principal permitía entrar los últimos rayos de luz solar que llenaba la estancia de una claridad cálida y etérea.

—Derroche —masculló Dagir La hacia su joven compañero que observaba a todas partes con los ojos abiertos como platos.

La gran puerta se abrió lo justo para que un hombre delgado y de nariz aguileña, vestido con una casaca aguamarina y medias blancas, se escurriera frente a ellos.

—Mi señora tiene visita en estos momentos —dijo el mayordomo. Arrugó los labios e inspeccionó a los druidas de pies a cabeza—. Aunque por el gran aprecio que os tiene, os recibirá igualmente.

Dagir La sonrió y asintió con un gesto agradecido.

—Nos honra con tal deferencia —dijo.

El mayordomo, sin deshacerse de su desconfianza y escepticismo, estudió de nuevo a aquellos hombres de rostro tatuado y bastas túnicas sin adornos y levantó la nariz al inclinar la cabeza hacia atrás.

—Seguidme —dijo con cierto tono musical.

Golpeó la puerta con los nudillos y ambas hojas se abrieron al mismo tiempo. Tras ellas descubrieron una sala grande y espaciosa, rectangular, decorada con grandes plantas de hojas verdes, flores y enredaderas que cubrían las paredes con una cascada viva. El suelo estaba cubierto por una tupida alfombra de motivos florales que se extendía hasta los pies de una tarima. Frente a una gran vidriera de infinitos colores, sentada junto a un trono vacío, se encontraba Ela Adjiri y, a su alrededor, una veintena de pintorescos personajes que dirigían sus miradas a los visitantes.

—Esto es otra cosa —bromeó Dagir La con su compañero y siguió al mayordomo hacia su señora.

Daima La observaba todo a su alrededor como un niño que descubre un mundo prohibido del que había oído hablar pero que ni siquiera podía imaginar. El tacto de la alfombra era nuevo para sus pies, los espejos y las finas hebras de luz que atravesaban los cristales parecían impresionarlo. Sin embargo, las esencias y perfumes le



resultaban molestos y encubridores de verdaderos olores. Y, a pesar de las cinco varas de altura del techo y sus frescos que representaban el cielo abierto recorrido por aves mitológicas, la estancia le pareció claustrofóbica y baja.

—¡Dagir La! —lo llamó ella con un gesto de sorpresa y satisfacción—. Muy importante debe de ser el mensaje que traes para dejar tu bosque y cruzar al otro lado del río. ¿Cuánto hace que espero una visita tuya?

—Si no recuerdo mal —respondió él, caviloso—, hace más de veinte años que no atravesaba esa puerta.

Ela Adjiri se recostó en el asiento y pasó los dedos por su barbilla con un brillo divertido en la mirada.

La juventud todavía refulgía en ella. Los labios se habían agrietado, aunque aún eran carnosos, y la piel del cuello, a pesar de estar descolgada, todavía se veía suave y tersa como la seda. Sus manos tenían el dorso cubierto de manchas casi transparentes que se derramaban hasta los dedos, acariciando la base de su rostro. Ela Adjiri era tan hermosa como la edad le permitía serlo, convertida en una mujer completa en cada uno de sus actos.

—Veinte años —murmuró ella. Bajó la mirada y la desvió al asiento vacío a su lado—. Ni siquiera recuerdo cuál fue el motivo.

—Sin duda cualquier excusa trivial —añadió él.

Ela contuvo una carcajada y miró a uno de sus acompañantes con un mohín incrédulo. Después negó con la cabeza y se acomodó, apoyándose en los reposabrazos. A su alrededor todos guardaban silencio e intercambiaban miradas entre ambos interlocutores.

Dagir La no reconoció a ninguno de ellos. Media docena eran meros sirvientes con su típico atuendo Adjiri. Otros cuantos eran hombres de mediana edad que por su aspecto serían mercaderes adinerados o bien consejeros al gobierno de Ela. Y por último, esparcidos por el cuarto se encontraban el secreto a voces de Ela: los ungidos.

En un rincón un hombre de una altura considerable se ocultaba de los ojos del druida. Su pelo rubio, rapado a los costados y caracoleado en la coronilla, el cejo prieto, lo ojos refulgiendo una llama cautiva, le conferían un aspecto flemático y atrevido. Vestía una loriga de cuero sobre un manto color vino, sin mangas, que dejaba al descubierto unos portentosos músculos en los brazos. También detuvo su aten-



ción en una mujer muy delgada de grandes ojos oscuros, parecida a un Kudaw, que le observaba sin parpadear. Y un niño, no mayor de diez años con la piel más transparente que hubiese visto nunca. A la izquierda de Ela, sentado a sus pies, un joven apoyaba en su regazo un ábaco de extraños signos con los que jugueteaba entre los dedos.

Ela chasqueó los dedos y llamó su atención de nuevo.

—Eres descarado incluso fuera de tus dominios —afirmó con paciencia—. Supongo que querrás confiarme tus asuntos en privado.

—No es que menosprecie la confianza que tienes con tus más allegados —concedió el druida—, pero mis palabras son solo para tus oídos.

—Eso será un poco complicado en esta casa. —Se encogió de hombros la señora de la ciudad y levantó una mano hacia uno de los hombres que esperaban frente a ella—. Mi apreciado Brient me expresaba en este momento su inquietud por la presencia de los guardias Levvo en el barrio de las carretas. Al parecer buscan entre mis súbditos a un paladín errante que escapó de Davingrenn tras herir a la hija del rey y secuestrar al consejero de éste. Esta última información tampoco era para mis oídos y, sin embargo, lo sé. Ahora los Levvo perturban la paz de los míos. ¿Tienes algún consejo para mí, sabio druida?

El tal Brient era un hombre calvo de poblada barba color del plomo y ojos oscuros como el carbón. Dirigió una mirada expectante y cargada de desconfianza a Dagir La. El silencio se apoderó de la sala, tan solo roto por las cuentas del ábaco que corrían entre los dedos del inquietante muchacho que esperaba sentado en la tarima.

«Ela —pensó el druida al tiempo que mostraba una afilada sonrisa hacia su anfitriona—, ¿por qué presiento tus palabras cargadas de despecho? ¿Es por el trono vacío que dejó tu esposo? ¿Por todos los años que prescindí de visitas incómodas cuando eras la joven esposa de un hombre de carne y hueso? Qué venganza más dolorosa es el reproche lanzado al paso del tiempo por una mujer herida.»

—Vistas las causas de la intromisión de los Levvo en tus dominios —explicó el druida tras una larga pausa—, tengo un consejo para el rey Abbathorn.

Un refulgente brillo apareció en la mirada de ella.

—Así son las palabras del hombre más sabio de nuestra época —bromeó con Brient—. Dagir La no está acostumbrado a los menesteres del gobierno. Trataremos este asunto más tarde, mis queri-



dos amigos. Ahora debo reunirme con nuestros aliados del bosque.

Los hombres con aspecto de comerciantes que acompañaban a Brientte saludaron con una reverencia a la señora Adjiri y dieron media vuelta. Daima La continuaba mirando extrañado las realistas pinturas sobre su cabeza y, en el silencio de la salida, su actitud le resultó cómica a Ela y sus jóvenes acompañantes, que intercambiaron gestos divertidos. Dagir La golpeó con su báculo al joven druida y éste devolvió su atención a la tarima frente a él.

—No me digas que este es Daima La —dijo Ela Adjiri tras señalarlo con un leve movimiento de barbilla.

Dagir La asintió y el joven druida dio un paso al frente e inclinó el gesto.

—Había oído hablar de él y de la gran labor que realiza en Okanendo —explicó ella.

—Solo soy un servidor del bosque. —Un tímido rubor ascendió por las orondas mejillas del druida.

Dagir La carraspeó y tomó la palabra.

—Mi señora —dijo—, me gustaría tratar el tema que nos trae a tu casa lo antes posible. Insisto en que es solo para tus oídos.

—¿Conoces a Yeluí? —ignoró ella sus palabras y presentó al joven del ábaco—. Su prodigiosa mente es una gran ayuda para mí. Puedes confiarme cualquier cosa en su presencia.

El joven del ábaco tenía el rostro afilado y la piel brillante, sus ojos eran de un profundo marrón oscuro, igual que el lacio pelo que peinaba hacia la nuca. Su pequeña boca se mostraba contraída al tiempo que los dedos jugaban mecánicamente con las cuentas del instrumento. Dagir La suspiró y apenas miró al joven.

—Solo para tus oídos —repitió a media voz.

Ela Adjiri arrugó los labios y sus uñas repiquetearon contra el brazo del asiento.

—No recordaba lo nervioso que te pones cuando sales de tus dominios —musitó entre dientes antes de dirigirse a sus acompañantes—. Dejadnos solos.

El forzado de actitud retardadora, la mujer de grandes ojos sin párpados y Yeluí salieron de la habitación. Sin embargo el muchacho de la piel casi transparente esperó un instante, tomó una fuerte bocanada de aire y desapareció sin dejar rastro. Daima La interrogó



boquiabierto a su amigo y mentor, que tampoco pudo disimular su asombro. Dagir La ladeó el rostro y esperó una explicación de la sonriente Ela Adjiri.

—Ya estamos solos —dijo ella con un mohín infantil.

—Esa es una habilidad... —musitó Daima La, que señalaba el lugar que antes ocupaba el muchacho desaparecido.

—Impresionante —lo interrumpió ella sin abandonar un divertido tono—. Lo sé.

—¿No estará todavía aquí, verdad? —arqueó una ceja Dagir La y paseó una suspicaz mirada por la sala.

—No es invisible —aclaró ella—. Se mueve sin moverse. Pero solo hasta un lugar conocido y cercano; de momento... —Ela entrecerró los ojos—. Grenn hace poco que controla su don.

Ambos druidas miraron alrededor.

—Me preocupa tu recelo, Dagir La —dijo ella—. Hace unas semanas parecías mucho más relajado. Cada vez te afecta más dejar atrás el bosque. Pareces un anciano lejos de su casa —rio.

Dagir La suspiró pesadamente y los hombros le cayeron a los lados.

—La verdad es que estoy cansado y me gustaría sentarme.

El druida dejó a un lado su cayado y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Espera... —murmuró Ela, se puso en pie y caminó hasta él—. Realmente has envejecido —dijo cuando comprobó las nacientes arrugas en el rostro de Dagir La—. ¿Qué ha pasado? —interrogó a Daima La.

—Muchas cosas... —respondió el joven druida.

—Y ninguna —añadió su mentor—. ¿Cómo puedo resumirte las tribulaciones que turban mis sueños?

—El razealita del que te hablé ha escapado —musitó ella.

Daima La miró asombrado a su maestro y amigo que le dirigió una irónica mueca desde el suelo.

—Ya ves que no hay secretos en esta casa, Daima. Ahora conocerás a la verdadera señora de Róndeinn.

Ela siguió el contorno del rostro de Dagir La, con la yema de los dedos, pero sin llegar a tocarlo. Sus ojos escarbaron en la profundidad del sabio, de la misma forma que se intuye el fondo de un estanque de agua clara.



—Y tiene relación con la fuga del paladín y el secuestro del consejero —concluyó Ela al tiempo que se llevaba una mano a los labios y cubría su boca—. Enviaste uno de tus agentes para traerlo a tu lado. Una mujer. Pero ahora ella está muerta y él desaparecido.

Daima La contuvo la respiración, atento a la silenciosa resignación del Gran Druida.

—Pero hay algo... —continuó ella— algo apocalíptico en ti. Algo que desees mantener en secreto aunque sabes que eso no es posible.

El druida esbozó una sonrisa amarga. Las ventanas de su nariz se abrieron al expulsar el aire.

—¿Y cuándo ha sido posible mantener lejos a Ela Adjiri? —preguntó.

Ella dio un respingo y salió de su ensoñación; inclinó la cabeza suavemente y lo atravesó con sus ojos. Durante un instante, arrugas sembradas de furia aparecieron en la comisura de sus labios, diluidas rápidamente en una compasión cargada de agotamiento.

—Siempre me has mantenido tan lejos... —murmuró Ela Adjiri.

«Y tan cerca —pensó él y amagó ese pensamiento tras una mueca afligida.»

Ela mostró sus dientes en un gesto fiero y cerró los ojos.

—Muchas piezas en tu mente... Todo está mezclado... Como siempre.

—Mi agente en Davingrenn urdió una fuga para traer al muchacho al bosque, pero algo debió de fallar —explicó Dagir La—. Carezco de los detalles, pero mis duendes han encontrado el cuerpo de mi espía en las tierras de Uddla y no hay rastro del muchacho. No sé qué relación puede tener con un paladín de Vanaiar, el secuestro del consejero Levvo o el intento de asesinato de la princesa Anja, pero es evidente que todos compartían destino. —Dagir La bajó la mirada y espiró lentamente para concluir en un susurro—. Últimamente no puedo presumir de mis aciertos.

—Hay un hombre —dijo Ela, volviéndose de costado, paladeando las palabras—. No, no es un hombre. Un rey, venido de muy lejos, te confesó un secreto.

—Me reuní con Mukherjee, el Alto Navegante de Rendelín —continuó él con las cejas caídas en un mohín pesaroso—. Hay algo que deberías saber.



—Creo que empieza a preocuparme el tono de tu voz —murmuró Ela—. Tu aura está cargada de confusión y abatimiento, algo que nunca antes había visto en ti. Tal vez... ¿temor?

—Todo cuanto creímos durante siglos; todo lo que mis maestros me enseñaron, el conocimiento del mundo, mi comunión con este planeta vivo, se desmorona —explicó el druida—. Somos guardianes de un equilibrio que no existe.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—El sagrado equilibrio del Khuram nunca ha existido —explicó Daima La y su mentor asintió—. El equilibrio universal desapareció hace milenios cuando la raza de los Kudaw se dividió, al igual que ahora se rompe la raza de los hombres.

—¿Razas que se rompen? —Ela se encogió de hombros—. ¿Qué clase de enigma es este?

—No es ningún enigma —objetó Dagir La— y sí lo es. Los Kudaw vivieron un pasado muy similar al de los hombres en la otra parte del mundo. Aparecieron entre ellos, hijos de padres, hermanos de hermanos; seres con habilidades especiales, capaces de cosas impensables. Su especie se rompió en dos y ellos huyeron de sus propios hijos para evitar ser convertidos en esclavos.

—Los razaelitas... —murmuró Ela al tiempo que se ponía en pie.

—Eso es —asintió él—. La misma maldición pasó antes por su especie, mucho antes de llegar al mundo de los hombres aunque con trágicos resultados. Condenados a la endogamia han utilizado magia que desconocemos para mezclarse con otras criaturas. Ahora vienen en busca de sus hermanos para volver las cosas a su sitio. Lo que se separó en dos vuelve para ser uno, ¿no es irónico?

—¿Qué te parece irónico? —escupió ella.

—El consejero de los Levvo es un sacerdote Ishká que escapó a nuestro juicio hace años —explicó Daima La—. No es casual que su camino y el nuestro vuelvan a encontrarse. El reencuentro está cerca. El mundo está repleto de señales, solo hay que saber escuchar.

Ela Adjiri dio media vuelta y caminó unos pasos hacia los ventanales. Tenía los ojos muy abiertos y sus labios murmuraban pensamientos demasiado rápido para ser entendidos. Después se detuvo y miró por encima del hombro.

—El muchacho que detuvieron aquí es una señal —dijo.



—Es una causa de la persecución y el exterminio de los suyos, aunque para nosotros sea una señal. Una de tantas —asintió Dagir La.

—Pero ¿una señal de qué? —Ela encogió los hombros.

—Una señal del enfrentamiento que se avecina. Todo sigue su curso. Los Kudaw huyeron de sus hermanos y ahora estos retornan para enfrentarse a ellos. Los hombres han perseguido a los razaelitas y toda esa energía ha fluido hasta hacerse física en este momento y este lugar. No se puede evitar el conflicto, es algo sagrado que siempre vuelve. Se aproxima el momento del retorno. Me entristece coincidir con los monjes del dios único, pero no se puede eludir la lucha.

—El mundo está cambiando. Las arboledas sagradas se mueren y una nueva era se acerca —intervino Daima La.

—¿No podría ser una casualidad? —apuntó ella al alzar un dedo—. Quizá los Kudaw estén equivocados...

—No existe la casualidad, Ela —dijo el Gran Druida—. Ellos están aquí porque es el momento en que deben estar. Tú misma me explicaste la inquietud que sentiste cuando percibiste su aura. Viste algo en él, la energía del sufrimiento y la muerte de los que le precedieron encerrada en un cuerpo adolescente. Ese muchacho está marcado por el destino, pero ¿destinado a qué? Eso no puedo saberlo.

—¿Has dicho «ellos»?

—No existe uno sin lo otro —Dagir La se puso en pie y recuperó su cayado—. Cuando me dejaste se me ocurrió que esa es una sagrada ley que vale para todo. Si viste un joven de grandes poderes existirá su opuesto en algún lugar. Así que son «ellos».

—El Khuram —murmuró la mujer al tiempo que asimilaba aquellos pensamientos—. Es una mujer, el otro es una mujer.

Ela dio media vuelta y se enfrentó a los druidas.

—¿Por qué me cuentas esto? —dijo en tono acusador.

Dagir La y su compañero intercambiaron un gesto cargado de desconcierto.

—Porque eres señora de una ciudad misinia, amiga mía y protectora de los razaelitas —explicó él con la cabeza entre los hombros—. Has estado esperando un momento así durante décadas ¿Por qué no debería de contártelo?

—Tú mismo lo has dicho, soy protectora de los razaelim y venís a mi casa con augurios de seres venidos de otro mundo que escl-



vizaron a sus hermanos. Tengo razones para sentirme atacada. Yo preparo a mis pupilos para utilizar sus dones en beneficio de muchos. ¿Debo entender que nunca se cumplirá el futuro con el que sueño? Me anuncias el fin de la civilización de mano de aquellos a los que amo y te quedas mirándome con ese gesto desconsolado y triste. ¿Qué esperas que haga?

El rostro de Dagir La se tensó como el cuero y tomó la apariencia de un viejo ídolo tallado en madera.

—Espero que encuentres a ese muchacho que escapó con el Ishká —dijo el druida con los ojos desaparecidos bajo la oscuridad de sus cejas—. Probablemente ambos mataron a mi agente y se encuentren juntos. Te confío la búsqueda, Ela.

La mujer suspiró, entrecruzó las manos frente al vientre y asintió varias veces.

—Sé quién puede encontrarlo —anunció tras cavilar un instante—. Mis pupilos lo traerán a mi lado. Pero luego, ¿qué?

Dagir La curvó la boca y bajó el mentón.

—Buscaremos al otro y esperaremos —dijo.

—¿Esperar?

—Confirmar las predicciones de Mukherjee —explicó—. Si es cierto lo que dijo, pronto recibiremos noticias de otras partes de Kanja. Enviaré mensajeros a los confines de Oriente. Tendremos que avisar a los hombres. —Ela abrió la boca, pero el druida la interrumpió y retuvo las palabras presas de los labios—. No sé qué es lo correcto, Ela. No esperes de mí respuestas. Algún día las tuve, pero no ahora. Así que solo puedo esperar, reunir a esos muchachos y observar. Pero mientras tanto advertiré a los hombres —el druida se desinfló y tragó saliva con amargura—, si es que escuchan algo que no sea...

—La guerra —intervino Ela—. El norte se encuentra inmerso en una guerra, nadie prestará atención a vuestras palabras. Incluso a mí me cuesta creerte. Nunca he confiado en los Kudaw. Está claro que algo ocultaban desde su llegada y retiro a sus santuarios secretos. Pero ¿perseguidos por sus hermanos?

—Nosotros tenemos que volver al bosque —afirmó Dagir La cargado de seriedad.

—Los clanes ogros están migrando hacia el norte, pronto llegarán



al Adah Kari —explicó Daima La—. Los interceptaremos en su camino antes de que alcancen los dominios de Aukana.

—¿Es que no traéis buenas noticias? —exclamó Ela con un hilo de voz.

—Las noticias son las que son —dijo Dagir La—. Buenas o malas es juicio de los hombres.

—Pues son malas —saltó ella—. ¡Son muy malas, maldita sea! Esperaba que volviéramos a vernos en otras circunstancias y tus discursos místicos no me ayudan.

El Gran Druida carraspeó con apuro y se humedeció los labios al tiempo que cambiaba su cayado de mano.

—Siento ser pájaro de mal agüero —continuó Dagir La—. Necesito que encuentres al chico y lo mantengas a tu lado hasta que pueda encontrarme con él. ¿Podrás hacerlo?

Ela Adjiri abrió los ojos un largo instante y colocó las manos en su cintura.

—Ya te he dicho que puedo encontrarlo y traerlo aquí —explicó—. Que acepte mi tutela depende de su voluntad.

—Ha estado bajo la influencia de un Ishká... —objetó Dagir La.

—La voluntad puede dirigirse con sutileza de la misma forma que se domina el cauce de un río —Ela inclinó el gesto—. Ninguna criatura muerde la mano que le da de comer. Le ofreceré un hogar, una familia y un futuro. La lealtad surge de la necesidad mutua y el honor resulta ser más interesado de lo que muchos creen.

Dagir La se desinfló en un suspiro y asintió sin apartar sus brillantes ojos de Ela. Tomó la capucha de sus hombros y se cubrió la cabeza en un movimiento lento y ceremonioso.

—Está todo dicho, entonces —dijo.

Ela parpadeó varias veces, sorprendida, al tiempo que levantaba un poco los hombros.

—¿Te marchas?

—Volveré cuando tengas al muchacho —anunció el druida y continuó antes de que ella hablase—. No hace falta que me busques; cuando lo encuentres lo sabré.

Ela Adjiri, la orgullosa señora de Róndeinn, se envaró en un gesto señorial, dio media vuelta y volvió a su asiento en la tarima elevada. Cuando se sentó, su gesto se había vuelto agrio y pesado.



—¿Para esto has venido? —lo interrogó, liberando su despecho—. No me sonrías de esa forma tan bobalicona, te hace parecer un tonto, Dagir La. Responde a mí pregunta, ¿has cumplido tu misión en Róndeinn?

Dagir La pareció dudar un instante, sus labios se entreabrieron pero no dijo nada. Su joven compañero esperó en silencio, con el rostro contrito, como si deseara desaparecer y dejarlos solos.

—¿Por qué venir hasta aquí? —continuó ella—. ¿Por qué volver a esta casa después de tantos años? Puedo leer tu mente, en los rincones más profundos de ti mismo, ¿recuerdas? Aunque hayas lanzado tu ego a un pozo y pretendas deshacerte de la máscara de humanidad con la que te ocultas. —Suspiró con pesadez y un deje de fastidio—. Sé que deseas decirlo. Sé que quieres hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó el Gran Druida de Oag.

—Ni siquiera tú eres consciente de tus más ocultos deseos, Dagir La —explicó ella con una sonrisa indignada—. Sientes un vacío doloroso y no sabes qué hacer con él. Te comportas como un ser humano, te obligas a ser cercano, pero no es nada más que eso, una obligación. Y al claudicar te vuelves débil y de nuevo domesticas tu lado de hombre, tus instintos y sentimientos, para existir más allá del bien y del mal, si eso es posible. —Se detuvo y sus lágrimas se derramaron—. Me siento triste a tu lado.

La voz de Ela se apagó en un susurro y el druida levantó una ceja en un momento eterno. De nuevo sus labios se entreabrieron para no expulsar otra cosa que su aliento, pero, esta vez, su mano asomó a la ancha manga de la túnica; huesuda y cubierta por tatuajes se detuvo un instante frente a él. Un momento para el recuerdo y la duda. Los labios se cerraron para retener la respiración, la mano volvió al cobijo de su manga y la ceja descendió sobre el sombrío ojo. Dagir La asintió en silencio.

—No tenías por qué venir en persona —continuó ella con la voz trémula—. Podrías haber enviado a Daima La, a cualquiera de tus duendes con el pesaroso mensaje que me has traído. Pero no... —Ela Adjiri, la viuda señora de Róndeinn, se mordió el labio y pareció mucho más joven de lo que era, a pesar de las arrugas, de la vida pasada, del latir en el pecho tan fuerte que la oprimía el habla—. Has dado un rodeo de días para venir hasta aquí. Y te niegas a aceptar



la verdad de tu viaje. La auténtica razón de tu presencia en mi casa, frente a mí.

El druida dio un pequeño paso hacia ella, diminuto, apenas un acercamiento, pero sucumbió cabizbajo, oculto bajo su capucha.

—Presiento que no volveremos a vernos —vaticinó Ela Adjiri con los ojos tras un húmedo velo.

Daima La fue el único que mostró sorpresa y espanto en un repentino gesto.

CAPÍTULO 7



as antiguas habitaciones de Rághalak se mantenían en una sepulcral tiniebla. Cada rincón permanecía desaparecido entre pliegues oscuros y ángulos imposibles que despertaban los temores ancestrales de Anja, aquellos que le hablaban de seres venidos de otros lugares para llevarse su espíritu. Ella vigilaba de reojo la araña que trepaba por la madera de los viejos estantes y entrecerraba los párpados al tiempo que se decía: «Es la superstición la que habla en susurro; el que conoce no teme a la noche ni a sus criaturas». Una ligera corriente de aire agitó la llama de la vela junto a ella, y todo a su alrededor cambió, como si estuviera sumergida en una sima de la realidad.

Se había sentado en el duro suelo de piedra, rodeada de libros y manuscritos que había recopilado en sus anteriores asaltos nocturnos a la biblioteca de la torre. Eligió aquel lugar para ocultar el resplandor de la vela y, aún así, cualquier luz le parecía excesiva, como una ofensa a su secreto. Si su madre la descubría, rodeada de todo el conocimiento arcano acumulado por su familia durante siglos, la apartaría de su lado. La reina Levvo no podría consentir aquella traición. Su propia hija, desafiando su autoridad y estudiando los mecanismos de lo arcano muy por encima de sus posibilidades. Cada murmullo, cada ratón que corría a ocultarse entre vasijas y vidrios, le parecía la llamada de su madre que irrumpía en la estancia seguida por la guardia.

Desde hacía varios días utilizaba el sello que había abierto hasta el interior de la torre para pasar las noches entre los secretos del consejero y místico de la corte. Tan pronto como se acostaba corría hasta el símbolo pintado en el suelo y activaba el hechizo que la transportaba del ansioso desvelo al gozoso insomnio. El primer día no supo por dónde empezar y el alba la sorprendió hojeando viejos tratados de botánica, contemplando piedras de colores y tarros llenos de sustancias viscosas. Decidió hacer un plan y elegir las prioridades para aprovechar al máximo las noches en la biblioteca. Durante un primer día se dedicaría a la búsqueda de originales, ya que la clasificación era imposible, dado el gran número de ejemplares. El segundo



día estudiaría lo más destacado de su lista de lecturas. El tercer día lo dedicaría a la práctica y el cuarto descansaría, aunque al final siempre acabase robando horas al sueño como un ratero noctámbulo.

Tres noches atrás había encontrado sobre una pila de libros mohosos un grueso volumen con tapas de cuero negro y ribetes en marfil. De su tafilete colgaban decenas de cintas coloreadas a modo de marcapáginas y, en el lomo, un símbolo antiguo que jamás había visto: un círculo atravesado por media cruz y un aspa, quedando dividido en siete partes, cuatro en la mitad superior y tres en la inferior. En el interior una caligrafía tornasolada anunciaba el título: *Tratado de los siete elementos*.

Anja volvió su atención a las páginas y continuó la lectura. Sus labios susurraban, empujando las palabras a la memoria o, como mínimo, tratando de comprender el significado de un mundo regido por siete sentimientos básicos, siete notas musicales, siete colores y siete elementos componentes de todo. De repente alzó la vista hasta la titilante llama de la vela frente a ella. En un murmullo esbozó una palabra en un idioma olvidado y que, probablemente, hacía siglos nadie pronunciaba. Cerró los ojos con fuerza y visualizó su objetivo, pronunció una vez más aquella orden abandonada a la superstición y abrió los ojos en el mismo momento en que la llama desaparecía.

Le tomó un instante darse cuenta de que tenía los ojos abiertos y se encontraba en la oscuridad más absoluta. Había funcionado. No era muy impresionante pero el simple hecho de haber conseguido algo hizo que su corazón cabalgara en su pecho. Extinguir una llama con el poder de la palabra; fantástico. Aunque, después dudó. Se llevó la mano a los labios y, en la oscuridad, sentada sobre el suelo, pensó que quizá había sido una azarosa corriente de aire. Arrugó la boca y levantó el dedo índice. Esta vez, con mayor decisión, recurrió a otra de las palabras que había aprendido del mismo volumen. El resultado fue inmediato.

La punta de su dedo índice comenzó a emitir un destello azulado que iluminó varios pasos alrededor. Al principio resultó como una reminiscencia de la claridad en medio de la tiniebla pero, poco a poco, resultó ser tan real como su mismo dedo. Agitó la mano a los lados y la luz trazó una esponjosa cinta de oro líquido que se esfumó en la penumbra que la seguía. Acercó la mano hasta la nariz y allí



estaba el resplandor sobre la uña, como una delicada chispa de fuego helado; luz pura, el sexto elemento.

Anja sonrió satisfecha, comenzaba a comprender muchas cosas y, lo más importante, una puerta de conocimiento se abría ante ella y le mostraba un mundo diferente. Tras el velo de credulidad e ignorancia de los hombres, había un mundo complejo y sencillo a la vez que obedecía a mecanismos universales que podían ser alterados. Allí tenía la luz de Kanja concentrada en el extremo de su dedo índice. Algo por lo que podría ser juzgada como bruja; algo por lo que valía la pena ser mujer. Sonrió de nuevo y se puso en pie. No había sido una mala noche.

Con la mano extendida sobre ella, devolvió el *Tratado de los siete elementos* a los libros que había elegido como prioritarios y se preparó para volver a la cama. La claridad amenazaba con romper el horizonte en cualquier momento y todavía podía descansar antes de que sus rutinarias obligaciones la sacasen de la empujasen a un nuevo día. Si tenía oportunidad se escabulliría de la corte para volver a la torre y continuar con su aprendizaje. Ahora que los resultados eran más que evidentes, una desazón la consumía por dentro como un ácido gusano ansioso de místico alimento. Pasó al trote junto a la mesa de Rághalak cuando algo llamó su atención.

Se detuvo y miró sobre el hombro. Al frío destello de la luz concentrada en su mano un punto de oscuridad afilado y estrecho se contoneaba entre pergaminos. Anja se acercó con cautela hasta contemplar aquel objeto. Era un cuchillo de filo piramidal, extraño, forjado en un metal de aspecto líquido y cambiante que no reflejaba más que nubes de sangre oscura. Retuvo la respiración y alargó la mano hacia él. Llamándola por su nombre, el cuchillo esperaba ser tomado con una dócil entrega. Era tan hermoso, tan seductor y peligroso a la vez, que Anja se mordió los labios y sonrió desbordada por un ávido sentimiento. Sin embargo detuvo su mano y sintió miedo. Recogió los dedos y, sin parpadear, con los ojos muy abiertos, dio un paso atrás. Había una sensación de peligro y alarma en las sombras alrededor. El cuchillo continuaba allí, contoneando sus cuatro filos con aspecto zalamero.

Anja recordó el aspecto felino de Rághalak cuando afilaba la mirada y mostraba los dientes limados de sierra, como una fiera antes



de saltar sobre su víctima. Había tanto mal en él y tanto secreto por descubrir también. Para los demás su aspecto era una barrera, para ella solo una advertencia, una señal de la trampa, de la voracidad de la planta que atrapa al insecto en su mentira y lo devora poco a poco, consumiendo sus jugos vitales hasta convertirlo en una carcasa vacía. El corazón volvió a golpear en el pecho. Desvió la mirada del arma sobre la mesa y descubrió un pequeño libro de bordes cosidos con hilo verde y calabaza. Su mano se disparó hasta el manuscrito y lo llevó contra el agitado pecho. Leyó la portada: *Servidores, esclavos y prisioneros*.

—Servidores... Esclavos... —murmuró la princesa. Levantó la mirada al destello ígneo de su dedo y la luz inundó sus ojos.

Un instante después salió a la carrera, con el libro bajo el brazo. Saltó a los escalones, vueltos sombras rotas, débiles como en un sueño, que cambiaban a su paso. Apareció cerca de sus aposentos y caminó a hurtadillas, hasta escabullirse bajo las mantas.

El Lévvokan todavía dormía envuelto en una bruma otoñal, ajeno a las idas y venidas de una joven princesa. En su nuevo cubil respiró con calma y dejó que el calor corriera por sus venas otra vez. A la luz que nacía de ella misma observó el libro, acarició su encuadernación y maldijo en voz baja. Se había prometido no sacar ningún libro de la biblioteca para evitar ser sorprendida por su madre. Sin embargo había faltado a su palabra. Después de ver aquel extraño cuchillo se vio arrollada por una pasión salvaje y primitiva, una mezcla de atrevimiento y valor, que la empujaba y la atemorizaba al mismo tiempo. Ahora debería ocultar el libro y correr el riesgo.

—Servidores, esclavos y prisioneros —murmuró mientras sus dedos recorrían la piel encuadernada, después apartó la mirada y sintió de nuevo la catarsis evanescente—. Berk.

Recordaba al tullido que cuidaba de los asuntos del consejero. Un tipo desagradable y cruel con el servicio de palacio que apareció de la noche a la mañana para ofrecer su lealtad a Rághalak. Era el encargado de recorrer los olvidaderos y vigilar los aposentos de su amo. Un despreciable ser siempre dispuesto a alguna maldad, amigo de los malentendidos y la cizaña allá por donde pasaba. ¿Quién era realmente Berk? Y, ¿por qué desapareció la misma noche que Rághalak?

Los recuerdos de Anja eran una neblina confusa y fragmentada. Había hablado con el consejero en sus aposentos sobre libros y tam-



bién sobre los razaelim. Ella quería saber más sobre el muchacho que su padre había entregado al consejero, pero él se resistía a las preguntas, oculto tras una máscara monstruosa. Después, todo ocurrió muy rápido. Bajaron las escaleras y aparecieron ellos; el clérigo, la mujer y el muchacho de mirada penetrante y ojos punzantes como agujas. ¿Y Berk? ¿Estaba allí? Quizá muerto, si es que podía morir, de vuelta al lugar del que Rághalak lo trajo.

Anja abrió el libro y comenzó a leer sobre los misterios que permitían obtener un sirviente o esclavo. Se lanzó a las páginas y navegó entre símbolos secretos y hechizos, demonios venidos de lugares impronunciables y espíritus que habitan entre los planos. No quería dejar de leer, aunque las palabras se le convirtieron en sueños que la llevaron lejos de allí, danzando en un proceloso mar de fuego.

El otoño de Misinia había llegado al Lévvokan. Los días eran cada vez más cortos y las noches frías, despiadadas lenguas húmedas que se arrastraban desde la bahía. La princesa Anja se escabullía tanto como podía de sus obligaciones, con algún libro bajo la falda o un viejo pergamino oculto entre lienzos de dibujo. Cualquier excusa era buena para tratar de saciar el apetito que los dones de los arcani habían despertado en ella. Regularmente utilizaba el portal que había abierto hasta la biblioteca. Ya no iluminaba sus lecturas con velas sino que conjuraba su propia luz, e incluso había aprendido a aumentar las sombras hasta sumergir una habitación en la más oscura de las profundidades.

A pesar de todo ello, Anja era consciente de sus limitaciones. No podía comprender todos los símbolos arcanos, ni pronunciar las lenguas olvidadas sin poner en grave peligro su vida. El más mínimo fallo podía costarle muy caro. Necesitaba un mentor. Alguien que descifrara para ella los versos oscuros y tradujese las formulas alquímicas. Alguien que pusiera a su servicio un conocimiento superior y le abriese una puerta a otro plano de la existencia. Y para ello ponía todo su empeño en entender el pequeño manuscrito de *Servidores, esclavos y prisioneros*.

Una tarde, vencida por la modorra y el cansancio, los párpados le caían frente a uno de los libros de su madre que versaba sobre la



sugestión y diplomacia. De repente, la reina invadió su cuarto, seguida por toda su corte de damas escuálidas de piel marmórea y uñas largas y afiladas como alfileres.

—Aquí está mi hija —alzó la voz la reina al tiempo que entraba en la sala y Anja daba un respingo en su asiento—. Dolor de mis entrañas, sangre de mi sangre y filo de mi puñal.

Vestía un traje oscuro, casi negro, con un elaborado corpiño que trepaba desde sus caderas en forma de estrechos capilares y disponía una tela de araña en la espalda. El pelo caía como una cascada que se fundía con la negrura de su vestido. La piel, como la más pálida aparición, asomaba tersa, suave, pero también fría.

La princesa Anja se puso en pie, con las manos entrelazadas frente al regazo, y se inclinó levemente con la mirada baja.

—¿Y bien? —se limitó a preguntar la reina.

Anja parpadeó varias veces.

—Hoy es último día de mes —anunció la reina Anja—. Hace rato que te espero para nuestra acostumbrada reunión.

La princesa abrió la boca y dejó en el aire una disculpa. Su madre arrugó el cejo y la atravesó con un desconfiado gesto.

—Lo... siento —balbuceó finalmente—. No sé en qué estaba pensando.

—Quizá en lo que te llevas entre manos —le dirigió una sonrisa helada.

—¿Cómo? —ladeó el rostro Anja y un escalofrío recorrió sus piernas.

La reina esperó un instante a responder. Levantó una de sus finas cejas y señaló con el índice tras la princesa.

—Sugestión y diplomacia —dijo con un tono irónico.

Anja se desinfló en un suspiro y se encogió de hombros.

—Estudiaba una de las materias que me recomendaste y me perdí en la lectura. —Sonrió levemente—. Lo siento, madre.

La reina Anja caminó hasta la mesa y pasó sus largas uñas verdes sobre las gruesas páginas del libro.

—Sin duda es un tema muy interesante —murmuró como si sus pensamientos discurrieran por otras sendas.

—Lo es, madre —afirmó Anja con decisión—. Como todas las lecturas que me propones.



—¿Qué parte te ha gustado más?

—¿Qué parte?

—Muéstreme qué has aprendido.

—Pero...

—Te examinaré cuando acabes, sí. Pero quiero ver progresos ahora.

Anja dispuso sus manos frente al vientre. Sentía la carne muerta e inútil entre el sudor frío que rezumaban los dedos de su diestra. Pasó la lengua por los labios y tomó aire por la nariz al tiempo que se envaraba. La mirada inquisidora de su madre se contoneaba frente a ella, infranqueable como un muro, cortante tal que un filo. A su espalda, un enjambre de mujeres de aspecto siniestro.

—La mente del ser humano —comenzó a recitar Anja— es simple como la de un animal que se rige por prioridades básicas como son la supervivencia, la seguridad y procreación. Los sentimientos de pudor, ambición, odio, amor, honor y lealtad, son añadidos al hombre como piezas a un mecanismo sagrado y, como tales, pueden ser modificadas, alteradas, repuestas o destruidas a través de la sugestión.

El rostro de la reina se dispuso como el hacha del verdugo, cubierto por una sombra de amenaza. Sus uñas comenzaron a repiquetear sobre las páginas del libro abierto en el atril. Mantenía sus ojos clavados en Anja, como dardos que podían desvelar sus pensamientos. La princesa permaneció impasible, sin desviar la mirada un ápice, conteniendo la respiración y evitando el más mínimo movimiento de sus manos.

Anja tomó aire de nuevo y continuó recitando el texto.

—Se puede llevar al hombre a regiones alejadas de su voluntad, hasta quebrar o forjar lealtad en vista a nuevas promesas de seguridad, procreación y supervivencia...

—Basta —saltó la reina—. Es suficiente. Sé que me ocultas algo.

La reina cerró el libro con un delicado movimiento, sin apartar la vista de ella, y ladeó el rostro de forma amigable pero cargada de una amenaza latente, como un depredador se acerca a una presa acorralada, sin prisa.

—Pero, madre...

—No lo intentes —la interrumpió la reina—. Todavía no sé qué sacaste en claro de aquella reunión con Rághalak la noche que te



atacaron, pero no hace falta que sigas disimulando. Supongo que ya eres bastante adulta para tener tus propios secretos. Bien, dejemos que así sea. Pero no voy a consentir que juegues con peligrosas artes que ni siquiera comprendes. ¿Has tenido acceso a los libros de la biblioteca?

—La biblioteca está cerrada por orden del rey, madre.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No, madre.

—¿Y bien?

—Rághalak me prestó algunos libros que no formaban parte de la lista de estudio.

La reina caminó a un lado y cruzó los brazos frente al pecho. Ahora su rostro había pasado de la amenaza a la violencia. Se veía rabiosa, con el rostro marmóreo cargado de rabia contenida. Anja no bajó la mirada, mantenía la barbilla alta, sin mostrar afectación alguna. Sabía que cualquier señal de arrepentimiento o flaqueza podía desencadenar el ataque del áspid verde. La mujer Levvo podía consentir la traición y el secreto con que su hija estudiaba libros prohibidos, pero jamás perdonaría un titubeo. De eso trataba ser un vástago de los Levvo, siempre sometido aunque rebelde, gobernado por la ambición. Por supuesto, la reina no imaginaba hasta qué punto llegaban los secretos de su hija. Ni que había recorrido senderos que ella temía y leído textos que escapaban a su entendimiento. Esa, quizá, hubiera sido la peor de las heridas; descubrir que su creación era superior a ella.

—Guárdalos —concedió con un bufido—. Son tuyos. Pero más te vale ser discreta o yo misma te entregaré a tu padre para que pases el resto de tus días en uno de sus olvidaderos. Quizá algún día entres en la biblioteca y sus secretos sean tuyos, pero no será pronto. Primero debes aprender muchas cosas sobre los hombres y su mundo, después llegarán conocimientos más elevados.

Anja frunció el cejo y asintió con un gesto de sumisión y fastidio que la reina observó antes de continuar.

—Comprendo tus inquietudes, hija mía. —La reina sonrió, caminó hasta ella y acarició su mejilla con el dorso de la mano—. Es normal a tu edad dejarse llevar por una pasión incontrolada y obsesiva. Comienzas a vislumbrar lo que eres. Tu nombre toma forma en la



oscuridad de un propósito y crees adivinar la mujer que serás. Hazme caso, todavía es pronto. No pierdas el tiempo construyendo lo que no eres y entrégate a tu familia. Tu único desvelo debería ir encaminado a esa prerrogativa. —Sus palabras tomaron un aire siniestro cuando detuvo sus dedos bajo el mentón de Anja—. ¿Sabes cuál es?

La princesa miró a los ojos a su madre y se vio reflejada en ellos. Eran tan parecidas, tan idénticas, que sentía cómo su otro yo, su yo adulto, la visitaba para recordarle el camino a seguir. ¿Realmente fue aquella reina algún día parecida a ella? Después la observaba con detenimiento; el rostro macilento, la nariz alta, los ojos como carámbanos que herían a los hombres. Entonces percibía las diferencias. Una mujer Levvo, venenosa, amenazante, pero no tan parecida a ella como pretendía la educación que le dieron. Anja, la princesa, era serpiente también, serpiente y bruja. Con dos rostros para todos, incluido, tal vez, ella. Un aspecto de sí misma que no conocía y que, como dijo su madre, comenzaba a asomar de la tiniebla de su nombre.

—Brown debe reinar —dijo Anja en un murmullo y sin mostrar afectación ninguna.

La reina sonrió de nuevo y sus uñas recorrieron la mandíbula de su hija hasta abandonar la curva de la barbilla. Asintió satisfecha, relamiéndose.

—Supongo que sabes de la llegada de Enro Kalaris —anunció su madre.

—Se me comunicó su llegada y que pronto se hará una presentación oficial junto a mi padre.

—Excusas de la tradición para soportar otro banquete cargado del hedor del vino y la carne —masculló la reina Anja con un movimiento de la mano—. ¿Tienes dudas sobre la boda?

—Siento ansiedad pero no temor —replicó desdeñosa aunque contenida—. Sé que es importante para mi madre, para el rey y para la gloria Misinia. Me someto en espera de la grandeza de mi casa.

La reina dio media vuelta y la miró con una mezcla de agrado y sorpresa. La estudió de los pies a la cabeza y se pellizcó el mentón entre el pulgar y el índice, como si contemplara una obra de arte hecha a su imagen y semejanza.

—A veces me sorprendes, hija mía.

—¿Por qué, madre? —se extrañó ella—. Tan solo sigo tus directrices.



—Te auguro mucho poder —continuó la reina Anja—. Se fiel a mis enseñanzas y serás la sombra tras la corona.

—Solo aspiro a servir —añadió con un movimiento decidido.

—Acompáñame —dijo la reina, con un movimiento de la cabeza—. Hoy aprenderás la forma en que no se deben de hacer las cosas. El rey está reunido con su gobierno y no hay peor ejemplo en toda Misinia.

Algunas de las damas de su madre corrieron frente a ellas para advertir a los sirvientes de sus intenciones mientras, con revuelo, las puertas se abrían al paso de la reina y su hija. Eran sus damas, mujeres pálidas de cintura imposible que peinaban su pelo bruno en un enorme moño en la coronilla, adornado con agujas y piedras. Silenciosas y de rostros gélidos como las despectivas miradas que dirigían a todos aquellos por debajo de su rango y posición.

El Lévvokan era un palacio construido a la imagen y semejanza de un monstruoso ser vivo de tamaño colosal. Los corredores curvos que parecían no tener fin, bajo arcos de piedra tan pulida como el hueso entre los que se abrían ventanales y balconadas tal que orificios por los que respiraba el palacio. Era un laberinto de bóvedas y sólidas puertas redondas, custodiadas por guardas sin rostro, cubiertos por máscaras de hierro.

Grandes tapices se habían corrido frente a los ventanales del salón de reuniones y una penumbra nocturna, sucia de humo y vaho, envolvía a los presentes. Unos veinte personajillos se agrupaban en la sombra como ganado temeroso, trémulos y con los músculos encogidos. Eran los técnicos y administradores de la corona. Hombres de aspecto córvido, enjutos, ataviados con túnicas oscuras como sus pensamientos. Encargados de estrujar al pueblo, interrogar a los detenidos y administrar los bienes. Al otro lado, el consejero de Justicia, Gallus, apoyado sobre el bastón con forma de cráneo humano. Y con él, Delorn, encargado de la diplomacia, y el seboso consejero Tolmen, contador y tesorero del rey.

Abbathorn estaba sentado en el trono, sobre una tarima, las piernas abiertas y la fina cinta de oro ladeada en la frente. Sus uñas rasgaban la madera de los reposabrazos y los labios levantados, mostrando los colmillos. Su rostro céreo se contraía al murmurar pensamientos que se diluían entre el miedo de los técnicos y consejeros



de la corte de Davingrenn. Sobre todos ellos caía un viscoso silencio cargado de peligro, la antesala a la tormenta.

Anja pudo comprobar por sí misma lo que había oído en los murmullos de las comadres del servicio. El rey, sin Rághalak, había perdido la cabeza. Y en ambos sentidos. Sin su consejero, su padre había comenzado a mostrar ataques de rabia y su mando se había vuelto confuso, si no contradictorio. La administración del Lévvokan dependía de su pieza fundamental, la voz del rey, y éste se sentía desbordado y agobiado por asuntos que antes no llegaban siquiera a sus oídos. Los jueces al servicio de Gallus esperaban alguna directriz sobre nuevos casos aparecidos con la guerra, había que armar la milicia urbana, y las arcas del Lévvokan se estaban quedando vacías. Demasiados asuntos para un rey obsesionado con el poder.

—Tolmen... —exclamó el rey con su nórdico vozarrón.

El grueso y tembloroso tesorero dio un paso al frente y carraspeó varias veces.

—Podríamos subir el impuesto a los mercaderes que entran en la ciudad —sugirió.

—Subidlos todos —ordenó el rey de forma pausada.

—Pero, majestad...

—No hay discusión posible —dijo entre dientes—. Subid los impuestos a los mercaderes y a los burgueses, pero también al pueblo llano. Quiero que todos entreguen al rey su último suspiro para la grandeza del reino. Nada de pagos en especie para los que todavía guarden joyas y abalorios preciosos. Necesito oro; el ejército necesita oro.

—Será complicado aplicar tal norma, mi señor...

—Autorizo a la guardia a saquear las propiedades de aquellos que oculten oro a los recaudadores —explicó el rey—. Estamos en guerra y no flaquearemos en este momento. Cuando caiga Akkajauré y sus minas sean mías, el imperio Misinio será una realidad pero, de momento, todos los recursos del reino están a disposición del rey y haré uso de ellos como crea conveniente. El pueblo debe aprender a renunciar en pos de un beneficio mayor. Yo traeré la riqueza y el bienestar a sus vidas, pero antes de recibir... hay que dar. ¿Qué opina mi maestro de espías?

—Contamos con el apoyo del pueblo, majestad —intervino Delorn—, pero eso podría cambiar si tensáis la soga en su cuello. Los



burgueses y comerciantes son diferentes, mi señor, hay que saber darles cuando se les exige tanto como la ocasión requiere. Dejad que os explique, mi rey. También debemos tender la mano... Los gremios están inquietos y descontentos, pero el temor a las represalias de la justicia los hace cautos. Mientras los artesanos tengan trabajo se mantendrán sumisos.

—La guerra ha activado la manufactura de armas y utensilios —dijo Tolmen, que recogía el sudor de su papada con un pañuelo bordado—. Muchos herreros, carpinteros y carreteros se están enriqueciendo a costa de la corona...

—Aunque no hay comida que comprar con ese oro —lo interrumpió Delorn—. Los campos han sido expropiados para la guerra. El hambre mueve a la rebelión más que la pobreza.

—Los campos han sido tomados por su auténtico propietario, el rey —intervino Gallus tras golpear el suelo con su bastón—. Esos campesinos no deberían olvidarlo.

—Ya he dicho que el problema no son los campesinos sino los burgueses y artesanos de los gremios. —Delorn, el maestro de espías, era un tipo alto y espigado, con la piel seca y cuarteada, cual tierra erosionada y sembrada por mil arrugas, y en el centro de su cara, como dos oasis entre la arcilla seca, dos ojos claros, azules y redondos.

—Pues acabemos con ellos —propuso Tolmen, secando en esta ocasión el sudor que empapaba el cuello de su camisa.

—Eso no es posible, provocaría un alzamiento. —Delorn chasqueó los labios—. Propongo que se asegure el suministro a los mercados y alguna medida correctiva a las clases más acomodadas.

—¿Medida correctiva?

—Hay algunos burgueses que podríamos eliminar. —El maestro de espías masticó sus pensamientos mientras se pellizcaba el pellejo de la barbilla—. Quitar del medio a unos pocos. No los más importantes; tampoco cualquier mercachifle. Alguien acomodado cuya desaparición beneficie a otros. Quizá algún intermediario cuyo negocio se distribuya entre sus acreedores. ¿Hay alguien que encaje en ese perfil?

—Sé de unas cuantas familias que hace tiempo se encuentran descontentas con su posición —respondió Gallus, con voz ronca—. Descontentos y enfrentados a los nobles. Los burgueses no tienen sangre para ocupar ciertos puestos.



—Pero tienen oro —añadió Delorn con frialdad—. ¿Puedes acusarlos de traición y requisar todos sus bienes?

—Hoy mismo redactaré la orden y mañana se balancearán de una soga, colgados por los pies en la muralla —apuntó Gallus con una caricia al cráneo de su bastón.

—Aunque no es suficiente para cubrir los gastos de la guerra —contravino Tolmen.

En ese momento, Alhric Cawod, ministro de las armas y castellano del Lévvokan, dio un paso al frente. Su presencia destacaba entre los ministros del rey. Un hombre maduro, formado en las armas, con un bigote recortado y el cuello amplio como sus hombros, y que vestía ropa cómoda con una capa corta de color canela y bordados en plata. Un soldado pragmático, entrenado en la obediencia a las órdenes directas, todo lo contrario que los dobles sentidos, intereses ocultos y ladinos cumplidos de la política misinia.

—Tampoco alcanza para los gastos de la milicia —dijo con la voz contenida y el rubor en el cuello. Había pasado mucho rato escuchando asuntos que no le interesaban o que no comprendía, los pies le dolían y sentía los ojos irritados—. Tengo doscientas plazas que cubrir y no hay más que porras y uniformes viejos y raídos. El jornal es mísero y los jóvenes prefieren dedicarse al juego, traficar con resina de adormidera o vender vino a los hombres de armas. Bajad a los amarres del puerto y podréis comprobarlo vosotros mismos. Las noches en la ciudad se han convertido en un peligroso tránsito. Han crecido los asaltos y los robos, y Bocaceniza es ahora un barrio de mercenarios y asesinos llegados desde el sur por mar.

—Bocaceniza siempre ha sido un vergonzoso apéndice de Davingrenn —dijo Tolmen.

—¿Qué propone, pues, el consejero de la Moneda? —Delorn, el maestro de espías lanzó sus palabras como dardos envenenados.

—¡No tengo las soluciones a todo! —exclamó Tolmen con las mejillas enrojecidas y los ojos fuera de sí.

—No tienes soluciones a nada —masculló, despreciativo, Cawod.

Tolmen saltó adelante, mostrando los dientes y soltando espumarajos de rabia. Pero todos se detuvieron al escuchar el exagerado bostezo del rey.

Abbathorn se desperezaba en el trono, había pasado del agrio



enfado a un hastío cargado de rabia. Finalizó su bostezo bajo la trémula mirada de los silenciosos técnicos y sus consejeros principales, entrecerró los ojos, se resbaló en el trono y arrugó los labios en una mueca agria.

—Me cansáis —murmuró con desagrado.

—Pe... pero... —balbuceó Tolmen, todavía acalorado por su discusión con Delorn y el castellano Cawod.

—¡Dejadme tranquilo! —gritó de repente— ¡Vuestra charlatanería me agota! ¡No sois más que gallinas estúpidas que no merecen otra cosa que vivir en un agujero y comer fruta podrida con sus propios excrementos!

Entre los técnicos y burócratas de aspecto siniestro corrió un rumor y miradas angustiadas cubiertas de capilares y úlceras. Anja y la reina esperaban en su lugar, observando como el rey despotricaba contra los hombres que formaban el intrincado ser vivo que era el Lévvokan. Sabía que algunos de ellos serían sacrificados por la justicia del rey, de la misma forma que una criatura de las profundidades se amputa un miembro infectado. Así funcionaba el palacio misinio, como un leviatán que consumía las vidas de sus servidores, alimentándose, engordando año tras año, con la energía y el sacrificio de un pueblo ya acostumbrado a los cuerpos colgados de las murallas y las ejecuciones públicas. Y allí estaba el rey, su padre, corazón de la bestia misinia, en cada sentencia de muerte, en cada nuevo impuesto, en las monedas, en boca de detractores y fanáticos seguidores.

Anja miró de reojo a su madre y comprobó su satisfacción. La reina no ocultaba una sonrisa, incluso, a veces, una risilla aguda, mientras los consejeros retrocedían ante los insultos del rey. Sin duda le divertía ver como aquel hombre y su virilidad guerrera y destructiva acababa con todo. Era una amalgama de sentimientos encontrados los que definían aquella pareja de primos hermanos convertidos en marido y mujer.

Anja estudiaba cada gesto, cada involuntario movimiento de su madre, y reconocía el despecho y el odio hacia Abbathorn, pero al mismo tiempo también veía un ansia cargada de deseo y sexo. Había en ellos una atracción animal, un gusto por la destrucción tal que el impulso irresistible por tocar la llama danzarina y después congratularse en el dolor de la piel abrasada.



—¡No me interesa nada de lo que decís! —continuó el rey a voz en grito— Sois parásitos de mi poder, insignificantes insectos. Me daís asco. Fuera de mi presencia. ¡Largo!

Los técnicos y burócratas salieron a toda prisa, con el rabo entre las piernas y murmullos de satisfacción y alivio. Gallus, Delorn, Tolmen y Alhric, intercambiaron miradas de desconcierto, se inclinaron levemente y abandonaron la sala acompañados por algunos solícitos sirvientes. En breves instantes el único sonido que rompía el silencio era el crepitar de los fogueros y la agitada respiración del Rey.

Abbathorn contempló la desbandada general y se dejó caer de nuevo en el trono. Se pasó la mano por el rostro, empapado de sudor, mientras balbuceaba sinsentidos. Abrió mucho los ojos, tratando de despertar, pero después, al descubrir a la reina y su hija a un lado, recuperó el hastío en una amarga mueca.

—Mujer e hija —masculló, resbalando contra el respaldo del asiento—. Reina y princesa. Presente y futuro. ¿Te divierte mi gobierno?

—Me divierte ver el miedo encogido en sus pantalones.

—Debería matarlos a todos —gruñó Abbathorn, se incorporó y cerró el puño con fuerza—. Vienen a mí con problemas y cuestiones que su propia formación debería resolver. Preguntas, cada frase que comienzan, cada proposición que me traen, acaba en una pregunta. Quiero respuestas, no más interrogantes. ¡Algún día los haré colgar a todos! —exclamó, dando con el puño en el reposabrazos—. Ese Tolmen solo sabe hablar de pérdidas y préstamos. ¡Y Delorn pasa tanto tiempo rodeado de intrigantes y asesinos que ve conspiraciones en cualquier discusión de mercado!

—Es la soledad del monarca... —dijo la reina Anja mientras salía de las sombras, esgrimiendo su complacencia—. ¿Quién es digno de hablar a tu oído? Qué pocos comprenden el peso de la corona y alivian de su carga al monarca con su clarividencia.

Su hija la siguió unos pasos por detrás. Con los brazos caídos a los lados, en silencio, un ojo puesto en las palabras de la reina y el otro en cada reacción de su padre. Las sílabas lanzadas por su madre, como dentelladas venenosas, llegaban a la sangre del rey y lo intoxicaban de correosa desazón. Anja comprendió enseguida cómo, con tan poco, podía hacer recordar a su padre el consejero perdido y avivar la añoranza y dependencia de él. Abbathorn se veía nervio-



so, atosigado por un millar de pensamientos. Asentía con la mirada perdida en el suelo y, tras una meditación, alzaba unos ojos cargados de ira y rabia hacia ellas.

—Mujer e hija —repitió con los dientes prietos—. Qué amable visita. Podrías sentarte un rato en este trono y cargar con mis tribulaciones, esposa mía.

La reina Anja rio y dio una palmada.

—Ni con todo el tiempo del mundo llegaría a hacerlo tan bien como tú, mi esposo. Rey solo hay uno.

Abbathorn meditó la respuesta de su reina y la miró de arriba abajo. Abandonó la mueca de enfado y, con un bufido, se desinfló en su sitio.

—No hay noticias de ese maldito paladín —dijo con el mentón sobre el puño—. Se han esfumado como un corzo se pierde en la niebla. Pero no pueden andar lejos. Su única escapatoria está en el este, cerca de la guerra, quizá en el sur. ¿Por qué demonios se llevó a Rághalak? ¿Por qué tomar al razaelita y también a mi consejero? Algo se me escapa en todo este asunto. Un paladín renegado... alguien maneja los hilos de su rebeldía. Daré con ellos, cueste lo que cueste. Nadie entra en el Lévvokan y roba a un Levvo. No escapan.

—Nunca he dudado de eso, mi esposo.

—Pues parece que lo hagas.

—No me conoces lo suficiente.

—Te conozco demasiado, Anja.

Sus miradas chocaron entre ellos, cargadas de odio y violencia. Dos tormentas de fuego que ardían en el deseo, la dominación y la sumisión del otro.

—Es ahora cuando más voy a necesitar el apoyo de todos mis señores —continuó el rey—. La guerra se acerca a su punto álgido. En unos meses todo el norte será mío y podré ser coronado emperador pero, de momento, solo puedo cubrirme con los problemas cotidianos de una ciudad que un montón de inútiles son incapaces de resolver.

Abbathorn golpeó un puño contra su mano y espumarajos de saliva escaparon entre sus dientes.

—¡Alguien trama en mi contra y no sé quién es!

—Estamos aquí para servirte, mi rey —dijo la reina Anja.

Él miró a ambas durante un instante cargado de duda y, quizá,



una intuición, una señal de alerta que provenía de su instinto profundo. La princesa Anja recordó a su hermano Browen. Cuando eran niños solían jugar juntos en los pasillos del Lévvokan. Hasta que un día los separaron con la intención de convertir a cada uno en un proyecto, una visión profética de su familia, una herramienta o un arma para ser utilizada en la guerra por el norte.

En la puerta resonaron dos fuertes golpes antes de abrirse. Un criado se escurrió entre las grandes hojas de madera y sin mirar a la familia real anunció una visita.

—Enro Kalaris, Hiurel misinio y Señor de Ursa, está aquí, mi rey —dijo el lacayo.

—Que pase —ordenó el rey sin demora.

La reina dedicó a Anja una amplia sonrisa y un ligero, casi involuntario, guiño.

La doble puerta de la estancia se abrió de par en par y, como una alfombra tendida a sus pies, una estela de luz recorrió el suelo de piedra hasta el trono. Enro Kalaris apareció con su enorme presencia norteña. Ataviado con una armadura imponente, de metal lacado en carmesí y negro, los colores de su casa, con un león rampante impreso en el pecho y dos espadas cruzadas sobre el corazón. Su altura superaba incluso a la del rey, por lo menos un palmo, y sus pasos largos estaban cargados de energía. Todo era grande en aquel hombre, especialmente la ambición de su mirada bajo un mar de guedejas de fuego que rompía su frente. Estaba sucio y agotado por el viaje, el sudor formaba un fango oscuro en el cuello y las arrugas de los ojos.

—Kalaris, mi buen Kalaris —dijo el rey cuando el Señor de Ursa se arrodilló frente a él—. Levántate y dime, ¿cómo va nuestro plan para darle al norte el mejor imperio que se haya visto en Kanja?

Kalaris sonrió al tiempo que asentía. Su vozarrón resonó en la sala como un rugido.

—Todo avanza según lo previsto, mi señor —dijo—. Pronto habrá un emperador en Misinia y un imperio en el norte.

Anja observó sus grandes manos, los brazos musculosos y el amplió pecho de aquel hombre de aspecto salvaje que, en breve, sería su marido. Kalaris había estado casado en dos ocasiones, y en ambas sus esposas habían muerto. Debía de estar cerca de los cuarenta años, lo que era mucho más del doble que ella. Se sentía obligada por



el deber y las enseñanzas de su madre. Familia, imperio y Dios. Pero nada más. No había en ella temor, no mintió en eso a su madre, ni desasosiego por la próxima boda. No sentía ningún remordimiento por ser parte del plan de su madre para destronar al rey y conseguir el trono para Browen mediante el apoyo de Kalaris. Nada más que deber y determinación por servir pasaba por su mente hasta que levantó la mirada tras el largo silencio que siguió a las palabras de Enro Kalaris.

La princesa Anja era el vértice que unía la sonrisa enajenada del rey, la mirada cómplice de su madre, y un ávido y perturbador deseo en la hambrienta mueca de Kalaris. Entonces se sintió parte de una trampa mortal, pero también cebo y, en la distancia, como un lejano presentimiento oculto tras su educación, víctima de la lucha de hienas.

CAPÍTULO 8



ra un patio excavado en la roca al que solo se podía acceder desde un pórtico de piedra. Como todo en Dromm, los muros que encerraban el recinto eran altos, infinitos, y en la distancia se abrían ventanas diminutas, contrafuertes y pasadizos que cruzaban sobre sus cabezas. A lo alto, las decadentes luces del atardecer acariciaban el granito y lo volvían oro y óxido. Nada se escuchaba en el patio. Un silencio gélido se abatía sobre el detenido momento. Kali y Trisha se encontraban enfrentadas, separadas por una docena de pasos. Recostados contra uno de los muros, Olen y Reid observaban la lección. El gigante se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas y el semblante impertérrito mientras, a su lado, su colega mercenario enlazaba los brazos frente al pecho con expresión incrédula.

—Prueba otra vez —dijo Trisha, sin apartar los ojos de Kali.

Kali abrió su capa y bajó el mentón al tiempo que espiraba pesadamente.

—Deberías darle unos azotes —exclamó Olen y rio su propia ocurrencia.

Trisha lo miró desde el rabillo del ojo y apretó los dientes. Habían probado durante horas y nada había funcionado. Kali sentía un pánico tan terrible a su poder desatado que era incapaz de controlarlo. Al principio, la pelirroja había decidido explorar su autocontrol penetrando los pensamientos de Kali, pero una tormenta de sensaciones se lo habían impedido. Fue como enfrentarse a un fuego tan intenso que le abrasó el rostro con solo mirarlo. Kali debía manifestar su don a voluntad y no llevada por los sentimientos, pero, a medida que su frustración crecía ante la cerrazón de la niña, decidió pasar a métodos más expeditivos.

—¿Estás lista? —continuó Trisha, ignorando al contrabandista.

La chiquilla asintió y extendió los dedos de las manos a los lados. Contuvo la respiración y trató de concentrarse en su diafragma. Todo debía generarse en aquel punto bajo su vientre, pero no en una contracción involuntaria, sino como un músculo invisible que podía desplegar a su antojo.

«No está mal hacer esto —pensaba—, no está mal.»



La pelirroja afiló la mirada y un pequeño guijarro salió disparado desde sus pies, directo al rostro de Kali.

En adelante todo ocurrió muy rápido.

Una fuerte onda de electricidad estática brotó de entre sus dedos y ascendió por el pecho hasta tomar todo su cuerpo en una convulsión irrefrenable. Por un momento sus ojos se encendieron como ascuas y relampaguearon en el patio. El guijarro salió despedido a las alturas, pero no fue el único. Olen brincó, alarmado, al ver volar a Trisha varios pasos atrás.

—¡Eh! —gritó el mercenario al tiempo que corría hasta ella.

Trisha se retorció en el suelo con los ojos devorados en una arruga ceñuda y los dedos contraídos en un espasmo doloroso.

Reid la sujetó con sus enormes manos mientras su compañero le tomaba la cabeza para evitar que se golpeará contra el adoquinado.

Kali, con el gesto desmoronado, se llevó las manos al cabello oscuro y dio un inseguro paso atrás.

—Trisha... —balbuceó cerca del llanto—. Trisha, no. Trisha... no.

—¡Eh! ¡Pecosa! —la llamaba Olen al tiempo que agitaba su cabeza a los lados—. ¡Vamos, dime algo, pecosa!

Trisha se retorció en un último espasmo agónico. El cuello se le cubrió de venas y tendones que afloraban a la tensión provocada por el dolor sobrenatural. Reid la sostuvo con todas sus fuerzas contra el suelo. La espalda se le contrajo en un arco de contorsionista. Kali comenzó a llorar justo antes de que la mujer gritara y su cuerpo se derrumbase sin fuerza.

—Vamos, chica —decía Olen mientras daba palmaditas a sus mejillas—. No es para tanto. Dime que estás bien. Dime cualquier cosa.

Reid le soltó los brazos y levantó la mirada aterrada. Kali, al fondo, con las manos frente a la boca, clavadas como una garra en su propia carne, y los ojos vueltos dos cuevas negras de las que brotan manantiales de lágrimas oscuras.

—No me toques —masculló Trisha sin apenas despegar los labios.

Olen soltó una carcajada y sonrió a Reid, que respiró aliviado. Tras él, Kali se dejó caer al suelo y comenzó a balbucear con hilos de saliva trasparente descolgados de sus labios.

—Vaya susto nos has dado —susurró antes de ayudar a la mujer a incorporarse.



—Estoy bien —asintió ella, encogida, replegada sobre el vientre revuelto—. Solo un poco mareada.

Trisha se puso en pie con la ayuda de Olen y Reidhachadh. Parpadeó varias veces y caminó con las rodillas flojas y los pies zompos hasta Kali. La muchacha se había dejado caer y, abrazada a sus rodillas, lloraba de forma desconsolada.

—Estoy bien —dijo Trisha y pasó una mano por la coronilla de Kali—. No debes preocuparte. Pronto podrás controlarlo. A mayor reto, mayor premio. Y tu recompensa es muy grande, Kali, la más grande. No te dejes vencer por el miedo.

Kali se abrazó a la mujer del pelo rojo y recostó la cabeza contra su pecho.

—No me hagas volver a probarlo —dijo—, no quiero mataros.

—No vas a matar a nadie. —Enfrentó su rostro al de ella.

—¿Matarnos? —saltó Olen—. De eso nada, paliducha. He sobrevivido a una docena de maridos celosos y a seis linchamientos y medio. No me matará ninguna niña por muy tenebrosa que sea. ¿Verdad Reid? —concluyó, dando un par de codazos al silencioso gigante.

Trisha lo miró con dureza y Olen levantó las manos de forma interrogante. Ella movió la cabeza a los lados y acarició el pelo de Kali. La mujer todavía se veía agotada por el viaje hasta Dromm y las tribulaciones sobre la custodia de Kali. En su plan, si es que alguna vez lo hubo, no esperaba acabar atrapada en una ciudad sitiada por los ejércitos unidos de los Rjuvel y la Orden de Vanaiar. Había confesado su preocupación por el tiempo que llevaría volver al sur y cobijarse en la seguridad de Róndeinn, a lo que Olen respondió con un escueto: «más tiempo, más deuda». Sin embargo, su relación había mejorado más allá de lo económico. Reid en su mudo y rudo comportamiento era incluso afectuoso. Y por otra parte, Olen, a pesar de hablar por los codos y tener un humor tan ácido como la sangre de un demonio, se preocupaba por ellas. Quizá a su manera, y siempre con la mente puesta en la recompensa que le esperaba cuando llevase a Róndeinn a la pupila de una poderosa mujer noble, pero durante la última semana algo había cambiado entre ellos.

—No soy una niña —añadió Kali y clavó sus ojos incoloros en él.

—Desde luego no lo eres. —Apareció la voz de alguien en el patio.

Olen, que tenía preparada una réplica, se mordió la lengua y dio



media vuelta hacia la entrada con los brazos en jarras. Podía reconocer aquella voz fina y transparente, escurridiza como la lengua de una serpiente.

Anair, el monje inquisidor, esperaba bajo el arco de piedra con la acostumbrada sonrisa tibia. Su aspecto había mejorado mucho desde que Kali lo encontrara en una cueva junto con algunos clérigos renegados. El rostro había recuperado el color, aunque una sombra gris todavía asomaba bajo los ojos. Vestía una túnica blanca con las anchas mangas carmesí de su cargo y, cuando caminaba, apoyaba el peso en un bastón de madera. Junto a él esperaba Tasha el Rojo, siempre fiel e inseparable a su nuevo maestro. Tras ellos, sin atravesar el pórtico, seis monjes ataviados para la batalla con pesadas armaduras cubiertas por la sobrevesta de la Orden.

—Me alegra ver que os recuperáis de vuestras heridas —dijo el inquisidor—. No malgastáis vuestros días en Dromm.

Kali y sus amigos no dijeron nada. Reid desplegó su enorme envergadura tras ellas y tomó aire por la nariz, sin prisa, de forma pausada. El gigantón de Bront, cuando hinchaba el pecho y abría la espalda, era como una montaña que los acogía en su falda, varios palmos más alto que cualquiera de los monjes de Dromm y con unos brazos como columnas de piedra. Trisha pasó un brazo sobre los hombros de Kali y mantuvo la mirada en el inquisidor y sus acompañantes.

—¿Dónde os han instalado? —preguntó el clérigo.

—En las habitaciones que están sobre los establos, cerca de la plaza con una fuente —respondió Olen con el rostro contrito.

—Es un buen lugar —asintió, satisfecho—. Los hermanos de Dromm son muy generosos. Hacedles saber cualquier cosa que necesitéis y si está dentro de sus posibilidades lo harán.

—Gracias de nuevo —añadió Olen—. Si hay algo en lo que podamos colaborar...

—Os enviaré uno de los administradores de Rókesby —continuó Anair tras observar la amenazante postura del gigante—, necesitaremos todos los hombres para la defensa de la ciudad. El ejército a las puertas es numeroso y no tendrán ninguna piedad si atraviesan la muralla.

—Esta no es nuestra guerra —dijo Trisha.

—Permite que te corrija. —Anair alzó un huesudo dedo—. Creo



que esta guerra es tan vuestra como mía. Simplemente no habéis encontrado el lugar adecuado en que situaros. —El monje avanzó un par de pasos y se detuvo al tiempo que alzaba la vista hacia el cielo sobre sus cabezas. Las nubes navegaban de norte a sur en un inexorable tránsito celeste—. Se nota que no sois creyentes. La Palabra enseña que la guerra es inevitable y cuando se presenta no se puede escapar de ella. El que huye perece, tarde o temprano.

—Creía que el cobijo en esta ciudad no estaba condicionado... —saltó Olen.

—No te equivoques —lo interrumpió Anair, cargando sus palabras de severidad—. No estoy juzgando vuestras creencias paganas ni el panteón que veneráis. Es asunto vuestro y, como os dije, no hay Juicios de Fe en Dromm. Otros asuntos turban mi tranquilidad.

—¿Qué asuntos? —preguntó Trisha.

Anair la observó un instante con las cejas prietas; en sus ojos apareció un brillo de furia que se desvaneció en un gesto amable.

—Miles de hombres reclaman esta fortaleza —explicó—. Unos por derecho de conquista y otros para juzgar por herejía a sus habitantes y regar de sangre el campo de Dios. ¿Te parecen motivos leves aun para un hombre como yo, acostumbrado a la batalla?

—Ya te he dicho que no es nuestra guerra —insistió ella.

—¡Y yo que te equivocas, Trisha! —alzó la voz el inquisidor, se detuvo, tomó aire y miró su puño cerrado. Después abrió la mano, lentamente, y continuó—. Traigo una invitación. Un gesto. Mi mano está tendida a vuestra participación. Dentro de dos días se celebrará una reunión del Consejo de Dromm para tratar la situación en que se encuentra el Lucero. Os recomiendo que acudáis, se está hablando mucho de vosotras.

—¿Nosotras? —Apretó contra ella a Kali.

—¿Esperabas otra cosa después del numerito en la barbacana? Los monjes también son hombres, al fin y al cabo, tienen flaquezas y supersticiones —explicó Anair—. Se va a juzgar esta ciudad por herejía. Quizá muchos piensen que un intercambio...

—¡Tenemos la palabra de Rókesby! —exclamó Olen y Reidhachadh eclipsó la sombra de su amigo, siempre a su espalda.

—¡Tenéis la mía! —El sonido metálico de las armaduras tras el inquisidor inundó el pequeño patio con su amenazante eco y Anair



hizo un gesto a los clérigos tras él. Después, todavía con la mano en alto, tentando a la violenta tensión en Olen y Reid, ladeó el gesto y continuó—. No vuelvas a interrumpirme. Os comunico el sentir de muchos, no el mío. Pero nada tiene que ver lo uno con lo otro. Mostráis una gran desconfianza. No os culpo por ello. Aunque deberíais comprender que la necesidad de defensa es común. Todos los brazos son buenos en las almenas. ¡No te precipites, mercenario! —sugirió Anair ante la réplica de Olen, pero sin apartar la vista de Trisha—. Yo, aunque no lo creas, soy quien va a protegeros. Deberías conocer a tus aliados.

—Lucharemos si nos dais armas además de vuestro cobijo —concluyó Olen y Anair asintió satisfecho.

—No estaremos aquí mucho tiempo —intervino Trisha—. Nuestro destino es el sur. En cuanto podamos...

—El tiempo no está de tu parte, Trisha —la atajó con su voz fina y cadenciosa—. El asedio durará muchos meses. El ejército de los Rjuvel apenas ha montado el campamento en el llano y la Guardia Sagrada está con ellos. Temo que ya los conocéis bien; fuisteis sus invitados en Villas del Monje. Antes de que recrudezca el invierno tratarán de asaltar las murallas. Pero si no lo consiguen, deberán esperar. —El inquisidor acarició la yema de su pulgar con el índice y centró su atención en Kali—. Vamos a compartir mucho tiempo juntos. Aunque no me interesan tus argumentos, lo que deseo es hablar con Kali en mis aposentos.

—¿Con... conmigo? —balbuceó Kali.

—Si quieres hablar puedes hacerlo. —Trisha levantó la barbilla.

—Prefiero mantener una conversación privada —objetó Anair.

—No hay secretos entre nosotras.

Anair rio rítmicamente y movió la cabeza a los lados.

—Crees que la proteges, pero en realidad la menosprecias. —El inquisidor bajó la aterciopelada voz sin despegar su vista de Kali—. No la trates como una niña. Puede decidir por sí misma. Aunque no me importa si vienes tú también, Trisha. —Un fugaz destello apareció en sus ojos y desplegó una mano en el aire de forma despreocupada—. Os espero mañana después del rezo matutino en los salones junto al refectorio del templo.

Con esas palabras, sin dar espacio a una réplica, Anair dio media



vuelta y abandonó el patio seguido por el joven Tasha y los imponentes monjes guerreros y su repicar metálico. Un pesado silencio quedó tras él, tenso como la cuerda de una cítara, cargado de veneno ponzoñoso que regaba el remordimiento de los presentes.

—Pecosa —dijo Olen, preocupado y lleno de fastidio—, más te vale tener un plan para salir de aquí con la paliducha, porque ese tipo me da repelús y no creo que pretenda nada bueno.

Reid se acercó hasta ellas y sacudió con delicadeza el polvo de la capa de Kali.

—No hay ningún plan que no conozcas —masculló ella con hastío.

—Pues eso no es bueno, ojitos verdes. De una manera u otra tenemos que salir de aquí. No confío en los monjes y menos cuando los ponen contra las cuerdas. Ya has oído lo que ha dicho. Un intercambio. ¿Sabes lo que significa eso? Nosotros a cambio de su pellejo.

—Los monjes no son malos... —apareció la voz de Kali repentinamente, pero al captar la atención de todos bajó el tono y miró al suelo—. Están perdidos y solos. Eso es todo.

Olen abrió los ojos en un irónico gesto de espanto.

—¡Eso es! —exclamó— ¡Pobres clérigos, no tienen a nadie! ¿Será porque durante doscientos años se han dedicado a matar a todo el mundo? Si hubieras salido de tu bonita cabaña en Bruma habrías visto cómo tratan a los que son como tú. No me digas que tengo que darle un abrazo y dormir con ese inquisidor.

—Olen... —intervino Trisha.

—¡Corramos a las llamas que todo lo purifican y pidamos el perdón del Dios de la guerra! —El mercenario dio saltitos ridículos y agitó las manos sobre su cabeza.

—Ya es suficiente —insistió la mujer.

—¡Ese tipo tortura y asesina con el beneplácito del rey! —exclamó él— ¡Y no voy a acabar mis días encerrado en un sótano después de ver como os arrancan la piel y os sacrifican sobre una pila de troncos! Escucha Kali, tú no sabes lo que apesta una persona cuando la queman...

—¡Basta! —lo cortó Trisha y sus ojos, llenos de rabia, se encontraron enfrentados—. Mañana nos reuniremos con el inquisidor y veremos qué quiere de Kali. Por lo demás, abandonaremos esta ciudad en cuanto podamos y viajaremos al sur. Ese es el plan.



—Pues espero que sea pronto, pecosa —masculló Olen en tono desafiante—. Porque este asedio va para largo.

Todavía estaban las palabras de Olen en el aire cuando todas las campanas de Dromm comenzaron a repicar. El agudo eco de la llamada invadió el patio y el cielo de la ciudad de piedra.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Olen con las manos en los oídos.

—El asalto... —sentenció el gigantón Reid con la vista puesta en los invisibles sonidos de alarma. Su fuerte vozarrón, tan aplastante como la fortaleza de sus músculos, no dejaba lugar a réplica—. Ha empezado.

El tañido de las campanas recorría cada pasadizo, puente, torre y calleja adoquinada en la columna de piedra que era Dromm. La ciudad estaba siendo atacada. Muchos se asomaban alarmados a los estrechos ventanales. Docenas de soldados y monjes corrían en las inclinadas pasarelas. Lejos de todo el barullo, en las más altas torres, casi ocultas por las nubes, los pendones del Lucero ondeaban al viento.

Kali, Trisha, Olen y Reid ascendieron hasta un adarve en la segunda muralla, un lugar espacioso muy por encima de la barbacana de entrada a la primera muralla, pero desde el que se podía observar la mayor parte del plano.

—¡Mirad! —exclamó Olen sobre las almenaras—. ¡Son escalas de asalto!

Anair había errado en su predicción. No había tenido en cuenta el fanatismo de la Guardia Sagrada. Mientras el ejército de los Rjuvel levantaba un campamento en el llano, un numeroso grupo de monjes cargaba hacia la puerta de entrada con unas pocas escalas de madera. Sobre ellos llovían dardos y flechas desde las torres que flanqueaban el portón. Sin embargo, continuaban su rápido avance hasta la base de la muralla.

—Están locos, morirán todos —murmuró Trisha.

—Quizá es lo que desean, bermeja —añadió Olen—, una muerte rápida.

Algunas escalas llegaron a las zonas más bajas de la primera muralla, en un ángulo de la barbacana. Los cánticos de batalla de los



clérigos se escuchaban por encima de las llamadas a la defensa. Bajo una lluvia de piedras y flechas unos cuantos comenzaron a trepar las escalas. Los dardos rebotaban en sus armaduras. Los escudos formaban una piel metálica que se agolpaba bajo cada escala y, cuando una era derribada, otra se alzaba con el sonido de alabanzas y oraciones exclamadas.

—Es un suicidio...

—No tan rápido... —apuntó Olen.

La guardia de Dromm corría de un lado a otro del adarve mientras los monjes trepaban sin miedo hacia una muerte segura. Las escalas eran derribadas y alzadas de nuevo. Presos de un empeño ciego, los clérigos se abrían paso sobre los cuerpos muertos o heridos, hincaban los escarpes de hierro en la piedra y arañaban la roca con los guanteletes y las púas y las coderas de su armadura. En una insana desesperación, como si la vida les fuese en ello, la vida verdadera, la que hay tras la muerte en el campo de batalla.

—¿Pero qué...? —Olen apenas daba crédito a lo que estaba viendo—. Van a conseguirlo.

El primero de los clérigos asomó a la muralla con un gran escudo cubierto de flechas. Los gritos eran ensordecedores a su alrededor. Tras el visor del yelmo no había rostro, tan solo la furia fanática y demoledora del guerrero sagrado. Una barrera de soldados y milicianos trataron de detenerlo, pero cuando el monje levantó su maza, un resplandor flamígero estalló a su alrededor y todos se convirtieron en teas aullantes. Los golpes a diestra y siniestra quebraron escudos y armaduras, astillaron huesos y rompieron cráneos sin compasión alguna. El pendón del águila bicéfala de la Guardia Sagrada ondeaba en Dromm.

—No puede ser... —balbuceó Trisha—. Van a tomar la muralla.

En un instante varios monjes se habían hecho con un fragmento del adarve junto a la barbacana. La mayoría estaban heridos, sangrantes, con la sobrevesta desgarrada y la armadura abollada, pero a sus pies los cuerpos de los defensores se amontonaban por decenas. La sangre cubrió la roca de la muralla. Nadie detenía a los invasores que trepaban por las escalas. Las armas aparecían entre la turba de cuerpos heridos, refuerzos, soldados que trataban de huir y se veían empujados sobre aquellos invasores que traían la muerte con ellos;



aparecían y caían sobre la carne, derramando la vida, abriendo paso al terror.

Cuernos de batalla sonaron en el llano. Todo el ejército se puso en movimiento, azuzado por la valentía suicida de unos pocos.

—¡Allí! —señaló Kali la muralla.

Rókesby, seguido de los suyos, atravesaba las defensas de Dromm para alcanzar a los invasores. Se abría paso a empujones entre los milicianos que, aterrorizados, se ocultaban tras las almenaras o caían desde la altura. La mayoría de soldados se mantenían alejados de los monjes asaltantes. Desde la distancia los arqueros lanzaban flechas que se estrellaban contra los escudos y se desmenuzaban en un resplandor. La Guardia Sagrada enseñaba los dientes y afianzaba los pies en la piedra de Dromm en espera de la lucha con sus hermanos repudiados. Máscaras doradas a imagen y semejanza de un dios sin rostro, la rabia y el fanatismo, el ensañamiento con que se asesina a aquellos que compartieron la mesa y el vino, la fe y las plegarias.

Cuando Rókesby Tres Dedos y los suyos alcanzaron el adarve no hubo un instante para la oración. Como una ola de metal y furia divina los dos grupos se fundieron en una amalgama de golpes y aullidos, armas que estallaban en una cascada de luz, sonidos de muerte y metal quebrado. Pocos de los presentes habían visto nunca en combate a los clérigos de Vanaia, el dios de la guerra. La mayoría de guardas de Dromm permanecían encogidos, con el temor hincado hasta los huesos y el nombre del dios único atravesado en el alma.

Kali descubrió a Lestick en la refriega. Cerca de él también se encontraba Tull, con su demoledor aspecto de ariete, y el joven Everard Bakster. Todos luchaban contra hombres de su misma fe, antes prosélitos en los ritos hieráticos y ahora enemigos en una lucha encarnizada. Todos se acogían al mismo dios inmisericorde y cruel, pero solo unos pocos podían vencer. La Guardia Sagrada se replegaba contra la muralla y trataba de defender las pocas escalas que habían conquistado la cima.

—¡Pierden terreno! —exclamó Olen, liberando su euforia aliviada.

El cerco se estrechaba. Pronto quedaron unos pocos asaltantes en pie, malheridos, agotados, incapaces de levantar el acero aunque sin arrojarlo. La sangre corría entre los cuerpos muertos y empapaba los muros de Dromm. No hubo piedad para ellos porque tampoco la



hubieran aceptado. La muerte era el único final para un monje vencido. El último clérigo cayó atravesado por los aceros de los monjes rebeldes de Dromm y las escalas fueron derribadas antes de que las avanzadas de los Rjuvel llegasen a plantearse el asalto. Continuaba la lluvia de flechas sobre los guerreros que regresaban en tromba hacia el campamento del llano. Rókesby y los suyos, jadeantes, rodeados de cadáveres enemigos, observaban la escena.

Gritos de júbilo sustituyeron a las campanas y los cuernos de guerra. Había heridos que alzaban los brazos al cielo y clamaban por un sanador. Los clérigos buscaban entre sus hermanos y recogían las armas de los caídos, con una plegaria entre la respiración todavía agitada. Kali vio cómo Lestick secaba el sudor de su frente con la manga de la túnica y miraba hacia el adarve superior donde se encontraban ellos. El clérigo la miró un instante y levantó el brazo hacia ella. Había estado tan distante desde que escaparon de Villas del Monje que sintió un cosquilleo en el estómago seguido de un mordisco. Se alegró de que estuviera bien, de que no hubiese resultado herido en la refriega. Sonrió al tiempo que levantaba la mano hacia el viejo clérigo, pero se detuvo al observar la expresión de su rostro.

—¿Qué ocurre? —se preguntó Trisha con la vista puesta en el lugar en que se luchaba hacía un instante—. ¿Por qué miran todos hacia aquí?

Muchos monjes habían dado media vuelta y centraban su atención en ellos. Incluso los arqueros abandonaron sus posiciones para volverse hacia el adarve en que se encontraban. Algunos levantaron el visor de sus yelmos, otros señalaban con el brazo extendido.

—¿Qué...? —masculló la mujer, pero en ese momento vio el asombro y el horror en los lejanos ojos de los hombres y la sombra apareció sobre sus cabezas.

Trisha contuvo la respiración en un momento de hielo y espanto mientras Olen mascullaba una maldición al llevarse la mano al cinto y recordar que su viejo buen sable había sido sustituido por un cuchillo de manufactura nórdica. Kali fue la única que supo exactamente lo que estaba viendo, porque ya la había visitado antes.

La criatura que la había perseguido en el bosque días atrás había vuelto de sus pesadillas. Un hombre con enormes alas de cuervo sobrevolaba la ciudadela de Dromm, directo hacia ellos.



«No es real —pensó—. No es más que mi imaginación.»

Pero podía escuchar el golpear sus alas en el aire y el castaño de los dientes afilados en una mandíbula desproporcionada. Los ojos nacarinos y bulbosos estaban fijos en ella, aunque esta vez no estaba solo. Con sus fuertes y pálidos brazos cargaba una criatura si cabe más espeluznante. Kali se estremeció al comprender la verdad y observar la ávida sonrisa de aquel nuevo monstruo que se lanzaba al ataque entre los ecos de su gañido córvido.

Un fuerte aleteo sobre sus cabezas les hizo protegerse de forma instintiva. Con una pirueta, el hombre alado remontó el vuelo después de arrojar a su oscuro pasajero en el adarve.

La criatura rodó por el suelo como un vendaval, directo hacia Kali, pero la muchacha ya no estaba allí. El gigante Reidhachadh la había rodeado con sus brazos y puesto a salvo de un largo brinco. Al darse cuenta de su error la criatura bufó de forma felina. Olen y Trisha observaron al monstruo, sorprendidos y asqueados. Era, lejanamente, un hombre jorobado de musculosas ancas de rana y los brazos delgados y cortos, casi inservibles. Su cara recordaba la de una serpiente con los ojos oscuros y acuosos y una lengua gruesa que asomaba a los incoloros labios.

Olen desenfundó el cuchillo pero no pudo hacer mucho más. El jorobado de aspecto anfibio saltó ágilmente y lanzó una patada a cada lado, derribando a Olen contra la baranda, y Trisha, doblegada sobre su estómago. Después, dio media vuelta y descubrió a Kali entre los brazos de Reid. La muchacha estaba paralizada, con sus grandes ojos velados por el terror y los labios descolgados. Venían por ella. Podía verlo en el ansia hambrienta que movía su propósito. ¿Por qué la buscaban, por qué la perseguían? Quizá fuera su justo castigo, la única manera de que pagase por todo el mal que había hecho.

El gigante se interpuso entre Kali y la criatura. Desplegó su tamaño y cerró los puños lentamente, como dos bloques de granito. Sin embargo, su oponente bufó de nuevo y pasó la lengua sobre los labios. Rápido como un relámpago, el jorobado saltó a un lado, se impulsó con ambas piernas en una pared y cayó sobre Reid. El hombre de Bront lanzó puñetazos a un lado y otro, pero la criatura esquivaba cualquier embiste con una rapidez asombrosa. Rodó por el suelo y golpeó con ambos pies a Reid en el hercúleo pecho. No era



suficiente para derrumbar al gigante, pero sí le hizo tambalearse y dar un paso atrás.

Kali corrió en perpendicular. Hubiera escapado a cualquier lugar, lejos de ella misma, a pesar de saber que era imposible cambiar las cosas, abandonar su propia vida, esfumarse y olvidarlo todo. Al fin y al cabo, ella era un monstruo más, como aquellos engendros deformes, horribles, grotescos. La mirada camaleónica del jorobado la persiguió pero Kali no fue demasiado lejos. Sus pies resbalaron en la piedra cuando, frente a ella, sobre una de las almenas del adarve, apareció el hombre de alas de cuervo. Con una mano tomaba la larga cadena a su cuello y sonreía, lleno de atroz ironía, al tiempo que la contemplaba con sus ojos de piedra pulida.

Reid lanzó ambos puños en un amplio barrido, pero el jorobado ya había desaparecido cuando él golpeó el suelo. Miró a todas partes. Kali estaba arrinconada contra la baranda de piedra; rodeada por los corruptos seres que se echaban encima.

—¡No tan deprisa, sapo sarnoso! —exclamó Olen antes de cargar contra el jorobado y lanzarlo directo al muro de piedra.

El buscavidas recuperó la postura frente a Kali, esgrimiendo su sonrisa perlada, y se preparaba para decir algo cuando en un restallido metálico, la cadena se enroscó en su cuello. En ese momento todo se detuvo para Kali, como si fuera un sueño frente a sus ojos, un reflejo imposible de alcanzar.

El hombre alado levantó el vuelo y arrastró tras él a Olen que intentaba separar los eslabones oxidados de su cuello. Reid saltó para salvar a su amigo, pero en su asfixia los pies de Olen se convulsionaban de un lado a otro y en un instante estaba fuera de su alcance. El gigantón, que apenas pronunciaba palabra, emitió un rabioso aullido hacia la criatura que se había elevado sobre su cabeza. Sus ojos estaban fuera de sí. Levantaba los puños como una amenaza cargada de impotencia y gruñía casi de forma animal. Olen se asfixiaba por momentos y su rostro se volvió un abotargado saco violáceo.

De repente, la cadena se partió. Un objeto casi invisible fue lanzado a toda velocidad, con tal precisión que separó los eslabones. Olen cayó en los brazos de Reid y la criatura voladora, detenida en su aleteo, buscó la procedencia de aquel inoportuno intruso.

—No la toques, pajarraco —dijo Trisha, con los dientes prietos.



La capa de la mujer se agitaba cargada de electricidad estática y a su lado, una docena de guijarros y cascotes arrancados de la argamasa de las almenas levitaban listos para ser usados como proyectiles. Tenía el pelo alborotado, lleno de ondas y curvas flamígeras, y una mano extendida frente a ella, tal que un titiritero controla su invisible creación.

El rabioso aleteo de la criatura resultó ensordecedor. El gesto ceñudo afeó su deforme rostro, y recogió la cadena en torno al puño. Después pasó la oscura lengua entre los afilados dientes y gruñó. La mirada de Trisha se afiló y al instante los guijarros salieron disparados hacia su adversario volador, convertidos en una sombra veloz. Expuesto a la lluvia de piedra, la criatura se cubrió con los brazos, las alas se encogieron y saltaron plumas que cayeron como hojas en otoño. Convertido en una maraña de reseca piel grisácea y plumas negras, la criatura cayó sobre el adarve.

El jorobado aprovechó el momento de confusión y saltó sobre Kali que gritó y se cubrió el rostro con las manos. De repente, sin pretenderlo, una esfera brillante explotó frente a ella y barrió la almenara con una inusitada fuerza etérea. Todos fueron derribados y arrastrados varios pasos sobre el suelo de piedra. Reid protegía a Olen, inconsciente, con su cuerpo, mientras Trisha sacudía la cabeza, tratando de despejarse.

—¡Kali! —gritó cuando vio que las criaturas se incorporaban para pasar de nuevo al ataque.

En ese momento, atravesando la portezuela de acceso, varios monjes encabezados por Lestick irrumpieron como un vendaval. La criatura desplegó las alas y se elevó sobre las cabezas de todos pero, en esta ocasión, varias flechas disparadas desde las torres cercanas silbaron a su alrededor. El jorobado dio un brinco con sus potentes piernas y se impulsó hasta la pared más cercana. Algunos clérigos guerreros cortaron el aire con sus armas o golpearon la piedra en la trayectoria del jorobado. Corrió sobre la roca como si fuese una escalera y se colocó en el dintel de una ventana. Varias flechas se estrellaron a su alrededor. Su hermano alado se había alejado lo suficiente y, como un buitre al acecho, volaba en círculos sobre Kali y sus amigos.

Todos gritaban y daban órdenes, al tiempo que señalaban la deforme figura del jorobado, y la seguían con los brazos extendidos, apuntando cada salto, cada carrera sobre pasarelas y contrafuertes.



En un instante el jorobado había ascendido a la lejanía de los altos tejados y palacios excavados en la roca, convertido en una de las gárgolas de piedra que adornaban muchas de aquellas construcciones. Cuando parecía haber desaparecido y todos contenían el aliento con la mirada perdida en la ciudad de roca, el jorobado saltó al vacío y, tras un instante, su hermano alado lo tomó en brazos. Un pesado silencio conquistó el temor y la expectación de todos los presentes. Los arqueros, clérigos, ciudadanos y milicia de Dromm miraron a lo alto, hasta que las alas negras desaparecieron en las lejanas cumbres montañosas en torno a la ciudad.

Kali contuvo el aliento y se mordió los labios. Todavía podía sentir el fétido gruñir del jorobado y sus pequeñas manos tratando de agarrarla mientras el hombre alado se preparaba para arrastrarla lejos de aquella ciudad. ¿De dónde habían venido? Sus ojos, lejanamente humanos, la habían interrogado con avidez, como si llevaran años esperándola y su misma existencia dependiese de ella. Su padre solía decir, cuando se emborrachaba, que un diablo había nacido en lugar de la hija que esperaba. Quizá esos mismos demonios habían vuelto por ella, para devolverla al lugar al que pertenecía.

El corazón se le encogió cuando miró a su alrededor. Una sombra se había extendido como un manto de negrura. Los monjes, los ciudadanos, Lestick, Tull, Suave, todos clavaban en ella una siniestra mirada. Se había convertido en centro de todos los temores, sospechas y supersticiones. Reid y Olen la interrogaban con el cejo prieto, como si no pudieran reconocerla. Incluso Trisha se mantenía a distancia, extenuada y abatida, tras el invisible muro formado por el silencio.

Había vuelto, la velada y muda acusación de Jared. Y Kali se supo culpable, como siempre lo había sido. Culpable de ser lo que era, de acercar la muerte y el dolor a todos los que la rodeaban. Se sintió derramar como un manantial; un arroyo turbio que traía al mundo agua envenenada.

CAPÍTULO 9

Browen esperaba en pie desde hacía un interminable momento. Todavía se escuchaban tras él los pasos del sirviente que le había conducido hasta presencia del duque de Bremanner, Rolf Lorean. Sin embargo, tras ser presentado, el duque permanecía cerca de una vidriera, con la luz protegiéndolo como una armadura divina y la vista perdida en algún otro lugar y momento. Browen recordó los días de espera hasta ser recibido por su anfitrión, la ofensa que suponía hacerlo esperar, a él, el hijo del rey Abbathorn Levvo, y tragó la bilis dejada por el orgullo, obligado por la costumbre. La puerta resonó en toda la estancia cuando el sirviente los dejó solos y el duque bajó el rostro al suelo y respiró, como si se convenciera a sí mismo de aquello que solo él podía ver en la mortecina luz de la tarde.

—Querido Browen —salió de su ensoñación y abrió los brazos frente a él—, eres bienvenido bajo mi techo.

Browen se acercó, mostrando una sonrisa torcida. Fue un abrazo rígido y lejano, en que sus pechos apenas se tocaron lo suficiente como para sentir el calor del otro. Sin embargo, cuando se separaron, los ojos del duque, rodeados de arrugas sobre la piel oscurecida por el poco dormir, estaban cargados de aprecio. O, por lo menos, algo que Browen identificó como tal y que relajó la rigidez de sus músculos.

—Un príncipe misinio en esta sala —dijo el duque al tiempo que asentía con solemnidad—. Han pasado trescientos años desde la última vez que uno de vuestra sangre cruzó esa puerta. Y por todos los dioses que tuvo que vencer la oposición de muchos hombres para lograrlo. —El duque desvió un instante la mirada y dejó de asentir. Tras un pestañeo, apretó los labios y golpeó en el hombro a Browen—. En esta ocasión es mucho más grata vuestra presencia.

—La gratitud es mía ante vuestras atenciones. Vengo como embajador de mi padre, en cumplimiento de su promesa.

El duque Rolf alzó las cejas y dio un pequeño respingo, tras lo que, con actitud sorprendida tendió una mano hacia el príncipe.



—Pues os saludo como embajador, pero te trato como a un yerno —concluyó con el apretón de manos.

Los ojos del duque eran grises, jaspeados de negro, como la piedra sobre la que se asentaba su castillo. Bajo las pobladas cejas se encendían como teas de astuta determinación que lo herían con su arrogante cercanía.

—Quiero pedirte disculpas por la espera —dijo el duque, retrocediendo hasta la mesa y tomando una copa—. No suelo retrasar los encuentros de estado, pero los asuntos de la guerra me han impedido recibirte de manera más oportuna.

—No hay lugar —concedió Browen—. La hospitalidad de los vuestros ha sido cálida y acogedora.

El duque Rolf levantó la mirada mientras servía vino de una damajuana. Se le veía desenvuelto con la tarea, poco necesitado de la ayuda de sirvientes y criados.

Browen tragó saliva y cerró el puño con fuerza a su espalda.

«He pasado tres días atendido por su protegida. No debí decir eso», pensó.

—Se requiere mi vuelta al ejército cuanto antes —continuó el joven misinio tras un carraspeo—, las responsabilidades del mando me llaman.

—Han llegado noticias de que la ciudad de plata ha sido asediada. —Le tendió una de las copas—. Los asaltos son batallas que se luchan despacio, con la paciencia. Unos días no son nada para la guerra que os lleváis entre manos.

—El invierno apremia...

—Tampoco lo detendrá tu presencia en el frente —contravino el duque—. Quiero que disfrutéis de vuestra estancia aquí. Aunque sé que no te has retrasado en tal menester.

—Yo... —titubeó el príncipe a lo que Rolf amagó una risa y llevó la copa a los labios.

—No te sientas avergonzado por gozar de su lecho —dijo el duque tras paladear el tibio caldo—. Los de Bremmaner no ocultan sus sentimientos y pasiones. Podéis retozar cuanto queráis hasta que llegue el matrimonio. Es momento para ello, ya llegará la hora en que la pasión se sustituya por una acomodada monotonía. Además, Leana es una sacerdotisa de Keira, toma aquello que desea, cuando



lo desea. No podría evitarlo ni con una docena de guardias. Los misinios no estáis acostumbrados a la libertad. Sois más... moralistas.

—Hay tradiciones rígidas que deben ser respetadas, mi duque —dijo Browen—. Pero eso no quiere decir que no amemos la libertad, mi señor.

—Tengo mi opinión al respecto.

—Todo el mundo tiene una.

—Así pues, es bueno recordar que la opinión no constituye la verdad, querido Browen —añadió el duque con un aire pomposo.

—Ayuda a vislumbrarla.

—O aleja de su esencia —concluyó el duque.

—Si es que existe. Me temo que la verdad es una alucinación de los hombres desesperados. —Guiñó un ojo, malicioso, tal y como había visto hacer a su madre en multitud de ocasiones—. Siempre en el horizonte, en cuanto uno se acerca a ella, sediento de su elixir... Se desvanece.

El duque bebió un breve sorbo, apenas mojó sus labios, tensos y contritos.

—No quiero discutir contigo conceptos tan elevados —desdeñó—. Hay asuntos que requieren nuestra atención. Además de tu próxima boda con mi pupila. —Dio media vuelta y señaló una butaca a un lado—. Toma asiento.

—No estoy cansado —replicó Browen.

Rolf Lorean se volvió y le dirigió una mirada llena de dureza con un fondo empañado de ofensa. Ladeó el rostro ligeramente y, al tiempo, una mueca llena de extrañeza y helada sagacidad. Acercó la copa a los labios, pero no bebió.

—Demasiada violencia en tus palabras —dijo—. Podrías ofenderme.

—Me disculpo. —Se inclinó apenas—. No es mi propósito.

—Pues relájate, joven león. —Volvió hasta él y lo tomó por el brazo de forma cordial—. Estás invitado en mi casa. Nada va a pasarte. Confía en las alianzas que sellamos entre nuestros nombres y haz honor a tu Casa.

—No es por alarmaos —explicó Browen—, pero hay muchos que ven mi presencia aquí como una amenaza y eso resulta, cuanto menos, incómodo.



—¿Es por Kruger? —preguntó el duque antes de sonreír— Ambos sois jóvenes y os dejáis llevar por la pasión propia de la edad temprana. Demasiado coraje. Con el tiempo se convertirá en templanza, en el mejor de los casos. El ímpetu lleva a la precipitación y, en la política, si no se medita cada decisión, se pasa a la historia como una referencia en las crónicas de los eruditos. Tenéis mi palabra de que nada puede pasaros mientras estéis en mi ciudad.

—Vuestra palabra me basta —afirmó, pero su tono condescendiente le sonó demasiado falso.

—Además —continuó el duque, levantando un hombro—, Kruger es el jefe de mi guardia. Lo tengo en gran estima. Es el primogénito de mi hermana menor. Un buen guerrero, leal, fuerte, valiente. Un hombre que vale la pena tener de tu lado. Pero nada más; está predestinado a ser lo que es. Tú eres Browen Levvo, el león, serás rey misinio, emperador del norte, incluida esta ciudad. No debes prestarle más atención de la que merece.

—Digamos que se esfuerza por captar mi atención.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte por él.

—No es solo él la fuente de mi... inquietud.

—¿Temes por tu vida? —Bebió de la copa con una divertida extrañeza—. ¿En mi casa?

—Es difícil controlar una ciudad entera y hay muchos cuchillos esperando que un misinio cruce el portón.

Tras sus palabras hubo un silencio espeso, como si hubiese enterrado en arena la cortesía de su anfitrión. Rolf Lorean dio un par de pasos a un lado, sin quitarle el ojo de encima. Ocultaba bien sus sentimientos, y Browen apenas podía adivinar si había agravio tras la máscara, desconfianza o la misma precaución que sentía él hacia aquel hombre que lo cobijaba entre miles de sus peores enemigos.

—Tras esta reunión haré pública tu partida de Bremmaner —dijo el duque, se acarició las mejillas y continuó—. Haré saber a todos que has retomado tus obligaciones y partido hacia Akkajauré. Tú y tus hombres permaneced ocultos en vuestras habitaciones hasta que llegue el momento de la verdadera partida...

—No falta mucho para ese momento.

El duque torció el gesto, dio una palmada en su hombro y tomó



asiento, con una pierna cruzada sobre la otra, aunque en esta ocasión no invitó a sentarse a Browen.

—Hay un rollo de papel sobre la mesa —dijo el duque, levantando la barbilla e ignorando las últimas palabras de Browen—. Me gustaría que le echases un vistazo.

Browen se acercó hasta el cilindro de papel. Enrollado sobre un eje de madera con tapas a los lados y un sello metálico con el rombo sagrado de la Orden de Vanaiar pendiente de un cordón carmesí. Lo desplegó y observó la fuerte caligrafía de un copista, un monje, en viejo misinio.

—Es el indulto —anunció el duque con satisfacción—. El Gran Padre Ezra ha concedido el indulto a esta urbe y a mi familia. Tantos años de guerras, tanto odio y muerte, para llegar a ese trozo de papel garabateado. —Browen terminó de leer la misiva del nuevo padre espiritual de los monjes guerreros y levantó la vista—. Siglos de persecución, de encierro tras estos muros, de plegarias a nuestros dioses para que se llevasen de una vez a tanto clérigo fanático... —El duque sonrió levemente, cargado de ironía—. Para terminar así... por su propia maldad. ¿Sabes por qué hago esto, joven Browen? —Esperó un instante y se incorporó, apoyando un codo en el muslo y apuntándole con el dedo—. Por la paz. Por conseguir aquello que no hemos tenido en siglos. Esa es mi meta. Y mi condición se ha cumplido. El peor de todos ellos está muerto y su Orden desprestigiada y débil. Nunca se recuperará de este golpe.

Browen enrolló el mensaje de Ezra, lo devolvió a la mesa y se percató de su abandono, a pesar de la importancia del mensaje, como un ignorado despalnte al orgullo de los de Bremmaner.

—Ojvind ha muerto —continuó el duque lleno de dulce amargura—. Se están matando entre ellos. Nosotros los ayudaremos gustosamente, llevamos muchos años esperando este momento. —Apartó la mirada y repitió casi en un susurro—: Se están matando los unos a los otros. ¿Y por qué? Por conseguir el mejor lugar junto a tu padre. Por continuar oprimiendo al pueblo y llenar las arcas de oro y piedras preciosas. El oro de aquellos que los ofenden con su poder, no con la fe. ¿Es este el dios que se merecen los reinos del norte?

—Eso no lo eligen los hombres.

El duque se incorporó un poco en su asiento y bajó los ojos.



—¿Eres creyente?

—¿En el dios único, Vanaiar? —Brown se encogió de hombros—. Cómo no serlo.

—Está bien que los hombres tengan un dios —dijo el duque Rolf—, o muchos. Nunca me ha importado demasiado a quién se acoge uno por las noches. Pero, por todos los dioses viejos y olvidados, que había esperado este momento desde que tuve conciencia de mi ser. Si alguien merecía morir era ese jorobado con mitra de Ojvind. Aunque jamás hubiera creído que la venganza y la paz vendrían cogidos de la mano.

—Todavía queda mucho para la paz.

—Algún día, Brown —asintió con satisfacción—. Si todo esto tiene algún sentido es la paz futura. Algo que mis antepasados no podían ni soñar y que yo veo crecer en mi propia casa... Leana y tú.

Brown se humedeció los labios y guardó silencio con la mandíbula tensa.

—He enviado embajadores a tu padre con mis propuestas para la boda —explicó el duque—. La boda será la próxima primavera.

—No tengo ningún inconveniente, excepto... —objetó Brown—. Que quizá la guerra todavía esté en marcha.

—Servirá de descanso a los guerreros.

El joven príncipe asintió y bebió un pequeño sorbo de vino.

—También quiero que se celebre aquí. En Bremmaner —añadió el duque.

Brown bajó la mirada al caldo carmesí de su copa y observó una gota resbalar por el pulido metal del interior.

—¿Sabéis que no sé lo que significa eso? —masculló sin levantar la vista—. Si la ciudad de plata resiste el invierno, la guerra continuará durante la primavera. Los guerreros pueden descansar, como decís, pero mi padre todavía no habrá sido nombrado emperador.

—No veo el problema.

—El casamiento debe celebrarse, solo tras la coronación de mi padre y el fin de la guerra.

—Es mi intención que se celebre lo antes posible.

—Lo antes posible será después de que mi padre sea emperador.

El duque arqueó la espalda y se incorporó un poco en su asiento.

—Escucha, Brown —dijo, presa de una voz nueva, un tono que



no había utilizado todavía—. No soy un hombre de los que gustan ser derrotado para compadecerse después entre lloros y rezos. Soy un gobernante justo y exigente a partes iguales. Buen diplomático. Inteligente a la hora de cerrar un trato de futuro, y eso es lo que he hecho, asegurar el futuro. He impuesto pocas condiciones a los designios de tu padre. Sí, lo sé, pero déjame acabar... —saltó al observar la réplica detenida en los labios de Browen—. Mi posición no era ventajosa; después de treinta años de guerra es el mejor de los tratos. La única salida para los míos, la más digna y provechosa. Eso no lo niego. Pero, a pesar de todo ello, deseo que la boda se realice en primavera y, con todos mis respetos, no me importa si tu padre es emperador del norte o de Oriente entero.

Browen apuró su copa y la dejó sobre la mesa. Después asintió y se volvió hacia su interlocutor.

—Al fin y al cabo —dijo tras un suspiro amable—, la unión llegará de todas formas. ¿Por qué tanta prisa? ¿Teméis que mi destino sea encontrarme con un virote como le pasó a Khymir? La política puede esperar.

—¿Esperar a qué? —El duque dio una palmada, se puso en pie y bajó la voz—. Es una buena cosa este matrimonio, Browen. Sé que tu amor por Leana es verdadero. En vosotros depositaré toda mi confianza. Mis esperanzas para el futuro de este pueblo.

Sus palabras se quedaron pendientes en el aire, reverberando en el oído de Browen. Este, levantó una ceja e interrogó por un instante al duque. Recordó la próxima boda de su hermana Anja, precipitada como un pago a Kalaris por su respaldo a la sangre Levvo. La política llega al lecho de los nobles, nace con ellos, muere con ellos. Sin embargo el duque sabía del amor de Browen por Leana, lo insinuaba con la boca llena, alardeando de aquel secreto a voces, tal que una amenaza invisible que asfixiaba el corazón del príncipe misinio. Algo que Browen había pretendido mantener tan separado como el agua y el aceite.

—No hay secretos para mí en esta casa, mi querido príncipe Levvo —murmuró, finalmente.

«Está jugando conmigo —pensó Browen—. Deposita su confianza en mí como el que desvela sus cartas seguro de ganar la mano. Coloca todo el peso a un lado de la balanza con la intención de que



pronuncie mi compromiso. Es ladino este duque. Realmente pretende ser mi familiar, volverse mi nuevo padre. Sabe utilizar la retórica, pero a pesar de ello no hay confianza en sus palabras. Tampoco en las mías.»

—No es ningún secreto que amo a vuestra pupila —explicó Browen—. Aunque lo he ocultado fuera de estos muros, a oídos extraños y bocas maliciosas. La convertiré en emperatriz y dueña de los reinos del norte. Pero antes pondré fin a esta guerra y, quizá, con el tiempo, vuestro sueño se haga realidad y los vástagos de una Hornavan sean los herederos de todo.

El duque Rolf apoyó las manos en su cintura y consintió sin mostrar afectación.

—Con todos mis respetos, mi duque, no voy a casarme antes de que el rey, mi padre, sea nombrado emperador. —Browen caminó de forma descuidada a un lado—. Eso supondría un duro golpe a la estabilidad política de Misinia.

—Sobrevaloras la posibilidad de tal consecuencia.

—Y vos, mi duque, la menospreciáis o, por lo menos, así lo pretendéis. —Browen agitó la copa frente a él y agachó el mentón—. Muchos pedirían la abdicación del rey en mi favor tras la boda con vuestra pupila, especialmente los caballeros a vuestro servicio, quizá los Rjuvel y sus aliados de Entreríos, y el nuevo gobernante de Aukana, Kregar Kikkuril. Nada de este mundo podrá hacer que mi boda con Leana se adelante, de la misma forma que nada podrá retenerme en vuestra ciudad si deseo marchar. Seré fiel a mi padre —concluyó con el gesto acerado—, por sobre todas las cosas.

El duque lo observó mientras acariciaba su barba con los dedos de forma descuidada. Sin embargo, su mirada era un filo cortante, peligroso en su estático desafío. Había permitido que Browen se sintiera cómodo durante días, lo había colmado de lujos y placeres, incluso le había entregado a su protegida y ahijada, pero el león misinio no se ablandaba, y continuaba en guardia, siempre con las garras dispuestas.

—Tu rey estará orgulloso de ti —dijo, pronunciando cada sílaba—. Eres un buen embajador y un auténtico príncipe. Espero que sepas reinar de la misma forma. En mí tendrás un aliado, Browen Levvo.



El duque sonrió levemente, con un mohín cansado aunque astuto.

—Vamos a ser familia, mi duque —añadió Browen con un guiño.

El duque Rolf rio de forma mecánica, le tomó por un brazo y caminaron hacia la puerta de la estancia. Su mano era grande y fuerte, y lo cogió de forma amistosa aunque autoritaria.

—Mi buen amigo —explicó, caminando a su lado—, comprendo que deseas abandonar mi ciudad; que no estás cómodo con la actitud de mi sobrino y algunos de los suyos. —Levantó un dedo ante la réplica del príncipe y continuó—. Pasa algún día más oculto en tus aposentos, descansa y duerme bien. Sé que tienes obligaciones al frente del ejército de tu padre y que hay un asedio que necesita tu espada. Pero...

—Sabía que habría un pero —rio Browen.

—Siempre lo hay —añadió—. Esta mañana ha surgido un inconveniente y me gustaría volver la adversidad en ventaja con tu ayuda.

—Podéis pedirme lo que deseáis y lo haré gustosamente —asintió él—. Siempre que esté en mi mano.

—En realidad el favor será mutuo. Yo requiero tu presencia y tú la lealtad de los míos. Como sabes, los ejércitos de Bremmaner debían despejar la orilla del Kunai de aukanos y dejar vía libre a los ejércitos de tu padre y a los clérigos de Vanaiar camino de Rajvik.

Browen asintió con el cejo prieto y una arruga en los labios.

—Muchos hombres dudan todavía de este pacto. Aquí, en los salones, tú y yo nos damos la mano, estrechamos nuestros lazos y hacemos uno nuestro destino con la unión de tu sangre y la antigua estirpe de los Hornavan. Sin embargo, los guerreros no ven tal unión. Los hombres que luchan para unificar los reinos del norte no tienen mejor amigo que aquel que lucha a su lado, mejor capitán que el que les arenga y esquivo las flechas durante la batalla. Las mismas flechas que se lanzan contra aquellos que lo sirven. Tenemos un acuerdo, pero el pueblo necesita hechos.

—No sé lo que queréis de mí —replicó el príncipe misinio—, pero me temo que será un imposible.

—En absoluto. —El duque puso una mano sobre el pecho de Browen y continuó a modo de confidencia—. A un día de marcha está la villa de Gutkho, guardada por Orren Dully, un viejo señor menor que rinde lealtad a Ejwan Dwort, dueño de Porkala. Su fortaleza



leza todavía resiste el envite de los hombres de Dosorillas que tratan de abrirse paso hacia el norte. Pero...

—De nuevo —repitió Browen al sentir las intenciones del duque sobre él.

—No habrá ningún asalto si puedo evitarlo. El viejo Dully ha anunciado que solo se rendirá al hijo de Abbathorn Levvo.

—¿Cómo sabéis eso?

—Los rumores corren en tiempos de guerra —dijo el duque yladeó el rostro.

—Hubiese recibido un mensaje con tal propósito.

—La Guardia Sagrada está con los Rjuvel en Gutkho. ¿De veras crees que prefieren una rendición honorable a un asalto? Han retenido toda información sobre Gutkho. Saben que estás cerca y se encuentran sedientos de sangre. Sin embargo, yo te propongo un breve acto que nos beneficiará a ambos. Ve a Gutkho y comanda mis tropas, el viejo Dully se rendirá al león misinio y mis lanceros podrán verte como su comandante. Evitarás una matanza y yo contrariaré a los monjes una vez más. Te entregaré mi sello personal y poderes especiales. Después puedes marchar con los tuyos, reunirte para asediar Akkajauré y regresar para la coronación de Abbathorn Levvo y tu boda con Leana. Debes convertirte en capitán de aquellos en quienes desconfías. Debes darles la espalda para ganártelos.

Browen paladeó las palabras del duque y bajó la mirada al tiempo que cavilaba su proposición.

—Vamos a ser familia, Browen —añadió el duque con una fría sonrisa.

Horas después, el príncipe continuaba escuchando la voz del duque, con un pie en el asiento de una silla de su habitación y la barbilla sobre el puño. Gavein daba vueltas alrededor de su amo y señor con aspecto flemático, refunfuñando y golpeando el aire con puños y pies.

—¡Es absurdo! —exclamó el mercenario tras una sarta de insultos—. Acompañar a zona desconocida a un centenar de lanceros. Prefiero cortarme la garganta yo mismo que dejarme matar de esa forma.

—No te precipites, esa es una decisión de la que no hay vuelta atrás —contravino el príncipe sin dirigirle una mirada.



—¡Es una trampa! —exclamó—. El duque te está utilizando.

—¿Para qué?

—Para su enfrentamiento con los monjes y los de Dosorillas —continuó Gavein—. Si los de la Guardia Sagrada quieren arrasar esa villa, que lo hagan. ¿Cuál es el problema? Confías más en él que en nuestros aliados.

—No confío en él más que en los Rjuvel. Tiene lógica que los monjes deseen arrasar la fortaleza de los Dully, pero hay que respetar los códigos y ese hombre pidió rendirse ante mí. No deberían haberlo mantenido en secreto. Han sido ellos mismos los que han favorecido el desplante del duque. Y este lleva mucha razón al pensar que los bremmensenses deben comenzar a verme como su líder.

—Es una trampa —insistió—. Nos pasarán a cuchillo en cuanto estemos lejos de esta ciudad y acabaremos flotando en el Kunai.

—Vas demasiado lejos.

—Tú mismo lo has dicho —Gavein levantó las manos—, no hay confianza entre vosotros. ¿Por qué quieres hacer creer que así es?

—No lo pretendo. —Browen se irguió con los brazos cruzados frente al pecho y una mueca meditabunda—. Pero hay algo de cierto en sus palabras. Ese hombre odia, realmente, a los monjes de Vanaiair. Desea dar al traste con todas sus ambiciones. Si tengo que ganarme a su gente debo ponerme al frente de sus armas. Algún día gobernaré esta ciudad y no quiero hacerlo con un ejército a las puertas. Mucho ha tardado la paz y muy pronto podría romperse la calma y volver Bremmaner a la rebeldía. No voy a consentir que eso ocurra sin haberlo intentado siquiera.

—Eso es un cuento, una milonga para tenerte justo donde ellos quieren.

—Fuimos nosotros los que les forzamos a claudicar —continuó Browen—. Hay que saber dar también alguna satisfacción a los vencidos. Ese fue el error de los reyes misinios con Bremmaner. Demasiado rencor ha producido una guerra sin otro final que el exterminio.

Gavein caminó hasta él y lo miró con ojos suplicantes.

—Mi señor —dijo—, deja de la política para cuando seas rey. Rendir una fortaleza con el apoyo de los lanceros se entenderá como un agravio a ojos de los de Dosorillas. Si la Guardia Sagrada quiere quemar Gutkho hasta los cimientos, dejemos que así sea. ¿Qué nos



importa a quién condenen a la hoguera? Es la deuda de los clérigos con su dios. No nos interpongamos. La misión para tu padre terminó hace tiempo. Despídete de tu amante y salgamos hacia Akkajauré con los nuestros. Que le jodan al duque y su mano tendida. —Cerró el puño al darse cuenta de su brusquedad y bajó la voz—. Es una trampa. No volveremos vivos de Gutkho.

—¿Con qué propósito? —Browen se enfrentó a él. Tenía el rostro cargado de rabia repentina.

—¿Mi señor?

—¿Con qué propósito me asesinaría el duque? —repitió al tiempo que clavaba el índice en el pecho de Gavein— ¿Cuál es su ganancia con mi muerte? ¿Dónde está el beneficio? —Contuvo la agitada respiración y las aletas de la nariz se abrieron como las de un animal enfurecido, después continuó más calmado—. Si hay algo de cierto en él es el deseo de conseguir la paz. Su más íntimo anhelo será ver muertos a todos los míos, ver a mi padre degollado y mi estirpe acabada, pero, de momento, desea la paz. El final de tanto odio, si es que eso es posible. Mi muerte es su derrota.

Gavein deslizó su fornida mano por la calva, desde la frente a la nuca, y resopló resignado.

El joven príncipe asintió con él y sonrió cargado de amargura.

—Me debo a la cortesía con el duque —continuó—, aunque toda mi lógica no me cubre el gaznate frente a cuchillos vengativos. Soy un Levvo al fin y al cabo, con todas sus consecuencias. Así que acor-dé con él llevar un rehén.

Gavein abrió los ojos de hielo y los aros dorados refulgieron en sus orejas.

—¿Un rehén? —preguntó— No está mal llevar alguien que nos cubra las espaldas. Yo mismo lo rajaré de arriba abajo si la cosa se pone fea.

—Espero que no —guiñó un ojo antes de dar media vuelta y continuar desde su hombro—. Le he dicho al duque que Leana nos acompañará a Gutkho.

El moreno gigantón dejó caer los brazos a los lados en un gesto asombrado.

—Pero... —dijo.

—Lo sé —lo cortó Browen sin darse la vuelta—. Es la mejor op-



ción. Está deseando entrar en batalla y honrar a su diosa. El duque jamás le haría ningún daño, algo que tú no dudarás en caso de caer en una trampa. —Browen sintió cómo las palabras le arañaban la garganta—. Ella no lo sabrá, no debe saberlo, pero será nuestro seguro de vida.

—Como tú mandes, mi señor —murmuró Gavein.

Browen enfrentó sus miradas de forma salvaje y violenta al tiempo que esgrimía una sonrisa hueca y fría.

—Soy hijo de mis padres —dijo—. Soy un Levvo.

En la habitación de Leana se escuchaba su respiración pausada y rítmica, el arrullo helado de la noche en la ventana y los tímidos sonidos de una casa tan vieja como era el palacio ducal de Bremmaner. La habitación era austera y sencilla, lo usual en una sacerdotisa de Keira como Leana. A un lado destacaba el gran escudo de metal, redondo y bruñido como un espejo oblongo, la lanza corta y la brigantina reforzada de fino artesonado. A los pies del amplio lecho, una espada aguardaba en su funda sobre una túnica de fina y perfumada tela, abandonada de forma descuidada.

La puerta se abrió apenas para dejar pasar al intruso. Caminó despacio, evitando los quejidos de la madera bajo sus botines de piel. Se detuvo al llegar a la espada y la túnica. Se agachó sin prisa y recogió la prenda. La tela formó ondulaciones casuales entre sus dedos. El tacto era suave y etéreo, espumoso. Con ambas manos se llevó la prenda al rostro y respiró de forma delicada su aroma. Olía a flores y a metal, también a incienso y de forma lejana a tierra seca. Después, el intruso miró sus manos encallecidas y cerró los puños, estrangulando la tela en sus manos hasta que la dejó caer a sus pies.

En la oscuridad, Browen parecía un busto de los que llenaban el palacio de su familia, el Lévvokan. Sus ojos eran dos profundas sombras en los que titilaba el reflejo acuoso de las pupilas. Contempló a su amante en silencio y comenzó a despasar el cordón de su camisa. Se desnudó sin prisa y se quedó allí, detenido.

«Finalmente ha ocurrido —pensaba—. La política ha llegado hasta su cama y ella duerme sin saberlo.»

Browen pensaba y pensaba, tratando de construir un muro que



contuviera sus sentimientos y los mantuviese alejados del peligro, de la guerra, de su familia. Pero, a pesar de sus esfuerzos, había fallado. El duque enarbolaba su amor por Leana para forzar su confianza y, él mismo, la utilizaría como escudo frente a la posibilidad de una traición. Había un eco amargo en todo aquello, un sentimiento agrio que le recordaba quién era y qué hacía allí. Observó la tela a sus pies y deseó deshacerse de la misma manera de su rostro, arrancarse la piel y todo lo que le unía con su nombre. Dejar de ser representante de un déspota sanguinario, abandonar las armas, volverse huérfano y olvidar que una vez fue príncipe de la más grande nación del norte de Kanja. Tomó aire y volvió su vista a la hermosa mujer que dormía. De momento se conformaría con amarla durante muchos años, gobernar juntos un imperio, y que su matrimonio no fuese un festín de sangre y fuego.

Dio un paso adelante y se preparó para descalzarse en el mismo momento en que el aire fresco le acariciaba la espalda. Todos sus poros reaccionaron y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Miró sobre el hombro. La cortina se contoneó levemente, apenas movida por el aliento de la noche que se colaba por el postigo que oscilaba sobre los goznes. Se detuvo como un depredador a la espera. No recordaba una ventana abierta. Entrecerró los ojos, sus músculos se tensaron, la piel del pecho se le estremeció ante el frío. Entonces vio la sombra y todo ocurrió muy rápido.

La silueta salió adelante desde la negrura. A la luz de la luna su capa se veía como plomo fundido, con un matiz cambiante y manchado. En el interior de la capa refulgió el filo de una daga curvada. Se quedó allí plantado, con el rostro cubierto por un pañuelo y el cuchillo a medio camino entre la amenaza y la retirada. Browen estiró el brazo, tomó una pequeña bandeja de latón. Varios frascos de vidrio y una redoma metálica saltaron por los aires. La bandeja silbó entre ellos, como un disco arrojadizo, golpeó en el hombro a la sombra y se estrelló contra un muro con gran estrépito.

Cuando Leana saltó de la cama ya era demasiado tarde. La mujer volteó a un lado, alcanzó su espada y se puso en pie con el arma frente a ella, en posición defensiva. La bandeja metálica todavía daba vueltas en un rincón. Browen salía por la ventana, sin camisa, entre las cortinas agitadas por la brisa.



—¿Qué ocurre? —exclamó ella, pero él salió fuera sin prestarle atención.

La luna sobre Bremmaner era una gruesa rodaja, casi una sonrisa, sobre la que se interponían pasajeras manchas de oscuridad. La sombra desaparecía entre los tejados y, con un golpe de aire, volvía a aparecer a la mortecina luz de la noche. Browen corría a lo largo de una cornisa, daba pasos cortos y rápidos, y desplegaba los brazos para mantener el equilibrio. La piedra, a aquella altura, se había convertido en un erosionado y áspero agarradero cubierto de líquenes y pequeñas plantas trepadoras. Bajo ellos, a considerable distancia, el suelo se volvía un mar oscuro y, más abajo, en las profundidades, las luces de la ciudad formaban una espiral trémula.

La sombra, convertida en el torbellino de su capa tras él, saltó sobre un alero y las tejas se escurrieron a su paso. Browen trepó aferrándose con las manos cual garras en la arcilla. Respiraba en un ronquido animal y apretaba los dientes en la carrera. El asesino huía sin mirar atrás, con la daga de vuelta en su vaina.

«Debería haber cogido un arma —pensó Browen—. No está bien acorralar a un hombre armado.»

El asesino alcanzó el muro de la torre principal y corrió por el alero de teja hasta girar la esquina. Browen se precipitó tras él. La inclinada cornisa tenía dos pasos de anchura. Al tomar la curva sus pies resbalaron y cayó sobre su costado izquierdo, al tiempo que los dedos buscaban un lugar en que aferrarse. Cuando lo vio frente a él se cubrió con el brazo derecho. El asesino se había detenido tras el recodo. Desde una distancia prudencial le arrojó varias tejas sueltas. La primera se estrelló a un lado, contra el muro, y estalló en mil pedazos. Las otras dos le golpearon la cara y el pecho. Las piernas se le deslizaron sobre el musgo húmedo, cerró los ojos y sintió el dolor del impacto en la frente, lanzó los brazos hacia todas partes, pero en un instante se encontraba colgando en el vacío.

Los pies se le balancearon a los lados, incapaces de encontrar apoyo. Pendía en la más absoluta de las tinieblas, con la única visión de sus manos aferradas a la resquebrajada argamasa del alero. Pestañeó varias veces cuando sintió el frío viento nocturno formar remolinos a



su alrededor. Trató de levantarse pero el maltrecho tejado se deshacía entre sus dedos. Con un quejido esforzado se lanzó a un lado. Varias tejas cayeron y desaparecieron bajo él. El polvo formó una nube efímera que descendía flotando. De nuevo trató de levantarse. Con todas sus fuerzas comenzó a trepar, contuvo la respiración, masculló una maldición y se detuvo al ver el rostro del asesino sobre él.

Un pañuelo gris cubría su cara desde los ojos al cuello y la capucha de cuero se ceñía a su cabeza desde la frente. Tenía en los ojos un brillo extraño, una determinación cargada de muerte que le heló la sangre. Sin embargo se quedó allí, quieto. Con la resplandeciente y fría mirada sobre él. La capa ondeó a su espalda. Browen sintió que las fuerzas le fallaban y lanzó una mano un poco más arriba, cerca de los pies del asesino. No se movió. Miró el brazo desnudo, dio un paso atrás y se agachó para tender la mano enguantada hacia el misino que resollaba por el esfuerzo. Sin embargo, cuando sus dedos lo rozaron, dio un respingo, miró en otra dirección y con un brinco desapareció en la oscuridad.

Browen ahogó un grito cuando consiguió descansar el pecho sobre el tejado. Después subió las piernas y se volvió con la vista puesta en el cielo estrellado. Escuchó pasos, alguien venía tras ellos. Levantó la vista y el asesino había desaparecido. Quizá todavía estaba a tiempo. Se puso en pie y continuó la carrera en la misma dirección.

El tejado bordeaba la torre principal durante un tramo más. A los lados había edificios más pequeños, adarves abandonados y contrafuertes que unían torres secundarias y cerraban patios a sus pies. Browen se detuvo un momento, escupió y se acarició los ardientes rasguños de la cara. ¿Cómo se podía haber esfumado sin dejar rastro? El alero terminaba frente a él, en una de las caras del palacio, hasta un patio empedrado mucho más abajo. Por el otro lado la torre trepaba hacia el cielo nocturno. Paredes lisas, sin ventanas ni agarraderas. Browen recuperó la respiración y maldijo su destreza hasta que percibió las voces.

Se asomó al borde del tejado y escuchó un instante. Había una ventana entreabierta y, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, una escuálida claridad abandonaba una estancia junto con la conversación. Por el tono eran dos voces masculinas. Reconoció una de ellas y, sin pensarlo dos veces, se descolgó hasta la ventana,



dio una patada a la hoja de vidrio y saltó al interior de la habitación. Cayó al suelo, entre cristales rotos y restos de madera, rodó a un lado y se puso en pie con los puños en alto.

Los cinco hombres lo contemplaron con expresión de espanto tras su arrolladora entrada desde la silenciosa noche. Alrededor de una pequeña mesita sobre la que descansaba un candelabro de seis brazos, las sombras ocultaban sus rostros y la penumbra cubría sus intenciones. Un río de miradas corrió de un lado a otro, buscando una lógica a la intromisión, hasta que uno de ellos penetró la claridad de las velas.

Kruger, el sobrino del duque, abrió su corta capa y dejó ver la empuñadura de su cuchillo, al tiempo que sonreía de forma lasciva. Browen no llevaba más que un calzón y las botas.

—Tú —masculló el misinio antes de lanzarse sobre Kruger y propinarle un puñetazo en el mentón.

Tras un confuso instante, todos cayeron sobre Browen. Kruger, que había dado un par de pasos atrás, se cubría el rostro con las manos enguantadas. Browen recibió una patada en las costillas y saltó a un lado. Esquivó un golpe, pero un puño lo alcanzó en el hombro mientras que otro de los conspiradores le apresaba el brazo izquierdo. Dobló su rodilla derecha y estuvo cerca de caer al suelo tras un fuerte manotazo en la cara. A pesar de ello volteó el brazo y se liberó de la presa. Lanzó el codo a su espalda y golpeó a uno de ellos en el estómago para, después, dar una patada al frente y derribar a uno de sus oponentes sobre Kruger que todavía trataba de espabilarse. Se volvió y cogió de las ropas al aturdido hombre, giró como un torbellino y lo utilizó como escudo. Le puso la zancadilla y lo derribó frente a los otros. Ahora ya no tenía nadie a la espalda.

Tres estaban en el suelo, aunque en sus esfuerzos por incorporarse, entorpecían a los otros dos. Kruger mascullaba maldiciones mientras empujaba a su compañero. El primero de ellos saltó hacia el príncipe misinio que lo recibió con ambos puños. Lo golpeó en el pecho y después en la garganta y en el mentón. Cayó hacia atrás con un gorgoteo sangriento. Dio una patada al tobillo del otro oponente y lo abofeteó tan rápido que, sin darse cuenta, había acabado sobre el tipo que intentaba levantarse. Al fondo Kruger había vuelto en sí y, junto con el cuarto oponente, desenfundó el cuchillo. Mostraba una mueca sádica y rabiosa, cubierta de sangre y saliva.



Browen retrocedió un paso y se preparó a recibir su ataque, pero tras él, los restos de la ventana inundaron la estancia y todos se hicieron a un lado.

—¡Quietos! —gritó Leana antes de desenfundar su espada— ¡Dejad las armas!

Vestía tan solo una camisa larga y respiraba de forma agitada. El sudor empapaba su frente y la tela entre los pechos. Contempló a su alrededor antes de alzar la voz de nuevo.

—¿Qué está pasando aquí? —Su voz era tan autoritaria como el acero que empuñaba.

Kruger dio un paso al frente y salió de entre sus magullados compinches.

—Tu amante misinio buscaba pelea y la ha encontrado.

Leana buscó una respuesta en Browen. El príncipe todavía tenía los puños en alto y las piernas abiertas, dispuesto a defenderse.

—Había un hombre con el rostro cubierto en tu habitación, le perseguí por los tejados...

—Y yo corrí tras los dos —continuó Leana—. Pero estos son los servidores del duque y no veo capuchas ni capas oscuras. Utiliza tu buen juicio antes de atacar a los míos.

Browen recuperó el aliento y observó a los cinco hombres en la penumbra. Todos vestían capas cortas y cómodas camisas de noche. Bajó los puños y pasó la lengua por los labios.

—Has tenido suerte... —intervino Kruger con el cuchillo en alto.

—¡¿No has escuchado lo que ha dicho?! —exclamó Leana, exasperada— Dejad vuestra disputa, hay un hombre oculto en algún lugar del palacio. Corred a los aposentos del duque y dad la alarma. —La sacerdotisa guerrera envainó la espada antes de que los magullados hombres salieran a toda prisa—. Hay que cerrar las puertas y revisar cada rincón. ¡Kruger!

Leana gritó para llamar la atención del sobrino del duque, pero nada podía hacer que apartase los ojos del príncipe misinio. Ambos se dirigían una despiadada mirada, llena de furia y violencia, ausentes a cualquier otra cosa que no fuera su odiado rival. La sacerdotisa de Keira se acercó hasta él, lo agarró por la camisa y trató de zarandearlo, pero Kruger se zafó y la apartó de un manotazo. La sangre resbalaba desde la comisura de sus labios y sus ojos estaban húmedos y muy abiertos.



—¡Kruger! —repitió Leana.

—Este no es asunto tuyo, prima —dijo él con tono calmado y una media sonrisa. Después devolvió la ávida mirada a Browen y lo apuntó con el cuchillo— Algún día, misinio, algún día.

CAPÍTULO 10



uando llamaron a la puerta, Anair y Laghras se encontraban en silencio, sumidos en la penumbra. Anair tenía la vista fija en el monje, heredero del mensaje y los prosélitos de Tagge, aunque también de sus responsabilidades y pesares. Era joven, tanto como Anair, con la nariz aplastada en el centro de un rostro plano y duro como la piedra, rodeado por una barba recortada hasta la precoz calvicie. Un monje musculoso y recio, más cercano a los guerreros de Rókesby que al anacoreta de su maestro. Tagge había predicado la vida humilde, la dureza de espíritu y el perdón sobre el castigo pero, en el fondo, no dejaba de ser un monje del dios guerrero, Vanaiar. Tras sus enseñanzas quedaban palabras interpretables, los huesos al sol de sus fieles en Villas del Monje y, él, acusado de herejía, esperando una más que segura sentencia de muerte.

Laghras el Errante, era uno de los pocos seguidores de Tagge que había sobrevivido a la persecución y huido al norte con algunos de sus hermanos tras el consejo de Ilke y los sucesos en Villas del Monje. No eran más que una veintena de clérigos acostumbrados al campo y la oración, pero Laghras era tenido en cuenta por la mayoría de los declarados herejes. Su personalidad fuerte y buena planta eran respetadas por los clérigos guerreros, mientras que sus conocimientos de teología y oratoria se hacían escuchar entre el resto de monjes.

—¿Es ella? —preguntó antes de morderse el labio inferior e inclinarse hacia la puerta de la estancia.

Anair acarició la yema del pulgar y el índice. Le dirigió una profunda mirada y asintió sin prisa. El monje frente a él desvió el rostro y caviló las consecuencias. Tras un momento su gesto se llenó de gravedad. La puerta se entreabrió y un acólito adolescente asomó la cabeza.

—Todavía no —dijo el inquisidor de forma tajante y el joven se trabó con apuro y desapareció tras la puerta.

Ambos hombres, inquisidor y monje, volvieron a las sombras y al pesado silencio.

—Habrá que reunir a los hermanos de más alto rango —propuso Laghras como si escuchase sus propios pensamientos.



—No somos muchos.

—Todos los que queden.

—Rókesby y tú —enumeró Anair con los dedos entrelazados bajo el mentón—. También los que formen gobierno aquí en Dromm. El hermano Huberd, Gardyner y Largo Rhea. Hay que encontrar más presencia de los hermanos de armas. Un clérigo combatiente y fiel a la causa.

—Cualquiera de los guerreros —apuntó Laghras.

—No bastará con un guerrero. —Chasqueó los labios—. Tiene que ser alguien con más presencia.

—¿Algún candidato?

—Hay un tal Everard Bakster —apuntó el inquisidor—. El hijo de los Bakster. Son banderizos de los Levvo y luchan contra nosotros.

—El apellido es importante para los hombres de campo —continuó Laghras—. El hijo de una familia noble es un buen reclamo para muchos. ¿Se comportará como esperamos?

—¿Lo haremos nosotros?

El monje apoyó la frente en la mano y la pasó por el rostro. Sus ojos estaban hinchados y alicaídos. Suspiró con fuerza y movió la cabeza, como si repitiera una oración a memorizar.

—¿Quién lo está? —dijo como un fino hilo de voz—. Hace una semana no hubiese creído que esto podría llegar a pasar y, sin embargo, la mayoría de mi congregación ha caído bajo las armas de los que consideraban sus hermanos. ¿Quién está preparado para lo que el destino nos depara? Yo no, desde luego. Solo soy un monje, un servidor de Dios, y me anuncias la llegada de esa niña y esas... criaturas voladoras.

—Yo también soy un servidor de Dios —le recordó Anair, secamente—. Interpreto sus señales con el intelecto y la fe. Y solo era una criatura voladora, la otra no tenía alas. Aunque está claro que la buscaban a ella y eso refuerza mi teoría. —El inquisidor lo apuntó con un dedo y después señaló hacia arriba—. Tengo una docena de canónigos estudiando los textos prohibidos que se guardan en Dromm, incluidos aquellos a los que Raben nunca tuvo acceso. La fe se extingue en el corazón de los hermanos y hay que inflamarla de nuevo antes de que seamos aplastados. Créeme si te digo que esa niña no es una coincidencia del destino, es una señal.



Laghras se desinfló en un nuevo suspiro y rechinó los dientes. Las finas gotas de sudor en las arrugas de su frente destellaron al agitarse.

—Hay que reunir a todos —dijo—. No se ha hecho algo así desde hace siglos.

—Nunca antes se hizo nada parecido —lo contravino Anair—. Pero dime una cosa. ¿Realmente creías en las enseñanzas de tu maestro? Porque si es así deberías saber que la prueba más grande aún está por llegar. Si estamos vivos es por algo. Los designios de Vanaiar son misteriosos y están llenos de dolor, lucha y muerte. Todavía nos queda mucho por decir.

—Si nuestra voz sale algún día de entre estos muros...

—¡Saldrá! —Anair golpeó con el puño la mesa—. Es Dios quién elige el momento y la manera. Nosotros solo somos instrumentos en sus manos.

Laghras el Errante se irguió contra el respaldo de su butaca, se aferró con fuerza a los reposabrazos y continuó asintiendo. Entreabrió los labios pero los cerró sin llegar a pronunciar una palabra, en una curva sobre la barba.

—Es la única forma —continuó Anair, más relajado—. Vanaiar el único, cruel y piadoso, nos tiende una prueba de fe. Hemos sido acusados en falso, calumniados y traicionados por hipócritas que se hacen llamar servidores de Dios. Aunque, en la adversidad, podemos elegir: superar la dificultad y enfrentarnos a nuestros enemigos, para mayor gloria de Dios; o creer las acusaciones de los inicuos y ser expulsados del paraíso con la cobardía como manto y la vergüenza sobre los hombros. —El inquisidor mostró las fauces con rabia—. La debilidad del hereje radica en el miedo a ser aquello de lo que se le acusa. Nosotros somos los auténticos portadores de la verdadera fe. Nosotros somos los verdaderos guerreros de Dios, aquellos que traen el exterminio a sus enemigos. Nosotros somos la salvaguarda del norte, el templo del millar de almas, la muralla divina que protege al hombre de sus enemigos y de él mismo. Dios no nos ha abandonado; no le demos la espalda ahora y atendamos a las señales.

Laghras permaneció en silencio, con un trémulo resplandor en sus oscuros ojos, fijos en el inquisidor. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos.

—Así sea, hermano —concluyó en tono confesional—. Dispondré una reunión de los más destacados clérigos.



—El concilio de Dromm será el principio de una nueva era para la Orden de Vanaiar —añadió Anair antes de juntar las yemas de los dedos bajo la nariz, acariciándolas con los labios—. Tengo planes que no pueden ser pospuestos.

El monje se puso en pie y ocultó las manos en las mangas. Se despidió de Anair con un leve movimiento de cabeza. Tenía el semblante pálido, mucho más rígido y agotado que cuando había acudido a la reunión. Tal vez no esperaba algo así, pero ¿quién podía esperarlo? Quizá Laghras había formado en su mente la imagen de su propia muerte, como la mayoría de monjes tras las murallas de Dromm. Un sueño convertido en oración en el que todo acabaría con el derrumbe de las torres y un baño de sangre que honraría a los vencedores. Anair también podía ver a Jorad y Parvay, lugartenientes de la Guardia Sagrada, y a Jakom y Ezra, reír a carcajadas sobre los cuerpos muertos, mutilados por los aceros afilados en honor a Dios. Era el final que todos esperaban y, en cierta manera, el único que deseaban.

—Dios está de mi parte —masculló Anair entre dientes.

El monje, que ya se encontraba frente al umbral, miró sobre su hombro al escuchar la voz. Había un vacío terrible en su mirada, un precipicio de miedo y determinación. La puerta se abrió y el monje joven se hizo a un lado con una reverencia. Tras él, esperaban una hermosa mujer de cabellera flámea y una niña de pelo bruno y ojos grandes, horadados por finas pupilas de color extinto. Laghras miró fijamente a la chiquilla y después volvió su muda expresión al inquisidor. El silencio fue tan sólido como la roca de las paredes. Tras un largo instante, observó una vez más a Kali, pasó junto a ellas y desapareció en los pasillos.

Trisha puso una mano en el hombro de Kali y esperó a que Anair hiciera un gesto para entrar en la estancia. Sin embargo, el inquisidor, parecía ausente, con la vista puesta en el lugar que hacía un momento ocupaba el robusto monje que había salido. Ellas se interrogaron en un silencio indeciso.

—Están aquí, excelencia. —La voz del joven asistente despertó a Anair, pero no de forma brusca, parpadeó un par de veces, tomó aire y se volvió hacia ellas con una sonrisa.

—Pasad —las invitó, se puso en pie y desplegó una mano hacia las dos butacas frente a la mesa—. Sentaos cerca de mí.



La estancia era fría y su decoración discreta, casi inexistente. Las paredes de piedra estaban desnudas, cubiertas en un lado por un aparatoso y basto mueble repleto de cacerolas y piezas de cerámica amontonada. La mesa era sencilla pero robusta y las sillas tan pesadas que Kali, al sentarse, desistió de su esfuerzo por acercar la suya a Trisha. Sobre el tablero, legajos de papeles y documentos; un tintero, una pluma, cera y un sello para estampar su firma. Todo en ordenada formación, dispuesto de tal forma que no dejaba lugar a la improvisación. Anair se sentaba bajo el estandarte de batalla de los Puros de Vanaiar, de Rajvik, un hacha de combate alada sobre plata y carmesí. Su asiento, un sillón con reposabrazos cubiertos por terciopelo granate, había sido traído, de forma evidente, de estancias más lujosas.

—Pronto dispondré de un lugar más apropiado para recibir visitas —se disculpó Anair al percibir la curiosidad de ambas por el improvisado aposento—. No es momento para buscar un buen acomodo en Dromm, pero Rókesby me ha prometido un lugar más acorde a mis tareas.

—¿Tareas?

—Soy el inquisidor de más alto rango de Dromm —explicó—. Eso me ha convertido, sin pretenderlo, en Guardián de la fe y Juez de almas. Custodio la corrección de los monjes y, cuando el consejo ciudadano lo ordene mañana, también la de los ciudadanos de esta urbe. —Sonrió y se relajó contra el respaldo—. La guerra en la que nos vemos inmersos nos obliga a tomar responsabilidades, duplicarnos en el trabajo y elegir un camino que alcance nuestro destino. Os pido disculpas por la espera. —Trisha entreabrió los labios pero no dijo nada—. El hermano Laghras se encuentra en una situación similar a la mía. Último de los suyos, se ha visto obligado a tomar el mando que la fe requería.

—¿Es ese Laghras el Errante? —preguntó Trisha— Lo tenía por un hombre más joven.

—El paso del tiempo resulta no ser tan previsible como suponíamos y los días se convierten en años para alguien que soporta sobre sus hombros tanto peso. Es un hombre de reconocido prestigio. Pronto le será otorgado un nuevo cargo de gran responsabilidad. Estaba ansioso por reunirme contigo —cambió de tema y clavó sus



fríos ojos en Kali que dio un respingo en su asiento—. Mucho he esperado este momento.

—¿De verdad? —Ella se envaró, curiosa y también cauta.

—Si no hubiera sido por ti ahora estaría muerto y abandonado en un campo, sin mortaja, dejado a las alimañas. Te debo la vida, Kali. Y muchos de los míos también.

Kali asintió con timidez, un rubor subió hasta sus mejillas y desapareció al instante.

—¿Han mejorado tus heridas? —preguntó la chiquilla.

—Mucho —respondió Anair con satisfecha rotundidad—. Hay buenos curanderos entre los monjes de Dromm, pero sus manos no están hechas para la sutura. Parezco un saco mal cosido. Ahora debo reposar, si eso es posible. No es tan fácil acabar conmigo. ¿Qué tal vosotras?

Kali se encogió de hombros y devoró sus propios labios.

—Mucho mejor desde que llegamos —intervino Trisha—. Han sido unos días de calma y paz.

—Se nota que no te asomas mucho a las almenas de la muralla exterior —apuntó él de forma irónica—. Hay un ejército sediento de sangre y saqueo en el llano. Pero claro, esta no es tu guerra.

—Ayer, en el patio... No pretendía decir eso —explicó—. Estás utilizando mis palabras.

—Me remito a lo que obtuve cuando os solicité ayuda. No puedo obligarte a luchar si no lo deseas, no eres un monje a mi cargo, aunque por tu bien espero que salgamos victoriosos de esta o tu final será tan trágico como el de cualquier otro. La única diferencia es que nosotros nos hemos preparado durante años para abrazar la muerte.

—Te pido disculpas. —Trisha respiró de forma pesada—. La ciudad puede contar con mi ayuda.

Anair dejó los brazos a los lados en un gesto placentero.

—Comprendo vuestro temor y animadversión por nosotros, hombres de Dios —explicó—. Pero, como ya he dicho, soy el inquisidor de más alto cargo en Dromm. Nunca he aceptado de buen grado el castigo y la persecución a los razeelitas. Aunque, siendo sincero, tampoco me han importado lo más mínimo. Yo soy un censor. Mi misión es encontrar el camino de la corrección a través de la justicia y la severidad. No pido a los otros lo que no me exijo a mí mismo cada día



de mi vida. Sin embargo, de la misma manera que soy sincero con vosotras, me gusta que mis oídos escuchen palabras verdaderas. No pido más que un intercambio equitativo, de igual a igual.

—Ya te he ofrecido nuestra ayuda.

Anair ignoró sus palabras y sonrió a Kali.

—¿Y tú? —la interrogó— ¿Te encuentras mejor? Me han dicho que estabas desnutrida y débil cuando te encontraron.

—Estoy bien.

—Qué humilde... —Amagó una risa—. La humildad es una virtud que pocos saben apreciar. Si necesitas cualquier cosa no dudes en pedírmelo a mí. Puedes contar con mi ayuda. ¿A dónde te dirigías cuando nos encontraste? ¿Sois... itinerantes, o tenéis una casa propia?

—Vivía en los valles de Bruma, al norte de Porkala. Criábamos cabras... En una granja.

—¿Bruma? ¿Y qué hacías en Misinia?

—Nos dirigíamos al sur, pero nuestro barco fue incendiado por los soldados de Bremmaner. Nadamos hasta la otra orilla y llegamos a la aldea de Campoalegre.

—Muy interesante, Kali, pero... ¿Por qué dejasteis vuestra granja y decidisteis ir al sur?

—Por... por mi culpa.

—¿Por qué? ¿Hiciste algo malo?

—No.

—Entonces...

—La gente... Ellos no me querían por allí. Mi padre vendió la granja y nos fuimos al sur.

Anair se acarició la punta de la nariz y dejó el dedo perpendicular a la boca, sin parpadear, esperando que Kali desvelase su mentira.

—Claro —dijo, por fin—. ¿Era tu padre el hombre que iba contigo cuando nos encontrasteis en Campoalegre?

La muchacha tragó saliva. Trisha se incorporó en su asiento, pero su réplica se quedó en los labios cuando Kali respondió con voz firme.

—Se llamaba Jared —dijo—. Era mi padre.

—¿Qué le ocurrió?

—Lo mataron.

—Entiendo que viajabais solos. Pero ¿vivíais con alguien más? ¿Y tu madre?



—Murió cuando yo nací.

Anair bajó la barbilla con melancolía.

—Yo no conocí a mis padres —le confió de forma familiar—. Me encontraron en la puerta de un pequeño monasterio al norte de Aukana. No muy lejos de Bruma. Casi podría decir que ambos crecimos a la sombra de las mismas montañas. Es un lugar inhóspito, y su gente... dejemos a parte a sus gentes. El miedo les nace en los huesos. Es un pecado terrible a ojos de Dios. Como ves no somos tan diferentes. Los clérigos decidieron acogermé y darme una educación, una moral y un lugar en que crecer. Mi infancia fue la de un monje, así que estaba destinado a ser lo que soy.

—Lo sabía... que no tenías padres —Kali apenas despegó los labios—. Los otros te llaman el Abandonado.

—No es algo ofensivo. —Desplegó una mano a un lado—. Tan solo es un apodo como cualquier otro.

Kali asintió sin levantar la mirada.

—No creo que seas el Abandonado tan solo por la manera en que te encontraron —musitó.

Kali hundió la cabeza entre los hombros al sentir que Trisha se volvía hacia ella. Anair juntó las yemas de los dedos frente a la nariz y afiló la mirada. Tomó aire y lo retuvo al tiempo que su mandíbula temblaba por un instante, una contrariada mueca cargada de amargura que se disipó en una sonrisa helada.

—Vaya con Kali de Bruma. Dices lo que piensas, o lo que sientes. Los sentimientos son una trampa y La Palabra enseña que el pensamiento puede ser un freno a la verdad. Pero tú eres una... joven muy sincera —le concedió con un deje de maldad en las sílabas arrastradas—. Eso está bien si no te inmiscuyes en política. ¿Qué más piensas de mí?

—Pareces muy...

—¿Sí?

—Solitario —dijo finalmente—. Se te ve muy solo, aunque estés rodeado de otros monjes.

—Soy solitario —afirmó—. Ser solitario no está mal. ¿Qué opinas de la soledad?

—Yo me crié sola.

—Quizá por eso piensas que la soledad es algo malo. Sin em-



bargo, la soledad es un camino que no puedes descartar jamás. La compañía de los otros está bien, pero tienes que aprender a valerte por ti misma.

—Me gusta estar con otros. —Kali miró de reojo a la mujer junto a ella y amagó una mueca de complicidad—. Es agradable poder escuchar sus conversaciones. Cuando vivía en Bruma, con mi padre, había veces que olvidaba lo que era pronunciar una palabra o escuchar otra voz que no fuese la mía. Ahora tengo amigos, y eso me gusta.

—Debes ser consciente de que algún día todos los que te rodean desaparecerán y, entonces, deberás afrontar tu destino por ti misma. ¿Comprendes?

—Sí —respondió—. Pero no me gusta pensar en eso.

—Hay momentos en que uno debe quedarse solo para afrontar un reto —explicó el inquisidor—. Únicamente a través de la soledad se puede escuchar la voz interior.

Kali asintió y su rostro se ensombreció ligeramente, preñado de una mal disimulada mueca.

—Ya te he dicho que no me gusta estar sola.

—No lo estás —replicó él y se hizo un poco adelante—. Somos muchos en esta ciudad que estamos a tu lado. Tienes a tus amigos y a cada clérigo a mi cargo también. Me salvaste la vida, y soy generoso con mis deudas. Hay que corresponder a aquellos que te ayudan. Yo haré todo lo que pueda por ti, Kali.

Kali arrugó la boca y miró a otro lado.

—También me han dicho que tienes carácter. —Anair le guiñó un ojo de forma amistosa—. Que más de un monje se ha llevado un puntapié a cambio de una broma inoportuna.

Ella asintió y sonrió.

—Soy del norte de Porkala —dijo—. Me han dado muchos coscorrónes pero, de donde vengo, tenías que aprender a defenderte. Eso me lo enseñó mi padre desde un principio. «Si te metes en un pelea, que sea para ganar», decía. —De repente se sintió triste y tragó saliva antes de acabar en un murmullo—. Aunque no siempre se gana.

—Ambición. Eso también me gusta, Kali —asintió el monje inquisidor—. Por lo que sé eres callada aunque sincera, no temes a la



ofensa, gustas de la compañía y amistad de los tuyos, pero puedes defender lo que amas. ¿Me equivoco?

—No sé —murmuró la muchacha de forma hastiada.

—¿Crees en Dios, Kali? —continuó Anair.

Trisha se inclinó hacia delante y preguntó con el cejo prieto:

—¿Cuál es el propósito de esta reunión? —saltó—. Todavía no sé qué esperas de nosotras.

Anair se volvió hacia ella con evidente enfado por la interrupción.

—Espero un poco de sinceridad y cortesía, Trisha —escupió—. Mi paciencia es limitada y no voy a excusar más tu falta de tacto y confianza. Al otro lado de la muralla no te recibirán con tanta cortesía como yo lo hago.

La mujer apartó la mirada pero no bajó el rostro. Tenía el orgullo arrebolado entre las pecas de los pómulos.

—No lo sé —intervino Kali.

—¿No lo sabes? —La voz de Anair sonó irónica y aguda, al contrario que su mirada dura y contundente hacia Trisha.

—Mi padre me enseñó a respetar a los dioses —dijo Kali—. A todos los dioses. Aunque no era un hombre religioso.

—Eso está bien. —Guiñó un ojo—. Dios es justo con los que son justos con él. Y ¿qué crees que dispone Dios para los hombres?

Kali bajó las cejas y arrugó la nariz.

El inquisidor chasqueó los labios y continuó:

—Digamos que Dios calcula todo y da sentido a la vida. Cada cosa, cada animal, cada uno de nosotros tiene una finalidad en el plan divino. ¿Comprendes?

—Sí. —Arrugó los labios en una mueca.

—Yo soy inquisidor y tengo un propósito. Un principio y un final en el plan de Dios. Uno vive en las tinieblas hasta que encuentra esa meta, y solo unos pocos son iluminados por su luz. Cuando alguien alcanza ese estado, cuenta en los planes de Dios. Pero su plan es ignoto para nosotros, sabes que está ahí, pero no puedes conocerlo. Eso es la fe. La persona que es iluminada a seguir los senderos divinos se debe a sí mismo la lealtad a Dios. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Kali negó con la cabeza.

—¿Cuál crees que es el propósito de Dios para ti?



Trisha abrió la boca, dispuesta a intervenir, pero Anair la silencio con una ceja en alto y un leve movimiento de la mano.

—¿Propósito? —murmuró Kali— ¿Qué quieres decir?

—¿Por qué estás aquí?

Kali se encogió de hombros y recorrió la estancia con la mirada. Sus dedos se cerraron sobre las rodillas y se mordió el labio con ansia.

—¿Por qué llegaste hasta esta ciudad, en este momento?

La muchacha respondió de forma casi inaudible.

—Por... vosotros.

Las exiguas mejillas del inquisidor cayeron a los lados y la mano se dispuso a cubrir la boca, pero se detuvo antes de que el monje se acomodara en la butaca.

—Os encontré en Campoalegre y después en la cueva del bosque.

—Es evidente que unimos nuestros caminos en ese momento —añadió Anair.

—Y me ayudasteis a recuperar a Trisha, Olen y Reid.

—¿Cómo podría olvidarlos? —concedió con la boca torcida hacia Trisha.

—Supongo que esa es la razón de que esté aquí —se reafirmó ella—. Por vosotros.

El inquisidor respiró pesadamente y se mordisqueó la punta de los dedos, solo un suave pellizco con los labios. Se había congelado. Por un instante, pareció una figura de bronce, de gesto ominoso, con los pensamientos en otro tiempo. Después se acarició el mentón, deslizó la mano extendida por las arrugas de la túnica en el pecho, y repitió el profundo suspiro.

—¿Qué ocurre? —Kali se encogió— ¿He dicho algo malo?

Trisha se volvió hacia la chiquilla con un velo difuso de admiración y temor. Quizá por la inocencia de Kali, o porque sentía las garras del monje acariciar el interior de la muchacha, esa pureza tan ruda y auténtica que había formado el aislamiento, la soledad y la dura educación de Jared el cabrero. Por el rabillo del ojo observó al inquisidor y su gesto sibilino sobre ella.

—No —respondió Anair con una repentina vuelta en sí—. Al contrario, Kali. Me ha gustado esa respuesta. Dices mucho más de lo que crees. Deberías pensar en ello. Y también en lo que te dije sobre el plan que Dios tiene para todos nosotros.



—Lo haré —masculló.

—¿Qué opinas de mis amigos? —siseó Anair y se recostó con un brillo bajo los párpados— ¿Qué opinas de los otros monjes? Sé que has hecho buenas migas con algunos de los hombres de Rókesby.

—Me gusta Suave... Tito —afirmó ella mientras entrelazaba sus manos sobre las rodillas y se frotaba los muslos—. También Tull, el grandote, y...

—¿Y Sinyelmo?

—Lestick Sinyelmo —confirmó Kali—. Lestick...

Anair apoyó los codos sobre la mesa y sombras de múltiples figuras se formaron en sus mejillas.

—¿Te gusta Lestick?

Kali asintió de forma vergonzosa.

—Conozco a Lestick desde hace muchos años. Es un clérigo devoto y temeroso de Dios. ¿Crees que tú le gustas a él? —La muchacha se encogió de hombros, pero el inquisidor continuó sin esperar respuesta— ¿O hiciste algo que pudo enfadarlo? Algo que sabías no gustaría a tus nuevos amigos.

—No he hecho nada.

—¿Qué ocurrió el día de en que escapasteis de Villas del Monje?

Trisha cogió por la mano a Kali en un rápido movimiento y dirigió una mirada rabiosa al inquisidor. La muchacha no levantó la vista del suelo. El pelo negro caía sobre su frente y el rostro se le perdía en la penumbra.

El inquisidor miró a la mujer, chasqueó los labios y dio un manotazo al aire.

—Hablemos de una vez sin tapujos sobre ese don —dijo con brusquedad—. Tienes algo, lo sé desde el primer momento. Lo presiento, casi puedo verlo. ¿Qué es eso que hace a mis hermanos chismorrear en sus celdas por la noche?

—¡No sabía que fueras a acusarla! —exclamó la mujer que saltó en su defensa.

—¡Y no la estoy acusando! ¡Ni a ti tampoco! Aunque todo el mundo ha visto lo que puedes hacer. —Anair mostró los dientes y cerró el puño con tanta fuerza que los nudillos parecían que fueran a rajar la carne—. Estoy hablando con Kali. No quiero secretos para mí cuando el futuro de todos los que nos ocultamos tras estos muros depende



de la confianza. Juguemos las cartas con rectitud y todos saldremos ganando en una partida que tenemos perdida. Nadie apuesta por nosotros, Trisha. ¿Cuándo vas a comprender eso? —El inquisidor dio con el puño en la mesa—. ¡He tenido suficientes traiciones en los últimos días!

—La muerte —murmuró Kali—. Traigo la muerte a todos los que están conmigo.

Anair y Trisha se volvieron hacia ella. Desde la oscuridad de su rostro sus extraños ojos titilaban como un reflejo en la profundidad de un pozo.

—Desde hace muchos años... —Kali comenzó a recordar, y el recuerdo era dolor—. Todo se moría a mi alrededor. Los animales me odiaban. Los otros niños. Y mi padre... mi padre también me odiaba. Porque yo me llevé a mi madre al infierno. Es algo que siempre he sabido. Por eso vivíamos en Bruma tan lejos de las otras granjas. Pero a la gente no le importa lo mucho que te apartes, te encuentran y acaban con todo. Luego ocurrió lo del rayo...

—¿Qué rayo? —intervino el inquisidor con acento ladino.

—Yo no había hecho nada —su voz se rompió al emerger el recuerdo—. Salí con mi perro, con... *Chacal*. Había gente trabajando los campos y las nubes se formaron muy rápido en el cielo. Nunca había visto una tormenta como aquella. Ocurrió de repente, como un golpe por la espalda. Un golpe de luz azul. Cuando abrí los ojos, unos cuantos campesinos habían corrido hasta mí, pero no querían ayudarme. Me insultaron, me dieron golpes con ramas de fresno y mataron a *Chacal*. Mi buen *Chacal*. No sé qué pasó... No sé cómo lo hice... pero ocurrió. Los maté a todos. Igual que hice con los que mataron a Jared. Lo mismo con aquellos monjes que atacaron a mis amigos. Todos muertos. Pero no fue culpa mía. No soy yo...

El inquisidor se llevó la mano a la boca con los ojos muy abiertos.

—Dios vengativo... —murmuró—. Eres la ira divina.

—Eso no es cierto —intervino Trisha—. Todavía está aprendiendo a controlarlo. Es muy joven y el don muy intenso en ella.

—Pero mata —la contravino Anair—. Esto no es como levantar unos maderos rotos con la mente o arrojar piedras al mirirlas. Es capaz de matar a una docena de hombres armados con el poder de su mente.



Trisha tragó saliva.

—Más o menos —afirmó en un susurro.

—¿Más o menos? —Explotó en una risa incrédula—. Entonces será más. ¿Cuántos había en el campamento de los Rjuvel después de liberarnos? ¿Cuántos en Villas del Monje?

Trisha apretó con fuerza la mano de Kali.

—La gente habla. —El monje tomó un aire siniestro—. Los rumores corren leguas y dicen mucho.

—Solo es una niña.

—¡No es una niña! —exclamó Anair—. Es recipiente de un poder que no puedes comprender.

Trisha se puso en pie, sacando pecho, los puños junto a la cadera, desafiante frente al inquisidor. Pero él ya no prestaba atención a la mujer. Sus labios entreabiertos mostraban el creciente asombro al contemplar la figura de Kali, rodeada de una oscuridad sólida que se expandía como una esfera.

—¡Basta! —exclamó Kali—. ¡No lo hice a propósito! ¡Pero se lo merecían!

—Claro que lo merecían, Kali —apuntó Anair, complaciente.

—¡Kali! —Trisha sintió el calor que irradiaba la muchacha y dio un paso atrás.

—No has hecho nada malo. —El inquisidor continuó con la vista puesta en Kali. Sus ojos se desbordaban al comprobar cómo el aire se evaporaba a su alrededor—. Hiciste lo que debías para salvaguardar a los tuyos. Dios te ha dado la fuerza, tú solo eres su herramienta.

Los ojos de Kali se habían convertido en torbellinos de negrura que desgarraban al inquisidor frente a ella. Anair dio un paso atrás y chocó con la butaca. Su expresión era una mezcla de éxtasis y miedo.

—¡Kali, no! —La voz de Trisha pareció un grito lejano y desgarrado.

Un ensordecedor sonido había cubierto todo, un huracán de electricidad que lanzaba finos brazos cual relámpagos en torno a ella. Trisha gritó su nombre una y otra vez. Pero ella no escuchaba nada; nada que no fuese el aullido de la fuerza desde su interior, como una puerta al infierno y millones de almas torturadas en busca de venganza y muerte. Anair se cubrió el rostro con las manos desnudas. Trisha la cogió por los hombros y la zarandeó con la voz devorada por el sobrenatural torbellino.



Sin embargo, todo se detuvo. Kali parpadeó y recuperó la respiración. Se había detenido. Lo había parado, sin saber cómo, pero lo había parado.

—Es la furia vengativa de Dios —murmuró Anair, devolviendo las manos a las mangas con la vista perdida en ningún lugar—, y está de nuestro lado.

El inquisidor se apoyó contra la pared, aturdido, murmurando pensamientos y oraciones que sacudían su fe de la misma forma que un enjambre es tentado por un oso hambriento.

—No te permitiré algo así... —Trisha se incorporó y cogió a Kali por el hombro.

—Harás todo lo que yo crea conveniente, Trisha. Lo que es bueno para mí, es bueno para ti. A partir de ahora estamos juntos en esto. Yo solo soy un testigo en todo este asunto —movió la cabeza a los lados—, un peón de una consciencia superior. Hay fuerzas ignotas, ajenas a nuestra existencia, que pugnan en estos momentos. Se me ha otorgado el deber de reconstruir una fe herida, un templo masacrado y derruido.

—Nosotras no tenemos nada que ver en tu guerra. —Trisha se mostraba serena.

—Quizá eso sea cierto, hasta cierto punto —repuso él. Las aletas de su nariz se abrían con la excitación—. Pero eso no os libraré del mal. Eludir la lucha conduce al dolor. Y no voy a poder protegeros para siempre. Si no es a manos de los clérigos que esperan fuera, en algún momento el pueblo de Dromm pedirá vuestra piel. Es algo que Kali sabe muy bien. ¿Verdad?

Kali calló y miró a la mujer.

—¿Por qué dices eso? —preguntó la chiquilla y tragó saliva.

Anair arrugó la nariz y movió la cabeza a los lados lleno de alegre ironía.

—Por favor, incluso los ciegos de Dromm saben lo que ocurrió en la muralla —dijo—. ¿Quiénes eran esos engendros que te perseguían? ¿Qué buscaban en ti?

—No lo sé —respondió Kali.

—¿De dónde han salido? —insistió Anair.

—Kali, no tienes por qué responder —la invitó Trisha, hablando a su oído y después se dirigió indignada hacia el inquisidor—.



¿Cómo sabes que la perseguían a ella?

—Porque no soy estúpido, Trisha.

—De mis sueños. —Kali parpadeó varias veces y trató de contener el temblor en sus manos—. Han salido de mis pesadillas. Antes de encontrarlos soñé con esas mismas alas negras, en el bosque, y sus ojos y sus dientes.

Anair la miró con dureza, casi atravesándola con sus ojos de hielo.

—¿Es eso cierto, Kali? —preguntó Trisha—. ¿Los habías visto antes? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Entonces... —intervino el inquisidor—. Te buscaban a ti. Realmente venían por ti, por tu poder. Los enemigos de Dios, esos engendros monstruosos, desean tu poder.

—Kali. —Trisha la tomó por la barbilla y puso su rostro frente al de ella—. No lo escuches. Nada de eso es cierto.

La chiquilla trató de contener el labio tembloroso y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sí lo es —masculló antes de sollozar—. Es cierto que me persiguen. Todo es culpa mía.

—Nosotros te protegeremos, Kali —intervino Anair, puesto en pie—. Con nosotros estarás segura. Nadie te hará ningún daño. Yo me encargaré personalmente de eso.

—Basta —dijo Trisha.

—Tus enemigos son nuestros enemigos, Kali. —La voz de Anair estaba impregnada de avidez.

—¡Basta! —exclamó Trisha.

El monje arrugó la nariz y se inclinó sobre la mesa por la osadía de la mujer. Sin embargo, Trisha se humedeció los labios y lo retó con la mirada.

—Hay un asunto del que debo ocuparme —continuó con la mirada vítrea—, pero necesitaré tu apoyo en el Consejo. Debo hablar en el Lucero.

—Nadie que no sea de Dromm habla en el Consejo.

—Has dicho que ahora eres el Alto Inquisidor de tu dios en la ciudad.

Anair se encogió de hombros de forma desdeñosa y se acarició la punta de la nariz.

—Tú me darás la palabra —concluyó la pelirroja.



—Y ¿por qué iba a hacer eso?

—Porque tengo un asunto del que ocuparme —explicó—, y mientras resuelvo ese problema, Kali quedará a tu cargo.

Al escuchar su nombre saltó de su asiento con los ojos abiertos como platos.

—¡No! —exclamó la muchacha.

—¿Quieres que yo —preguntó, incrédulo, con el dedo hincado en el pecho— me haga cargo de Kali?

—Eso he dicho.

—¡No! —insistió de nuevo Kali—. ¡No puedes hacer eso!

Cerraba los puños junto a la cadera y los dientes le castañeteaban un poco. Sin embargo, el inquisidor apenas la miró de soslayo, volvió su atención a la mujer que lo desafiaba y, de nuevo, se acarició el mentón.

—Los hombres no dejan de ser supersticiosos peleles —dijo sin apenas despegar los labios—. Esos engendros alados sobrevolando sus casas y el ejército a las puertas será un acicate a su ira. Tengo que entregarles algo a cambio de su tranquilidad.

—Yo te daré la excusa que buscas —asintió Trisha con solemnidad—. Mañana, durante el consejo, muchos van a desearnos la muerte y quiero que tú nos cubras. Si tus palabras son ciertas nos ayudarás, Anair. —Trisha se detuvo y tragó saliva. Miró de forma fugaz a Kali y continuó—: Hay una razón para que yo esté aquí, y debes saberla.

Anair se sorprendió por la confesión de la mujer pelirroja, asintió y sonrió con satisfacción a la boquiabierta Kali.

CAPÍTULO 11



había pasado tanto rato sin pronunciar palabra alguna que Daima La, el joven y rechoncho druida zorro, no recordaba cuál había sido su última conversación. Desde que salieron de Róndeinn, dejando atrás la casa de la señora Adjiri, Dagir La se veía taciturno y pensativo, pero no mucho más de lo que se había mostrado desde su reunión con Mukherjee. A pesar de ello, el joven druida Daima La presentía un agitado sentimiento en el pecho de su mentor, un lazo invisible que había unido a Dagir La con la señora de Róndeinn y que tras su despedida se había roto. Él no entendía demasiado las pasiones humanas, el amor y su enfermedad. Era, suponía, como debía de ser Dagir La a su edad, y presentir en él aquella melancolía lo sorprendía y llenaba de inquietud, porque tenía en muy elevada consideración al druida duende.

¿Significaba aquello que, después de todo, tras la meditación y el desapego, tras la comunión con el universo, un sentimiento de amor podía turbar al Gran Druida del bosque? Daima La podía preguntarse aquello, pero no podía comprender en qué manera la sombra de la culpa suele acechar a los hombres cuando al final de sus días se enfrentan a las consecuencias de sus decisiones. Y quizá por esa razón su mentor había vuelto a ver a aquella mujer, gobernanta de una ciudad en el ocaso de sus días, por un lejano sentimiento de culpa enterrado bajo la paz de espíritu.

Días después, tras encomendar a Ela Adjiri la búsqueda del Bo Khuram encarnado, los dos druidas caminaban en silencio, de vuelta a las profundidades de la inmensidad verde de Oag. Directos a la negrura de lo desconocido para enfrentarse a los clanes ogros desterrados hace siglos e investigar las causas de su migración hacia el norte. Aunque antes, Dagir La deseaba, según sus propias palabras, saldar una cuenta pendiente. Y esas palabras, unidas a lo extraño del comportamiento de su maestro, sorprendieron a Daima La por segunda vez.

Caminaron durante tres días, siguiendo el cauce del Garin Ta hasta el amarradero de Aguasnegras. Cruzaron el río cerca del molino y tomaron la senda de Pozahonda, siempre en dirección al oeste.



Lejos de la seguridad de los ríos, los sangreverde construían sus cabañas en las alturas de las ramas, con pasarelas y escalas que unían las viviendas, formando auténticos poblados suspendidos en el aire. Aunque, una vez pasada la Encrucijada de Oromiel, ya no esperaban encontrar a nadie, aparte de algún cazador solitario o buscadores de piedras preciosas.

Daima La cavilaba sobre su papel en todo aquel embrollo desde que su mentor, Dagir La, los había convocado en lo alto del Monte Gris. No era fácil asimilar acontecimientos tan trascendentes para el mundo de los hombres, aunque nadie juzgaría de aquella manera lo ocurrido, pues lo ocurrido era nada para un hombre común. Eso diferenciaba a un druida de un norteño, la capacidad para ver sencillo lo complicado y enorme lo diminuto. Los asuntos de los hombres eran simples y el más pequeño grano de arena podía vencer la balanza. Sabía que tenía dos orejas y una boca, por lo que debía escuchar antes que hablar, y eso había hecho desde que llegó a druida mayor; escuchar los sonidos de la vida y su canción; hasta comprender un poco mejor el mecanismo motor del universo.

Habían pasado varias noches durmiendo al raso, cubiertos por sus mantos y alimentándose de los frutos del bosque y las provisiones que Ela Adjiri les había suministrado. Detenidos a descansar en un claro del bosque, entre acacias, olmos de raíces mohosas y helechos salvajes, Dagir La habló por fin:

—El otoño se ha adelantado.

Daima La levantó una ceja y apartó el mendrugo de pan que se llevaba a los labios. No dijo nada, tan solo espero que su maestro continuara o volviese al silencio al que le había acostumbrado durante los últimos días. Dagir La levantó la mirada al cielo salpicado de nubes y masticó lentamente un poco de hoja de boor. Después sonrió al escuchar sus propios pensamientos y escupió a sus pies.

—No me has preguntado por esos jóvenes a los que he mandado perseguir por todo el norte —habló de la misma forma en que se retoma una conversación.

—No lo he visto necesario —replicó Daima La.

—Cualquier otro se hubiera cuestionado muchas cosas —continuó Dagir La con aspecto sardónico—. ¿Serán realmente el Bo y el Dim Khuram? ¿Cuál es su significado y su destino? ¿Qué pasará cuando los encontremos?



Daima La asintió con gravedad.

—Sé que no sería propio del alumno preguntarse cosas que el maestro da por inútiles. Sean lo que sean, su significado y su destino, y lo que les ocurra, no lo descubriré con esas preguntas.

Dagir La dio una floja palmada en su rodilla, satisfecho.

—Por eso te elegí a ti entre todos —dijo—. Algún día serás un gran druida.

—Ya soy bastante grande —replicó al tiempo que pasaba las manos por la voluminosa panza.

Lentamente, Dagir La abandonó la sonrisa y un velo siniestro cubrió su jovial rostro.

—Las preguntas sin respuesta son una traición a la voluntad —dijo—. Pronto llegará el fin de una era. Es la única conclusión que podemos sacar de todo este asunto. Reunamos a esos dos extremos, manifestaciones, o como quieras llamarlo. Y esperemos a ver qué pasa.

—No tenemos mucho tiempo... —musitó entre dientes y se arrepintió de sus palabras—. Hasta que los Kidi...

—Algún día llegarán —afirmó Dagir La—. Si lo que dijo Mukherjee es cierto, su huida descabezada no les servirá de mucho. Se puede alejar tanto como uno quiera del conflicto, pero la mayoría de las veces, la enfermedad va con uno. Huyes de tu sombra, ignorando la verdad: no se puede escapar, solo aceptar.

—De todas formas, ya no se pueden enmendar los errores cometidos —añadió el joven druida—. Quiero decir que lo hecho, hecho está. El daño de su cobardía les es devuelto, empapado en veneno.

—Y así seguirá siendo —asintió Dagir La y rebuscó unas hojas de boor en su bolsillo—. Los Kudaw huirán a ninguna parte. Ya no les queda mundo en que ocultarse. Ya ves, Daima, que incluso el mundo se convierte en prisión. Una celda grande, pero igual de tenebrosa y terrible.

—Quieres decir que los Kudaw armarán sus ejércitos y se unirán a los hombres.

—No. —Dagir La amagó una risa—. Creo que, como siempre, se mantendrán en silencio y quizá luchen contra los Kidi, si no tienen más remedio. Mukherjee no es Fereldim. Los tiempos de alianzas han pasado, los reyes se asesinan, los vasallos traicionan a sus señores, los hijos a sus padres. —Dagir La levantó una mano y tendió la oreja al



inclinar la cabeza—. En este momento los hombres enfrentan sus armas a muchas leguas de aquí. Puedo sentirlo; el bosque puede sentirlo.

—¿Es eso lo que te atormenta? —lo interrogó Daima La— ¿La muerte de muchos por nada?

—No, en absoluto. —Movié la cabeza a los lados y sonrió con una paja entre los dientes—. Nunca me ha importado el destino de los hombres, pero el dolor y la muerte llegan a todas partes, de forma invisible, como un manto que previsible cae sobre el mundo.

—El Khuram es inevitable.

Dagir La suspiró y escupió a sus pies antes de continuar.

—En los últimos tiempos he estado pensando en la condena a los Ishká.

—Lo sé —asintió Daima La—. Desde el momento en que nos dijiste que el consejero del rey Levvo es uno de ellos.

—Quizá el último —puntualizó Dagir La.

—El último o el primero —contuvo una mueca desdeñosa—, su propósito es el mismo.

—Hubo un momento —el Gran Druida entornó los ojos, perdido en el recuerdo—, tras la primera visita de Ela, en que pensé que había sido un error. Bueno, quizá era un presentimiento que había estado ahí siempre, como el fondo de un pozo tras el reflejo de la superficie.

—Acabar con los Ishká era tan necesario para el bosque como el agua de la lluvia o el aire del sur. Contaminaban todo lo que sus ardides y maldades alcanzaban. Si es cierto que el consejero del rey está tras la guerra no es porque nosotros le empujásemos a ello, sino porque está en su naturaleza.

Dagir La rio de forma mecánica y triste.

—No es eso lo que me atribula, mi joven compañero —afirmó—. Sé que el Ishká huyó de nosotros y fabricó una guerra en la mente de un rey enfermo de ambición. Sin embargo, pensaba qué habría pasado si hubiese sido al contrario.

—¿Al contrario?

—Si los Ishká hubiesen acabado con nosotros y se hubiesen hecho con el control del bosque.

—Un gran desequilibrio habría azotado el mundo de los hombres.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó con un guiño—. No creo que sea muy diferente de lo que ha ocurrido ahora.



—Pero... —tartamudeó—. ¿Cómo puedes decir eso?

—El norte se encuentra al borde de una guerra catastrófica. ¿Te parece poco? Por lo tanto nuestros actos producen tantas cosas buenas como fatales en el universo. Si somos conscientes de estas fuerzas que equilibran todo, ¿por qué no podemos concebir ese mismo equilibrio en sentido contrario? Las fuerzas opuestas se enfrentan en un campo de batalla místico que lo acoge todo, el Khuram. Nada puede escapar del Khuram, así pues nuestro ataque a los Ishká no fue más desequilibrador de lo que lo habría sido el suyo. Nuestro exterminio o el suyo no son condiciones de la mutabilidad sino parte del todo universal del Khuram. Y ¿sabes qué significa eso?

Daima La guardó silencio con los labios prietos y la respiración contenida.

—No somos tan diferentes a ellos, mi querido amigo.

—Lo siento, maestro, pero creo que te equivocas.

—Piénsalo bien, Daima.

—Son malvados que buscan la destrucción de todo.

—¿Somos nosotros bondadosos y justos?

—Somos humanos y también podemos errar.

—Equivocaciones que salen muy caras, mi querido Daima. —Se puso en pie y caminó unos pasos con la vista en el suelo—. ¿Quién sabe cuándo un acierto es equivocación? ¿Quién sabe lo que ocurre cuando me muevo por el bosque? Empujamos la rueda de la vida y el mecanismo gira y gira, mucho tiempo después de que el mundo conocido haya desaparecido. —Dagir La tomó aire, profundamente, y caviló un instante antes de continuar con la atención vagando en la foresta—. Esa es quizá una de las razones por las que estamos aquí. Porque la rueda gira y nosotros no vemos todo lo que aplasta en su camino; lo intuimos, pero hacemos oídos y corazón sordos al pensar que nada muere bajo nuestros pasos. —Se cargó el zurrón al hombro y tomó su vara. Tenía el rostro serio, quizá un poco cetrino—. Debemos continuar.

El druida zorro asintió, recogió algunas viandas, también el odre de tripa al cuello, y saltó tras su mentor.

Volvieron al camino y al silencio, y ambos se cerraban cada vez más sobre ellos. La senda transitaba entre zarzas, tejos y hayas, desaparecida en ocasiones bajo ambarinas olas de hojas caídas que rom-



pían en rocas húmedas y playas cubiertas de musgo. Sin embargo, Dagir La se veía decidido y convencido de la dirección que habían tomado; a ratos hacia el sur, otros hacia el oeste.

«Somos como ellos», pensaba Daima La.

Esas últimas palabras de su maestro reverberaban en su cabeza como una sentencia lapidaria y terrible. En muchos años de aprendizaje había descubierto que el mundo no es tal como se muestra. Había comprendido el flujo de energía que une a todos los seres vivos mediante canales místicos, incluso podía dilucidar y ligar sucesos que aparentemente no tenían relación alguna porque, en el Khuram, todo está relacionado. Sin embargo, admitir que su enemigo tradicional en el bosque de Oag, los crueles sacerdotes Ishká, eran equiparables al Círculo de los Seis, no era tarea fácil. Una cosa no puede ser ella misma y su opuesto al mismo tiempo, y los Ishká eran el opuesto a los druidas, de eso no cabía duda.

Andaba con aquellas palabras en su mente cuando, al levantar la vista, supo cuál era el propósito de su mentor.

Habían tomado una senda que atajaba hacia el sur, quizá porque Dagir La no quería ser visto allí, quizá, simplemente por acortar su camino. Pero la cuestión era que, frente a ellos, en un espacioso claro del bosque, se encontraba la cabaña de la que muchos habían oído hablar y pocos habían visto: Mardha la Bruja.

—Espera aquí —dijo Dagir La, levantando una mano frente a él—. Hablaré con ella solo.

Daima La asintió y descargó su saco y el odre al suelo. Después buscó un lugar en que sentarse y observó a su mentor salir al claro y detenerse a una docena de pasos de la cabaña. Era un edificio circular de piedra gris, con una gruesa cubierta de ramas y musgo a modo de techumbre. La puerta estaba cubierta por una enorme piel de la que escapaba el cálido vaho del interior. Alrededor de la casa había estacas de diferentes alturas, plantadas aquí y allá, y de las que colgaban abalorios, hierbas secas y huesos de animales.

—¡Mardha! —gritó Dagir La— ¡Mardha la Bruja!

Una mano delgada de largos dedos apartó la piel de la entrada. Mardha apareció frente a él con toda su belleza, desnuda aunque cubierta por una gruesa piel de lobo albino sobre los hombros. Los pechos al descubierto, casi ocultos tras los collares de cuentas y cris-



tales que colgaban del cuello. Su pelo negro caía revuelto sobre la piel, con algunas trenzas cerradas por huesos coloreados. Tenía el rostro fino y la nariz pequeña y afilada, la boca grande, a medida de su mandíbula poderosa, y dibujaba una sonrisa sorprendida al tiempo que entrecerraba los ojos grises de hurón.

—El Gran Druida Dagir La viene a visitarme sin previo aviso.
—Se detuvo con actitud felina en la entrada de su guarida—. Espero que traigas tu propia comida, no tengo nada para ti.

—No me quedará mucho rato —habló con voz fuerte y pausada.

—Lo prefiero.

—Para ser justo solo vengo como portador de noticias.

—¿Justo? —escupió su ironía—. Los druidas tenéis un concepto un tanto curioso de la justicia. Estáis cegados por lo abstracto de vuestro egoísmo. Ya no sois guardianes de nada.

—Guárdate tu desprecio y escucha lo que tengo que decirte.

—¡Tus palabras están llenas de veneno! —exclamó ella.

El druida suspiró de forma paciente. Miró abajo y paladeó sus próximas palabras.

—Mina... —comenzó.

—¡No vuelvas a pronunciar su nombre! —gritó con los ojos fuera de sí y un brazo extendido hacia él—. ¡Cállate! Si en algo respetas su memoria, guarda silencio.

Dagir La asintió.

—No eres el único al que llegan voces de fuera del bosque, Gran Druida. —Mardha esgrimió una sonrisa torva, casi una mueca dolida, que se esfumó en un instante. Después caminó unos pasos a un lado—. Hace días que recibí esa noticia. Pocos, aunque parezca que ha pasado un siglo, todavía hace poco, demasiado poco. —La bruja cerró los ojos con fuerza y, cuando los abrió, lo miró de soslayo, de pies a cabeza—. No esperaba verte por aquí en persona, te creía más cobarde.

—Sé que estabais unidas...

—¿Unidas? —saltó ella—. Unida estoy a este lugar, a mis ropas, a las verduras que cultivo. ¿Unidas, dices? —Cerró el cuello de su abrigo y ocultó las manos en las mangas—. Solo un druida puede llegar a tal extremo de cinismo. —Dagir La levantó una ceja en señal de advertencia, pero Mardha continuó con más énfasis si cabe—. Condenaste a mi amante al destierro, druida, y ahora ha muerto.



¿Unidas? Guardaré eterno desprecio por tu nombre en adelante.

—Era una servidora del bosque...

—Excusas.

—Contrajo una deuda y los druidas cobran sus favores.

—¡Y vaya si los cobran! —escupió ella con desdén—. Dime algo que no sepa.

—Quizá si no fueras tan desafiante...

—¿Desafiante? —Lo señaló con un dedo huesudo y afilado— Creo que entiendes por desafío cualquier postura que no se amolde a tu criterio. ¿Os desafiaron también los licántropos de Falán? ¿Y los Trepadores de Okanendo? ¿Fueron desafiantes con tus normas y leyes?

—Las leyes son del bosque, no mías.

—Llevo mucho tiempo en el bosque, casi tanto como tú, Dagir La. No me tomes por una mujer del norte. Yo también conozco el lenguaje de Oag y nunca me ha robado un amante.

—Probablemente entendiste mal sus palabras y confundiste sus necesidades con las tuyas.

Mardha entrecerró los ojos y sus uñas se clavaron en la carne.

—Es una curiosa forma de pedir disculpas —murmuró ella.

—No te equivoques. Yo no pido disculpas, bruja.

—Has venido con la intención de redimirte por el mal que has causado. Te llevaste a Mina. Cualquier otro podría haberte servido.

—Necesitaba una mujer joven, capaz de pasar inadvertida, y hábil con el cuchillo.

—Deseabas hacerme daño.

—Yo no deseo nada. Mina fue elegida por su destreza para la misión que se le encomendó.

—¡Fue elegida por sus sentimientos!

—Tus sentimientos son tan pasajeros y volubles como tus intereses, bruja —alzó la voz Dagir La—. Sé muy bien lo que hubiese pasado con esa joven dentro de un tiempo.

—¡Yo la amaba! —gritó la mujer al tiempo que desplegaba hacia él sus manos, tal que si fueran garras dispuestas a rajar su carne.

El druida dio un paso al frente y golpeó con su vara en el suelo. De repente todos los sonidos del bosque cesaron y se encontraron solos en una burbuja hermética. Mardha dio un respingo y bufó de forma felina, al tiempo que una nube de vaho asomó a su respira-



ción. El brillante reflejo de la escarcha creció sobre la hierba y trepó por las paredes de la cabaña. Diminutos carámbanos se descolgaron desde los voladizos de la techumbre acompañados por el crepitar de la creciente helada.

—No olvides con quién estás hablando, bruja —murmuró Dagir La.

Mardha desplegó las uñas y enseñó los dientes como un depredador acorralado. Un destello sangriento apareció en sus ojos y serpientes de bruma azulada brotaron de entre sus pies. El druida no se movió. Allí plantado, junto a su báculo, rígido como un monumento funerario que recordaba las entidades antiguas del bosque. El crepitar de la creciente helada cesó de forma repentina y una silenciosa amenaza asomó a sus labios entreabiertos. Su tamaño comenzó a sobrepasar el de Mardha. La figura de Dagir La creció sobre ella, oscureció el claro del bosque y cubrió los cielos.

En un siseo, la bruja cerró los puños, su agresiva mueca se convirtió en una amarga sonrisa, y la niebla que se retorció y vibraba junto a ella volvió, como su mirada vencida, a la tierra. Se quedó quieta, cabizbaja, con el abrigo cerrado sobre el cuello.

—Siento el dolor de cada criatura del bosque que vive y muere —dijo Dagir La con una potente voz que parecía venir de todas partes—. Mina no murió en vano. Comprendo tus sentimientos.

Mardha asintió y cruzó los brazos, ocultos entre la mullida piel de las anchas mangas. Tenía el gesto desvalido y cansado, arrasado por la tristeza. En un suspiro, la foresta recuperó sus sonidos y todo volvió a la normalidad. El druida se apoyó con ambas manos en su báculo y contempló la vidriosa mirada de la mujer. Ya no era la misma que había asomado a su puerta para enfrentarse a él. Se la veía débil y llena de resignación.

—La muerte forma parte de la vida, Mardha. Nada puede oponerse a eso. Mi misión es ser justo y exigente con todas las criaturas de este bosque sagrado que da la vida a Kanja. La deuda de Mina ha quedado olvidada y mi deseo es perdonar. No he venido en busca de pelea —añadió Dagir La.

—No habrá ninguna pelea —masculló ella, evitando enfrentar sus ojos.

Dagir La asintió de forma ceremonial, con el cejo prieto y la respiración pausada, como si diera por buenos sus pensamientos.



—Por lo menos dime por qué murió.

—A manos de un traidor que pretendía más oro.

—No —masculló ella, vuelta de lado—, eso ya lo sé. Quiero saber por qué la enviaste a Davingrenn.

—El propósito concierne al Círculo de los Seis —respondió Dagir La—, no a una bruja. Murió sirviendo al bosque, eso es todo.

—No, no es todo.

—Deberías pensar tus palabras antes de pronunciarlas. Es un consejo.

—Es una amenaza. Pienso y digo que Mina no servía al bosque, servía a Dagir La. Quizá el Círculo de los Seis debiera saber eso.

—El Círculo conoce todo lo ocurrido. ¿Pretendes dejarme en evidencia delante de los otros druidas? —Sonrió con gesto divertido—. Nada hay en mi propósito que no sepan mis hermanos. Me juzgas con tu misma vara. Tú estás corrupta, yo estoy vacío. Has sufrido por la muerte de Mina, pero el sufrimiento y la vida son la misma cosa. No es culpa mía, ni siquiera es culpa del hombre que la mató. Nada podrá hacer desaparecer el sufrimiento si no aceptas eso.

—Aceptaré que me has hecho daño —susurró ella y el Druida se inclinó para escuchar sus palabras—. Que me odias aun sin pretenderlo. Y que algún día todo este dolor te será devuelto, centuplicado.

—El rencor es una de las sendas del dolor.

—Es lo único que me queda.

El druida movió la cabeza a los lados, lentamente, entre decepcionado y triste.

—No tengo más que decirte —dijo—. Continuaré mi camino.

—Mi mayor deseo desde que te he visto.

Dagir La la observó de arriba abajo. Le había dado el costado, sin mirarlo, cargada de resentimiento y odio. Sobre la piel con la que se cubría, colgaban piedras y abalorios y plumas que se contoneaban con la ligera brisa. Las hojas trémulas susurraron su nombre y las flores del brezo, rosadas y pálidas, se movieron a los lados. El druida, que ya había dado media vuelta, se detuvo y miró sobre su hombro. Paseó su intuición por la tierra pisada en la entrada... una rama sobre el tejado... un cubo lleno de agua... una telaraña casi invisible. Volvió atrás y levantó la barbilla. Las aletas de su nariz se abrieron con una suave aspiración. Cerró los ojos y tragó saliva.



—Me gustaría ver tu morada —dijo.

Mardha dio un respingo y sonrió con ofendida sorpresa.

—¿Quieres que te acoja en mi casa después de todo?

—Será solo un momento.

—Puedes entrar si lo deseas —afirmó tras enfrentarle con los brazos en jarras—. Con invitación o sin ella harás lo que te plazca.

Dagir La pasó junto a ella y apartó a un lado la piel que cubría la entrada a la cabaña. Su interior estaba oscuro como una caverna. Dio un paso en el interior y sus ojos se acostumbraron a la penumbra en un instante.

Era una estancia grande, mayor de lo que aparentaba desde el exterior, inundada por un espeso hedor a especias y hierbas, dulce y amargo a la vez. De las paredes colgaban pieles y flores secas, amuletos, urnas de jade y frascos de vidrio de contenido viscoso. A un lado, un amplio lecho cubierto de cojines y, en el centro, una chimenea bajo la que un montón de brasas palpitaban ardientes. Saetas de luz penetraban por las pequeñas rendijas entre las contraventanas, atravesadas por nubes de partículas voladoras. El druida olfateó por segunda vez y recorrió con la mirada cada oscuro rincón.

—¿Buscas algo en particular? —preguntó, tras él, Mardha.

Dagir La no respondió. Pasó la lengua por los labios y se giró.

—¿Me ocultas algo? —la interrogó con el rostro a un palmo de ella. La bruja ahogó una risa.

—¿Cuándo no he ocultado algo a los druidas? —Guiñó un ojo en un gesto irónico—. ¿Por quién me tomas, Dagir La? No soy una hechicera de mercado. Toma lo que desees y sal de mi casa.

—No deseo nada de ti —dijo con aires despectivos.

—Pues no lo parece —murmuró ella y se acercó un poco más, hasta casi rozar su nariz. El manto de Mardha se abrió y mostró los hombros redondos, desnudos como sus pechos tras los collares y amuletos.

La mandíbula de Dagir La se tensó como el cuero al sol y un abanico de arrugas apareció junto a sus ojos. Un silencioso choque eléctrico apareció en el lugar en que la mirada de ambos chocó.

—Recuerda que todavía le debes sometimiento a los dictámenes de los druidas —la amenazó al tiempo que pasaba a su lado y salía al exterior.



—Sometimiento es lo único que entiendes —dijo Mardha a su espalda—. ¡Y jamás lo obtendrás de mí!

Dagir La no volvió a mirar atrás. Salió al claro y desapareció en la espesura, tal y como había llegado. Mardha esperó bajo el dintel, con la mirada puesta en el follaje, a la espera de que el druida retornara y se enfrentase a ella de una vez por todas. Al principio, cuando lo escuchó gritar su nombre frente a la casa, creyó que había llegado el momento. Pensó que había venido por ella, que por fin había decidido poner fin a su insumisión, a tantos años de desplantes al poder del Círculo de los Seis. Mardha había dado las gracias por esa oportunidad, ansiosa por estrujar el corazón del druida y regar el bosque con su sangre, poseída por la venganza. A pesar de que era una lucha desigual, condenada a la derrota. Él era mucho más poderoso que ella. Aunque su fuerza se volvería debilidad y trampa. Pronto la balanza caería de su lado.

Entró en casa y, tras la cortina, las tinieblas se hicieron sólidos muros oscuros a los que asomaban figuras fantasmagóricas, restos de huesos, plumas y piedras marcadas por runas olvidadas. Las brasas refulgieron con un repentino suspiro, atravesadas por un golpe de aire. Se acercó y la luz iluminó su rostro. Allí estaba su venganza. Pronto llegaría el momento.

De repente, una de las contraventanas se abrió. La bruja apenas hizo caso de aquella intromisión y continuó con la vista puesta en el ardiente lecho de brasas. Un pequeño ser saltó por la abertura y corrió hasta su lado. De unos tres palmos de altura y piel oscura y aceitosa, una boca pequeña a la que asomaban colmillos y dientes rotos en una mandíbula estrecha. La cabeza puntiaguda, calva en su totalidad, con orejas grandes y alargadas, con el cartílago roto y mordido. Su respiración cavernosa acompañaba a los grandes ojos amarillos que, de forma nerviosa, miraban a todas partes. Vestía con gruesas pieles sin curtir y, de una cuerda a modo de cinto, colgaba un basto cuchillo de hierro mal forjado aunque afilado como el vidrio.

—Casi te sorprende —dijo Mardha—. Ya te avisé de que se acercaba y no me equivoco cuando advierto su presencia.

Alargó la mano, tomó un saco de tela y arrojó un puñado de hierbas al centro de la fogata. En un estallido silencioso, un humo ocre se contoneó hasta desaparecer en la altura.



—Ka sabe cómo ocultarse de esos druidas —añadió el trasgo, con una voz correosa.

—Quizá por eso sigues vivo.

—Ka no tiene miedo.

—Pues deberías o Dagir La adornará su vara con tu cabeza.

El trasgo tragó saliva y cerró los puños.

—¡Los trasgos ya no tenemos miedo! —explicó, iracundo—. Pronto «el grande» comerá sus corazones y sus rostros abobados contemplarán cómo el bosque arde. Todo arderá, todo, todo. Y los hombres se quemarán como manteca al fuego.

—Eso es un poco pretencioso, ¿no crees? —La bruja arqueó una ceja.

El trasgo rio de forma rasgada y enseñó sus dientes en una mueca maliciosa.

—El druida morirá...

—Si el plan funciona.

—Dientes de Sierra nunca se equivoca —añadió la criatura—. Él desea la venganza tanto como nosotros. Su camino es el de la muerte. Nosotros nos encargaremos del resto.

—Dientes de Sierra, como lo llamas, también puede equivocarse. Y estoy segura de que ya lo ha hecho. Aunque vencer a la magia de los druidas no es imposible. Pero ¿vencer a la magia del Círculo dando un rodeo? Es arriesgado, y también hermoso. Nada parecido se ha hecho nunca.

—La primera vez siempre es la más divertida.

—Trasgo tonto —masculó con desprecio—. No temes a los druidas porque no conociste los tiempos en que trasgos y ogros fueron desterrados a lo profundo del bosque y declarados proscritos y malditos. Te crees invencible porque habéis encontrado la manera de derrotarlos. Los hombres, con el poder de los druidas, os aplastarían sin dudarlo —continuó Mardha tras arrojar varias piedras brillantes sobre las cenizas.

—Comecorazones será rey, pronto será rey y le dará a la bruja lo que ella pida; cualquier cosa que pida. Pero primero los hombres del norte deben sufrir y morir y gritar, mucho gritar.

—No me importa lo que hagáis, apestoso —dijo con una mirada astuta—. Podéis contar con mi ayuda. Lo único que pido a cambio es el interminable sufrimiento de Dagir La.



Mardha se despegó de la extinta fogata y caminó hasta unos estantes repletos de redomas y frascos. Con delicadeza tomó un pequeño frasco de perfume de vidrio azul. Dentro un vaporoso líquido transparente se condensaba en forma de pequeñas gotas temblorosas. Lo puso frente a su rostro y lo observó con satisfacción y gozo.

—Mantenedlo con vida hasta que beba esto —dijo al tiempo que entregaba el frasco al trasgo.

La correosa criatura alargó sus pequeñas manos pero las detuvo en un momento de duda.

—Pero Comecorazones lo quiere para él —dijo—. No le gustará que el druida muera con el veneno de la bruja. Quiere arrancarle los brazos y las piernas. Arrancarle la piel.

—No lo matará, es mucho peor. Ese es mi precio —musitó ella sin pestañear.

—Tendrás que darle algo más —añadió—. El rey quiere comer su corazón y no le gusta esperar cuando está hambiento.

—Dile que sé lo que el Círculo de los Seis buscaba en el norte. —Mardha inclinó la cabeza a un lado y sus ojos destellaron un brillo carmesí—. Dile que además de Dagir La, los planes del Círculo se irán al traste. Ese será el principio del final del bosque de Oag.

—¡Del reino de los hombres!

—Como desees —asintió—. Dile que yo le daré lo que los druidas más anhelan.

—Ese es el trato —desplegó unas largas uñas sucias frente a ella y acogió la redoma como si fuera un tesoro de valor incalculable—. Dientes de Sierra es listo, muy listo.

—No dudo de su inteligencia, solo de la vuestra —escupió ella, se deshizo de su manto con un brusco movimiento, se arrancó uno de los collares del pecho y entre sus manos las cuentas de arcilla se volvieron polvo que arrojó al fuego. Un chisporroteo mágico llenó la estancia de colores. El trasgo gimió y se cubrió el rostro con su pequeño brazo.

El rostro de Mardha, iluminado por la tenue brasa, parecía de cera y metal. Se inclinó hacia delante, cerca de la cortina de vapores, y desplegó los brazos. Entreabrió los labios al contemplar la visión y un brillo cargado de hambrienta furia apareció en sus ojos. El trasgo entrelazó los dedos frente al pecho y se alejó de un salto.



—Dagir La no es el único que puede ver más allá del bosque — musitó al comprender el nombre que había descubierto.

Los vapores sobre la fogata tomaron forma. Primero de forma casual, después, poco a poco, el humo se definió en una escena. El trasgo, tras un instante de duda, se acercó lleno de curiosidad.

—¿Quién es? —preguntó.

—La razón por la que murió mi amante y por la que morirán todos los druidas.

Un gorgoteo acompañó el gesto de satisfacción del trasgo al escuchar las palabras de la bruja.

—¿Un joven mago?

—Mucho mejor. —Asintió de forma sibilina—. Un recipiente de la energía acumulada durante toda una era. Algo que todavía no había ocurrido en este mundo.

El trasgo abrió la boca, hipnotizado. La mano de Mardha se desplegó entre los vapores sibilinos que se contoneaban en espirales infinitas.

—¿Qué está tramando el viejo druida? —se interrogó ante los abiertos ojos de la pequeña criatura de la noche—. ¿Ha llegado el temido momento del Khuram?

Con las últimas palabras, la incertidumbre se convirtió en una sonrisa cargada de ironía que desapareció sustituida por el odio. Volvió su atención al trasgo, que dio un respingo y salto a las sombras de nuevo.

—Eadgard —dijo la bruja con las fauces dispuestas—. Eadgard Finean.

Sobre las ascuas humeantes, como un reflejo apenas visible en los vapores, Eadgard y otro muchacho charlaban con gesto serio, sentados sobre una roca.

CAPÍTULO 12



Las nubes habían dado una tregua al sol y de nuevo sus rayos calentaban el aire. Por un instante el calor volvió a su piel y sonrió al sentirlo en el rostro. Era agradable vaciar su mente de pensamientos. Olvidar los días pasados, las magulladuras, el hambre, la muerte y los sueños durante la noche. Olvidar, de principio a fin, absolutamente todo. Ese era un buen pensamiento, quizá incluso optimista. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Respiró y no los abrió hasta que la sombra lo envolvió.

Eadgard no tenía color alguno en sus grandes ojos llenos de hastío y rabia. La sonrisa se esfumó de su rostro al comprobar lo ocurrido. Las nubes cargadas de lluvia se movían con rapidez en las alturas y el sol había quedado sepultado de nuevo. Todo se volvía gris oscuro, cubierto por un velo que precedía al chaparrón que se les venía encima. La brisa se cargó de humedad y aroma a tierra y hierba y flores secas. Se apoyó sobre un codo y dejó la mejilla en el hombro. Con un movimiento seco escupió el hueso de ciruela que chupaba desde hacía rato.

—Odio el otoño —murmuró tras pasar la lengua por los dientes—. Odio la lluvia.

Iven dejó de chuparse los dedos y levantó la mirada al escuchar las palabras. Se había acuclillado con la espalda sobre la piedra y, en su regazo, guardaba un montón de ciruelas rojas, tan maduras, que gotas sanguinolentas resbalaban desde su barbilla hasta la pechera de la camisa. Se estiró a un lado y alcanzó el zurrón en que guardaba las provisiones. Rebuscó en su interior, sacó un trozo de pan reseco y se lo acercó a Eadgard.

—Deberíais comer, señor —sugirió.

Eadgard entrecerró los ojos y con una mueca desdeñosa rechazó el ofrecimiento. Iven miró a lo alto.

—Pronto lloverá.

—Lo sé.

—Deberíamos ponernos en marcha. Nos hubiesen venido bien los caballos. Podíamos haber conservado por lo menos uno de ellos.



Aquel pinto tenía buena salud, habría cargado con los dos sin problemas. Y puestos a sembrar de pistas falsas...

—No necesitamos caballos —lo interrumpió—. No somos nobles hijos de Misinia, ni escuderos de hombres de armas, ni siquiera pajes de mercader enriquecido. Somos vagabundos, mendigos, huérfanos —escupió las últimas sílabas y cerró los ojos un instante—. No tenemos montura. Los caballos harán más por nosotros vagando por los campos durante unos días.

—Tan solo pretendía remarcar su utilidad cuando la lluvia amenaza.

Eadgard dedicó una larga e inexpressiva mirada al muchacho. Ambos tenían casi la misma edad, aunque Iven pareciera un niño a su lado. Era un palmo más bajo, y el color cetrino de Eadgard, su piel desgastada y cuarteada, las manchas oscuras bajo los ojos y su aspecto famélico, le hacían parecer mayor al contemplarlo junto al rosado levantabolsas de aire infantil.

—¿Qué prisa tienes? —preguntó, carente de emoción.

—Ninguna, señor —se disculpó al tiempo que guardaba el pan y envolvía las ciruelas en un paño que al instante se empapó del oscuro jugo—. No por mucho correr se llega antes al infierno, dicen en mi aldea. Y, la verdad, no es mentira que las prisas matan. Los ladrones nerviosos mueren primero, eso es algo que aprendí bien temprano, y por eso sigo vivo. Pero pienso que el agua moja y mojarse es peligroso cuando no se está bien alimentado, señor.

—¿Un ladrón nervioso muere primero? —Amagó una sonrisa.

—Eso tengo entendido, señor.

—Así pues, Arnos era un tipo muy nervioso. —Eadgard se encogió en un gesto sombrío.

—Bastante más que yo —respondió el joven Iven con un fino hilo de voz.

Eadgard sonrió y asintió antes de incorporarse.

—No nos mojaremos —afirmó—. Pasé por aquí el verano pasado y conozco la zona. Hay unas granjas no muy lejos. Nos detendremos a pasar la noche y pediremos cobijo a los campesinos antes de continuar hacia Uddla.

—¿Es ese nuestro destino?

Eadgard saltó de la roca y se quitó el polvo de la sucia ropa. Sus pantalones se habían desgarrado mucho antes de llegar a los tobillos



y algunos jirones de tela colgaban cubiertos de barro hasta unas sandalias tan maltratadas que parecía cosa de magia su persistencia en cubrir el pie de su propietario.

—¿Destino? —lo interrogó, irónico—. El destino es una mortaja de tierra que cubre el rostro, el cuerpo frío como un carámbano y el silencio eterno. Eso es el destino, realmente. Así que a falta de mayores preocupaciones y tan aciago e inevitable final —exageró una teatral pose—, nuestro propósito será alejarnos de los Levvo tanto como sea posible. A estas alturas nos estarán buscando para darnos los que nos merecemos: una sogá al final de una cuerda. Hemos matado al consejero del rey, no habrá piedad para nosotros.

Iven tragó saliva en una ruidosa mueca.

—¿Esperabas otra cosa? Creía que eras un ladrón y mercenario.

—No... —Bajó la mirada y arrugó los labios—. No hace mucho que acompaño a Arnos. Desde la primavera pasada. Él me protegía y yo le servía de aprendiz. Solo una vez lo vi matar. A dos ladrones que habían asaltado y violado a una madre y su hija. Por orden del agraviado esposo los encontramos y Arnos los mató.

—¿Te parece menos justo que los tribunales del rey?

—La palabra de los jueces condena a muerte a muchos cada semana —alegó con la mirada perdida—. Gente inocente y culpable, tratados por igual, con la misma vara de medir.

—El reciente viudo que os contrató ejerció de rey y vosotros de jueces. Quién sabe si aquellos que mató Arnos eran culpables o inocentes. ¿Acaso preguntasteis a los vecinos de la zona? ¿Buscasteis a sus familias? ¿Tenían deudas de juego? —Iven se detuvo con la boca abierta—. No pienses que te juzgo por ello. Me trae sin cuidado quién muere a manos de quien, siempre que no sea yo.

—No era eso lo que yo pretendía...

—Sé lo que tú pretendías, Iven —apuntó con acento intrigante—. Yo también me mantengo alejado de esos espectáculos tan poco reconfortantes.

Iven se calló y ocultó su rostro a un lado.

—Arnos presumía de que ninguna puerta permanecía cerrada para vosotros. ¿Qué quería decir con eso? —Dio un paso hacia él.

—Justo lo que significa.

—Tú no eres lo que parecen.



—Soy tal y como veis.

Eadgard lo golpeó en el hombro y el muchacho trastabilló hacia atrás, sorprendido.

—¿Cuál es tu secreto?

—No... —El muchacho tartamudeó—. No te entiendo.

—¿Por qué razón iba a acompañarse Arnos de un razaelita que teme ser condenado a las llamas en Davingrenn?

—No soy como tú.

La hierba bajo los pies de Eadgard creció y se enroscó alrededor de sus piernas. Los tallos más gruesos formaron afiladas espinas, gruesas como dedos huesudos, que se contonearon a su lado.

—Por supuesto que no eres como yo, maldito cobarde. —Las alas de su nariz se hincharon con la respiración y las venas de su cuello palpitaron llenas de fuerza—. Quizá seas tal cual yo fui hace tiempo. Un sucio marcado lleno de temores. Pero, ni por asomo, eres igual que yo.

Un trueno resonó en la distancia cuando el barro bajo él se resquebrajó como un fruto maduro. Una masa palpitante se desbordó desde el fango. Centenares de lombrices se agitaban, ciegas, a sus pies, y desde sus cuerpos los brotes verdes crecían hasta convertirse en afilados alfileres vivientes. El renovado viento arrasó el camino y, con él, una cortina de lluvia cayó sobre ellos. Iven, con la máscara del terror en su rostro, trató de alejarse, pero tropezó y cayó sobre su trasero al tiempo que tartamudeaba excusas.

—¡No...! —exclamó antes de cubrirse el rostro con los brazos—. ¡Mis manos; lo que Arnos quería de mí eran mis manos!

Eadgard se irguió y caminó hasta él. El fango y las lombrices se aplastaron bajo sus pies y las hojas y espinas junto a sus piernas quedaron atrás, como sierpes adormiladas por el frío.

—¿Y bien? —preguntó sin afectación alguna.

La tormenta había llegado con su ensordecedora presencia. Iven escupió el agua que corría por su rostro y recogió las piernas contra el pecho. Por un instante recordó la posición de un nonato en el vientre materno. Después, con aspecto derrotado, se incorporó sobre el codo.

—Mis manos —explicó antes de levantar una de ellas frente a Eadgard. Los dedos de Iven se separaron de forma milagrosa para después girar cada uno en un sentido, encogerse, estirarse y retorcer-



se como si en lugar de huesos estuviesen rellenos de cera tibia—. No hay cerradura ni bolsa lejos de mi alcance.

Eadgard inclinó la cabeza a un lado y sonrió con aires de satisfacción. Tras él, los brotes se marchitaron tan rápido como habían aparecido y la palpitante vida del fango se diluyó bajo la lluvia.

—Realmente útil. —Unas gotas de sangre cayeron desde su nariz hasta la camisa—. La sinceridad es muy apreciada en estos tiempos. Ahora ya estamos preparados para continuar.

Tendió la mano hacia el asustadizo muchacho y lo ayudó a ponerse en pie. Dio una palmada en su hombro, de forma familiar. Iven lo miró boquiabierto mientras observaba el manto plumizo y compacto sobre ellos. Eadgard pasó los dedos entre el pelo empapado y respiró profundamente. Las nubes roncaban un interminable eco que sonó a amenaza.

—Parece ser que al final sí nos hemos mojado —dijo.

Sin decir una palabra más comenzó a caminar hacia el sendero que atravesaba los campos arados hasta la distancia.

Se cobijaron bajo la destartalada techumbre de una caseta de campo que en su tiempo sirvió como refugio de pastores y que ahora se encontraba en evidente estado de abandono. Iven encendió un fuego en un rincón, comieron la carne salada y el pan duro que todavía les quedaba de las provisiones que cargaba Arnos, y pronto olvidaron la lluvia y el frío. No hablaron más. Una montaña de paja seca les sirvió como mullido lecho y hubiera sido una buena noche, de no ser porque también era hogar de varios miles de pulgas.

Tumbado sobre la gualdrapa con los brazos tras la cabeza, Eadgard permitía al sueño tentarlo como un pez atraído por el cebo. Los párpados le resbalaban al tiempo que los pensamientos se le desvanecían. Su respiración le recordó el último aliento de Rághalak; cuando clavó en su pecho un cuchillo y la sensación del metal rajando carne llegó a sus manos por primera vez. Matar al viejo consejero era una deuda con su madurez además de una inevitable consecuencia. Dientes limados, ojos felinos, su voz rasposa... Le perseguían en sueños pero también durante el día, en cada silencio, recuerdos agazapados en los parajes de la memoria.

«Ser el verdugo —le dijo—, no la víctima. Tú eliges tu destino, Eadgard». Quizá el consejero debería haber meditado que aquellas palabras le costarían la vida.



«Un consejero prisionero de sus consejos —pensó Eadgard, tomado por la modorra—. O tal vez no, tal vez sabía muy bien lo que hacía. Tal vez era su objetivo, plantar la semilla en mí, la semilla que despertó este apetito insaciable que siento desde el momento en que el cuchillo se clavó en su pecho y sus ojos se salieron de las órbitas. Cómo deseo repetir aquel momento, presenciar su final como colofón a mi venganza. Es hermoso ser libre.»

El rostro de Eadgard cayó a un lado y todo el cuerpo le siguió hasta quedar tumbado sobre el costado. Los pensamientos habían sido sustituidos por la paz del cálido lecho y el placer de ver a Arnos retorcerse en el suelo. Mina estaba allí, en algún pliegue de sus sueños, como una presencia sin rostro que Eadgard ignoraba.

En un rincón del corral, cubierto con la capucha y envuelto en su capa oscura, Iven roía un mendrugo de pan y observaba con grandes ojos y expresión de espanto el agitado sueño de Eadgard.

A la mañana siguiente, las nubes los acompañaron durante todo el camino, como hinchadas panzas azuladas, pero no descargaron ni una gota sobre ellos. El camino se había convertido en un barrizal que en ocasiones era mejor abandonar por la firmeza de los afilados pedregales de roca caliza tan típicos de los llanos de Uddla. En un par de ocasiones encontraron carromatos estancados en la arcillosa calzada, rodeados por viajeros que estacaban pértigas en los ejes de las ruedas y fustigaban a los agotados bueyes. Ellos pasaban de largo, saltando de una roca a otra, ocultos entre los escasos cedros y arbustos de jengibre. Al final de la tarde la ciudad de Uddla llegó hasta ellos, primero a sus narices como una pestilencia a letrina desbordada, después la vieron, tan gris y opaca como el cielo sobre ella.

—La puta de la llanura —explicó Eadgard, detenidos en la última de las colinas frente a la ciudad—. Así la llaman los comerciantes. Aquí solo hay ladrones, asesinos, busconas y monjes fanáticos. Gobierno la familia Skol, como un puerco que se alimenta de su propia mierda. Muy apropiado para nosotros.

Uddla se alzaba de los prados a su alrededor como un tumor amurallado del que asomaban un millar de puntiagudos tejados. Desde la lejanía no parecía tan horrible y desfavorecida como su



hedor presagiaba. La muralla tenía tantas casuchas, corrales y cobertizos adheridos a su parte exterior que costaba asegurar en qué lado se encontraba uno. Las puertas de la ciudad habían desaparecido y el empedrado de las calles se encontraba sumergido en una generosa capa de estiércol y barro. Los animales corrían libres entre mercados improvisados, charlatanes, curanderos, y artesanos que trabajaban a la puerta de sus negocios.

Eadgard e Iven pasaron inadvertidos entre una multitud que fluía entre gritos cerca de subastas de animales, mujeres a la puerta de burdeles y mercenarios borrachos. Soldados de fortuna devoraban costillas asadas en la misma calle y retaban con la mirada a cualquiera que buscara pelea. Grandes bidones de agua caliente servían de baño a viajeros incautos cuyas alforjas eran aliviadas de su peso por bandas de rateros de aspecto desnutrido.

Eadgard no recordaba la última vez que había visitado una ciudad como aquella; tampoco lo echaba de menos. La última vez se hacía acompañar por una falsa curandera: ella ponía la labia, él su don. Centenares de vidas parecían haber transcurrido desde aquellos tiempos, como si hubiera nacido y muerto y vuelto a nacer desde el día en que la luz estalló en él y fue arrastrado a un sucio calabozo del Lévvokan. Habían pasado tan solo unas semanas, lejanas en su memoria, como la historia de otro, en un lugar diferente.

Iven no había salido jamás de Davingrenn y sus alrededores. Una vez había viajado a Bjornne, pero él no quiso dar detalles y Eadgard no preguntó. Se mostraba desconfiado y alerta, oculto en la penumbra de su capucha. Eadgard se divertía al ver cómo su compañero se sentía apabullado en un lugar desconocido. Él había recorrido los peores suburbios de Kanja, visitado mercados de esclavos, dormido en lugares lúgubres en que los más valientes tiritaban con el roer de las ratas. Suspiró con una mezcla de condescendencia y superioridad dibujada en una mueca, apenas semejante a una sonrisa. Pasaron junto a un puesto en que se hervían cabezas de cordero en calderos de latón sobre braseros enormes. Eadgard escupió y se limpió con el dorso de la mano. Sintió retorcerse su estómago, quizá por el hambre, o tal vez por el profundo desprecio que sentía ante todos aquellos desconocidos que pasaban a su lado. Los mismos que acudían a los charlatanes de mercado, palurdos llenos de prejuicios y miedo



a lo diferente, cerdos que chapoteaban en sus propios excrementos, seres que no valían nada y que él conocía bien.

—Esto es lo que llaman civilización —musitó con el cejo prieto y dio un golpe en el brazo de Iven—. ¿Tenemos algo que cambiar por comida? ¿Alguna moneda en el zurrón de ese que era tu mentor?

Iven dio un respingo, abrió el zurrón y rebuscó al tiempo que negaba con la cabeza.

—La mujer nos pagó con una piedra brillante —explicó—, pero debía de llevarla Arnos encima, esas cosas siempre las guardaba en bolsillos secretos de su chaleco.

Eadgard tragó saliva al escuchar sus palabras. Una piedra era el precio que Mina había pagado para que aquellos ladrones los sacaran de la ciudad. Era un agrio pensamiento, tan amargo que le convirtió la saliva en vinagre. Mina, su pelo color paja, sus profundos ojos, la fuerza en su voz, se esfumaba como un espejismo en la niebla y dejaba atrás un vendaval de despecho y rabia. Una mentira más en su vida.

—Criando malvas con su dueño —asintió y esperó en actitud meditabunda, con el labio en alto y enseñando los dientes—. Así pues, es hora de que hagas honor a tu profesión y llenemos la panza de comida caliente, y no pan reseco y queso mohoso...

—Pero... —Iven saltó atrás y abrió los ojos como platos.

—La utilidad de uno es el valor de su cabeza, si no tienes nada, no vales nada. —Las palabras se deslizaron desde su boca por el peligroso tobogán de la amenaza—. Lo mismo que vale un muerto. Te esperaré allí sentado —señaló un oscuro portalón bajo un arco—, y recuerda: yo no voy contigo, no te conozco. Así que no te dejes atrapar o acabarás como ellos.

Eadgard señaló con la barbilla uno de los calderos a los que asomaban cabezas de cordero despellejadas, con sus ojos llenos de sorpresa idiota entre el borbotar del agua y la grasa. Iven tragó saliva y asintió, pero Eadgard ya no estaba allí.

Cuando miró sobre el hombro, el joven ladrón había desaparecido entre el gentío. Confió en que haría bien su trabajo, al fin y al cabo parecía que era lo único que sabía hacer, aparte de asustarse y temblar. Esperó apartado del bullicioso ir y venir de la gente que



recorría las calles de Uddla. Se recostó contra un muro que había perdido grandes trozos de argamasa y con ella lo que parecía un antiguo fresco bajo los arcos de un pasadizo. Tal vez en su tiempo fuese una muestra de amor a la vida y optimismo, pero ahora sus colores se habían fundido con la humedad y las figuras parecían informes ancestros de los humanos. Cruzó los brazos frente al pecho y observó la pintura junto a él. Un rostro de color grisáceo, con la boca rosada difuminada y llevada por el agua, los ojos desaparecidos, las manos como miembros irreconocibles. ¿Era esa la condena del tiempo en el mundo? Hubo un día en que las alabanzas acompañaron aquella pintura. Pero el tiempo ejerce su castigo y muestra la verdadera naturaleza de cada uno, la deformidad, lo monstruoso, la locura tras la máscara. Eadgard sabía muy bien que ese era el único futuro del mundo de los hombres.

La bolsa se agitó junto a él y las monedas tintinearón en su interior. Iven retiró el puño y la ofreció a Eadgard. Tenía el gesto cargado de seguridad, un poco menos infantil, y eso gustó a su nuevo jefe.

—Ha sido rápido —dijo este, tomando el saquito con un golpe de mano.

Iven se encogió de hombros y ladeó la cabeza.

—No hay mucho —añadió Eadgard tras echar un vistazo al interior de la bolsa.

—Pensé que sería mejor no llamar la atención —replicó el joven ladronzuelo con un súbito deje de orgullo en su voz que se esfumó al instante—. Las bolsas pequeñas no despiertan tanto aprecio y sus dueños no van acompañados. Robar a un rico es como apostar con la muerte, robar a un pobre es más...

—Saludable —concluyó Eadgard de forma brusca—. Olvida la filosofía conmigo y busquemos un cocinero poco amigo de las ratas y las moscas.

En un rato se encontraban sentados en la escalinata del templo con una escudilla de humeante estofado y varios muslos de pollo con su ración de patatas y cebollas en una cazuela. También dos picheles de cerveza negra y una hogaza de pan cubierta de harina. Comieron sin decir una palabra; tan solo sorbieron, chuparon, mordieron y tragaron todo lo que pudieron hasta que hincaron los codos en los escalones y quedaron tumbados con la panza hinchada.



—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Iven tras eructar y limpiarse la boca con la manga de su camisa.

Eadgard no respondió. Cogió una fina paja del suelo y comenzó a hurgar entre los dientes. Tenía los ojos entrecerrados, y las arrugas que se formaban bajo las cejas le hacían parecer adusto, incluso un poco cruel. Después de la copiosa comida se encontraba somnoliento y desganado. Aunque, al mismo tiempo, una sensación de hastío le revolvió las tripas al contemplar la ruidosa multitud de Uddla.

—Te gusta volver sobre las mismas estupideces. ¿Acaso tienes prisa? —masculló sin sacarse la paja de la boca.

Iven se incorporó, escupió y rebuscó entre los restos de pollo algún hueso que repelar.

—En absoluto —dijo de forma desdeñosa—. Pero habrá que tomar algún camino. ¿No pensarás quedarte en Uddla? —concluyó con un mohín espantado.

—¿Por qué no? —Eadgardladeó el gesto—. Hay viajeros, comerciantes, putas, estafadores y asesinos. ¿No te sientes como en casa?

Eadgard pasó la lengua por los dientes y le dirigió una sonrisa cruda y llena de cinismo. El joven ladrón apartó el hueso de pollo que chupaba y no dijo nada. Bajó las cejas y miró a otra parte hasta que Eadgard rio y le dio un golpe en el hombro.

—Tranquilo, Iven —dijo—. No vamos a quedarnos en este retrete disfrazado de ciudad. Nos iremos tan pronto como tengamos una razón para salir de aquí.

Frente a ellos se encontraba una plaza ovoide, con algunos puestos de comida, músicos ambulantes y mercachifles del tres al cuarto, la mayoría estafadores y buscavidas. La cercanía de la guerra había aumentado el número de aquellos que vivían de la carroña dejada atrás por los hombres de armas. Se jugaba a dados en las esquinas, los licores de Oag se servían aquí y allá, las prostitutas llevaban a los hombres a oscuros callejones, y siniestros zingarios ofrecían polvo de cristal negro y hoja de boor. Un continuo tumulto que no parecía tener principio ni final había tomado la ciudad. Aunque, desde un lado de la plaza, una extraña comitiva llamó la atención de Eadgard.

Un grupo de guardias se abría paso entre la multitud y, con las lanzas, azuzaban a un engendro digno de los cuentos de brujas. La plebe no tardó en formar una barahúnda, al tiempo que abucheaban



y lanzaban estiércol y barro al prisionero encadenado. Eadgard se puso en pie para poder ver mejor y subió un par de escalones.

Era un hombre joven que caminaba a cuatro patas, tenía el torso desnudo y cubierto de pelo negro, sucio y apelmazado por la sangre seca de algunas heridas. Recogía el brazo derecho contra el pecho y se agitaba lleno de confusión ante los gritos, a los que respondía con rugidos lobunos y algún zarpazo al aire. Tenía el rostro cuadrado, con una fuerte mandíbula, cejijunto, pelo oscuro como los diminutos ojos y una nariz chata y porcina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Iven, poniéndose en pie.

Eadgard observó cómo encadenaban al prisionero a un pilón de piedra en el centro de la plaza. Muchos se amontonaron alrededor del monstruo y comenzaron a lanzar piedras, fruta podrida y escupitajos. Los guardias reían y amonestaban con ligereza a la turba, hasta que pasado un buen rato, el deforme engendro perdió su interés y todo volvió a la normalidad.

—Aquí tenemos una buena razón para abandonar Uddla —murmuró Eadgard, dando un aire siniestro y amargo a sus palabras.

Iven se veía confundido ante el momentáneo jolgorio, quizá expectante, pero no pronunció palabra. A su lado, Eadgard, tenía el semblante pétreo, los ojos desaparecidos y el rictus pálido y evadido. Había una extraña determinación en su perfil, una conexión con la bestia deforme y sus gañidos doloridos, abandonados a la desesperación y las burlas de aquella turba de sucios y vulgares misinios. Se mordió el labio y miró a otra parte con repugnancia y quizá, un pensamiento vengativo.

—¿Qué piensas? —le preguntó el joven ladronzuelo.

—Pronto será de noche —masculló.

—¿Y? —interrogó Iven, junto a él.

—La noche les devuelve a su lugar. —Colocó los brazos en jarras, sin perder de vista al malherido marcado que esperaba el momento de su ejecución—. Les encierra en casa, junto al fuego. En las tabernas. Un lugar donde camuflar el terror y beber y reír como si fuera de día. Los hombres tienen miedo a lo que no comprenden, y la noche es una de esas cosas. Es el momento en que sus dioses los abandonan y se encuentran solos en la nada. La noche llegará pronto... —Iven dio un paso atrás cuando se encontró con la sonrisa hiriente de Eadgard—. Y con ella el miedo.



Los tenderetes y puestos ambulantes desaparecieron a medida que los viajeros se mudaban a sus posadas y albergues. La plaza quedaba desierta bajo la oscuridad, acariciada por el jolgorio que llegaba de los antros en barrios menos recomendables en forma de murmullo. Unos pocos faroles iluminaban las esquinas y el camino a casa de algún borracho extraviado que voceaba al cruzarse con la ronda de guardia. Era una noche fría, antesala del otoño en Uddla, y los adoquines de las calles reflejaban líneas rotas y oscuras formas que se desvanecían al mirarlas. Los gatos disputaban entre la basura, en sórdidos callejones, y sus ojos destellaban, vigilantes a los intrusos que se deslizaban en su territorio nocturno.

El soldado se recostó en una pila de canastos, cerró el capote sobre el pecho y cruzó las piernas para mantener alejada la humedad de la noche. El vino le había calentado el estómago y adormilado los pensamientos pero, a pesar de todo, continuaba despierto, con la lanza bajo el brazo y el cuello desaparecido entre los hombros. Su aliento formaba breves vaharadas que desaparecían en la fresca noche. Sorbió los mocos y sintió que el calor retomaba sus piernas y también los riñones. Poco a poco, hincó la barbilla en el pecho y cerró los ojos, solo un instante, lo suficiente para no ver la sinuosa figura deslizarse hasta el cautivo encadenado.

La sombra había salido de un rincón, pasó frente al guardia y llegó hasta el prisionero. Se ocultó tras el pilón de piedra, miró alrededor e hizo una señal. Eadgard caminó sin prisa, silencioso aunque a la vista, como una aparición fantasmal. Se había cubierto con un improvisado manto de saco teñido de suciedad y mugre, lo que hacía parecer sus escuálidos brazos tan pálidos como la leche. Los ojos, alfileres viscosos, brillaban en su rostro. Iven lo esperaba acuclillado junto al prisionero.

Cuando llegó a su altura, el deforme encadenado se despertó y dio un respingo. Eadgard vio su rostro de cerca. Era un hombre joven con una herida profunda en la frente y un brazo abotargado y cubierto de sangre seca. A pesar de su espalda atrofiada, sus músculos eran poderosos y, en pies y manos, tenía unas uñas oscuras y afiladas. Las cadenas repiquetearon en el suelo y se enrollaron en sus pies desnudos, al tiempo que una advertencia en forma de gruñido salvaje rasgó su garganta. Iven cayó de espaldas junto a un charco de agua sucia



que apestaba a meados, y su capucha se deslizó sobre los hombros. El prisionero mostró los afilados dientes y siseó de forma animal.

Eadgard se adelantó y desplegó una mano frente a él. Su rostro marmóreo permaneció impassible. El brazo se acercó a la criatura. La advertencia se volvió amenaza cuando abrió la boca, preparado para atacar, y mostró unos gruesos colmillos. Los ojos de Eadgard se cerraron un instante, justo cuando parecía que una dentellada le volvería el brazo un jirón de tendones y músculos. El silencio se convirtió en niebla pasajera y todo se detuvo.

El razaelita encadenado abría y cerraba su garra derecha frente al rostro. Se irguió tanto como su espalda le permitía, todavía encadenado, y pasó los dedos por el lugar en que las contusiones magullaban su cuerpo tan solo un instante atrás. Su rostro lobuno estaba perplejo a la escasa luz nocturna.

—He venido a liberarte —dijo Eadgard al ocultar las manos bajo el manto. Después permitió que un hilo de sangre corriese desde sus labios hasta la barbilla e hizo una señal al expectante Iven—. Abre los cerrojos.

El ladrón se acercó, alarmado y presa de la desconfianza, pero el forzado prisionero lo ignoró, sin despegar la mirada de Eadgard. Iven sacó sus gánzuas y rodeó con sus manos el recio candado de hierro. Sus dedos formaron un galimatías de carne y metal que se retorció con habilidad imposible. Con un chasquido metálico, la cadena cayó al suelo.

Eadgard se sintió débil, pero menos que otras veces, limpió la sangre de su boca con el dorso de la mano y sonrió al recién liberado prisionero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Soy Hontar —respondió con voz rota pero potente—. Pero mi familia me llamaba Perro.

—Bienvenido a la libertad, Hontar —asintió Eadgard con una sonrisa cómplice—. Yo soy Eadgard y este es Iven.

Perro se agachó a los pies de Eadgard con un estremecimiento, alzó los ojos desbordados de lágrimas que corrían por las velludas mejillas.

—Tengo una deuda de vida contigo, Eadgard —murmuró como si cincelase cada sílaba en el recuerdo.



En ese momento el adormilado guardia abrió los ojos y se incorporó en su lugar. Parpadeó varias veces hasta que fue consciente de lo que ocurría. Trató de gritar pero su garganta se atragantó y tan solo consiguió emitir un ronquido afónico antes de que la lanza cayera al suelo con estruendo. Sacudió la cabeza a los lados y les apuntó con el dedo, pero todo quedó ahí.

Perro saltó con sus potentes piernas y, en un par de brincos, se encontró frente al guardia. Su grito de alarma se vio sustituido por uno de auxilio y este por un ahogado quejido cuando Perro lo golpeó con ambos brazos en el pecho. El soldado dio contra el muro y se desplomó en el suelo, sin sentido. Entonces Perro le aplastó el cuello con un pie, y el pelo de su espalda se erizó de placer.

Eadgard sacó una mano del manto y llamó a Perro.

—¡Hontar! —exclamó.

El Perro miró hacia él y brincó hasta colocarse bajo su mano, en espera de una caricia. Eadgard pasó los dedos desde la frente hasta la unión del cuello con la espalda y cogió con fuerza el pelo de su nuca.

—Bien hecho —asintió satisfecho—. Bien hecho.

CAPÍTULO 13



olaban las campanas y corría su eco tras los hombres en la fortaleza ducal de Bremmaner. Los gritos y las voces tomaron cada rincón del castillo. Hubo golpes, puertas que se abrían de improviso, montañas de heno atravesadas por lanzas. Soldados que violaban aljibes húmedos y catacumbas abandonadas al descanso de los muertos durante décadas. Las antorchas herían la noche y decenas de botas tronaban en los adarves, en las repisas y soportales, en busca de un asesino infiltrado en la casa del señor de la ciudad.

Como un perro que se rasca con ansia, se retuerce, olisquea y regresa al ataque al descubrir que no ha acabado con un insidioso parásito, se revolvía el palacio ducal en busca de aquel intruso. Se escudriñaba con rabia, con la furia que provoca el orgullo herido. Porque si alguna emoción destacaba en el semblante del duque Rolf Lorean, escupiendo órdenes, increpando a los guardias desde los balcones, era la cólera del que ha sentido ultrajado su dominio, su feudo privado.

Sin embargo Browen lo observaba dar voces, en bata, con el pelo revuelto, arrancado de la cama y vuelto a la ansiedad de un ducado en guerra, y desconfiaba. No porque tuviera una certeza, ni siquiera una lejana sospecha, sino porque la desconfianza, a aquellas alturas, se le había vuelto una segunda piel.

«Si está fingiendo —pensó el príncipe—, será el mayor mentiroso que he conocido nunca.»

Como si hubiera escuchado sus pensamientos el duque se giró de repente, con la respiración agitada, y los sirvientes cerraron tras él la cristalera que daba al balcón. Los sonidos de la noche, las campanas y las voces, quedaron fuera, con los destellos de lámparas que aparecían en las aspilleras y en los tejados.

—Si hay alguien lo encontrarán —dijo el duque tras recuperar la respiración.

—Por supuesto que lo hay —intervino Leana, y el duque dio un respingo sorprendido—. Han intentado matar a Browen. Entre estos muros, tu propia casa.



—¡No tienes que recordarme quién es dueño de estos muros! — saltó el duque Rolf y golpeó una mano con el puño.

Leana dio un paso atrás y bajó la mirada. Todavía vestía la camisa para dormir aunque, de forma apresurada, se había calzado unas botas y unos pantalones de piel, sin cinto, y portaba la espada enfundada en su mano izquierda. El pelo castaño se le derramaba salvaje sobre los hombros y se balanceaba a los lados con cada movimiento. Desde que había entrado en la habitación la sacerdotisa bramaba y caminaba de un lado a otro en una actitud feroz.

—No estoy orgulloso de lo ocurrido —continuó el duque—. Te pido disculpas príncipe. Estoy avergonzado y te doy mi palabra de que el culpable pagará caro, muy caro. —Se detuvo, cruzó la bata carmesí sobre el pecho y observó el magullado rostro de Browen—. Estás herido. Llamaré a mi médico personal para que os atienda.

Browen se llevó la mano a la cara y acarició la sangre seca y la piel abrasada tras la persecución en los tejados.

—No es nada, mi duque —dijo—. Solo es un rasguño. No necesito ningún cuidado con esta herida.

—Insisto —añadió el duque, y antes de que Browen replicara de nuevo, se acercó un paso y lo cogió por el brazo—. Permite que te compense de alguna manera, Browen, aunque no haya nada que pueda hacer olvidar lo ocurrido.

Browen asintió. No se sentía con ánimo para entablar una discusión llena de comedido protocolo con el duque. Se encontraba rabioso y cansado, agotado, no de la persecución, ni de las batallas pasadas o por venir. Estaba hastiado de la política, de su papel de embajador frente a un hombre del que no podía aventurar su posición en todo aquel asunto. Las advertencias de Gavein se volvieron un poco suyas y los pensamientos se le confundieron en un mar de agitación y emociones confusas. Tenía el rostro frío, la boca vuelta una cicatriz y, sin poder evitarlo, los ojos le viajaron hasta algunos de los siervos del duque reunidos en la penumbra. Entre ellos, Volker, el sobrino del duque. Se produjo un silencio tan espeso que la respiración se le detuvo. Leana puso los brazos en jarras y miró a su primo con una brillante amenaza en los ojos. El duque carraspeó.

—Yo mismo me encargaré de que el culpable y sus cómplices sean perseguidos y castigados —anunció con el rabillo del ojo puesto



en su sobrino—. Nadie que haya desobedecido mis órdenes quedará impune.

—Creo que necesitaréis un cadalso amplio en ese caso —dijo Browen.

El duque no disimuló su contrariedad al escuchar aquellas palabras, sus ojos destellaron y amagó un ronquido lleno de rabia. Browen le retó durante un instante, quizá algo a lo que no estaba acostumbrado, aunque, por una parte, el duque debía habituarse a sacrificar algunas manzanas podridas si quería que su alianza funcionase.

—¡Volker! —gritó sin dejar de mirar a Browen—. ¡Ven aquí!

El sobrino del duque se adelantó y se inclinó ante su tío.

—¿Qué hacías en los tejados? —Volkerladeó el gesto y levantó las cejas con dejadez, pero dio un respingo al verse interrumpido por su tío—. ¡Responde!

—No estaba en los tejados, mi duque —explicó tras envararse, con las mejillas caídas y la boca contrita—. Me encontraba en una de las habitaciones del ala este cuando el misinio entró por la ventana.

—¿Quién te acompañaba?

—Los hermanos Huntaar, Boris Bjorn y Koldo Gimantik.

El duque Rolf asintió con pesadez al escuchar aquellos nombres y los repitió en voz baja, como si una cuchillada le hubiera perforado el corazón.

—Huntaar, Bjorn y Gimantik... —murmuró antes de levantar la mano en un gesto rabioso y prepararse para dar un bofetón con el dorso de la mano al rostro de su sobrino—. ¿Y qué estabais tramando? ¡Idiotas! ¿Crees que no sé lo que piensan tus amigos? ¿Acaso queréis una guerra que acabe con todos nosotros? —De nuevo levantó la mano para golpearlo, y el sobrino cerró los ojos, en espera del castigo, pero el duque cerró el puño y lo cogió por la pechera para mascullar su amenaza—. Tú no sabes lo que es una guerra, solo eres un pobre infeliz. ¿Qué hacíais allá arriba?

—Nada especial, mi duque.

—¿Nada especial? —Amagó una risa incrédula.

Volker parpadeó varias veces y torció la mandíbula.

—Deudas de juego, mi duque.

—¿Deudas de juego? ¡Me tomas por un imbécil! —bramó entre salivazos—. ¿Prefieres quedar como un conspirador a mis espaldas? ¿Quieres volverte la vergüenza de tu nombre? Tu padre me enco-



mendó tu cuidado en su lecho de muerte. —Se acercó y le tomó la cabeza entre las manos, enfrentado su semblante de cerca y escrutando sus ojos—. ¿Lo comprendes? Esas fueron sus últimas palabras.

El duque Rolf tenía atrapado a su sobrino por el pelo sobre las orejas. Algunas gotas de sudor salpicaban su frente y la bata se le había abierto, mostrando una camisa sencilla de color hueso. Por un momento las campanas se impusieron al silencio de la sala y se acompañaron con los resuellos del duque. Había una fina capa de mando sobre la desesperación de un hombre que teme ser traicionado. Aquello le hizo pensar a Browen en la angustia que debía de provocar la posibilidad de dar al traste con el propósito de una vida. Sin duda, el duque Rolf Lorean había planeado mucho aquella alianza con los Levvo, la caída del Gran Maestre Ojvind, y el perdón y la paz para Bremmaner. La posibilidad de que todo se esfumara como el rocío en una mañana de verano se deslizaba entre las arrugas de su cejo, en un gesto fiero y descorazonado al tiempo.

—No quiero ver tu cabeza en un cesto, Volker —dijo el duque, clavando los dedos en las sienes de su sobrino—, por respeto a mi hermano.

En ese momento la puerta doble se abrió con estrépito. Gavein entró a grandes pasos, seguido por varios guardias de la ciudad y algunos de los misinios que los habían acompañado. Cargaba un saco que parecía casi vacío y, cuando llegó a la altura del duque y sus invitados, lo arrojó al suelo, desparramando el contenido a sus pies.

—¿Qué es esto? —preguntó el duque, dejando a Volker a un lado.

—Lo hemos encontrado en una de las torres abandonadas en el ala sur —respondió el rudo mercenario—. Alguien se ha ocultado allí durante un tiempo.

El duque Rolf se adelantó y observó los objetos a sus pies. Un cuchillo pequeño, un par de guantes, un cazo de latón, una cuerda enrollada. Se agachó y tomó entre los dedos el cazo de latón hasta ponerlo a la altura de su rostro.

—¿Me estás diciendo que esto es todo lo que pueden encontrar un centenar de hombres y toda mi guardia personal?

Gavein buscó a Browen y éste mostró los dientes, en una orden silenciosa, para que el mercenario no respondiese lo que pensaba. En lugar de eso, el gran hombretón carraspeó y asintió al tiempo que se cuadraba. A lo que el duque se dio la vuelta y dejó caer el pequeño



cazo al suelo, después caminó hasta una de las butacas y se sentó con un bufido lleno de hastío.

—Abandonaré Bremmaner con las primeras luces, mi duque —dijo Browen—. Creo que, tras lo ocurrido, es lo mejor.

Rolf Lorean apoyó la cabeza en la mano derecha y asintió mientras digería las palabras de Browen. Se le veía envejecido y, sobre todo, exhausto tras el agitado despertar. Rumiaba en silencio y se mordía el labio inferior al tiempo que se pellizcaba el mentón.

«Parece acorralado —pensó Browen—. Entre la espada y la pared. Si en eso es sincero, sus problemas son mayores que los míos, o por lo menos, eso cree. Piensa que alguien conspira contra él. Que los mismos que planean acabar conmigo pueden tomarlo por traidor a su pueblo y decidir un cambio de gobierno en Bremmaner. Me conviene su desazón; de esta forma solo puede dar un paso al frente y proteger nuestra alianza con mayor empeño.»

—Me parece justo —afirmó el duque tras un instante—. Ve a Gutkho, como acordamos, y ponte al frente de mis hombres. Rinde la ciudad y después regresa con los ejércitos de tu padre. Yo no puedo más que pedir disculpas y quedarme con el pesar de haber fallado en la confianza que te debía.

—Mi duque... —intervino Browen con suavidad— no debéis darle importancia...

—Le doy la importancia que requiere —le cortó el duque, incorporándose en su asiento—. Es cuestión de orgullo herido y no necesito excusarme más, príncipe Levvo. —Browen asintió y dio un paso atrás al tiempo que el duque apoyaba los codos en los muslos.

Gavein dio media vuelta y torció la boca hacia su amo y compañero antes de caminar hacia la salida. Mientras, Browen hizo una ligera reverencia a la que el duque no prestó atención, y salió de la sala, después de encontrarse con los ojos de Volker, irritados y llenos de desprecio humillado.

—Mi señor —dijo Gavein a su espalda, pero él no se detuvo—. Mi señor.

Browen caminaba por los pasillos a grandes pasos, como un vendaval que dejaba tras él un aura de furia arrebatadora. Nada estaba



saliendo como él esperaba. Aún peor, las cosas se torcían y en la encrucijada de las circunstancias no sabía cuál sería el mejor movimiento para evitar los golpes que el destino le lanzaba.

—Mi señor —insistía Gavein que trotaba tras él—, decidme que desistís de seguir las órdenes del duque. Huyamos ahora que estamos a tiempo y reunámonos con los nuestros en Akkajauré.

El palacio ducal todavía bullía con la alarma nocturna que había provocado el descubrimiento del asesino. En su camino se cruzaron con hombres armados y sirvientes que llevaban antorchas y lámparas que iluminasen la cacería. Todavía repicaban las campanas y ladridos, compañeras de las voces que anticipaban golpes y portazos.

—¡Mi señor! —se exasperó el mercenario a su espalda—. ¡Browen!

El joven príncipe se dio la vuelta, furibundo, empujó a Gavein contra la pared y clavó su antebrazo en la garganta del mercenario.

—¿Quieres utilizar la cabeza, por una vez, y mantener la boca cerrada? —masculló entre dientes.

Lo soltó con un empujón y retomó su airado camino hacia sus aposentos. Browen daba grandes pasos, casi al trote; la boca torcida y una mueca tan agria como sus pensamientos. Su fiel compañero lo siguió, tartamudo, cejas en alto, con la esperanza puesta en el buen juicio de su joven señor. Cuando, por fin, llegaron a sus habitaciones, Browen entró y caminó en círculos, pasando los dedos entre el pelo y cerrando los ojos con fuerza. Gavein alzó las manos a la altura de los hombros, incapaz de comprender nada. Detuvo sus palabras, en un titubeo dudoso y cerró la puerta tras él.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exclamó Gavein lleno de violencia—. Solo digo lo que es obvio. ¡Ese viaje es una trampa!

Browen le dio la espalda y se apoyó en la pared. Respiró con profundidad y movió la cabeza a los lados.

—No es una trampa.

—¡Claro que lo es! —Gavein golpeó su puño contra la palma de la mano—. Todo es un plan del duque, una artimaña para ponerte donde él quiere.

—Te digo que no es una trampa.

El fornido hombretón lo tomó por el hombro y continuó en tono confidente.



—Utiliza el intelecto y no los sentimientos, Browen —dijo—. Poco nos quieren aquí.

Browen se revolvió y dio un manotazo al brazo de su sirviente y amigo.

—¡Te digo que no es una trampa! —exclamó—. Maldita sea, ¿cuándo vas a meter en esa cabezota tuya alguna idea que no sea la que tu tozudez te dicta? Sé que no es una trampa...

—Confías demasiado en ellos —afirmó Gavein, disgustado—. Primero lo del viaje a Gutkho. Después el asesino que nadie encuentra. Todo eso me suena a cacería y nosotros somos la presa.

—El duque no envió al asesino.

—¡Claro! —rio Gavein—. ¿Y quién lo hizo?

—Mi madre —escupió antes de dejarse caer sobre la pared, vencido por su revelación—. El hombre que perseguí en los tejados es B'jan, el khunita.

Gavein se quedó boquiabierto, con los brazos en jarras. Balbuceó unas palabras que no llegó a pronunciar y se pasó la mano por la calva. El príncipe tenía los ojos caídos al suelo, la espalda curva y el rostro se le había cubierto de un velo ceniciento.

—Pero... —dijo finalmente, aunque no terminó la frase.

—Es evidente que no pretendía acabar conmigo. —Browen chasqueó los labios y tragó saliva—. Se esperó a que hubiésemos abandonado la ciudad, y así lo hizo saber el duque a petición mía, por mi seguridad. B'jan no va a comprometer la vida del único hijo de la reina Anja Levvo. —Desvió una amarga mirada antes de continuar—. Pero sí que asesinará a su prometida, Leana Hornavan.

—¿Es ella su objetivo?

—Mi madre no va a entregarme a los tratos del rey. Sabido es que se opone a esta unión y prefiere la boda con la hija de Khymir, Vanya la mestiza. Un matrimonio que legitime una corona sobre mi cabeza y me consiga la lealtad de los aukanos. Bremmaner le trae sin cuidado y, por lo visto, Leana también.

—Vaya... —caviló Gavein—. Eso lo cambia todo.

—No lo cambia, lo empeora. Si el duque descubre que mi madre ha ordenado matar a su pupila, todo lo que hemos hablado, los pactos, la paz, tanto apretón de manos y abrazo fingido, toda la cordialidad entre enemigos, se esfumará. Dará al traste con los planes de mi padre y volveremos al principio.



—Bueno, por una parte, lo que habíamos acordado nos favorece. Leana vendrá con nosotros a Gutkho. Eso la alejará de todo peligro.

—A no ser que el duque haya mentido, tus sospechas sean ciertas, y trame algo contra mí —añadió Browen—. En ese caso ella es nuestro rehén y tú harás lo que te ordené que hicieras.

—Sin dudarlo... ni un instante. —La potente voz de Gavein se asemejó a un susurro, rasposo y carcomido, pero bajo y apesadumbrado, al comprobar la desazón de Browen.

El príncipe se dejó caer, arrastrando la espalda contra la pared, y se sentó en el suelo, con las rodillas abrazadas contra el pecho. Tenía la mirada perdida y azorada, colmada de pensamientos que lo llevaban a un callejón sin salida, un mal laberinto de posibilidades yermas.

—Pase lo que pase —musitó un pensamiento lanzado al aire—, la mujer que amo está condenada a morir. A manos de los intereses de mi familia, o en venganza por la traición de la suya. No es justo, nada de esto lo es.

Se mordió los labios con fuerza y, cuando Gavein se disponía a acucillarse a su lado y tomarlo por el brazo, se levantó de un brinco y, de una potente patada, destrozó una pequeña mesa de madera. Un candelabro y varios cuencos de cerámica saltaron por los aires y los restos de la mesa se esparcieron por toda la habitación. Después se volvió hacia uno de los muros y arrancó un colorido tapiz, que se desgarró en un quejido, y arrojó los pedazos a sus pies.

Su guardaespaldas observó todo con el gesto blando, tan cercano a la comprensión como era posible. Él no sabía lo que significaba sentirse traicionado por unos progenitores que colman a uno de expectativas y planes propios. Gavein había nacido de un jabalí preñado por un demonio borracho, o por lo menos eso solía explicar. Aunque sí podía comprender lo que significaba perder una mujer. Hacía mucho tiempo, antes de convertirse en tutor y guardián del príncipe misinio, él había amado. No como se ama en las canciones, ni en los poemas, ni de la forma en que los señoritingos misinios suelen cortejar a una escuálida niña. Gavein había amado como lo hacen los hombres de El Linde, con pocas palabras, con el calor de su pecho en las noches de invierno, con rotundidad. La clase de amor por el que se muere y se mata, sin florituras, solo eso.

Pero las circunstancias y el deber ante un rey desconocido y lejano sembraron la distancia. La guerra, las obligaciones y el tiempo



hicieron el resto. Ahora ella vivía con otro hombre y Gavein evitaba, en sus viajes y campañas, pasar a menos de treinta leguas de su casa. Desde entonces todas las mujeres le parecieron rameras, lo fueran o no, las camas témpanos helados y en el fondo todavía se sentía como un tonto. Aunque eso no lo sabía nadie.

Su señor y compañero se encontraba en el centro de la habitación, de espaldas a él. Gavein recordó lo mucho que había cambiado desde que lo conoció cuando solo era un chiquillo. Resultó que aquel joven príncipe, impulsivo, lleno de violencia y determinación, se había convertido en un hombre traicionado por sus sentimientos. ¿Dónde había aprendido aquello? ¿De quién tomó esa triste pose que cubría con un férreo rostro de guerrero?

El mercenario supuso que esas son cosas que se llevan en la sangre, ancladas a las vísceras, y que no pueden ser retenidas por mucho tiempo mientras se está vivo. No debería de haber sido así. Browen se había convertido en lo contrario que su padre esperaba de él: un buen hombre; y no el sanguinario príncipe misinio que espera para reclamar lo que es suyo. Lo previsto transcurre siempre por senderos diferentes a la realidad. Tal vez la historia de los Levvo estuviera llena de hijos que asesinan a sus padres para conseguir el trono, hermanos que se declaran la guerra, bastardos que son perseguidos sin descanso. Browen debería de haber germinado el odio hacia Abbatthorn hasta llegar a convertirse en su relevo, un rey autoritario, con un ego caníbal y una ambición imperial. Sin embargo, aquel muchacho dolido era el mejor sirviente, preñado de una lealtad de la que no era deudor. Qué buen siervo para tan mal señor.

—Así pues —dijo Gavein—, ¿qué debemos hacer?

Su príncipe se llevó las manos a la cintura y respiró varias veces con los labios entreabiertos antes de resoplar. Después miró alrededor, hacia el pequeño caos que había provocado su ira despechada. Se pasó las manos por la cabeza, entre el pelo que comenzaba a crecerle y a ocultar las cicatrices. Miró sobre el hombro, pero no dijo nada. Tenía los ojos irritados y los labios húmedos. Había una mezcla de repugnancia e ironía en su rostro, una media sonrisa que recordó a Gavein sus primeras batallas en El Linde, cuando no era más que un niño expulsado por su padre.

—Lo que haría un auténtico Levvo —respondió Browen—, mentir.

CAPÍTULO 14



n ensordecedor tumulto retumbaba en el gran salón del Consejo de Dromm. La sala estaba excavada en la misma roca de la montaña y los techos desaparecían en la altura, entre grietas y columnas naturales jaspeadas de reluciente ámbar y vetas lechosas. Tres diferentes accesos habían abierto sus puertas y la multitud congregada se agolpaba en los pasillos y más allá, con la esperanza y el temor puesto en lo que podría decidirse aquella tarde.

En una tarima artificial se encontraban las siete butacas del Consejo de Dromm y, sobre ellas, el lugar en que se sentaba el cargo de Lucero de la ciudad, que en aquella época recaía en Rókesby. A diferentes alturas, cada grieta y apertura servía de palco o balconada para los invitados a la reunión; en una de estas se encontraba Olen, con las manos en la baranda y un evidente gesto de satisfacción.

—¡Eh! —exclamó al tiempo que oteaba el eco de su voz desaparecer en la oscuridad de la sima—. ¿Has visto eso, caramanchada? Menudas localidades nos ha conseguido el pérfido de tu amigo el inquisidor. Justo a tiempo; todavía no ha comenzado el espectáculo.

Trisha, que entraba tras él en el palco, resopló y levantó el labio superior.

—Haz el favor de no gritar —dijo de forma paciente—. Hemos sido invitados a la reunión del consejo, así que compórtate con educación. Y ese monje no es mi amigo.

Olen dio media vuelta y sonrió.

—¿Educación? —Ahogó un gesto irónico—. No es cuestión de educación, se trata de idiosincrasia. ¿Lo he dicho bien? ¿Idiosincrasia? No me mires así, bermeja. La única reunión de gobierno a la que asistí fue hace muchos años. Tantos que prefiero no confesarlo. Donde yo me crié los consejos comenzaban a gritos y terminaban a cuchilladas.

—¿Y dónde era eso? —lo interrogó Trisha con curiosidad.

—No te lo voy a decir, caramanchada —respondió—. Pero, desde luego, las mujeres tenían más sentido del humor.



—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada —respondió, indiferente—. Hoy te has levantado un poco alterada. Deberías tranquilizarte, guapa.

Con un guiño dio un par de codazos cómplices a Kali. La chiquilla se asomaba a la baranda de piedra pulida y observaba con grandes ojos cómo los hombres llenaban la sala y discutían aun antes de que comenzara la reunión.

—Si mi padre estuviese aquí diría que esto no sirve para nada —masculló Kali—. No creía en ningún consejo.

—Mi padre también tendría unas cuantas palabras si viese tanto monje beato y burgués cagado de miedo. —Olen cruzó los brazos frente al pecho—. No estoy seguro de que fuese buena idea venir al norte, bermeja. Querías ir al sur, ¿por qué haces siempre lo contrario de lo que dices?

Trisha abrió mucho los ojos y la barbilla se le descolgó hasta tocar el pecho.

—Te recuerdo que fue decisión de todos venir al norte para evitar aquellos que nos tenían presos en Villas del Monje —replicó, indignada—. Además, no deberías quejarte, eres un simple mercenario que nos acompaña hasta Róndeinn. Cobrarás por tu ayuda. Y serás bien pagado.

—Eso espero —dijo tras chasquear los labios—. La cuenta sigue sumando y tengo muy buena cabeza para los números.

Las ventanas de la nariz de Trisha se abrieron como las de un animal furioso, y los puños se cerraron junto a la cadera.

—¿Puedo entrar? —preguntó Reidhachadh desde el exterior, asomando su cabezota por la abertura.

—¡Claro que sí! —respondió Olen, alegremente—. Trae aquí tu enorme culo, Reid. Desde esta altura podemos escupir a los de abajo.

Kali comenzó a sorber los mocos y prepararse para soltar un escupitajo sobre la turba que se agolpaba bajo ellos, pero recibió un cachete en la coronilla y se tragó el esputo al tiempo que se ocultaba entre los hombros.

—¿Qué estáis haciendo?! —exclamó Trisha—. Os he dicho que mostréis educación. ¿Qué os han enseñado en la vida?

—Yo me crié entre burdeles y tabernas —objetó Olen.

—Y yo soy hija de un cabrero —añadió Kali.



Trisha se pellizcó el entrecejo y tomó aire de forma profunda.

—Esto es muy serio, ya os lo he explicado. No habrá gritos, ni escupitajos, ni diréis nada de nada mientras dure el consejo o, yo misma, me encargaré de que os arrojen por las murallas.

Olen y Kali resoplaron con fastidio, pero tan solo un instante, hasta que Reid los aplastó contra la baranda en su esfuerzo por acomodarse en el palco. El gigante se movió a un lado y a otro, levantó los brazos y dio con la espalda contra la pared.

—¡Maldita sea! —se quejó Olen—. ¿Vas a estarte quieto de una vez, cara de luna?

—Disculpad —murmuró al tiempo que se sonrojaba por su torpeza.

Trisha se agachó frente a Kali y tomó su rostro entre las manos. La chiquilla había cambiado mucho su actitud desde la reunión con Anair. Había en ella cierto despecho, un dolido reproche que cubría el temor a verse sola y abandonada.

—¿Estás bien? —preguntó Trisha— ¿Preocupada?

Kali no respondió. Se encogió de hombros con desgana y desvió la mirada.

—Todo saldrá como te he explicado —dijo—. Confía en mí.

Kali se dio la vuelta y se asomó a la baranda, dejando a Trisha con la intuición de que, a pesar de las explicaciones, de las palabras verdaderas, la chiquilla se encontraba herida por lo que escuchó en las habitaciones de Anair y que nada podría cerrar aquella herida, aunque fuera una falsa cicatriz.

Abajo, los principales representantes ante el Consejo de Dromm comenzaban a tomar asiento en sus respectivas butacas, y el ruidoso jolgorio se convirtió en un murmullo. Rókesby Tres Dedos entró en la sala, atravesó la tarima y se sentó en el lugar reservado para el Lucero de Dromm.

—Ya veo cómo funciona esto —dijo Kali tras observar la disposición del consejo.

Cada grupo tenía tres representantes, excepto el vulgo que solo tenía uno. Estos vocales se sentaban en semicírculo frente al Lucero y, tras ellos, una multitud de los suyos se agolpaba de forma desordenada. Una serie de notables y hombres de armas tras las sillas de los estirados nobles. Una barahúnda de monjes y clérigos tras los tres religiosos que se sentaban al otro lado. Y para terminar, una muche-



dumbre formada por el vulgo, artesanos y campesinos del llano y, frente a ellos, un único hombre de pantalones raídos y camisa vieja.

—No me parece muy justo que el pueblo tenga tan solo un representante —apuntó Kali—. Monjes y nobles cuentan con tres votos en el consejo.

—Sin embargo —objetó Trisha—, el voto del pueblo llano es el que sirve para empujar la balanza a un lado u otro. De esta forma cuando uno de los otros quiere negociar...

—Les ponen el cuchillo en el cuello —la interrumpió Olen con un tono desdenoso—, o bien los matan de hambre.

—Para tu información —alzó la voz Trisha—, el Consejo de Dromm tiene fama en todo el norte por ser la más equitativa forma de gobierno.

—Gobierno y equitativo son dos palabras que yo nunca usaría en la misma frase, pelirroja —replicó Olen con su habitual sarcasmo y, de nuevo, guiñó un ojo a Kali.

—Acabas de hacerlo, zopenco —dijo Kali con sorna y sus ojos se encontraron con los de Trisha, que estalló en una carcajada mientras Olen trataba de recordar sus palabras. Con la risa hubo un momento de unión entre ellas, quizá lejano de cualquier consejo ciudadano y de las cosas que se dirían y escucharían y que tanto tendrían que ver con el devenir de Kali.

—Magistral clase de lengua, Olen —añadió Trisha con entusiasmo—. El gobierno de Dromm, aunque pienses lo contrario, es equitativo porque se basa en el equilibrio. La estrategia tiene buenos resultados mientras las posturas e intereses de clero y burgueses se encuentren enfrentados. Y, ¿qué ocurre por norma? Pues que los intereses de monjes y nobles están enfrentados, así que ambos grupos, en lugar de colocar el cuchillo en el cuello del pueblo, cómo tú dices, se dedican a negociar y complacer muchas de sus peticiones. Desde hace años que los campesinos de Dromm trabajan la tierra de forma comunal... —En ese momento Trisha se dio cuenta de que Olen no la escuchaba, tenía la quijada tensa y la atención tras ella, justo a su espalda. Su explicación se apagó poco a poco hasta que miró sobre su hombro.

—No será tu amigo, bermeja —musitó Olen con la boca torcida—, pero no te miento si digo que es siniestro como el fantasma de mi tío Punt.



En la balconada contigua a la de ellos, un grupo encabezado por Anair se había instalado para escuchar el consejo. El monje inquisidor, con su acostumbrada sonrisa gélida, inclinó la cabeza a modo de saludo y centró su atención en la sala bajo ellos. A su lado se encontraba Laghras el Errante, alto y espigado. También su ayudante Tasha el Rojo y unos cuantos hombres de armas que no conocían, con sus impresionantes armaduras rechinando a cada paso. Osprey, el ladino espía de Anair, los observaba desde un rincón, siempre entre las sombras. Su mirada hizo que Kali se estremeciera en un escalofrío.

La potente voz de Rókesby resonó en la sala y todas las conversaciones se acallaron al instante. Los ojos de la multitud se fijaron en el gran hombretón y en su porte desgarrado y poderoso a la vez. Tenía un aspecto amenazante, la usual mueca de desprecio, con el parche cubriendo su ojo y la mano mutilada sobre uno de los reposabrazos de su butaca.

—No voy a explicar cuál es el motivo de la reunión del consejo —comenzó a hablar—. Hay miles de esas afiladas razones al otro lado de la muralla. Habéis dispuesto de varios días para acostumbraros a la idea de lo que significa ser asaltados por un ejército enemigo. La mayoría podéis imaginar a todos esos hombres, que ahora esperan fuera, saquear cada templo, cada casa. Los que vivís en las zonas más altas de la ciudad habéis visto el fuego de los campamentos, el humo elevarse en la noche y cubrir el cielo de nuestra ciudad. Todos teméis que ese fuego alcance vuestras casas. Tembláis al pensar que las llamas sobrepasen las murallas y abrasen la piedra que os protege. Otros, los que vivíais en el llano ya habéis perdido todo. Los campos han sido arrasados y hombres armados duermen en vuestra cama.

«El miedo no os va a salvar. No detendrá las escalas cuando comience el asalto. No os librará de morir aplastados cuando las piedras lluevan sobre Dromm. —Rókesby se puso en pie y levantó el puño enguantado hasta la cintura—. ¡Yo me cago en el miedo y en la puta madre de los que están a las puertas de nuestra ciudad! Pero cada uno tiene un culo, y lo gasta para lo que cree oportuno. —Su ojo sano recorrió las primeras filas de los congregados, oculto tras una arruga bajo la ceja. El viejo padre de armas contuvo un rugido y volvió a su asiento con un manotazo al aire—. Hablad vosotros, pero no perdáis mucho tiempo con palabrería inútil.»



Un murmullo recorrió la sala de un lado a otro. La mayoría de monjes asintieron, convencidos de hacer costado junto al Lucero de Dromm y padre de armas. Por otra parte, la multitud secular se dedicó a bisbisear su aprobación o desacuerdo hasta sus representantes que, vueltos en una silla, escuchaban las peticiones y súplicas de los suyos.

—El tal Rókesby es todo un orador —dijo Olen—. Me recuerda una molinera aukana que me enseñó los secretos del buen amasado antes de la cocción. Pero... —Se volvió hacia Trisha—. ¿Qué decías sobre la educación? Está claro que no lo eligieron Lucero de Dromm por sus modales.

Trisha lo miró por el rabillo del ojo e ignoró sus palabras. Después tomó a Kali por el hombro y le explicó en voz baja:

—Los nobles son los primeros en disponer de un turno de palabra. —Señaló con el dedo índice hacia los asientos—. El alto del pelo cano con una capa púrpura es Kawda Waghen. El que tiene aspecto de huraño y gesto agrio es Wodraw Max y, a su lado, el gordo del medallón de oro, es Seanan Clay.

—¡Por todos los milagros del vino! —exclamó Olen con extrañeza—, ¿cómo demonios sabes eso?

Trisha le dirigió una mirada llena de suficiencia.

—Me he informado —respondió—. No me gusta pasar los días durmiendo mientras puedo aprender algo útil para salvar mi vida.

—¿Te parece útil saber que ese gordo del medallón de oro se llama Clinean Fray?

—Los Clay son una de las familias más importantes de Dromm —apuntó ella—, quizá sea bueno saber a quién me dirijo en el caso de necesitar ayuda.

Olen soltó una risita ridícula y arqueó una ceja.

—Antes me casaría con un mulo, que necesitar la ayuda de un orondo noble, por mucho oro que cuelgue de su pecho —dijo.

Trisha entrecerró los ojos, llena de rabia contenida, y volvió su atención abajo para continuar su explicación a Kali.

—Ahora los nobles de la ciudad hablarán en nombre de los suyos.

Efectivamente, Seanan Clay, un tipo grueso que jugueteaba con un medallón que pendía de su cuello, se puso en pie para dirigirse a Rókesby.

—Nosotros pensamos que un hombre se mueve empujado por mo-



tivos que él comprende —explicó a voz en grito aunque con evidentes signos de nerviosismo—. Los Rjuvel han enviado miles de hombres y la Orden de Vanaiar, los soldados de dios, al que no hemos ofendido de ninguna manera, se disponen a asaltar nuestra puerta. Todos ellos, al fin y al cabo, no son más que hombres movidos por causas. Demos satisfacción a sus peticiones y evitemos la confrontación.

—¡Eludir la batalla conduce a la muerte! —exclamó un monje calvo de ojos saltones y nuez prominente llamado Huberd—. Si damos la espalda a la lucha pereceremos de todas formas, está escrito en La Palabra.

Su intervención se vio seguida por un murmullo aprobador entre las filas de los clérigos.

—Enviemos un parlamento —apuntó Kawda Waghen con su capa corta entre los dedos—. Si quieren negociar podemos atender a sus peticiones, pero no deberíamos descartar la opción sin llevar a cabo un intento. Como bien dice Clay, al fin y al cabo algún propósito tiene su asedio.

—Enviemos un parlamento y veremos qué ocurre —gruñó Wodraw Max sin levantarse de su asiento y con el gesto lleno de soberbia.

Rókesby se retorció en su butaca, observando el creciente revuelo en el sector que ocupaban los clérigos.

—No hay lugar para negociar con la guardia sagrada —intervino Largo Rhea, un clérigo calvo y en cuya manga izquierda asomaba un muñón vendado a la altura del codo—. Es un error pensar que tienen alguna petición que hacer.

—Debe haber una posibilidad de salvación —contravino Seanan Clay con las mejillas caídas y mirada incrédula.

Largo Rhea cruzó los brazos frente al pecho y ocultó su muñón en la manga. En una mueca severa, tomó aire y movió la cabeza a los lados.

—Ninguna —anunció con voz profunda.

—¿Estáis diciendo que todos vamos a morir? ¿Todos? —preguntó con un hilo de voz el orgulloso Kawda Waghen, acariciando el reborde de su capa púrpura.

En esta ocasión no hubo réplica alguna en la sala del consejo de Dromm. Todo el mundo quedó en silencio. Rókesby apoyó la mandíbula en el puño. Seanan Clay acarició su medallón dorado en un



suspiro. El resto de nobles contuvieron el aliento e, incluso el malcarado Wodraw Max, se mostró expectante. Hubo un silencio pesado, como el que deja tras de sí la losa que cierra una tumba, condenando al eterno reposo los cuerpos de los muertos y su recuerdo al saco roto de la memoria. En cierta manera, así se sintieron la mayoría de los allí congregados, enterrados en vida en el gran túmulo excavado en la roca de Dromm.

—Eso... —balbuceó con incredulidad Kawda Waghen, se llevó los dedos a los labios y después continuó—. No es posible. ¿Con qué finalidad? ¿Qué hombres matarían a toda la población de Dromm? Es una locura, un sinsentido.

En ese momento la voz del representante del pueblo rompió el silencio. Era un hombre robusto, de rostro redondo y pelo cobrizo, que hincaba los pulgares en los pantalones, bajo una pequeña aunque prominente panza. Su nombre era Dallpen Tirantes.

—¿Esperas que las mujeres y los niños luchen hasta el final? —preguntó a Largo Rhea, pero antes de que este respondiera, su acompañante como representante del clero salió en su defensa.

—Eso complacería a Dios —dijo Gardyner, un clérigo escuálido de ojos oscuros y un continuo rechinar en los dientes.

En esta ocasión un creciente murmullo recorrió la sala y se mantuvo en las filas posteriores, cerca de los pasillos.

—Es descabellado —replicó Wodraw Max que había recuperado su tosquedad.

—El pueblo somos yunque y martillo —continuó Dallpen Tirantes, presa de la repentina indignación del vulgo—. Hagamos lo que hagamos nuestras casas serán saqueadas y muchos de los nuestros morirán. Vosotros, los monjes que habéis sido ordenados custodios de la ciudad del Lucero, nos decís que no habrá piedad, que la Guardia Sagrada no hará excepciones. ¿De verdad no hay posibilidad de negociación? ¿Qué podemos hacer si es así? Siempre nos hemos sometido al Lucero y, ahora, somos herejes sin haber ofendido a Dios ni a sus clérigos. ¿Merecemos tal castigo?

Rókesby rugió al tiempo que daba con el puño en el reposabrazos de su butaca.

—¡Yo también he sido engañado! —exclamó—. Me sometí a los mandatos de mis superiores. Excepto en una cosa. No voy a ceder



los derechos sobre este consejo a ningún hijo de Dosorillas, ni ahora ni nunca. Si quieren gobernar la ciudad del Lucero deberán tomarla por las armas. Eso es lo que yo pensaba. ¡Y todavía lo pienso! Esta es la recompensa que recibo junto a vosotros. ¿O preferís que los Rjuvel gobiernen vuestra ciudad sin lucha alguna? Poned un precio y ofrecerle vuestro futuro a los Rjuvel.

—Así que es eso lo que desean los de Dosorillas —intervino Seanan Clay, cargado de suspicacia—. El gobierno del Lucero. Podemos ofrecerles un rescate.

—¿Un rescate? —Rókesby enseñó los dientes, como si pretendiese saltar al frente empujado por un arrebato.

—Una suma. —El noble chasqueó los dedos—. Una cantidad pagadera cada trimestre por la que mantengamos el control de nuestra ciudad pero rindamos lealtad a Dosorillas.

—Los Rjuvel son unos déspotas que someten a sus siervos. Dosorillas es una cárcel. ¿Dónde está el beneficio en ese trato? Perderemos el Lucero y nuestra independencia —apuntó Dallpen Tirantes con el apoyo de los campesinos y artesanos tras él.

—¿Prefieres perder la vida? —lo interrogó Wodraw Max con una curva sarcástica en los labios.

Un murmullo creció entre las filas de la nobleza, incluso se escucharon algunos vítores casi eufóricos. Muchos habían encontrado la solución para detener el asalto. Rókesby se irguió en su asiento con un brillo flamígero en su ojo sano. En tanto, los monjes se agitaron llenos de una inquietud que, por momentos, se convertía en indignación. Gardyner y Largo Rhea miraron hacia los palcos superiores, más allá de donde se encontraban Kali y sus amigos, hasta hallar el gesto céreo de Anair, rodeado de sus oscuros acompañantes.

Gardyner dio un paso zompo al frente, arrastrando el pie derecho, mutilado y rígido como un madero. Alzó los brazos hacia la multitud y gritó:

—¡Escuchad! El problema no son los Rjuvel. No hay negociación posible con los acólitos de Jakom y Ezra. Quieren sangre, ese es su único precio. Olvidad cualquier pacto. ¡Moriremos si nos entregamos a la Guardia Sagrada!

—¡Hablad por vosotros! —intervino Wodraw Max con el rostro enrojecido—. Sois vosotros los que han sido declarados herejes.



—¡Entregad a los responsables de tal herejía y la Guardia Sagrada quedará satisfecha! —exclamó alguien desde la parte de la nobleza.

—¡Eso es una grave ofensa! —respondieron muchos monjes.

El tumulto convirtió la sala en un ensordecedor cruce de acusaciones e insultos. Los nobles y familias próceres de Dromm se enfrentaban con los clérigos y los acusaban de ser la causa de sus problemas. Por otra parte, justo en el centro, Dallpen Tirantes trataba de contener a los suyos. Un carpintero malhumorado había saltado a la palestra y amenazaba a los nobles con su martillo en alto. Hubo empujones, gritos, insultos y más gritos. Varios de los sirvientes de los nobles se enzarzaron en una pelea con algunos campesinos. Kali lo observaba todo con gesto sorprendido, mientras que Trisha se mordía los labios, e incluso Olen se había quedado sin bromas ante tan monumental tangana.

En ese momento una docena de monjes ataviados para batalla se abrieron paso entre la multitud. A bruscos empujones y golpes con sus guanteletes, se abrió un ruedo entre la plebe. Mientras, unos pocos subían a la tarima y se interponían entre los representantes, otros pocos detuvieron la pelea con su presencia y el sonido de un cráneo golpeando la piedra de la sala. El silencio volvió a la reunión del consejo y todos se apartaron de aquellos clérigos guerreros de armadura poderosa con hombreras carmesí: la marca de la inquisición.

—¡Cada uno de los ciudadanos de esta ciudad es un rebelde para la corona misinia! —apareció la voz de Anair e inundó la sala con su serenidad y fuerza—. Quizá la mejor solución sería entregar a la corona los cabecillas de tal rebelión para que paguen con la horca por toda la población.

Los nobles se miraron unos a otros con gesto aterrorizado.

—No somos rebeldes —apuntó Seanan Clay con los hombros encogidos a la altura de la cabeza.

—Tampoco nosotros somos herejes —añadió Anair y su gesto resultó un filo punzante que se deslizó sobre el gazar de muchos.

—¡Y con los nuestros la ciudad entera correrá la misma suerte! —retomó la palabra Largo Rhea con el puño en alto—. La Guardia Sagrada no se detendrá en la pira y el cadalso. Su castigo llegará a todas partes. ¿Y Quién os protegerá la próxima ocasión? ¿Creéis que los Rjuvel serán tan comprensivos con vuestra forma de gobierno?



¿Creéis que tolerarán vuestras riquezas? ¿Es que han olvidado los desplantes del pasado?

—¡La lucha es la única solución! —saltó Gardyner, arrastrando su pierna inútil a un lado—. Utilizáis la lógica de la política para enfrentaros al mal que nos asedia, pero os recuerdo que son monjes como nosotros los que esperan entrar en la ciudad. No tomarán prisioneros. Cuando pasen la muralla eliminarán a todos y cada uno de los seres vivos de Dromm. La sangre correrá por las calles de la ciudad y empapará la montaña. No esperan una rendición, solo un sacrificio que satisfaga a Dios.

—¡No somos herejes!

—¡No es posible! —se escuchaba—. ¡Es una injusticia!

—¿Y por qué tenemos que creerlos? —De nuevo, un pesado silencio acalló el griterío. Wodraw Max habló sin levantar la vista del suelo, con el índice hincado en la sien, y como una onda ante el atrevimiento de su insinuación, todos se volvieron hacia él—. ¿Por qué debemos pensar que no sois vosotros los herejes y tratáis de arrastrarnos a vuestro pecado para que nuestros hijos mueran por vosotros?

El rostro de Largo Rhea se encontró con su hermano Huberd, en una mueca sorprendida. Sin embargo, Gardyner giró sobre su rígida pierna y se enfrentó a los nobles con las venas del cuello palpitantes y los labios trémulos.

—¿Cómo te atreves...? —masculló con la rabia vuelta espuma-rajos en las comisuras de su boca, pero la voz en grito del noble lo interrumpió.

Wodraw Max saltó de su asiento como impulsado por un resorte y se plantó frente a los monjes, con la espalda tan curvada como su nariz aguilena y los dedos huesudos en gesto acusador.

—¡¿No es cierto que criaturas voladoras nos acosan desde que volvisteis a Dromm con los seguidores de Tagge?! —los interrogó con un barrido de su diestra—. ¿No es verdad que Dios envía monstruos alados en busca de esa chiquilla que protegéis? Ya veis que también vienen sus ejércitos dispuestos a juzgaros y entregaros al fuego. —Wodraw, guiñando un ojo, se volvió y apuntó al mismo Rókesby con el mentón—. Las palabras de los monjes me suenan a excusas de hereje. Y mientras escucho vuestras mentiras, los monstruos alados pueden volver, esta misma noche, a recorrer los tejados de mi ciudad



—dijo, deslizando sus temores hacia las decenas de ojos atentos en la penumbra que envolvía al vulgo. Dallpen Tirantes dio un paso atrás cuando sintió la rasgada voz de Wodraw sobre él—. Las mismas escrituras que su profeta dictó lo anuncian: «Pájaros negros venidos de la tormenta para cosechar las almas de los cobardes», La Palabra, canto vigésimo tercero, versículo noveno. ¿No es cierto lo que digo? ¿Nadie va a refutar el mensaje del profeta? —Gardynier tragó saliva y buscó apoyo tras él, pero el resto de monjes se ocultaban tras un trémulo velo empapado en sudor. El viejo Wodraw Max sonrió satisfecho ante el silencio del clero y se dirigió a Rókesby con una mueca hambrienta—. Así que lo admitís. Sabéis que el pecado está entre vosotros, que habéis ofendido a Dios y a sus guerreros, y ahora pretendéis protegeros tras nuestros muros, utilizar nuestra carne como escudo. ¡Criaturas aladas vendrán por nuestras almas si cedemos a sus palabras!

Muchos monjes se estremecieron. Gardynier dio un torpe paso atrás y volvió a su asiento junto a Huberd y Largo Rhea. Algunos novicios se cubrían la boca con la mano y murmuraban plegarias a un dios que pensaban los había maldecido, unos pocos comenzaron a golpearse el pecho y cayeron de rodillas bajo el peso de la culpa. Rókesby se había inclinado y estaba apoyado en los muslos, la mano mutilada vuelta una garra de cuero, y mostraba los dientes como una trampa de marfil que retenía una avalancha de furia. Sus guerreros se buscaban en la distancia con miradas llenas de interrogantes, golpeados por las recientes palabras del viejo noble.

—Conoces bien las escrituras, estimado Wodraw. —La voz sonó clara y todos dieron media vuelta hacia la balconada. Anair esperó un momento, esgrimió una tibia sonrisa y continuó con la vista puesta en el noble—. Eso debería de complacer a Dios cuando mueras. Siempre he valorado mucho a los hombres literatos de buenas costumbres y elevadas pretensiones. Tú y yo deberíamos tener unas palabras en privado.

El estruendo metálico de los inquisidores armados subiendo a la tarima invadió la sala del Lucero. El viejo noble balbuceó una respuesta al tiempo que las grandes armaduras de los clérigos inquisidores aparecían a su espalda, tal que fieras mortíferas ocultas tras púas de acero y piel de malla. Las pobladas cejas del viejo se levantaron



en un arco sorprendido aunque, en un instante, se volvieron en un ángulo indignado.

—¿Quién eres tú que hablas en el consejo del Lucero y envías a tus secuaces de metal? —escupió Wodraw.

Uno de los clérigos inquisidores a su espalda le propinó un empujón con tal fuerza, que el viejo noble casi dio con sus huesos en el entarimado. Al instante, el tumulto estalló en las filas de las familias nobles, hasta que Rókesby intervino a voz en grito.

—¡Anair es el nuevo Alto Inquisidor de la Orden para Dromm! —exclamó—. Él se encarga de las cuestiones espirituales y los juicios de fe. Nadie mejor para responder a la pregunta que trae Wodraw ante el consejo.

De nuevo las miradas volvieron a la balconada. El inquisidor continuaba inalterable, con una advertencia vipérea reflejada en la piel. Respiró tres veces antes de hablar.

—Wodraw Max es un ejemplo para todos —dijo Anair—. Ved la manera en que aprende las escrituras y las tiene presentes en todo momento. Hay mucha sabiduría en sus palabras y bondad en sus actos. Pero su miedo lo hace ser descuidado y lo lleva al error y la precipitación. La palabra no merece ser malinterpretada de tal manera. ¿De veras creéis que el ser volador de alas negras viene en compañía de los pérfidos y cobardes seguidores de Ezra el Usurpador? ¿Que son ellos los enviados para hacer la voluntad de Dios? —Se detuvo con un gesto ofendido y lleno de desprecio—. La palabra también dice: «En la soledad os encontraréis, asediados por los traidores, perseguidos por los profanos, acorralados contra vuestra fe». ¿Es que nadie recuerda ese pasaje? ¿Nadie puede recordar las pruebas a las que Dios sometió al profeta? ¿Los años de la guerra civil? ¿Las traiciones y las penurias que soportó durante toda su vida? —Anair extendió el puño sobre los que lo miraban expectantes y abrió los dedos poco a poco, hasta apuntar hacia uno de los lados—. Asomaos a las ventanas, buscad el campamento de la guardia sagrada y decidme lo que veis.

La multitud se agolpó en torno a los balcones y las aspilleras de la sala. Decenas de cabezas se empujaban por conseguir descubrir lo que el monje inquisidor anunciaba. Mientras, Anair ocultó sus manos en las mangas e hizo un ligero gesto a Largo Rhea y a Gardyner, que esperaban en la tarima.



Kali y Trisha se habían mantenido atentas durante toda la reunión, impasibles, sin ni siquiera un movimiento cuando el viejo Wodraw había recordado a todos la aparición de aquel monstruo alado que trató de llevarse a Kali.

—No me gusta lo que está tramando esa serpiente, bermeja —surró Olen sobre el hombro de Trisha, pero ella ignoró sus palabras cuando la gente comenzó a gritar.

El estruendo resultó ensordecedor. Muchos se volvían, tras asomarse al exterior, dando voces y alzando los brazos. Los monjes que habían caído de rodillas y los novicios asustados, derramaron lágrimas al escuchar las noticias.

—¡Hay pájaros! —gritaban los que observaban por la ventana—. ¡Hay cientos pájaros sobre el campamento de los Rjuvel! ¡Pájaros negros vuelan sobre ellos! ¡Pájaros!

Anair levantó los brazos, satisfecho.

—¡Pájaros negros vendrán por las almas de los cobardes! —gritó—. ¡No deberíais desconfiar del plan de Dios, pues Él tiene un propósito en todo esto!

El griterío se convirtió en un caos de alabanzas y rezos. El vulgo se agitaba, lleno de asombro y supersticiosa devoción. Los clérigos guerreros daban vítores en una repentina ola de euforia vengativa. Mientras, el temor se había instalado en los ojos de los nobles, especialmente los de Wodraw Max, todavía rodeado por fornidos monjes que golpeaban sus hombreras con los guanteletes, como un salvaje signo de victoria.

—No es conveniente especular sobre el propósito de Dios y sus señales. Es una labor complicada que dejamos en manos de los sabios y eruditos. Comprender los textos sagrados es cosa de unos pocos. Aunque traigo luz a vuestra desazón. Hay una explicación para la criatura alada que visteis sobrevolar vuestra ciudad —continuó su discurso el inquisidor—. Una explicación más acorde a los planes de Dios, a sus razones para enviarnos una prueba y, a su vez, una solución. Los buenos actos están en nuestra mano, no desperdiciéis las fuerzas en acciones fútiles.

—Veamos con qué nos sorprende la culebra de charca —musitó Olen.

Anair desplegó su diestra hacia el balcón donde se encontraban Trisha y Kali. Todas las miradas se volvieron hacia ellas.

—Escuchad lo que tiene que decir, mi invitada, Trisha Adjiri.



Olen dio un respingo y su boca se desplegó como un puente levadizo que se rendía a la sorpresa. Trisha le dedicó una breve sonrisa, azorada aunque sería ante la presentación del inquisidor. Reid y Olen se interrogaron en un instante lleno de confusión, hasta que el silencio llegó a ellos y Kali miró sobre su hombro con el dedo índice a los labios. Entonces percibieron una determinación en ella, una mirada cortante como una hoja, dispuesta a cortar la sombra de su cuerpo y eliminar cualquier rastro de niñez. Olen sintió que escuchaba sin oír sus palabras: no soy una niña. Un escalofrío le recorrió el espinazo al tiempo que se estremecía en un balbuceo. Se mordió la lengua y volvió atrás junto al gigante Reid.

—Me llamo Trisha, pupila de la señora Adjiri, ama de Róndéinn—dijo con voz potente y segura—. El ser alado que todos visteis en las murallas hace días nada tiene que ver con los hombres apostados frente a vuestra muralla. Tengo el convencimiento de que se trata de uno de los esbirros que sirven a Geronte.

La gran mayoría de los allí reunidos repitieron aquel nombre antes de interrogarse unos a otros.

—¿Geronte? —decían—. ¿Ha dicho Geronte?

Trisha sacó pecho y continuó con su explicación.

—Mi señora Adjiri me envió hace tres lunas en una misión por el norte: encontrar alguna pista que desvelara el lugar en que se encontraba su guarida. —Tomó aire y recorrió el centenar de rostros bajo ella—. Geronte, el brujo que pretendió hacer perdurar la marca de Razael en su estirpe.

«Muchos habéis olvidado ese nombre. La leyenda ha sido enterrada por las nieblas del tiempo, y cambia de un lugar a otro. Geronte, el brujo, desafió a la muerte y prolongó su existencia más allá. Quizá los ancianos recuerden. Preguntadles si es cierto lo que digo. El brujo existió. No es solo un mito.»

Un abucheo generalizado nació de los hombres de sangre noble. Sin embargo el vulgo se unió al abucheo sin demasiada convicción. Muchos se besaron el pulgar en recuerdo de Vedo, un gesto supersticioso que los encomendaba al dios de los muertos. Dallpen Tirantes se pasó la lengua por los labios mientras escuchaba a media docena de artesanos y campesinos hablar al mismo tiempo. Unos preocupados por el desastre inminente que suponía el asedio de los misinios,



los otros con la angustiosa sensación de que habían enojado a los dioses, a alguno de ellos, y que iban a pagar por sus pecados.

El miedo a lo desconocido es cosa extraña. El hombre sabe, intuye, que la raíz de su miedo nace de lugares oscuros aunque ciertos, que en el fondo del pozo de su cordura hay un hálito de verdad en todo lo temido. La oscuridad resulta ser un lugar fecundo para los temores que pertenecen a la raza, al animal que hay tras la moral y los modales aprendidos. De esa forma, las formas cambian, los nombres se alteran, pero el fondo permanece; y los hombres se encuentran que, sin saberlo, no viajan al Valle Cerrado, a las faldas de la Rocablanca; que los cuentos para niños se vuelven advertencias y las contraventanas se cierran a la helada noche del norte. Es en ese momento cuando todos saben que lo cierto es cierto y que las palabras solo son una convención para desenmascarar la realidad. Trisha pronunció aquel nombre, y Geronte se hizo con los murmullos, deslizándose bajo la camisa de todos.

—¡Silencio! —gritaron desde un lado—. ¡Callaos todos!

Dallpen Tirantes discutía con sus allegados, pero en esta ocasión fueron los nobles los que asaltaron la tarima.

—Y ¿qué cambia recordar un nombre extraviado en la niebla del pasado? —dijo Seanan Clay, empujado por brazos y manos cubiertas de joyas—. El monstruo alado no acudió por nada. Vino en busca de aquellos que acompañan a los monjes, así como el ejército a las puertas.

—Me disgusta tu lógica, Clay —intervino Anair tras chasquear los labios y mover la cabeza a los lados—. Kali ha sido enviada por la providencia divina a salvarnos de la traición y el deshonor. ¿Y tú te rebelas contra ella? ¿No veis el propósito de Dios? ¡Yo he mirado a la muerte a la cara y la he retado a seguirme!

El noble gordinflón buscó a los suyos con las cejas prietas y la voz confundida.

—Pero... —dijo a su espalda—, ¿de qué está hablando?

Sin embargo, los clérigos asentían con un grave murmurar y posaban sus ojos en Kali. Ella retiró las manos de la baranda y retrocedió un paso. Sintió los ojos de algunos jóvenes novicios sobre ella, quizá con un anhelo que desconocía, y la asustó la profunda oscuridad bajo los ceñudos gestos de los guerreros. Ella les aguantó la mirada y contuvo la respiración.



—Buscáis una explicación para el engendro alado que visteis en las murallas; ahora la habéis encontrado. Que la Adjiri resuelva sus asuntos fuera de la muralla y salde su deuda con el brujo. Propongo que la mujer y sus amigos salgan en busca de ese Geronte —continuó Anair—. Ese es su destino, que se enfrenten a él. Sin embargo, Kali salvó la vida de muchos monjes. Es parte de la providencia divina. Así que se quedará a mi cargo y la formaré en los senderos de Dios.

—¡Que se vayan! —se alzaron algunas voces—. ¡Fuera de Dromm!

—¡Maldita sea! —exclamó Rókesby—. Dejad de gritar y guardar respeto al consejo. Votad si queréis que la mujer y los suyos salgan de nuestra ciudad.

Los tres nobles levantaron la mano al unísono, casi al mismo tiempo que Dallpen Tirantes. Largo Rhea y los otros monjes buscaron con la mirada las alturas y después al nuevo Alto Inquisidor de Dromm.

—La voluntad de Dios —murmuró Largo Rhea al pronunciar su voto.

—Está dicho, pues —gruñó Rókesby—. Que Dios os guarde.

—¡Todavía no he acabado! —gritó Trisha y todos se volvieron hacia ella—. Hay algo que deberíais saber. Geronte ha expandido su existencia más allá de la vida con artes arcanas y magia oscura. Sus esbirros han sobrevolado vuestra ciudad, pero no es a mí a quién buscaban. De hecho, no creo que sepan de mi misión. Creo que es a Kali a la que realmente perseguían, porque, como ha dicho Anair, ella es especial. No me preguntéis por qué, pero así era. Y si han venido una vez... volverán. Por esa razón, propongo que Kali venga conmigo.

—¡Que se marchen los marcados! —exclamó la multitud—. ¡Que salgan de nuestra ciudad!

—La niña se marchará con la mujer y los otros —dijo Rókesby—. ¡Votad!

Entre el barullo los nobles alzaron la mano, pero cuando el pueblo llano empujaba adelante a Dallpen, la voz de Anair se interpuso.

—¡Esperad! —gritó— ¿Qué estáis haciendo? He dicho que Kali permanecerá aquí, a mi cargo. Es lo más seguro y le debemos la vida.

Algunas voces se levantaron de forma tímida, hasta que, como una ola, la indignación fue creciendo en toda la sala. Los monjes in-



quisidores se volvieron hacia la masa y trataron de imponer el orden, pero el griterío se volvió ensordecedor.

—¡La senda alta! —sugirió alguien, a voces—. ¡Que se marchen por la senda alta!

Muchos brazos se alzaron entre docenas de voces hasta que el representante del vulgo consiguió ser escuchado.

—El pasadizo de la senda alta está cerrado por el hielo desde el invierno hasta bien entrada la primavera —apuntó Dallpen—. Se puede salir en dirección al norte y después a poniente. Pero en unas semanas se cerrará la entrada y os quedaréis en los valles al otro lado de la montaña. Una muerte segura.

—¡Kali no saldrá de Dromm! —exclamó Anair, aferrado a la baranda de piedra.

En ese momento, Rókesby se puso en pie y empujó a uno de los monjes inquisidores, a su alrededor formaron varios de sus hombres de confianza, clérigos de rostro rocoso marcado por la erosión de la guerra.

—¡He ordenado una votación, Anair!

—No habrá tal votación —bajó el tono el inquisidor y sus nudillos blanquearon sobre la roca—. Mi decisión está tomada.

—¡Yo soy el Lucero de Dromm! —gritó el viejo padre de armas—. Y nadie interrumpe las reuniones del consejo sin su consentimiento. —Rókesby se adelantó hasta el borde de la tarima, justo frente a Dallpen Tirantes que observaba todo con sorpresa—. He dicho que votéis —insistió el Lucero como una amenaza.

Dallpen miró alrededor. Todos los ojos estaban puestos en él. Se formó un silencio pesado, casi plomo fundido. Hasta que Dallpen levantó la mano y todos estallaron en vítores y alegres palmas.

Los tres monjes que representaban al clero buscaron por última vez a Anair en su palco, pero esta vez, el imperturbable inquisidor parecía una tea ardiente en la altura. Largo Rhea se dejó caer en su asiento y Hubberd se llevó las manos a la cabeza.

—La chiquilla se marchará con la mujer —concluyó Rókesby en actitud retadora—. El Lucero ha hablado.

—¿El Lucero? —escupió Anair con una agria mueca—. Es el consejo el que habla. Deseáis que los marcados salgan de entre estos muros y, con ellos, se aleje la sombra de ese monstruo volador.



Queréis volver a olvidar el nombre de Geronte. Pues que así sea. —Su rostro se ocultó bañado en una oscuridad repentina y habló a los reunidos—. Pero afrontad las consecuencias. Hay un mensaje divino en esa niña, quien no quiera verlo que cierre los ojos y acepte el dolor. Quizá cuando regrese penséis de otra manera. El ejército a las puertas no viene por nosotros sino por nuestra fe. ¿Quién podrá salvarse cuando entren aquí? ¿De verdad os sentís más seguros si la mujer y sus acompañantes abandonan la ciudad?

—¿Seguros? —exclamó Wodraw Max cargado de ironía—. Un millar de hombres desean quemar mi casa y cortarme la cabeza. Tus intenciones no me consuelan, inquisidor.

—No hace mucho estuvimos encerrados, presos de la desesperación. Algunos de vosotros sabéis a lo que me refiero. Yo os digo que esperaréis el regreso de Kali con ojos anhelantes y brazos abiertos —dijo Anair—. Recordad este día porque mucho os pesará en los corazones.

—¿Por qué íbamos a sentir pesar? —exclamó Wodraw Max—. Nos deshacemos de lo que trae el mal a nuestros cielos. Ellos son el objeto que codicia ese tal Geronte, ¿qué problema hay al saldar cuentas con él?

—¡Necio! —exclamó el inquisidor—. Es con Dios con quien debes saldar cuentas, no con sus enemigos. Pretendes negociar con los traidores y cobardes porque te asedian las puertas de tu casa. Entregas a un brujo a la salvadora de todos nosotros con la esperanza de que su maldad no te alcance. Wodraw Max, tus actos y palabras ensucian mis oídos y los de este consejo. Desde un principio has animado a tus conciudadanos a pactar con los pecadores, a renunciar al valor y someterse. Has utilizado las escrituras e interpretado el texto con la intención de traer la derrota.

—¡No! —gritó Wodraw Max, pero los clérigos a su espalda lo contuvieron—. ¡No es cierto! ¿Qué beneficio podría sacar yo de la derrota? Esta es mi ciudad, soy leal al Lucero. Tan solo pretendía ser realista.

Anair lo miró de pies a cabeza y ocultó las manos en las mangas de su túnica.

—Sí, pero ¿eres leal a Dios?

Wodraw Max titubeó un instante y miró al resto de representantes



de familias nobles. Los campesinos y artesanos se mantuvieron en silencio, con los ojos muy abiertos. Solo los clérigos asentían, cargados de convencimiento tras el metal de su carne. Se escuchó el crepitar del cuero cuando los monjes inquisidores cerraron los puños.

—Detenedlo.

La voz de Anair, sinuosa, casi una autoritaria sugerencia, precedió al repentino tumulto. Los monjes inquisidores tomaron a Wodraw Max en volandas y lo sacaron de la sala, abriéndose paso a empuellones. Muchos nobles comenzaron a gritar con los brazos en alto, mientras Dallpen Tirantes y los suyos observaban atónitos cómo se desplegaba frente a ellos una muralla de armaduras metálicas. Los clérigos guerreros se dispusieron entre la multitud y el entarimado donde se encontraban las butacas del consejo. Poco a poco, avanzaron dando golpes y puntapiés a los hombres que les increpaban y escupían.

Trisha tomó la mano de Kali. Estaba seria y con aspecto agotado, demasiado revuelo para alguien acostumbrado a la soledad de los montes de Bruma. La mujer asintió y, con un movimiento de cabeza, abandonaron la balconada y los gritos y aullidos de unos y otros. Olen, anonadado, se apoyó en la baranda. Abrió la boca al contemplar la tremenda bronca en que había acabado el consejo del Lucero de Dromm, aunque no dijo nada. Miró a un lado y descubrió el brillo en los ojos de Anair, su medio rostro ofendido, tenso por la violencia de la venganza. Y al otro lado, solo en la tarima, con los brazos en jarras y una mueca arrogante, incorruptible, el gran Rókesby Tres Dedos enfrentado en la distancia al inquisidor.

CAPÍTULO 15



ra una tarde fresca. Una brisa gélida acariciaba las hojas del seto en el jardín del Lévvokan y volaba acompañada por los murmullos de lo cotidiano en la Casa real. Una campana repicaba a lo lejos, quizá desde el viejo monasterio de Ierú, en recordatorio de los marinos que no volverían nunca a tierra. La voz de una criada aparecía nebulosa y, desde la altura, los estandartes golpeaban la lona contra la piedra. Sobre todos ellos, las nubes se arrastraban hacia el sur, como interminables cicatrices en un cielo azul claro.

Anja cerró sobre el cuello la cálida marta cibelina de su capa y saltó a un lado del camino. La tierra del jardín era sangre coagulada, casi negra, y de ella crecían matas y arbustos sin flores alrededor de un tilo cargado de frutos. A sus pies las primeras hojas ocre salpicaban la tierra como una ofrenda de oro derramado. La princesa llegó hasta el tronco del árbol y comenzó a observar las raíces. Se acuclilló cuando creyó encontrar lo que buscaba, pero tras cogerlo entre sus dedos resultó ser una ramita y la arrojó, displicente. Arrugó los labios y apartó la fina capa de hojas del tilo. La búsqueda iba a resultar más complicada de lo esperado. Levantó la mirada y echó un vistazo alrededor. Estaba sola.

No quería ser sorprendida por la curiosidad de nadie. Aunque más que la nariz de los demás, la raíz de su desasosiego era el secreto asunto que se llevaba entre manos. Algo que nadie pensara que todavía podía ocurrir en aquella parte de Kanja. Algo que, más que probablemente, solo el antiguo consejero de su padre, el tenebroso Rághalak, había llevado a cabo.

De momento necesitaba una fiera dentada, una especie de salamandra que se encontraba en los pozos calcáreos de Boldo, pero no había manera de conseguirla. Así que con un poco de investigación decidió que quizá podría sustituirla por lo más parecido que tuviese a mano. Todo debía hacerse en el más absoluto de los secretos. Si su madre descubriera sus planes, se encontraría en un grave apuro; uno de esos en que es mejor no meterse.



Se detuvo y levantó la barbilla. Antes no hacía aquellas cosas; siempre obedecía las órdenes de la reina, seguía el camino que ella le marcaba sin desviarse un ápice a un lado u otro.

«Pero eso era antes —pensó— cuando era pequeña; antes de ser atacada por la mujer del cuchillo y mi sangre empapase el suelo de la biblioteca.»

El pasado le parecía cubierto por una fina tela esponjosa que lo convertía en un brumoso recuerdo. Todo se veía tan lejano. La falta de sueño comenzaba a desgastarla, de la misma forma que los codos de una camisa desaparecen con el tiempo. Y con ellos se iba la realidad y se convertía en un escenario, una representación frente a uno. Anja no había dormido desde que descubrió la antigua receta para un bebedizo entre las notas de Rhágalak. Una poción que permitía eludir el descanso de los párpados. Hacía seis días de aquello.

Clavó las uñas en el suelo. La tierra estaba húmeda y formaba oscuros terruños de los que colgaban raíces muertas. No había elegido aquel lugar de forma azarosa. El aroma de la tierra estaba lleno de putrefacción y vida, empalagoso y avasallador a su olfato. Entonces recordó de nuevo la infancia, los juegos bajo el árbol, carreras, hoyos en el fango, y ese hedor tan reconfortante en la ropa manchada y entre los dedos. Hubo una época en que su risa llenó aquel jardín, quizá con la de su hermano y la de los criados y sirvientes. Un tiempo anterior a convertirse en el reflejo de la reina, anterior a los libros prohibidos y los secretos arcanos. Un tiempo pasado, al fin y al cabo.

Se detuvo. Abrió los ojos y esgrimió una sonrisa de satisfacción. No había sido mal remedio seguir a su intuición. Apartó la tierra que como espuma cubría el hoyo, introdujo los dedos y, delicadamente, sacó el objeto de su deseo. Lo levantó hasta colocarlo frente a ella y comprobar cómo su captura se contoneaba en el aire. Una gruesa larva, negra como la tierra, larga y viscosa. Con la llegada de la primavera, aquella lombriz ciega de cuerpo blando, se convertiría en un mendigo, o también mordedor acorazado, con media docena de patas fuertes y los colmillos de una serpiente. Pero, de momento, era suficiente para Anja.

Tal vez no fuese el mejor sustituto para una salamandra de tierra, pero en el libro no prohibía expresamente los pequeños cambios debidos a las limitaciones de vivir en la fortaleza de un rey. De todas



formas, había meditado durante días la decisión y el mendigo era la más accesible de las posibilidades. Mucho más complicado habría resultado encontrar una garza dorada, una luciérnaga oscura o una cuernacabra. No tenía nada que perder con la larva de mordedor, como mucho un poco de suciedad en las rodillas y entre las uñas. O quizá sí podía perder mucho más de lo que llegaba a comprender. Tal vez, en unos días, su cuerpo fuese encontrado muerto sobre el suelo de la biblioteca, vacío, con su alma en poder de un demonio.

«Que te arranquen el alma debe de ser doloroso —pensó—, tanto como ser despellejado por dentro.»

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —exclamaron a su espalda.

Tragó saliva. La voz de la reina la dejó congelada con su glacial e imperativo tono. Miró desde el rabillo del ojo y la vio allí plantada, tras el seto. A su lado estaba Enro Kalaris. Ambos con el cejo prieto y la extrañeza como velo. Aunque su madre, además de la sincera sorpresa, la asedió con un furioso destello en la mirada.

Estaba perdida. Cerró los ojos, algo más que un parpadeo, y se dio la vuelta con una sonrisa medida, calculada. Deslizó las manos bajo la capa y, en un fugaz movimiento, ocultó la húmeda larva en su brazo izquierdo.

—Había visto algo —respondió con amabilidad exacta, ni fría, ni demasiado cordial. Tan solo dijo la verdad.

—¿Algo? —La reina miró a sus pies—. ¿Qué es algo?

—Un brote verde de bienamada —explicó al tiempo que caminaba hacia ellos—. Crece a la sombra del tilo y para conservar sus propiedades debe ser tallado antes de que sus raíces se enrosquen con las del árbol e intercambien sus fluidos. Es sabido que la bienamada es un poderoso estimulante amoroso hasta que se aparee con el tilo.

La reina Anja y Enro Kalaris intercambiaron una fugaz mirada.

—¿Se puede saber por qué buscas un afrodisíaco? —la interrogó su madre.

Anja caviló su respuesta. No había imaginado que su excusa debiera ser explicada también. Recordó que, en ocasiones, el cuerpo dice más que las palabras. Bajó el avergonzado gesto al tiempo que Kalaris amagaba una sonrisa.

—Grandes conocimientos de botánica —dijo él, asintiendo, lleno de satisfacción.



—Botánica, zoología, feérica, historia y política —añadió la reina con rectitud—. Mi hija ha sido educada en las más importantes disciplinas. Una consorte sin igual en todo Kanja. Como debe serlo una mujer Levvo.

—Solo aspiro a servir, madre —aseveró Anja.

La reina escuchó su servil disposición y la miró a los ojos durante un instante. Lo suficiente para que Anja supiese que su madre sospechaba algo. Lo supo por la manera en que su atención viajó a las pupilas dilatadas en sus ojos. Después su párpado derecho se guiñó de forma casi imperceptible y observó el ligero brillo que el sudor confería a su cuello. Anja carraspeó. La reina lo sabía, de alguna manera lo sabía todo, incluido el movimiento de la larva en su manga, convertido en incómodo cosquilleo.

—¿Qué ocurre si se enredan? —preguntó Kalaris, empujándola fuera de sus pensamientos.

—¿Enredarse?

—Si las raíces del tilo y la bienamada se enredan —explicó él—, ¿qué ocurre?

—Su efecto se vuelve... —su boca se hizo pequeña— inoportuno.

Kalaris se encogió de hombros y torció la boca.

—Es tóxica —intervino la reina, tras una mueca hastiada—. Si no se cosecha pronto, la bienamada se convierte en un veneno bastante incómodo para el incauto que la toma. En pequeñas dosis, afecta los riñones, provoca fuertes ardores al orinar y esfuma la hombría. Si se usa de forma recurrente, la orina se vuelve sangre y se sufren fiebres que producen delirios y, en ocasiones... —La reina se detuvo y torció la boca, llena de maliciosa desconfianza, hacia su hija—. La muerte.

—Espero no probarla nunca... No demasiado —concluyó Kalaris con un deje de flirteo en sus palabras que hicieron a Anja enrojecer de nuevo.

La reina miró a ambos y suspiró con la nariz bien alta.

—Bien —dijo, seca y tosca, dando una palmada—. Hace rato que te buscábamos. La boda con el señor de Ursa será dentro de poco y, la tradición manda un encuentro previo a las nupcias. Visto el poco interés que suscita en ti esta unión he decidido tomar la iniciativa y arrastrar al noble Enro hasta aquí. Dispón de tus mejores modales y atiende a tu futuro marido como es debido. —Sonrió de forma gé-



lida y se dispuso a marcharse—. De todas formas, ¿qué mejor lugar para un encuentro que los jardines del Lévvokan?

Con esas palabras, la reina dio media vuelta y dejó a Kalaris plantado frente a Anja, con la palabra en los labios y media reverencia a su espalda. Era un hombre grande y desgarrado, de manos nudosas y dedos robustos de uñas cuadradas. Vestía una camisa gris y una capa corta teñida de negro y ribeteada de felpilla carmesí, con el león de Ursa bordado sobre el corazón. Tenía el pelo flámeo, como avivado por la brisa. Esperó a que la reina desapareciera y volvió su atención a la princesa Anja, con una media sonrisa.

—Vuestra madre...

—Esperad —le interrumpió ella y salió del jardín hasta el sendero—. Deberíamos caminar hacia allí.

Anja señaló en dirección opuesta, hacia una fuente al final del empedrado. Kalaris arrugó la boca y se detuvo sin saber qué decir.

—Si queréis decirme algo privado os recomiendo que deis la espalda a la reina —explicó Anja, dando los primeros pasos por el camino—. Puede leer los labios en la distancia como si susurrasen conversaciones a su oído. No hay secretos para ella en este lugar.

—Pero se ha marchado...

Anja musitó un gemido irónico y continuó caminando. Kalaris dio un brinco y se puso a su lado.

—Vuestra madre está satisfecha por esta unión.

—Ha sido idea suya —corroboró ella—. Le disgusta que sus órdenes no se cumplan y, de igual manera, se congratula cuando sus planes se llevan a término.

—No parecéis especialmente nerviosa por nuestro compromiso.

Bajo el vestido de Anja, la larva se arrastró sobre su piel hasta la parte de atrás de su hombro, dejando un rastro mucoso y helado.

—No, no lo estoy —apuntó ella— ¿Os molesta? ¿Debería estarlo?

—Sería lo corriente para una mujer de quince años que va a desposarse con el Hiurel misinio.

—Yo no soy una mujer corriente, Señor de Ursa —aclaró ella—. Soy la hija de Abbathorn Levvo III, rey de misinia y próximo emperador del Norte. Soy una mujer Levvo, no puedo permitirme sentimientos ni debilidades de carácter que atañen a las otras mujeres. Soy tan buena como puedo serlo. Preparada para servir a mi Casa



por encima de todo otro propósito. Seré la mejor esposa que podáis encontrar.

—Anja —dijo él, y acercó una mano a su rostro, pero no llegó a tocarla. Ella miró sus dedos y apenas pestañeó—. No voy a mentirte. Lo único que me importa de una mujer es que sea capaz de parir hijos varones lo antes posible. El tiempo se me viene encima como un verdugo y no quiero que mis herederos sean criados por un anciano. Quiero tener hijos pronto.

Ella no respiró, asintió con solemnidad y lo miró a los ojos. Kalaris tenía dos esmeraldas oscuras perforadas por un pozo en el centro.

—Pariré hijos varones si es lo que deseáis, tan pronto como ordenéis.

Dijo aquellas palabras de carrerilla, sin sentir nada especial al pronunciarlas, solo como si expulsara el aire desde sus pulmones, sin fuerza.

Kalaris rio y cerró el puño, satisfecho.

—Toda mi energía es a mi familia y vos seréis pronto mi marido.

—Vuestra lealtad es admirable —la elogió él—, en especial en estos tiempos que corren.

—Más bien son tiempos en que los leales son sesgados como la mies durante la cosecha —objetó Anja, llegó a la fuente y observó el trémulo reflejo en la superficie—. Consecuencias de la política. La lealtad no recibe recompensa, es una flecha lanzada al vacío. El fiel se somete a la voluntad del que requiere su confianza y, en ocasiones, la sumisión acaba con la muerte del leal. Si hay dolor y desengaño con la traición es porque se esperaba un beneficio a cambio. Yo no me cuestiono lo que me traerá mi lealtad, simplemente actúo.

—Habéis leído demasiada filosofía —desdeñó Kalaris—. Yo sé aliarme con los que me conviene y sacar rédito a cambio. La lealtad es cosa de necesidad. Vuestro padre necesitaba mi amistad con Ezra Gran Puño y mi posición como Hiurel. Yo requiero un precio que ha sido pagado. Mucho más sencillo que la filosofía.

—Es una manera de verlo.

Anja se contuvo cuando sintió la viscosidad de la larva descender hasta su pecho.

—¿Y mi hermano? —preguntó, cambiando de postura.

—Será el próximo emperador —respondió Kalaris de forma veloz—. Apuesto toda mi fortuna en ello. Pero cada cosa a su tiempo. Vuestro padre será coronado cuando la guerra acabe y la sangre es



ley a la hora de heredar el trono. Soy el Hiurel misinio, yo dicto la línea sanguínea que corona reyes o deja primos y sobrinos fuera del trono. Browen reinará.

—Mi madre desea que así sea.

—Sé muy bien lo que desea vuestra madre. Y tendrá mi férreo apoyo —asintió—. Pero todo a su tiempo. Primero hay que dar, después recibir.

Anja lo miró fijamente. Había algo en la forma en que paladeaba las palabras, algo oculto y lleno de un húmedo apetito. Después caminó a un lado, a lo largo del estanque.

—Esa es la lealtad que une mi mundo —apuntó Kalaris.

—Mi lealtad es a los míos —repuso Anja, firmemente.

—Pronto, la mía será vuestra Casa.

Anja afiló su mirada desde el hombro.

—Ese es mi destino —confirmó Anja y se llevó las manos al vientre, justo donde la larva había resbalado y se agitaba nerviosa en su ceguera viscosa.

—Estoy ansioso por celebrar este matrimonio, Anja. —De nuevo alzó la mano hacia ella, pero la retiró antes de rozar su vestido. Ella se veía tan menuda a su lado...—. Me darás hijos varones que gobernarán a los hombres. Hijos de Ursa que formarán una gran estirpe. Un nombre que dure mil años, más allá de la vida de un dios, más duradero que las montañas.

—Ya tenéis mi palabra y yo la vuestra, ¿qué más queréis? Sois ambicioso. —Anja sintió su voz trémula y se mordió la lengua de forma disimulada.

—Siempre —añadió él de forma rotunda.

—Y ¿no os pesa la lejanía de un campo de batalla en el que demostrar vuestra ambición? —La princesa se detuvo y se enfrentó a él.

—Soy mucho más útil a vuestra madre aquí en Davingrenn.

—Querréis decir a mi padre.

—Al reino. ¿No es lo mismo?

—No conocéis a la reina.

Kalaris la miró de arriba abajo, con una expresión contenida y hambrienta.

—Ella es como vos —dijo al contemplarla.

—Yo soy como ella —repuso Anja.



—Eso no es del todo cierto. —Movi6 la cabeza a los lados y sonri6—. No sois iguales. Hay algo diferente en estos ojos. Parecidas, como dos gotas de agua. Aunque se nota un fuego especial en vuestro interior.

—¿Fuego? —Sonri6, lanzando una sarcástica dentellada—. Nunca nadie ha llamado ardiente a una mujer Levvo.

—El hielo tambi6n quema.

—Eso es tan solo una percepci6n. Los sentidos, en ocasiones, son una barrera.

—Yo creo en lo que veo y tomo por real lo que siento —replic6 el Hiurel misinio—. Mal que pese a monjes y cl6rigos, no soy amigo de dioses ni brujos. Dadme un arma de buen metal, un muro de piedra, y una mujer de carne y hueso. Eso es lo 6nico que importa. Lo otro son distracciones del esp6ritu, humo que se lleva el tiempo con el olvido.

Anja puso sus grandes ojos verdes sobre 6l. Un hombre en el que todo era enorme, incluido su apetito, un ansia devoradora que pod6a presentir en su respiraci6n, en la manera en que contra6a los puños o tensaba los m6sculos de la mand6bula.

«Es tan b6sico —pens6—, tan superfluo... Como un muñeco en mis manos.»

Entonces comprendi6 la visi6n de su madre. El pago a Kalaris se hab6a convertido en un beneficio para los Levvo. La reina no hab6a dejado nada a la casualidad. Casarla con el m6s poderoso de los seños misinios para convertirse en la fuerza desde la penumbra. Con el tiempo, encumbrar a su hermano, Browen, al trono del imperio. Familia e imperio. Pero ¿qu6 ocurr6a con Abbathorn? ¿D6nde estaba el rey en todo aquel ardid de alianzas y matrimonios?

En ese momento, el blando cuerpo de la larva se arrastr6 bajo su ombligo y ella di6 un respingo y amag6 su sobresalto.

Kalaris chasque6 los labios y se alej6 un paso.

—Juntos haremos grandes cosas, Anja —confes6, pero su voz pareci6 ocultarse en el fondo de una caverna.

Ella no respondi6. Sintió que las fuerzas le fallaban. La falta de sueño regresaba como un manto demasiado pesado para sus hombros. Los ojos se le volvieron l6grimas y el est6mago, vacío, ardi6 como una herida abierta. Necesitaba el bebedizo de R6ghalak antes de caer inconsciente en cualquier lugar.



—¿Ocurre algo? —se acercó Kalaris, extrañado, pero ella ocultó el rostro.

—Tengo que irme —se despidió antes de volver al camino—. Seguiremos la conversación en otro momento.

—Pe... pero... —balbuceó él.

—Ha sido un placer. —Se escurrió por un lado y cerró la capa en su pecho—. ¡Volveremos a vernos!

—¡Eso espero! —gritó él, pero la princesa ya había atravesado la puerta, dejándolo plantado, hombros en alto, expresión bovina.

La noche de luna nueva había empapado los rincones con un silencio tétrico, tan gélido como la escarcha que destellaba en las almenas de la muralla. Sombras de aliento brumoso, ataviadas con capotes pesados, patrullaban los adarves y golpeaban los pies contra el suelo, tratando de esquivar la tenaza del frío. El Lévvokan dormía como una fiera enroscada sobre sí misma y el lamento de algún prisionero pasaba desapercibido en la profundidad de sus entrañas. Todo estaba en orden. Los criados descansaban sus castigados huesos. El rey rechinaba los dientes en la oscuridad de sus aposentos con los ojos abiertos y fijos en ningún lugar. La reina dormía y soñaba plácidamente sin sospechar que la cama de su hija, su adorada pupila, se encontraba vacía.

Anja había iluminado la habitación de Rághalak, depositando una luz invocada en un pequeño espejo que había tomado de su tocador. Ya no necesitaba velas para sus escapadas nocturnas. Bajo el brillo artificial su rostro parecía marmóreo, embalsamado, y la capa gris una mortaja vieja. Una sombra había aparecido bajo sus ojos, y las manos le temblaban, bien por el frío o la falta de descanso.

Dibujó un círculo en el suelo. Debía ser perfecto, así que utilizó un cordel y una pequeña vara. Después comenzó a trazar los símbolos arcanos y puso la larva que había conseguido aquella misma mañana en un cuenco metálico en el centro del círculo. Consultó el libro y tomó las medidas con la misma vara. Trazó dos círculos más, que en conjunto formaban los vértices de un triángulo. En uno colocó otro cuenco de metal y lo llenó de buen licor de patata que había conseguido en la bodega. En su interior arrojó un anillo de oro con una



malaquita engarzada y, a los lados, uvas maduras. En el tercer círculo se sentó ella, con las piernas cruzadas, oculta bajo la capa.

Abrió el libro y acarició la página con la yema de los dedos, después observó los círculos frente a ella y se mordió el labio. Se sintió asomada a un abismo insondable. Todavía estaba a tiempo de echarse atrás. No hacía falta saltar al vacío y desatar unas consecuencias desconocidas. Desplegó la mano sobre las antiguas palabras garabateadas en tinta oscura y sintió su pulso golpear el papel. Levantó la vista, una vez más, hacia los otros vértices del triángulo.

La duda no tenía sentido. Ya había comenzado. No era cuestión de pronunciar las palabras o pasar las noches en vela, buscando libros y pergaminos indescifrables. Todo había comenzado mucho tiempo atrás, quizá antes de que ella hubiera sido consciente de los poderes arcanos. Tal vez estaba escrito en su destino. Sentir la curiosidad y el ansia por conocer los misterios, acumular el poder en sus manos e interpretar el universo. Conocer. Con el libro abierto en el regazo, la piel sobre el hechizo. El principio es algo inescrutable, si es que existe como tal.

—Lisbeth. Madais. Bamon. Yo os llamo —comenzó a leer en voz alta y rítmica—. Xal. Tiris. Gorontor. Os imploro. Por los siete sellos de las siete puertas que unen los siete mundos. Yemeil, escucha mi súplica y toma mi regalo. Hyanan, escucha mi ruego y atiende mi petición. Por la sangre de los dioses y la voz de los hombres. Por la luz y la oscuridad. Viajeros de los canales, señores que unen los planos, escuchad mi plegaria y resarcid mi ambición. Tirambar. X'ol. Kyamil. Venid a mí.

Apenas levantó la vista desde los párpados, lo suficiente para tomar aire y comenzar de nuevo. La voz se le convirtió en un murmullo rasgado al tiempo que los dedos acompañaban a las palabras al recorrer las líneas. La oscuridad a los lados se hizo más intensa si cabe.

—Lisbeth. Madais. Bamon.

La letanía era un galimatías ininteligible que acompañaba el leve balanceo de su cuerpo sobre el libro. Las palabras y los símbolos arcanos se contoneaban con ella en una danza sensual aunque contenida. El libro creció hasta convertirse en un telón frente a sus ojos.

—Xal. Tiris. Gorontor.

El frío la rodeó como una manada de fieras fantasmales. Su alien-



to formaba vaharadas brumosas que desaparecían al abandonar la capucha de su capa.

—Tirambar. X'ol. Kyamil.

Dolor, hambre, sueño y miedo se turnaban y hostigaban su concentración. Repetía las palabras, una y otra vez, y comenzaba de nuevo, en una espiral que descendía de forma vertiginosa. Los labios apenas se movían al expulsar los nombres prohibidos en un susurro. Sentía los ojos irritados y empañados por un velo borroso. El dedo recorría la caligrafía garabateada, acompañando a la letanía. Su voz se volvió un ronroneo grave que nacía de su corazón en un parto violento y desgarrador. El vacío se volvió una molestia ácida. Cerró los ojos sin dejar de pronunciar las palabras.

—Lisbeth. Madais. Bamon. Xal. Tiris. Gorontor. Yo os convoco.

Entonces todo se desvaneció y el vértigo la arrancó de la realidad.

Se encontró en el silencio sin saber cuánto rato había pasado. Con la espalda curvada sobre el libro abierto y la boca reseca, los labios cortados y la piel de las manos cuarteada. Al incorporarse, una punzada en su columna la hizo apretar los dientes, pero se detuvo al observar la presencia frente a ella, en el centro del triángulo formado por los tres círculos. Abrió mucho los ojos y cerró el manuscrito, sin decir nada.

El ser medía un palmo de altura y roncaba una correosa respiración sin despegar su atención de ella. Tenía el rostro de rata, con unos sangrientos ojillos maliciosos y colmillos desiguales de los que goteaba saliva que se quedaba prendida en la barba. Estaba desnudo. Los brazos y las piernas, eran cortos y musculosos, y la espalda, una joroba cubierta de pelo negro.

Anja no dijo nada y el ser esperó, esperó y esperó con los brillantes ojos sobre ella.

—¿Quién...? —Anja sintió que le fallaba la voz, pasó la lengua por los labios y forzó su garganta—. ¿Quién eres?

La criatura inclinó la cabeza y se cruzó una mano frente al pecho.

—Mi nombre es Ziamud, mi ama.

—¿Zi...? —Un ataque de tos hizo que la princesa se doblegara sobre sus piernas y golpease con el puño el suelo.

—Debéis de beber mucha agua durante una invocación —sugirió Ziamud con voz ronca—. Es importante.



Anja comenzó a respirar a grandes bocanadas y trató de escupir, pero el esfuerzo resultó ser una dolorosa arcada.

—Si me dais vuestro permiso —sugirió la criatura—, puedo acercaros algo de beber.

La princesa agitó una mano hacia la mesa cercana y asintió entre toses. Ziamud dio un brinco y corrió fuera del triángulo dibujado en el suelo, trepó por una de las patas y cogió una frasca de metal. Ágilmente saltó al suelo y acercó el recipiente a su nueva ama. Ella se lo arrebató de las manos y lo bebió con tanta desesperación que la mayoría se le derramó por el pecho. Después recuperó la postura y respiró de forma más pausada sin dejar de observar al diligente ser que esperaba frente a ella.

—¿Quién eres? —lo interrogó de nuevo.

—Como dije, mi nombre es Ziamud.

—Yo esperaba... —dudó— Otra cosa.

—Siento decepcionaros, ama. —Se inclinó con un gesto contenido—. Solo estoy aquí para servirlos.

—No tienes aspecto humano.

—¿Debería tenerlo?

—Pero —Anja encogió los hombros—, Berk...

—Si deseáis un guardián con aspecto humano vais a necesitar algo más que un poco de licor, un anillo y una... ¿larva? —Había una descuidada burla en su correosa voz—. Un ritual que escapa a vuestros conocimientos.

—No me importa el aspecto —apuntó ella—, siempre que los otros no te vean.

—Puedo pasar inadvertido si es lo que deseáis, ama.

—Es lo que deseo —confirmó Anja—. Pero también necesito ayuda.

—Vos solicitasteis mi presencia.

—En realidad no te llamaba a ti.

—Digamos que alguien me envió en su nombre.

—¿Por qué?

—No sois digna de su presencia.

Anja le dirigió una despechada mirada llena de orgullo.

—Pero Ziamud hará todo lo que esté en sus pequeñas manos para ayudar al ama —recitó para volver a inclinarse de forma diligente—.

¿Qué es lo que el ama desea?

—Respuestas.

—Y ¿la pregunta?

—Quiero comprender los textos arcanos —comenzó a explicar—, pero muchas cosas se me escapan. ¿Dónde puedo encontrar una explicación a los canales místicos? ¿Dónde está la historia de Razael y su maldición? ¿Qué significa el símbolo de siete puntas y para qué se utiliza? ¿Perviven los círculos de poder de los antiguos arcani? ¿Qué...?

—Esperad, mi ama —la interrumpió Ziamud—. No tan deprisa.

Con una mueca complaciente, casi una sonrisa, desapareció en la oscuridad. Su correteo se escuchó entre los estantes y corredores de la biblioteca. Algo de metal cayó al suelo y repiqueteó en un eco interminable. Anja se llevó las manos al rostro. El sueño volvía a ella con una ola de náusea y vértigo. Metió la mano en la capa y sacó la pequeña redoma que contenía el bebedizo de Rághalak. Quitó el tapón con cuidado. Los párpados le caían seguidos de los músculos. La respiración se le detenía y, a su alrededor, todo se derramaba como metal fundido. Llevó el borde a los labios y sintió su sabor amargo antes de siquiera probarlo.

—¡No! —exclamó Ziamud, que apareció con un rollo de pergamino bajo el brazo—. No debéis abusar de las drogas. Dejad que el cuerpo haga su trabajo. —Brincó sobre su regazo y le arrebató el frasco con amabilidad autoritaria—. El exceso os volverá un espectro, sin alma, sin calor. Un muerto en vida.

—Pe... Pero no quiero dormir —balbuceó al tiempo que el cuerpo le caía a un lado—. Te... tengo que leer más... más libros.

Ziamud saltó a un lado y vació el contenido de la pequeña redoma en el suelo. Arrugó su hocico húmedo ante los vapores del caldo y se volvió con una mueca desagradable.

—No os preocupéis por eso, mi ama —dijo junto al rostro relajado de Anja que caía en el más profundo sueño—. Yo me encargaré de vuestros deseos. Ahora dormid. Ziamud encontrará los libros que debéis leer, las respuestas que buscáis en lugares silenciosos. Yo os mostraré el camino, princesa, y vos abriréis la puerta. Mucho tiempo ha estado perdida la llave.

El pequeño ser pasó una de sus diminutas manos por el pelo de



Anja y la contempló con una tenebrosa candidez. Después, con un ronquido porcino, corrió hasta la biblioteca y comenzó a rebuscar entre los miles de textos mientras la princesa dormía, ajena a su destino.

CAPÍTULO 16



l sol asomaba en el horizonte y la bruma se deslizaba sobre la piel del mundo, tal que el sudor viscoso entre las escamas del gran reptil adormilado que era Uddla. Los fogones y las chimeneas lanzaban sus brazos a lo alto, rasgando la panza hinchada y violácea y pasajera del cielo, bajo la atenta mirada de cuervos y urracas desde los tejados puntiagudos, lejos de la podredumbre urbana. Era una mañana fría y húmeda, y desde mucho antes que la claridad ofreciera su manto gris, la alarma había sonado en toda la ciudad. Patrullas de hombres armados recorrían los callejones y vapuleaban a vagabundos y pordioseros; la milicia escudriñaba cada rincón, cada montón de basura en busca de un fugitivo. Un prisionero había escapado y, en su huida, había tomado la vida de un guardia.

Toda Uddla se sumergió en un revuelo de rumores y habladurías. Un razaelita, más monstruo que hombre, andaba suelto. Un ser sediento de sangre, oculto en una guarida que solo abandonaba por las noches. Un demonio liberado por adoradores de una secta secreta que, sin duda, estaba detrás de cada sonido en lóbregos callejones, cada robo con violencia, cada misterio alimentado por la insidiosa semilla de la superstición. La voz corrió como el fuego estival: el barrio de los mercaderes aukanos era el foco del que surgía todo mal. Los extranjeros, su paganismo, el hedor de sus costumbres, su idioma plagado de fonemas amenazantes incluso para un norteno. No importó que la mayoría hubieran nacido en Uddla o llevaran décadas trabajando en la ciudad. Alguien debía pagar el precio.

Al final de la tarde, fue tal el tumulto que el castellano de la casa Skol tuvo que emplear a fondo a toda la guardia de la ciudad para contener a la turba enfurecida. No salieron patrullas en busca del fugitivo. La revuelta amenazaba Uddla. El populacho pedía la cabeza de los responsables y los acusaba de brujos y razaelitas. Un pequeño grupo de monjes de Vanaiar, que Kundan el Oso había dejado en Uddla, se unieron a la revuelta y comenzaron a preparar un cadalso en el que hacer expiar a los impuros adoradores de dioses olvidados.



La guardia de la ciudad soportó empujones, pedradas, incluso una cuchillada, para evitar que los alborotadores no entraran en el barrio aukano. Hasta que los mercenarios ociosos que vagaban por la ciudad encontraron una excusa para saquear y asesinar. Entonces, la multitud venció la resistencia de la milicia.

La noche se convirtió en un ruidoso y tórrido trámite. Muchas casas ardieron y, además del barrio aukano, varios almacenes de comerciantes sureños fueron saqueados. Decenas de mujeres, aukanas o no, fueron violadas por grupos de guerreros, y una docena de hombres encontraron la muerte aquella noche. Entre ellos, tres cazadores del llano que tenían un altar a Vinthar, el arquero, y que fueron quemados en público por los clérigos de Vanaiar. El día siguiente, llovió ceniza sobre Uddla y, con ella, diluido entre el agua negra, ponzoñosa y podrida, de la ciudad, el recuerdo de un razaelita sediento de sangre, más monstruo que hombre, desapareció en las cloacas del subsuelo.

Eadgard, Iven y Hontar no sabían nada de lo ocurrido, a pesar de que habían visto las columnas de humo desde la lejanía. Aquella misma noche, mucho antes del amanecer habían abandonado Uddla, cubiertos por gruesas mantas de viaje y con un hatillo bien surtido para el camino.

Caminaron durante un día hacia el norte. Hasta una pequeña aldea en la que, gracias a la habilidad de Iven, se aprovisionaron con media docena de huevos frescos y unos embutidos curados. Sin embargo, a la mañana siguiente divisaron el humo sobre Uddla, como una huella casi desaparecida de una mala intuición. Eadgard se negó a responder a las preguntas de Iven más que con un silencio insultante y, en adelante, se mostró arisco y malhumorado. Después de comer, cambió de opinión y decidió dirigirse al este, hacia Kjionna o Ylarnna o, lo que era lo mismo, hacia la guerra. De nuevo, Iven preguntó cuál era el destino de Eadgard, pero como venía siendo costumbre no recibió ninguna otra respuesta más que una mirada amenazante. Fue en el momento de volver sobre sus pasos cuando divisaron a su perseguidor.

Lo vieron en la distancia, detenido a un lado del camino, aunque fue Hontar el primero en percibirlo cuando el aire cambió de dirección. Perro se detuvo y levantó la nariz, olisqueando por largo rato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eadgard.



Perro lo miró desde abajo, en cuclillas, enseñó los dientes y gruñó.
—Huele a podrido —anunció con su voz rasgada.

Eadgard se cubrió el cejo con la mano desplegada y oteó el horizonte, pero la silueta había desaparecido.

El camino llegaba a la cima de una colina cubierta de hierba de un verde mortecino y algunas rocas que recordaban al plomo fundido que Ulfmaer el Forjador perdiera en el trasiego de su fragua. Se había abierto el cielo sobre su cabeza y a lo lejos, desde oriente, llegaba una gran muralla de nubes oscuras que arrasaba con todo. La brisa del mediodía soplaba cálida, demasiado para aquella época del año, algo que sin lugar a dudas anunciaba la llegada de lluvia al final de la tarde. Aunque eso era algo que él no sabía porque nunca había abandonado la ciudad.

El sucio desharrapado asomó la cabeza desde su escondrijo y se apartó el pelo que le caía sobre los ojos. Parpadeó incrédulo y miró a todas partes.

«¿Dónde se han metido?», pensó con evidente fastidio.

Se levantó y salió al camino, oteó en ambas direcciones, pero no había rastro de ellos. Hacía un instante estaban allí, en una vaguada surcada por el camino, vueltos hacia él. ¿Quién podía suponer que darían media vuelta sin previo aviso y regresarían sobre sus pasos? Pateó un pequeño guijarro y maldijo en voz alta, con las manos en la cintura y la barbilla contra el pecho. ¿Qué podía hacer ahora? Cualquier cosa menos volver a Uddla; jamás regresaría a sus sucias callejas, a los vertederos, a la lucha continua por sobrevivir, siempre solo, perseguido por los otros chicos. Recordó su guarida en los cimientos de la muralla, un escondrijo ignorado incluso por las ratas. Refunfuñó algunas palabras, entre el enfado y la decepción, sin poder prevenir el golpe que lo derribaría.

Hontar cayó sobre él con la velocidad del rayo. Hincó sus garras en los escuálidos hombros y lo inmovilizó contra el suelo. El muchacho apenas llegó a retorcerse en un quejido lastimoso mientras Perro gruñía, babeaba y enseñaba los dientes. A su espalda aparecieron Eadgard, con una sonrisa satisfecha, e Iven, que estiraba el cuello y mantenía la prudencia como escudo.



—Bien hecho, Perro —dijo Eadgard.

El sollozo del muchacho se convirtió en un lamento agudo y sus ojos se anegaron de lágrimas. Perro lo zarandeó de un lado a otro, y él aulló y pataleó de forma infantil.

—¿Quién eres y por qué nos seguías? —preguntó Eadgard, ignorando los lloros del chico.

No hubo respuesta, tan solo una sarta de gimoteos y balbuceos incomprensibles. Perro miró a Eadgard y se encogió de hombros.

—¡Contesta! —exclamó, dando una patada en su costado que solo aumentó el berrinche. Las lágrimas abrieron surcos en sus sucias mejillas al tiempo que chillaba y se retorció.

Eadgard observó con extrañeza al andrajoso muchacho. Nunca había visto tal cantidad de suciedad en un ser humano. La piel estaba cubierta de costras, el pelo largo y enredado en un mar de nudos, los dientes rotos, irregulares y de un color ocre, las uñas tan largas como las de Perro, y los zapatos desmenuzados, reparados con improvisados remiendos a base de trapos y cuerdas de esparto. Era lo más desagradable que había encontrado nunca. Hasta que percibió el hedor y dio un respingo atrás.

—Suéltalo, Perro —ordenó, pero Hontar no hizo caso y continuó gruñendo al lloroso muchacho con el antebrazo hincado en su nuez—. ¡Suéltalo! ¡Aléjate de él!

Perro sintió la urgencia en la voz de su amo y se incorporó sin dejar escapar al sucio chico. Pero entonces vio sus manos y comprendió.

Un moho verdoso había crecido en sus garras y se extendía por los velludos brazos. El pelo encrespado que cubría sus hombros se volvió gris bajo un velo sedoso; la piel se corrompía y se agrietaba, reseca, formando escamas muertas que caían descompuestas cuando el hombre agitó los brazos. Perro arrugó la nariz con repugnancia y miró a Eadgard.

—¿Qué es esto? —rugió con rabia, pero el moho continuaba extendiéndose por su cuerpo, con la forma de una fina película blanquecina—. ¡Aaargh!

Eadgard corrió hasta Iven, tomó el odre de agua y comenzó a verter el contenido sobre Hontar.

—Frótate con fuerza. ¡Vamos! —explicó lleno de urgencia—. Trata de lavarte bien dónde lo hayas tocado.



Perro comenzó a enjuagarse cargado de ansiedad y una sombra de pánico. Cuando terminó se quedó arrodillado, jadeante, con el ceñudo gesto puesto en el pordiosero. Un gruñido contenido y sordo nació del interior de Perro, y escapó entre los puntiagudos colmillos. Todos miraron al muchacho durante un instante, en silencio. Estaba tendido en el suelo y, apoyado en los codos, había sustituido el llanto por un semblante tan serio como el de sus asaltantes.

—Es más seguro no ponerme la mano encima —dijo el pordiosero.

—¿Quién eres y qué es lo que quieres? —escupió Eadgard antes de pasarle el odre de agua a Iven.

—Vengo de Uddla. Os he estado siguiendo. Vi lo que hiciste por él y... no me gusta la ciudad, no esa. Hace tiempo que deseaba salir de allí. Pensé que podría acompañaros.

Todos intercambiaron miradas de extrañeza, hasta que Eadgard sonrió de forma cáustica e hiriente.

—¿Y qué te hizo pensar eso? —lo interrogó con violencia— ¿Crees que nos gustaría acompañarnos por unapestoso como tú?

—Yo soy... —titubeó.

—¿Qué?

—... como vosotros.

—¿Cómo nosotros?

—Sí. Ya sabes... Yo también soy un... un marcado. No sé por qué, pero lo soy. Es una cosa extraña, pero así es, desde que tengo recuerdos.

—¡Ja! —rio Eadgard—. Tú no eres como nosotros. No eres más que un sucio mendigo. Márchate, podrido, tu hedor me revuelve las tripas.

—Me llamo Swerd.

—¡No me importa cómo te llamas! —exclamó—. Eres unapestoso y no te quiero cerca de mí. ¡Fuera de aquí! ¡No nos sigas más!

Con estas últimas palabras dio una patada en tierra y una nube de piedra y polvo golpeó a Swerd. Después se alejó unos pasos sin apartar la mirada de él, como una medida intimidatoria que mantuviera al chico alejado de ellos. Iven dio media vuelta sin abrir la boca, mientras que Perro gruñó y levantó una garra amenazante antes de continuar por el camino. El sucio muchacho se quedó allí sentado, con las piernas recogidas contra el pecho y el gesto contrariado y abatido, hasta que los otros desaparecieron a lo lejos.



No pensaba volver a Uddla. Se había prometido que no regresaría jamás, nunca jamás; no más noches oculto entre desperdicios, no más ratas, no más pedradas y carreras desesperadas para salvar la vida, no más rechazo, no a los insultos. No a la vida en la basura de aquellos que lo odiaban. Swerd apoyó la frente en las rodillas. Visto así parecía un montón de harapos sucios, manchados, desgarrados por dentro y por fuera. Un guiñapo abandonado en el camino. El cielo se había cubierto otra vez. Miró arriba y sus ojos de ratón fármico reflejaron el cielo cubierto. Quizá sí lloviese antes de la noche.

Eadgard y los otros volvieron sobre sus pasos y se desviaron en una senda que tomaba la dirección que creyeron adecuada para dirigirse al este. De vez en cuando se detenían para comprobar que Swerd no los seguía, esperaban un rato y continuaban la marcha. Perro se plantaba sobre alguna roca, arrugaba el gesto y olisqueaba en busca de aquel hediondo personaje, aunque el viento soplaba desde poniente y era casi imposible captar ningún rastro, por muy intenso que fuera este.

Caminaron en silencio durante las primeras horas. Iven siempre a la espalda de Eadgard, que caminaba cabizbajo y meditabundo. Perro correteaba a un lado y otro, persiguiendo liebres hasta su madriguera. De vez en cuando desaparecía entre los arbustos, pasaba un buen rato y los alcanzaba al trote, jadeando, miraba a todas partes y se adelantaba hasta el próximo recodo del camino. Gracias a él encontraron una poza de agua limpia donde rellenaron el odre de agua y se refrescaron. A lo lejos, el sol se sumergía en la tormenta, cada vez más cercana, de forma que la oscuridad comenzó a asediarlos.

—Deberíamos buscar un refugio —sugirió Iven con un hilillo de voz.

Eadgard levantó la mirada. Tenía el gesto ceñudo y malhumorado. Pero no dijo nada, se quedó tendido sobre una roca y bostezó.

—¿Qué quieres decir? —masculló con seriedad.

—Solo digo que pronto lloverá y...

—Te crees muy sabio —lo cortó, escupiendo su grosería—. Ya sé que lloverá y también sé que pronto caerá la noche y no tenemos un lugar en que cobijarnos. Deberías proponer soluciones en lugar de quejarte como una vieja.



—¡Yo no me quejo! —saltó Iven.

—No haces más que quejarte —replicó Eadgard y lo señaló con el dedo—. Desde antes de llegar a Uddla. Todo te parece peligroso y amenazador. Tiemblas como un flan. Por favor —rio y puso los ojos en blanco—, he visto niñas más valientes que tú.

Iven se mordió el labio inferior y bajó la mirada. Estaba acucillado con los codos sobre las rodillas y la capucha, como siempre, cubriendo su rostro y camuflándolo en la tiniebla.

—Me preocupa saber a dónde nos dirigimos —masculló en un gesto insatisfecho.

Eadgard se puso en pie, casi de un brinco, y dio dos grandes zancadas hacia Iven. El ladronzuelo, asustado, abrió mucho los ojos y cayó hacia atrás. Incluso Perro, se incorporó al ver la reacción de su nuevo amo.

—¡A ninguna parte! —gritó al tiempo que lo cogía por la capa y enfrentaba sus rostros. Iven pataleó, tratando de escapar, pero desistió y se quedó quieto, con los ojos abiertos como platos y una disculpa temblorosa—. Vamos a ningún lugar. No hay una meta. Nadie nos espera y si llueve nos mojaremos porque no tenemos refugio. Ve acostumbrándote porque es lo que hay. Y si vas a continuar quejándote más te vale dar la vuelta y marcharte con el podrido. No te necesitamos. No eres tan importante.

Los ojos de Iven se llenaron de lágrimas que no llegaron a derramarse. Desvió la mirada y se encontró con Perro, que había escuchado todo, con una mirada lobuna vacía de afectación. Eadgard lo observó con desprecio y lo arrojó contra la roca.

—Ya sabes cuál es el camino —concluyó, inclinando la cabeza a un lado y las piernas abiertas, hincadas en el suelo—, tú eliges la dirección.

Dio media vuelta, cogió el hatillo y el odre, hizo una señal a Perro y se pusieron en marcha, dejando al muchacho junto a la poza, con la única compañía del arremolinado viento otoñal. Un centenar de pasos después los alcanzó a la carrera y, sin decir nada, se puso a su espalda. Eadgard sonrió cuando lo escuchó acercarse, miró sobre el hombro y le lanzó las provisiones y el odre de agua. Iven cargó el hatillo a la espalda y lo siguió hacia la creciente noche.



La lluvia llegó como una fina caricia de humedad en el rostro. Para cuando los primeros truenos resonaron y brazos eléctricos abrazaron las nubes, ya estaban empapados de pies a cabeza. Los campos a su alrededor eran una sucesión de colinas de hierba baja, sin un árbol o un repecho del terreno en que cobijarse. Así que continuaron su camino a pesar de los envites de un vendaval bravucón y traicionero que los agotó hasta la extenuación.

Crecida la noche, Eadgard pensó que no podrían avanzar más. Iven, que no había pronunciado una palabra desde la tarde, desaparecía entre los pliegues de su capa y jadeaba, encogido y abrazado al hatillo. Él mismo se encontraba débil y cansado. Las piernas le dolían casi tanto como los pies y el agua había reblandecido sus carnes de tal manera que se sentía fofo y gelatinoso. Incluso Perro, a pesar de tener una energía envidiable, había abandonado sus incursiones y se mantenía a su lado, calado hasta los huesos.

A pesar de todo, cuando ya no parecía haber otra solución más que esperar el amanecer bajo la lluvia, se vieron acompañados por muros de piedra que delimitaban bancales de tierra labrada. No todo eran prados yermos y salvajes, y la posibilidad de un lugar seco y cálido les dio renovadas energías. Perro desapareció por delante y ellos aceleraron, entre jadeos, escupiendo el agua que resbalaba por sus caras. Habían pasado horas y los músculos estaban tensos y cercanos al calambre, necesitados de un descanso.

—Por fin —musitó Eadgard al ver las luces.

Era una granja pequeña. Unos pocos edificios encalados, de techumbre de paja y piedra, alrededor de un granero y varios corrales. La cálida luz que escapaba por pequeños ventanucos hería la oscuridad alrededor con su familiar llamada. Los tres intercambiaron miradas de indecisión antes de volver a escudriñar el trasiego casero de aquellos extraños. Ninguno dio un paso al frente a pesar del calor que añoraban. Volvieron a mirarse en silencio, aunque compartiendo un pensamiento. Tres extraños, con su aspecto sucio y desaliñado. El cuerpo deforme de Perro, su rostro salvaje. La enfermiza mirada de Eadgard y su pecho huesudo, los brazos como los exiguos apéndices de un muerto en vida. Iven, cubierto con la capucha, oculto en la sombra.

Eadgard desvió la mirada y dio con el puño en la mano izquierda. Después señaló con la barbilla a un lado del camino. No era lo que



deseaban, ni siquiera se acercaba, pero la tormenta crecía sobre ellos y les empujaba a cualquier cosa, especialmente si tenía techo.

El agua golpeaba con fuerza las paredes del cobertizo y se colaba con cada ráfaga de viento por el único ventanuco. La paja estaba seca en su mayor parte, aunque apestaba a ganado y polvo. Hubiese sido mucho mejor encender un fuego y calentarse el cuerpo, pero habían decidido pasar inadvertidos, así que se quedaron callados, tiritando en la oscuridad.

Perro se había acuclillado en la puerta, la vista puesta en el exterior. De vez en cuando, un relámpago silencioso iluminaba su rostro atento y los ojos le refulgían fugazmente. Vestía tan solo un calzón largo, y la densa pelambreira de sus fornidos hombros parecía tan sólida como el acero de una armadura. Se mantuvo inmóvil durante mucho rato, tan solo escrutando cada movimiento a lo lejos, escuchando entre los sonidos de la tormenta.

Por otra parte, Eadgard e Iven se habían acurrucado en el montón de paja, el uno frente al otro. El joven ladrón tenía las rodillas atrapadas entre los brazos, con la espalda contra la pared. Eadgard no podía verle con claridad, pero sabía que tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en ningún lugar. Eso era lo habitual en él.

—Deberías descalzarte —rompió Eadgard el silencio—. Tus pies se secarán antes si te quitas las botas húmedas.

Iven no respondió pero, tras un instante, escuchó cómo se movía y dejaba a un lado las botas. Después se acomodó en el montón de paja y estiró las piernas bajo la capa.

—No sé adónde vamos —continuó hablando Eadgard tras presentir la mirada de Iven en la oscuridad—. Todavía no tengo un destino para nuestro viaje. Aunque supongo que lo mejor será ir hacia el sur y cruzar el paso de Baut Hum. Después podríamos viajar alrededor del Nam al Shari, el gran mar dulce. Pasar cerca del bosque de Rim, hacia el imperio. Allí nos olvidaremos del frío y la lluvia. Siempre hace buen tiempo en el sur.

Se detuvo y tomó aire. Esperó alguna réplica y estudió en la oscuridad lo que pensó era el rostro de Iven. Sintió que el despecho ardía en su garganta en forma de enojo. No le gustaba comenzar una conversación y ser ignorado. Pero, en el momento en que apretaba los dientes, Iven murmuró algunas palabras.



—Nunca he estado en el sur —dijo—. Nunca he estado en ninguna parte.

Eadgard sonrió ligeramente y sorbió los mocos.

—Yo he estado en muchas —replicó— y no te pierdes demasiado. La gente siempre es igual. Solo son personas con un mismo rostro. Todos iguales. Pasan por delante de ti durante un instante y después desaparecen.

Hubo un silencio duro, expectante, en que el rostro del ladronzuelo le pareció una sombra sin facciones, casi un deforme fantasma.

—Cuanto más amable eres, cuanto más tratas mejor a los otros, más intentan aprovecharse de ti. Así funcionan las cosas. La gente no desea buenos modales, ni un trato correcto; no esperan sonrisas o palabras cordiales. Bajan la cabeza y te ignoran, como un desfile de caras largas que viven su vida ajenos a todo. No se puede ser bueno con ellos, no porque no lo merezcan, eso me trae sin cuidado, sino porque no quieren otra cosa que rudeza y castigo y dolor. Eso es lo que utilizarán contra ti, como el filo de un cuchillo, tus buenas intenciones serán el arma con que te cortarán el cuello. No se puede ser amable, no se puede. Ese es el mayor error en este mundo. Lo mejor es dejarlos pasar, que se vayan bien lejos. Para eso sirven las personas, para olvidarlas. De otra forma se acaba muerto o peor.

—¿Hay algo peor que la muerte?

Eadgard ahogó una risa llena de sarcasmo.

—Hay muchas cosas peores que la muerte —dijo. Perro se dio la vuelta y lo miró fijamente—. De hecho hay una cosa, en especial, que es mucho peor que la muerte. —El silencio se iluminó con un relámpago y Eadgard esperó al retumbar del trueno para continuar—. El dolor; el dolor es mucho peor. Algún día te darás cuenta de que prefieres morir a sufrir. Cuando llegue ese día, cambiará todo. Dejarás de ver a los hombres como amigos y estarás solo. Recuerda al apuesto que encontramos en el camino. ¿No piensas que desearía estar muerto antes que continuar viviendo con su propio hedor a cuestas? En algo tenía razón el mugroso, es igual que nosotros en una cosa: la soledad. No importa de cuántos te rodees, siempre se está solo. Es algo que no puede evitarse, igual que el dolor.

Eadgard detuvo sus palabras, y el desprecio que sentía por el mundo se quedó pendiente de los labios. Los tres se volvieron hacia la



puerta. Las ráfagas de lluvia barrían la noche frente al cobertizo. Perro brincó hasta el umbral y escrutó la oscuridad. Eadgard sabía lo que había escuchado y, a juzgar por el tenso silencio, también los otros compartían su intuición. En la distancia se escuchaban ladridos, la señal de alarma de un perro guardián que desaparecía bajo la tormenta.

—Hay alguien alrededor de la casa —dijo Perro—. Veo hombres que van de un lado a otro.

—¿Muchos?

—Por lo menos diez... quince.

Eadgard apretó los dientes y golpeó varias veces la paja con el puño. Se obligó a pensar con rapidez. Podían ocultarse en el cobertizo y esperar que pasara la noche, pero, en ese caso, a la mañana siguiente los hombres seguirían allí, fueran quienes fuesen, y sería más complicado escapar a la luz del día. Por otra parte, podían abandonar el cobertizo y escabullirse en la tormenta. Para el amanecer estarían lejos, aunque correrían el riesgo de toparse con ellos en la oscuridad. Un grito femenino lo sacó de su pensamiento y escupió una maldición.

—Han sacado al granjero y su familia —anunció Perro—. Los tienen frente a la casa. Los hombres están a un lado. Los han tendido en el suelo.

Eadgard e Iven saltaron junto a él. Más allá de los bancales, frente a la granja, la penumbra se abría a la luz de dos faroles. Se adivinaban siluetas cuyas sombras se proyectaban contra los muros encalados en forma de monstruosas criaturas. Atrapados entre las siluetas y su proyección en los muros se encontraba un grupo de personas, mujeres y niños, abrazados, suplicantes. De vez en cuando se escuchaban las voces y algún lloro. Otros entraban y salían de los edificios, las ventanas se iluminaban y, en su interior, golpes, vidrios rotos y más gritos.

—Están saqueando sus casas —murmuró Perro con la voz confundida en un sordo gruñir.

—¿Quiénes son? —preguntó Iven.

—Quién sabe... —respondió el recio hombre tras encogerse de hombros y ladear la cabeza—. Quizá son mercenarios, desertores. Quizá ambas cosas. Soldados huidos de la guerra. O simplemente cumplen con su trabajo. En tiempo de guerra se puede coger cualquier cosa que pertenezca a tu enemigo. Su tierra, su comida, sus mujeres... su vida.



—Pero... —objetó Iven—. Estamos lejos de la guerra. Todavía no hemos salido de Misinia.

Un nuevo relámpago iluminó la noche; silencioso como una lengua de hielo que corta un filete de noche y derrama la sangre coagulada sobre los presagios de diminutos y débiles hombres. Los tres continuaron durante un momento más, eterno y pesado, observando el ir y venir de aquellos asaltadores nocturnos.

La lluvia amainó poco a poco y se convirtió en un intermitente y disperso goteo. Los truenos eran un ronroneo lejano y, las voces se escucharon con claridad. Comenzaron a amontonar algunos barriles y grandes fardos con mantas y lonas. Ahora podían ver mejor la escena. Podían ver que no llevaban uniforme, ni siquiera iban armados más que con garrotes y varas.

—Esos no son guerreros —afirmó Perro—. Más parecen campesinos o pordioseros.

Eadgard se mantuvo observando lo que ocurría frente a la granja. Las pocas posesiones que los asaltantes encontraban de utilidad eran amontonadas en el fango. De repente una de las mujeres chilló. Dos hombres la alzaron en volandas y la metieron en uno de los edificios. Ella estiraba los brazos y se agarraba al suelo, al aire, a su propio terror, a cualquier cosa que sirviera de refugio. El resto del grupo se agitó en un histérico llanto. Los niños saltaron a los brazos de las madres y uno de los hombres trató de ponerse en pie, pero una lluvia de golpes y cachiporrazos le devolvió el rostro al barro. Eadgard escuchó el sonido de las varas, rompiendo el aire, y el chapoteo del cuerpo contra el suelo.

—Solo son ladrones —dijo tras cavilar un rato—; mejor para nosotros.

Iven se giró para mirarlo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Eadgard se pasó la lengua por los dientes y movió la cabeza a los lados con un gesto ofendido.

—Nada —respondió—. ¿No escuchas cuando hablo? No es asunto nuestro.

—Pe... pero.

—¡Basta! —contuvo un grito Eadgard—. No quiero morir apaleado por defender a un paleta y su familia de una turba famélica.



No es asunto nuestro. Todavía nos queda noche por delante. Además, se supone que eres un cobarde. ¿Ahora deseas ser un héroe? Los héroes mueren de formas estúpidas y después son recordados por idiotas mayores que ellos, capaces de creer cualquier historia. No voy a morir por nadie. Será mejor que descanses si quieres recuperar las fuerzas.

Con esas palabras dio la espalda a la puerta del cobertizo y volvió a su hueco en la paja. Iven lo observó un momento más, pero un nuevo y agónico grito le devolvió la atención a lo que ocurría en el exterior. Eadgard se tumbó de costado, con los ojos abiertos, concentrado en el lento gotear de la humedad desde el tejado. No escuchó nada del exterior. Cruzó los brazos y apresó las manos bajo las axilas, con la esperanza de entrar en calor y dormir, pero tan solo consiguió una dolorida modorra.

Sintió cómo la lengua se le volvía áspera y amarga, al tiempo que una tos seca le nacía de la profundidad bronca del pecho. Los ojos le ardían, mientras que el resto del cuerpo era un carámbano blando. Le asaltaban recuerdos y momentos de los últimos días que venían a él de forma desordenada, convertidos en imágenes carmesí de un pasado que le parecía tan ajeno como lejano. El rostro de Mina se esfumaba con la siniestra risa de Rághalak y el sonido del metal penetrando en la carne, partiendo los huesos de su macilento cuerpo. De repente sintió un pánico atroz y recordó la forma en que Arnos era devorado por la hierba que crecía a sus pies. Recordó la fuerza y el poder, y cómo una energía inimaginable ascendió desde la tierra, a través de su cuerpo. Había placer y dolor en todo aquello, por eso escuchó sus propios gemidos al retorcerse en su lecho de paja. Hasta que las uñas se clavaron en su carne y lo zarandearon con suavidad.

Se incorporó con una exhalación. Abrió mucho los ojos pero no pudo ver nada. Se encontró cubierto de sudor; la cabeza embotada y ardiente. La oscuridad se volvió penumbra y vio el feo rostro de Perro frente a él. De todas formas, todavía confundido y jadeante, miró alrededor para asegurarse que continuaban en el cobertizo.

—Vienen hacia aquí —murmuró Perro.

—¿Qué? —preguntó él, pero apenas se entendió nada más que un graznido. Tenía la voz rota y rasgada. Tragó saliva y ahogó un quejido dolorido—. ¿Quién viene?



Perro lo contempló con extrañeza, todavía tenía la mano sobre su hombro.

—¿Estás bien? —lo interrogó tras ladear el rostro—. Pareces enfermo.

—Estoy bien —escupió él y apartó de un golpe el brazo de Perro—. ¿Quién viene?

—Algunos de ellos, y traen al granjero y los suyos maniatados —explicó Perro, aunque Eadgard se había incorporado y saltado hasta la puerta.

—¡Maldita sea! —exclamó con la voz contenida.

Hontar tenía razón, unos pocos de los asaltantes se acercaban al cobertizo con el granjero y dos hombres más, uno de ellos inconsciente, llevado a rastras en último lugar. Apenas se encontraban a veinte pasos de su escondrijo. Eadgard se atragantó y sintió que se mareaba. Abrió mucho los ojos y un escozor febril le arañó el rostro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Iven, preso de la urgencia.

Eadgard masculló un insulto y cayó hacia atrás al tiempo que un temblor lo sacudía. Perro lo cogió por el brazo y trató de incorporarlo, pero él se apartó violentamente, se puso en pie, renqueando, y apoyó la espalda contra el muro.

—Vamos a tener que luchar —anunció, tomó aire y recuperó el aliento de forma entrecortada—. Y eso significa que hay que matar a esos hombres, porque ellos no van a tener piedad de nosotros. Si tienen la oportunidad nos apresarán, nos tratarán como animales y nos exhibirán frente a los suyos. —Perro enseñó los dientes y cerró las garras mientras que Iven escuchaba con la boca abierta—. Salgamos a por ellos y los pillaremos por sorpresa. Yo me encargaré de los que estén cerca de los arbustos de la izquierda y vosotros de los otros. Esperad mi señal.

Iven y Perro asintieron, el uno con un gruñido y los músculos palpitantes y en tensión; el otro arropado en su propio gemido, desenfundado el cuchillo con pulso trémulo.

Se desplegaron junto a la puerta, tras la opaca cortina de oscuridad. Eadgard afianzó los pies en el suelo y, al sentir la paja húmeda y los guijarros, recordó que estaba descalzo y su cuerpo, débil y dolorido, atacado por la enfermedad. Acarició la yema del pulgar con el índice y fijó la vista en los arbustos que crecían a un lado del sendero.



Trató de contener el latido de su corazón. Se humedeció los labios y respiró por la nariz. Vio la tierra húmeda, los charcos y la noche reflejada en su superficie. Vio los hilos invisibles que unían todo; la piedra, el barro, el agua, el aire, los hombres que avanzaban hacia ellos y el fuego que transportaban. Retuvo el aire en sus pulmones cuando todo se volvió uno. Un momento de unión mística solo para él.

En realidad no dio ninguna señal. Todo comenzó como un relámpago de la pasada tormenta. En apenas dos pasos había llegado hasta las matas de espino, pero no le hizo falta tocarlas para producir la reacción que había esperado. Los arbustos se retorcieron cual centenar de brazos esqueléticos, poseídos por una furia ausente de clemencia alguna. La ola de ramas y hojas atrapó a dos de los hombres y los arrastró a un amasijo de nudosos tallos. Había gritos y aullidos de dolor en lo profundo de la frondosa mata. El resto de hombres saltaron a un lado, espantados y, tras un segundo, se lanzaron a las ramas, dando golpes, tratando de abrirse paso para liberar a sus compañeros. Entonces, aparecieron Perro e Iven, y saltaron sobre ellos.

Los prisioneros habían quedado con la expresión aterrada, rodillas en tierra, el gesto presa del pavor, entre un monstruo de ramas, raíces y hojas, y un hombre deforme y cubierto de pelo.

El primer golpe de Perro desgarró la garganta de un boquiabierto vagabundo que aguantaba en sus manos una antorcha y una estaca puntiaguda. Después saltó por encima de los prisioneros y derribó a otro hombre, que hincó el rostro en el fango. Iven, por su parte, corrió a un lado y acuchilló por la espalda a un hombre fornido, gordo y con una poblada barba, que atacaba, sin demasiado éxito, a la revivida mata frondosa de retorcidos brazos fibrosos.

El hombre golpeaba las ramas con su vara y rugía de forma rabiosa, tratando de evitar la hidra vegetal que estrangulaba a sus compañeros. Sin embargo, al sentir el cuchillazo de Iven dio media vuelta y se enfrentó al pequeño ladronzuelo con su furibundo aspecto. Iven se encogió frente al tamaño del hombre y se preparó para esquivar la vara con más suerte que acierto. Sus pies resbalaron en el fango y dio con las nalgas en el suelo. La vara pasó, cortando el aire, sobre su cabeza, y él se escabulló reptando hacia un lado. A ojos del gigante barbudo, Iven había desaparecido y frente a él solo quedaba un despistado Eadgard que se concentraba en la masa de ramas y raíces vivientes.



Los arbustos obedecían sus pensamientos como parte de sí mismo. Sonrió lleno de placer cuando, con un gesto, los brotes se convirtieron en tallos verdes y, después, en ramas de corteza dura que se enroscaban en los miembros, desgarraban la piel y penetraban la carne. Un grito se volvió gorgoteo en una explosión sangrienta cuando los cuerpos fueron desmembrados. Sin embargo, se encontraba cansado y falto de energía. Las rodillas le flaquearon, los párpados le vencieron un instante, un parpadeo, lo suficiente para no ver venir el garrote, directo a su cara, y encontrarse en el suelo, cubierto de sangre.

El golpe fue tan fuerte que todo se quedó en silencio. Eadgard cayó de espaldas, aturdido entre destellos cegadores. Sentía un dolor abrasador en la cara, como si un hierro al rojo le chamuscara la carne. Se llevó los dedos al rostro y sintió una punzada que le hizo gritar. Tenía un corte abierto desde la frente hasta la barbilla, y todo el lado derecho le palpitaba y se hinchaba por momentos. Cuando la nube de claridad se evaporó y pudo ver de nuevo, el hombre se había colocado sobre él y levantaba la estaca para darle el golpe de gracia. Eadgard no hizo nada. Sintió el corazón batir tras sus ojos. Los dedos arañaron la tierra húmeda.

En ese momento, una sombra saltó sobre el hombretón y este se tambaleó a un lado. Una criatura desaliñada y sucia comenzó a golpearle al tiempo que se aferraba a su cuello. Eadgard, que había quedado un instante estupefacto, se incorporó justo cuando el hombre se sacudía al molesto y menudo atacante. Tras un manotazo, Swerd voló por los aires, pero cayó con una ágil pirueta y se dio la vuelta para observar los efectos de su ataque.

Eadgard había ganado tiempo con la aparición de Swerd, aunque no mucho, y todavía se sentía mareado y aturdido. Al ponerse en pie se tambaleó y estuvo cerca de caer de nuevo. Trastabilló hasta la pared del cobertizo y se apoyó contra la piedra. Pensó que iba a desmayarse, que no podría escapar, y por el rabillo del ojo observó como el hombre recogía su vara y fijaba en él su atención al tiempo que mostraba los dientes, rabioso. Perro, al fondo, golpeaba a otro de ellos, mientras que los demás corrían hacia la granja. Él sonrió, extenuado, sobrecargado por la impotencia.

El hombre dio un paso hacia él, pero su rostro pasó en una exhalación de la furia al terror. La vara afilada que utilizaba como arma es-



taba cubierta de un moho velludo y blanquecino. La arrojó al instante, al comprobar que la putrefacción corría por sus manos. Comenzó a gritar y retorcerse y rascarse el cuello, la espalda, el pecho. La piel se le volvió gris, con motas y ronchas secas que se agrietaban. Miró hacia Swerd, que observaba acucillado toda la escena, y salió corriendo tras sus compañeros, agitando los brazos y aullando, espantado.

Hubo un instante de silencio en que todos los que quedaron frente al cobertizo intercambiaron miradas de alivio y sorpresa. Perro corrió hasta Eadgard y lo ayudó a incorporarse mientras Iven cortaba las ataduras de los campesinos.

—Gra... gracias —masculló el granjero con la voz trémula—, gracias, gracias, gracias.

Repitió aquella palabra todo el tiempo, mientras recogía con la ayuda del otro, mucho más joven que él, al que todavía yacía tendido inconsciente. Era un hombre delgado y nervudo, con una barba cana y los ojos saltones y redondos. A lo lejos se escuchaban los gritos y se agitaban algunos faroles frente a la casa. Perro saltó sobre el muro de piedra y oteó en la distancia. Gotas de sangre resbalaban en su barbilla y teñían sus dientes de bermellón.

—Se marchan —dijo con hambrienta satisfacción en la voz—. Huyen despavoridos.

El granjero se alejaba sin desviar su atención de sus rescatadores y, desde el rabillo del ojo, les dirigía una mirada llena de pánico. Su sobresalto fue mayúsculo cuando Perro saltó frente a él y les cortó el camino de vuelta.

—¡Un momento! —dijo en un rugido. Ambos hombres contuvieron un grito y casi dejaron caer al tercero que transportaban de mala manera—. ¿Quiénes eran esos? ¿Ladrones? ¿Tienes problemas con tus vecinos?

El viejo tragó saliva y levantó una mano temblorosa.

—Eran... eran aukanos —dijo—. Aukanos huidos de Uddla. No son bienvenidos allí.

Perro miró sobre el hombro hacia Eadgard y gruñó de forma amenazante. El granjero cabeceó y se alejó sin darles la espalda, tirando del cuerpo del que parecía su hijo y musitando disculpas y agradecimientos.

—Nada bueno sale de Uddla —dijo Eadgard, sonrió a Perro



pero se contuvo al sentir el rostro abotargado y dolorido. Acercó la mano y sintió el calor ardiente aun sin tocar la carne. Después miró hacia el pequeño pordiosero que esperaba acucillado a un lado—. Muy oportuno, Podrido. Nunca pensé que podría agradecerle a alguien su falta de higiene. Puedes venir con nosotros, pero mantente alejado de mi olfato. Vayamos a la granja, nos irá bien algo de comida caliente y descanso.

Caminó con dificultad hasta Perro y se agarró a su fornido brazo. Iven, todavía contemplaba los arbustos, ahora quietos, apenas acariaciados por la brisa nocturna y cubiertos de sangre y restos humanos. Cogió el farol del suelo, se acercó a Eadgard y le ofreció el brazo como apoyo, pero este le dirigió una mirada llena de rabia desde su ojo magullado que le hizo dar un respingo y quedarse atrás. Swerd pasó a su lado, con una sonrisa jovial y los andares saltarines.

Cuando llegaron al claro frente a la casa principal ya los estaban esperando. Las mujeres habían desaparecido en el interior y el viejo permanecía en pie, con el otro hombre joven a su lado. Tenía el rostro duro y arrasado por el agotamiento, pero no podía disimular la flojera de las rodillas y la debilidad de su espíritu. Ellos llegaron sin decir nada. Eadgard ya había visto otras veces aquellos ojos que rezumaban acusación y vergüenza a partes iguales; un espejo en el que verse reflejado y sentir el rechazo.

En el suelo, el cuerpo del grandullón barbudo que lo había atacado con la estaca todavía se agitaba moribundo. La carne corrompida y la piel descolgada, podrida y viscosa. Todo el cuerpo se le había cubierto de líquenes y pequeños hongos, y de la abertura que una vez fue una boca surgía un débil quejido. Perro miró a todas partes, para asegurarse que los asaltantes habían dejado el lugar, mientras que Eadgard caminó a trompicones, los tobillos tuertos, sembrados en el barro, hasta ponerse frente al viejo y esperar en silencio. Tenía el rostro magullado, deforme, y un corte atroz de casi un palmo lo recorría perpendicular a la boca, como una fruta madura que muestra su pulpa. El viejo apartó la mirada hacia el roto quejido del hombre moribundo y su labio tembló con un suspiro descorazonado.

—Ha sido una mala noche para mi familia. Nos habéis salvado. Ya os he dado las gracias... —dijo el granjero. Cerró los puños y tragó saliva tras escuchar su propia voz, reafirmandose en su postura.



—Lo escuché la primera vez. —La voz de Eadgard sonó débil.

—Pero siento no poder ayudarlos. Nos han robado todo —explicó con el llanto contenido—. Mi hijo está malherido y... mi nuera... mi...

—Solo quiero algo de comer y...

—Te daré lo que quieras —lo interrumpió—, cualquier cosa que me pidas, pero marchaos. Salid de aquí y... —Tragó saliva de nuevo—. No volváis.

Eadgard sonrió y a sus labios asomó la húmeda ironía empapada de amargura y desprecio. Una de las muchachas salió por la puerta con un fardo con mantas y algunas viandas.

—No sois... —el hombre se hinchó lleno de valor— como nosotros. Marchaos.

La muchacha dejó el fardo a sus pies. Antes de volver a la seguridad de su hogar miró el rostro herido de Eadgard. Sus ojos irritados y febriles encontraron sus pupilas. No era hermosa, pero sí joven, y en su mirada había temor, mucho miedo. Algo que tardaría en olvidar, o que quizá recordase toda la vida. Tal vez el recuerdo de Eadgard, con el rostro magullado y deforme, sucio y hambriento, la perseguiría en forma de pesadilla por el resto de sus días. Eso le hizo despreciarla. Sintió deseos de acabar con todos, de matarlos sin remordimiento alguno. De todas formas, era indudable, cierto hasta la ofensa; no eran como ellos.

Con un leve movimiento de su diestra el cuerpo del hombre que yacía tendido se agitó presa de nueva vida. El moho creció de manera salvaje, tal que un velludo manto oscuro que esfumó cualquier apariencia humana. La carne se rajó por el agitado baile de centenares de gusanos blanquecinos y un río de humores malolientes se vertió a la tierra. Crecieron hongos que formaban pirámides viscosas y, en un efervescente gorgoteo, el cuerpo se transformó en una masa gelatinosa en descomposición.

La muchacha se llevó las manos a la cara y trató de gritar, pero no pudo más que darse la vuelta y arrojarle a los brazos del granjero que miraba todo con ojos enloquecidos. Los tres retrocedieron sin apartar la vista de aquellos extranjeros salidos de la tormenta.

—¡Marchaos! —gritó el granjero, abrazado a su hija y retrocediendo a la falsa seguridad de su hogar asaltado—. ¡Marchaos! ¡Marchaos!



Eadgard, como siempre, sangró por la nariz. Dio media vuelta e hizo un gesto para que Iven cargase el hatillo. Perro aulló de forma salvaje, desafiante hacia los temerosos humanos que se protegían tras una débil puerta de madera. Swerd todavía miraba el cuerpo descompuesto del hombre que había atacado. Aquello era poder, sí, poder verdadero. Mostró los dientes en una mueca de satisfacción y sonrió a Eadgard.

CAPÍTULO 17



abes que no es cierto lo que dije.

Trisha le abrochó los últimos botones de la chaqueta y la miró a los ojos. Kali todavía tenía ese gran vacío desamparado en la mirada, dolido y orgulloso al tiempo, de la misma forma en que se mezclan los colores en un pincel, como líneas rotas y salpicones nacidos de recuerdos antiguos. No respondió, tan solo apretó los dientes y miró al suelo.

—No voy a dejarte con ese monje —continuó Trisha en baja voz y sonrió, buscando su complicidad.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

—Tenía que engañarle. Ya te lo dije. Era la única manera de conseguir su apoyo cuando todos se enterasen de que voy tras ese monstruo de Geronte —explicó con suavidad—. Solo era eso, una mentira para continuar juntas.

—Podrías haberme avisado —murmuró Kali.

Trisha se encogió de hombros, solo un poco, y acarició las mejillas de Kali.

—Ya hemos hablado esto. Lo siento mucho, pero era lo mejor. Ese Anair es muy inteligente. No hubiese creído que habías aceptado quedarte a su cargo sin ninguna oposición. Él se sorprendió tanto como tú.

—Deberías haberme tenido en cuenta.

—Pero... —contuvo una exclamación—. ¿Por qué dices eso? Yo te tengo en cuenta.

—Y, a pesar de todo, no me dijiste nada.

Trisha apartó la mirada de Kali, entristecida por su dolida acusación.

—Por lo menos has conseguido lo que querías —continuó Kali—. ¿Qué harás cuando lo encuentres? A Geronte, quiero decir.

La mujer suspiró, se hizo a un lado, cogió las manoplas de piel y las enganchó al cinto de Kali.

—Hace mucho que voy tras él. Quizá demasiado. —Sonrió, inclinando la cabeza, resignada—. La verdad es que no esperaba encontrarlo, o que él diera contigo, para el caso. Era como buscar el



origen de un cuento, una leyenda que muy pocos conocen en el norte. Aunque esos engendros solo pueden ser cosa suya. —Masticó sus pensamientos y lanzó sus palabras al aire, como un improvisado plan que no esperaba que llegara a cumplirse—. Debería volver al sur, a casa de mi madrina, y que ella decida lo que hacer con él. Pero...

—¿Pero?

—Me preocupa lo que vi en las murallas. —Trisha estiró la chaqueta de Kali desde los hombros y permaneció impassible un instante—. Quiero saber por qué venían tras de ti. Deberías haberme dicho que ya te había perseguido en el bosque.

—Pensé que era un sueño —protestó la muchacha—. Después del campamento en Campoalegre me refugié en el bosque. Estaba cansada y muy débil; hacía días que no comía. Encontré unos hongos y... debieron de sentarme mal. No sé. Quizá pensé que había sido eso. ¡Estaba enferma! ¿Cómo iba a saber quién era Geronte? Yo solo corrí y escapé. Cuando desperté estaba con Tull y Suave en una cueva y ya no volví a ver esa cosa.

—No debes tener miedo...

—¡No tengo miedo! —saltó Kali y se escabulló de Trisha, interponiendo la distancia de un paso entre ellas—. Hay que afrontar las cosas tal y como vienen. Así es. Eso decía mi padre.

—Kali... —murmuró la mujer al tiempo que trataba de acercarse y tomarla por los hombros, pero ella le dio un manotazo y, de nuevo, se alejó.

—Hace dos semanas era la hija de Jared, el cabrero —parecía más mayor cuando se alteraba de aquella manera—, vivía en Bruma y no tenía a nadie más que a mi perro. Ahora estoy... —Se trabó y miró alrededor—. Ahora estoy aquí y...

—Estás conmigo, Kali —dijo Trisha y, por fin, llegó hasta ella y la albergó en su pecho.

—Hay que afrontar las cosas tal y como vienen —murmuró la chiquilla mientras Trisha entrelazaba los dedos en su pelo.

Se quedaron un buen rato quietas, sin decir nada, abrazadas en el centro de la habitación. Kali con la vista perdida y una temblorosa arruga en los labios. ¿Qué pretendía decir su padre con aquellas palabras? Hay que afrontar las cosas. En sus lejanos y casi perdidos recuerdos, su padre la tenía sentada sobre las rodillas y, con un dedo en alto agitado frente a su cara, escupía su farfulla ebria: «No siem-



pre puedes elegir tu destino, unas veces está en tu mano, otras se convierte en algo incomprensible que tienes que aceptar. Hay que afrontar las cosas, porque nada va a cambiar la realidad por ti». Sin embargo, al rato, se derrumbaba sobre la mesa y ella se encontraba sola, agazapada en su jergón, escuchando sus lamentos y quejidos alcohólicos. Entonces él se volvía y, al resplandor del fuego, Kali descubría sus ojos húmedos, ahogados en rencor y odio, y se ocultaba bajo la manta esperando no despertar.

Aunque despertaba y volvía a la cabaña, al pastoreo con las cabras, al bosque con *Chacal*, a los niños que la rehuían y las comadres y sus murmullos malintencionados. Ella no quería aceptar esas cosas. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía aceptar los ojos del inquisidor sobre ella? Desde aquel día junto al olmo muerto, desde que el rayo azulado cayó del cielo, todo había cambiado. Aceptar le sonaba a olvidar, a dejar todo lo ocurrido. El don de la muerte, los monstruos que la perseguían, la guerra. Kali parpadeó varias veces, se deshizo del abrazo de Trisha y caminó hasta el que había sido su lecho durante los últimos días. Cogió su morral de piel y comenzó a guardar las polainas de reserva, un sayo de lana y unas calzas. Aceptar era algo que su padre no había hecho nunca. ¿Por qué le exigía desde la tumba algo que él no había cumplido?

Kali se detuvo y levantó la mirada hasta el muro de piedra. Trisha estaba a su espalda, la sentía cerca. Puso una mano en su hombro y ella vio la punta de sus finos dedos blancos sobre la chaqueta.

—Kali —dijo la mujer—, todo va a salir bien.

—Vivió una vida de tristeza y culpa —murmuró Kali.

Trisha se sentó en el lecho, frente a ella y la cogió de las manos con el gesto extrañado.

—¿Quién? —la interrogó—. ¿A qué te refieres?

—Mi padre —respondió sin abandonar el refunfuño—. Quizá por eso no aceptó su destino. Quizá por eso no aceptó el sufrimiento, porque sabía que lo mataría y él quería morir. Esa es la verdad.

La pelirroja apretó con fuerza sus manos, le dio la vuelta y contempló, con una mezcla de dolor e impotencia, la expresión de Kali. Suspiró. No hizo nada más. Tragó saliva y trató de sonreír.

—Eso ya pasó. Pronto saldremos de aquí y dejaremos atrás la guerra, Dromm y los monjes.



—¿Ese es tu plan?

—Abandonaremos la ciudad y encontraremos a Geronte, después buscaremos un paso hacia el este y descenderemos el curso del río o por algún valle en dirección al sur.

—Geronte...

Trisha no dijo nada, tan solo esperó que Kali hablase.

—Si es cierto que me desea... —Se trabó y se sentó en el borde de la cama—. ¿Por qué lo hace?

—No lo sé —respondió Trisha con un hilo de voz—. Pero lo averiguaremos.

El pecho de Kali se hundió y su mirada cayó cubierta por un oscuro rencor. Torció la boca, pero no dijo nada.

La mujer la observó un momento y se humedeció los labios. La sentía muy lejos, como el agua se escapa de entre los dedos, y era un agua helada y preciosa a la vez. Podría decir la verdad, contarle todo sobre su misión en el norte. Ponerla alerta sobre Geronte, sobre el hombre vuelto brujo, monstruo y, después, leyenda. Pero eso era tan peligroso como la mentira. ¿Cómo podría aceptar que su poder la convertiría en objeto de deseo de muchos? Anair, Geronte, todos aquellos que pudiesen utilizar la fuerza destructora atrapada en ella. Pero esos pensamientos la hicieron ponerse del mismo lado de aquellas siniestras sombras que acecharían a Kali. ¿Acaso era ella diferente que todos ellos? Quizá en su propósito, en la meta, ¿pero lo hacía eso más justo y conveniente? Trisha se sintió culpable y se arrodilló frente a Kali.

—Geronte es un razaelita y también un poderoso arcani que pretendía vivir para siempre. Aunque nada dura toda la eternidad, así que intentó perpetuar su poder y maestría de la magia en sus hijos —dijo Trisha—. Sin embargo, no lo ha conseguido y, con sus conocimientos arcanos, solo ha criado engendros deformes como los que viste en la muralla. Desde hace muchos años los envía en busca de razaelitas con los que continuar sus prácticas antinaturales. ¿Sabes qué eres tú para Geronte?

Kali movió la cabeza a los lados.

—El más grande poder que ha encontrado jamás. —La voz de Trisha sonó rasgada y seca—. Lo único que puede salvarlo... o destruirlo. Lo importante es que estamos juntas, no lo olvidéis. Y que no



iremos solas. Olen y Reid vendrán con nosotras, y también algunos monjes bien armados. No debes preocuparte.

—¿Qué monjes?

—Dos hombres de Rókesby y dos de Anair —respondió con una mueca de fastidio—. El inquisidor insistió en ello. No nos quiere demasiado lejos de su control.

—Y ¿cómo piensas escapar de Dromm? Sabes que los monjes no nos permitirán abandonarlos. Nos obligarán a regresar.

Trisha sonrió y sus pómulos manchados de pecas aparecieron redondos sobre los labios. Guñó un ojo con complicidad y Kali asintió con la boca atrapada en su propia ansiedad, un gesto que tendió un puente entre ellas. Un puente invisible, quizá débil y estrecho, pero un puente al fin y al cabo, que dio vida al corazón de Trisha.

—Deja eso en mis manos —dijo la mujer.

La senda alta se dibujaba como una clara y retorcida línea que bordeaba los escarpados despeñaderos alrededor de Dromm. Habían subido hasta el Lucero y transitado por calles ganadas a la roca y pasarelas colgantes en un lugar deshabitado y casi olvidado por los ciudadanos de Dromm, el portón de hielo, también conocido como Dienteroto. La muralla, formada por enormes bloques de granito encajados tal que piezas de un rompecabezas, se volvía una con una roca puntiaguda crecida del mismo peñón sobre el que se asentaba Dromm. Un gigantesco diente de piedra apuntaba al cielo su esmalte rugoso y plomizo; un colmillo desgastado y serrado aunque todavía afilado en cuya base se abría el túnel que formaba el portón de hielo.

Los viejos secaderos y corrales de piedra habían sido abandonados hacía muchos años. Ya nadie utilizaba aquella salida trasera, convertida en una simple caries rocosa. Tiempo atrás, los pastores recorrían los valles altos para pasturar su grey con libertad, esquila la abundante lana de sus animales y secar la carne al frío viento del norte. Sin embargo, con la mejoría de los canales para regar los campos frente a la puerta sur, un nuevo cultivo había desplazado la ganadería: el grano de tabalisa era ideal para la tierra seca y fría de Dromm. Los pastores se volvieron agricultores, y los burgueses comerciantes y exportadores, y todos olvidaron los valles a espaldas de



la ciudad. La senda alta era un lugar tétrico y silencioso, una puerta trasera que nadie recordaba haber atravesado por última vez.

Cuando Kali llegó, una pequeña multitud esperaba, dispersos en grupos que charlaban en la baja voz que requiere una despedida. Se sentía embutida en la chaqueta larga que habían encontrado para ella. Era una recia pieza de cuero, muy rígido, que la protegía del frío y de la lluvia, pero que la hacía sentir encorsetada y algo inútil. El traje de viaje también incluía un gorro de lana, polainas, manoplas y unos calzones cálidos y suaves. El rubor subió hasta sus mejillas cuando todos se volvieron hacia ellas.

A un lado encontró la sonrisa de Olen, que vestía una gruesa chaqueta parecida a la suya, y aseguraba una espada al cinto. No era el reluciente sable curvo que perdió en el Kunai, pero le servía para sentirse seguro. Junto a él, el enorme Reidhachadh, en mangas de camisa, se concentraba en anudar cuerda de esparto alrededor de un bulto de lona.

—Comenzaba a pensar que no vendrías —dijo Olen. Se acercó hasta ellas, miró a Trisha y guiñó un ojo a Kali.

Ella trató de responder, abrió la boca pero sus palabras se ahogaron en la inseguridad de una sonrisa torcida. El mercenario dio una palmada en su hombro y la acompañó hasta donde esperaba el pequeño comité.

Algunos de los nobles, encabezados por el grueso Seanan Clay y representantes ante el Lucero, la observaron con una mezcla de curiosidad y desagrado, como si ella fuese la culpable de todos los males que padecía la ciudad. Dallpen Tirantes y algún ciudadano de más baja alcurnia esperaban con los ojos muy abiertos y, en un gesto irreprimible, se besaron el pulgar antes de musitar una plegaria.

El grupo formado por los monjes era, a todas luces, el más numeroso. Rókesby Tres Dedos la escrutó con su habitual mueca iracunda y el ojo sano desaparecido entre arrugas. A su alrededor, había monjes administradores, técnicos que se encargaban del funcionamiento de la casa de Dios, y también los tres representantes ante el Consejo ciudadano. Kali sintió la curiosidad en la mirada de aquellos monjes tullidos, los inquisidores armados hasta los dientes o los jóvenes novicios que murmuraban tras todos ellos. Había una expectación que no podía definir, una gélida caricia que trataba de penetrar en su



alma y descubrir algo que ni siquiera ella sabía. Y sobre todos ellos, sibilino incluso en la distancia, Anair.

El nuevo Alto Inquisidor para la Orden de Vanaiair en Dromm esperaba rodeado de sus acólitos, con las manos ocultas al frío matinal y la capucha de su túnica sobre la cabeza. Tenía la piel lechosa, como de costumbre, fina y suave, y escuchaba con un gesto reptiliano las vehementes explicaciones de algunos monjes. Como si presintiera la presencia de la muchacha volvió hacia ella sus ojos de cristal. Con un leve movimiento, todos callaron a su alrededor y volvieron su atención a Kali y Trisha cuando entraron en la plaza de la puerta.

Anair bajó la barbilla a modo de saludo y entrecerró los ojos cuando se encontró con Trisha. La mujer pelirroja lo había engañado y el inquisidor la amenazaba sin palabras, tan solo una silenciosa y cortante distancia. Después volvió sus ojos a ella, cargado de seguridad, como si todo se esfumara alrededor y Kali fuese el epicentro de sus desvelos. Había fuerza y deseo en Anair, una especie de obsesión ciega, extraña y turbadora, que asustaba a Kali y no podía entender. El monje se quedaba allí, mirándola con fijeza, sin pestañear, como si hubiera sido hechizado por ella o pudiese ver a través de su carne. Kali se estremeció y deseó ser invisible.

Seanan Clay, jugueteando con su medallón de oro, dio un paso al frente, carraspeó y miró hacia Rókesby hasta que el viejo clérigo asintió con firmeza.

—Que sea rápido —dijo el noble antes de dar la señal al heraldo que esperaba tras él. El hombre salió al centro y desplegó un rollo de tela.

—Por designio del Lucero de Dromm —comenzó a leer—, custodio y protector de nuestra villa y hogar, por la gracia de Dios, único y todopoderoso, cumplimos la voluntad del consejo. Aquellos que cruzaron nuestros muros, trajeron con ellos la maldición del antiguo y corrupto brujo Geronte. Por esta, seréis expulsados del Lucero, lejos de su luz, hasta que regreséis con la cabeza de Geronte o pruebas de haber saldado vuestra deuda con él y quedéis libres de cualquier maldición. Si no es así, morid en los valles del norte y que Dios se apiade de vuestra alma.

—Un discurso... motivador —musitó Olen—. ¿No bastaba con desearnos suerte y buen viaje?



Rókesby dio la señal y el mecanismo de la puerta crujió bajo el empeño de una docena de monjes. Las bisagras chirriaron y esquir-las de óxido saltaron por los aires con la fricción. El aliento helado los golpeó en la cara cuando observaron el valle abierto ante ellos; un estrecho corredor de granito que, más adelante, se convertía en un pedregoso camino entre los riscos.

—Os acompañarán cuatro monjes —anunció Rókesby—. Dos de mi casa y dos servidores del inquisidor Anair.

Con un estruendo metálico, los clérigos dieron un paso al frente. El espigado Tito, o Suave. El grandullón Tull, que apoyó entre sus pies una temible hacha de guerra. Hill, el explorador aukano que comprobaba el plumón de sus flechas. Y Lestick Sinyelmo, con su pelo cano y la terrible cicatriz que partía su frente. Todos tenían un aspecto marcial y contrito, excepto Suave, que escupió, pasó la lengua por los dientes y sonrió a Kali.

Sin embargo ella no le prestó atención. Esperó una mirada de Lestick, una señal o un simple gesto, pero este no llegó. Kali hundió su contrariado gesto en el pecho y tomó aire en un lamento contenido. De repente no supo qué hacer con sus brazos, los cruzó frente al pecho, los devolvió a los lados y, finalmente, los ocultó a la espalda.

El vozarrón de Rókesby comenzó a explicar el propósito de su misión: expiar los pecados del pasado, saldar las cuentas de Trisha con Geronte, acabar con el engendro alado que había sobrevolado las murallas y volver sin mácula a la ciudad. Pero Kali no lo escuchaba. Sintió un hormigueo en el estómago que se le volvía amarga náusea. Levantó la mirada hacia Lestick, aunque él continuaba atento a las palabras de su padre de armas, evitando encontrar sus ojos. Suave agitó una mano frente a ella y llamó su atención, pero ella no rio.

La compañía abandonó Dromm y salió al gélido abrazo de la montaña. El sol, cubierto por los edificios de Dromm, no iluminaba el pasadizo natural y la escarcha se acumulaba a los lados como una fina capa de brillante polvo de estrellas.

—Con la primera nevada el paso quedará cerrado por el hielo y la nieve —dijo Rókesby y todos se dieron la vuelta para escuchar su advertencia—. No tenéis mucho tiempo, aprovechadlo bien.

El camino era una senda de burdo empedrado que pronto se convirtió en un abandonado camino de cabras, sepultado a ratos por los



derrumbamientos. Suave se colocó desde un principio junto a Kali, aunque ella no estaba de humor para sus bromas y miraba la espalda de Lestick en los puestos de cabeza. Cuando llegaron a un recodo alto de la senda, Kali se dio la vuelta y observó la parte más elevada de la ciudad de Dromm. Desde allí veía el edificio del Lucero, afilado como una aguja y, a su alrededor, el resto de palacios y construcciones arrancados a la roca. Bajo ellos, la pequeña muralla trasera, el peñón de Dienteroto y el portón de hielo, donde alguien esperaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Trisha al ver a la muchacha detenida.

Kali trató de discernir en la distancia la figura que esperaba en la puerta abierta que hacía rato habían abandonado. La mujer la cogió por los hombros y la empujó a seguir su camino, pero ella todavía dio un rápido vistazo soslayado. Allí estaba Anair, convertido en una sombra distante. El monje inquisidor, sin apenas moverse, sacó una mano de su túnica y la desplegó en alto. Kali levantó el puño y siguió su camino.

Cuando Trisha miró atrás, la puerta de Dromm se había cerrado, y no había más que silencio, hielo y roca.

La senda discurría a lo largo de un pronunciado barranco y ascendía hacia el collado del Mal Pastor. Caminaron durante todo el día, sin apenas detenerse a comer y retomar fuerzas, para alcanzar aquel punto alto y, desde allí, descender al valle de la Rocablanca y pasar su primera noche fuera de Dromm. Los monjes resoplaban bajo el peso de las armaduras y pronto se despojaron de las capuchas de malla y los guanteletes reforzados. Tull se apoyaba en su hacha de guerra y afianzaba los pies a cada paso, comprobando, de reojo, la distancia que quedaba hasta la cima. Hill y Reidhachadh se habían adelantado y apenas los veían a lo lejos.

Sin pensarlo dos veces, Kali saltó tras ellos y dejó atrás a Trisha y los otros. Adelantó a Tull, resollando en un saliente, y pasó junto a Lestick sin prestarle atención. Saltó una gran roca y dio varios pasos cortos y ágiles en una escalera natural. La senda se volvía más escarpada justo al final. Sintió el calor en las piernas y sonrió, el corazón le bombeaba con fuerza, respiró con la boca abierta el aire fresco. Ya



casi veía la cabeza de Reidhachadh. Saltó el último reborde pedregoso y respiró al tiempo que una fresca brisa le acariciaba el rostro y contemplaba las últimas luces del día.

Frente a ella encontró el más maravilloso paisaje que había visto nunca.

Un amplio valle se abría en dirección a poniente, rodeado de gigantescas montañas de granito dorado y rojo bajo el atardecer, salpicadas de nieve perenne y lenguas de piedra rota y cantos rodados, ríos de roca erosionada por hielos milenarios que desaparecían en profundos barrancos. Los muros se alzaban cientos de varas, tallados y pulidos como la piedra de un templo en manos de un artesano, las grietas formaban balcones y voladizos en los que se aferraban arbustos nacidos de la misma piedra manchada de óxido y cristal. El valle de la Rocablanca era un canal al que comunicaban otros valles menores, despeñaderos y barrancos, como la huella de un animal marino mitológico dejada sobre el mundo.

Reidhachadh contemplaba, con los brazos en jarras, cómo el sol se despedía del día y se ocultaba tras la gruesa cordillera. Había melancolía y satisfacción en su rostro.

—¿Ocurre algo? —preguntó Kali, tratando de descubrir los pensamientos del impenetrable gigante.

Él no respondió. Respiró con profundidad, como degustando el aire hasta quedar saciado de aquel invisible manjar, contemplando algo que ella no podía ver. Finalmente espiró y la miró. Su enorme cara de luna se devoraba la sonrisa en un gesto amable.

—Me recuerda a mi hogar —dijo antes de volver la vista al grandioso valle.

Kali comprendió y no dijo nada más. El sol se fundió sobre las infinitas cumbres y todos los colores se desparramaron en aquel lugar abandonado por el mundo, ajeno al resto del universo. Se sentó a un lado, con las piernas cruzadas, y juntos esperaron en silencio hasta que el resto del grupo llegó.

Cuando Tull asomó su sofocado rostro, las primeras estrellas aparecían sobre sus cabezas y la oscuridad crecía entre las grietas. Se habían retrasado. La noche ganaba terreno al día a medida que el invierno se acercaba y no avanzarían mucho más. Descendieron mientras el crepúsculo les permitió adivinar los pedruscos en el ca-



mino, en busca de un lugar resguardado del viento nocturno. Pronto el rostro se les convirtió en una sombra y las figuras se movían con torpeza, vigilando cada paso.

Se detuvieron en un pedregal, a cobijo bajo un despeñadero. Hill recogió un poco de leña que apenas dio lumbre a la triste cena. Comieron en silencio, encogidos y tiritando. Kali observaba los rostros cambiantes ante el baile de unas pocas raíces en llamas. La mayoría con la vista perdida en ningún lugar, quizá preguntándose qué hacían en un lugar inhóspito, en compañía de una mujer, dos contrabandistas y una niña maldita. Ese era un pensamiento injusto que la asaltaba sin ninguna compasión y se cebaba en las zonas más oscuras de ella misma. Bajaba la mirada, trataba de desaparecer y se sentía objeto de cualquier comezón, centro de las disputas y obligación de todos. ¿Por qué estaban allí si no era por ella?

Hill arrojó unas ramas retorcidas y fibrosas a las llamas, y un sonoro chisporroteo arrojó un puñado de chispas hacia el cielo. Los monjes se prepararon para orar una vez más y dispusieron los turnos de guardia para mantener el fuego encendido. Se arrodillaron a un lado, con las manos en la cadera y los ojos cerrados, musitando plegarias que Kali no podía entender. Apenas distinguía los cuerpos, con la frente hincada en el irregular suelo, pero escuchaba el murmullo de sus rezos.

Las oraciones se convirtieron en un melódico ronroneo que la adormiló. Abrazó los pies bajo la manta, ocultó las manos en las axilas y exhaló su aliento sobre el pecho. El frío se había vuelto una cortante y afilada cuchilla que les hería la carne allá donde quedase descubierta. Cerró los ojos y escuchó los murmullos de hombres entregados a un Dios que no conocía.

En su recuerdo, los montes de Bruma eran menos agrestes que el norte de Dromm. Cubiertos de hierba verde y bosques de pino y fresno y algunos tejos, los solsticios se entregaban a sacerdotes claudios, permitidos por los clérigos de Vanaia, y tan antiguos como los mismos montes. Ceremonias que ella veía de lejos cuando escapaba durante la noche y dejaba a Jared durmiendo. Ceremonias extrañas; hombres que bendecían el ganado con ramas de acebo, música y licores que embriagaban los espíritus en fiestas ancestrales. Y ella, oculta a todos, llena de curiosidad y miedo, hipnotizada por



las máscaras de animales y demonios que danzaban alrededor de grandes fogatas.

Jared había sido un hombre sin dios. Un hombre que aceptaba lo inexplicable de forma estoica, sin una palabra. Un hombre que maldecía mucho, quizá demasiado, pero ¿para qué estaban los dioses si no era para maldecirlos? Jared acusaba y escupía, lleno de resentimiento hacia su vida, su hija, su trabajo, su mujer muerta. Y mientras, ella se escondía y esperaba una señal que no llegaba, o escapaba para contemplar los rituales de druidas y sacerdotes en sagrados círculos de piedras. Kali recordaba plañideras campesinas en el funeral de un niño y padres desconsolados que hubieran subido a los cielos a enfrentarse con esos misteriosos nombres sin rostro en una lucha a muerte. En sus sueños, había una presencia que no conocía, una nube negra cargada de repentinas descargas eléctricas que la observaba y se exhibía, terrible, sobre el mundo de los hombres.

—¡Canija! —La voz de Suave acompañó a su mano sobre el hombro de Kali.

Ella se incorporó con violencia y apartó su brazo. El fuego se había convertido en un sencillo madero chamuscado que ardía en un extremo y humeaba por el otro. Kali miró alrededor. Todos dormían.

—Soy yo —dijo el clérigo, en un susurro—, Suave.

—Ya sé que eres tú —masculló ella, conteniendo la voz y lanzando un golpe a su hombro—. ¿Qué demonios quieres? Me has dado un susto de muerte.

—He esperado a mi guardia, canija —explicó él. Tenía una sonrisa extraña, tímida y alegre a la vez, un poco tonta—. No quería que los otros me vieran.

Kali se envaró y recogió la manta contra el pecho. Suave tenía los ojos muy brillantes. Se acarició las mejillas y escuchó el sonido del pelo mal rasurado. Su rostro cambió, como si cavilase las palabras; la barbilla se movió a los lados, mascando su indecisión.

—Suave... —murmuró ella, expectante.

—No sé cómo decirte esto.

Kali se incorporó con la sorpresa y la temerosa expectación asomada al balcón de sus párpados.

—Hubo un tiempo en que hice cosas malas —comenzó Suave en tono de disculpa—. Antes de ser monje hice daño a algunas per-



sonas... a muchas personas. Abandoné a los únicos que me querían. Robé y me metí en peleas y frecuentaba lugares que no recomendaría ni a mis peores enemigos. —Kali abrió la boca pero él la detuvo con una mano en alto y continuó—. Pero eso ya pasó y... Bueno, ahora soy un monje, no el mejor de ellos, ni siquiera uno del montón. Hago mis abluciones y rezos, y he pecado, en ocasiones he pecado a sabiendas. Pero trato de mantenerme fiel a Dios, aunque quizá eso no le importe lo más mínimo. No sé por qué te digo esto, pero quiero hacerte un regalo. Esto es para ti.

De entre los pliegues de su manto monacal extrajo un cuchillo enfundado y se lo ofreció a Kali. Era un arma recia, casi una espada corta en manos de la muchacha, de filo doble, con una amplitud de tres dedos. Ella se quedó boquiabierta, la cogió y la extrajo un poco de la funda. El metal silbó al contacto con el cuero y destelló como un espejo de plata. En la cruceta, con una fina filigrana, el rombo dorado que representaba a la Orden de Vanaiar.

—Suave... —dijo Kali con la vista puesta en el arma—. Yo...

—Que Dios te bendiga —la interrumpió con una amplia sonrisa y se puso en cucullas para volver a su guardia junto al exiguo fuego—. Te deseo mucha muerte.

Kali contempló como el vivaracho monje se envolvía en su capote y desaparecía entre los pliegues de negrura. Se tumbó de vuelta en el lecho y, esta vez, se ocultó bajo la manta. Encogió las rodillas contra el pecho y abrazó con todas sus fuerzas el arma hasta quedarse dormida.

La nube de negrura volvió a aparecer en sus sueños y se sintió sola y dolida, llena de rencor hacia todo lo vivo. Una rabia inmensa la hizo rechinar los dientes y cerrar los puños con fuerza. El cielo era un bulboso tejido bruno y el suelo bajo sus pies, ceniza. Estaba en una colina y los árboles eran espinas de carbón que se descomponían sin oposición a un viento abrasador. Había una multitud de cuerpos muertos, carne blanca y huesos rotos entre el polvo. De repente llegó el estruendo de una batalla frente a ella. Gigantes se enfrentaban a hombres y veía la sangre salpicar y los miembros amputados saltar por los aires. Monjes de estandartes blancos y dorados que cantaban alabanzas y atacaban con grandes espadas dentadas. Había bestias



enormes de armadura negra, cual demonios de un averno desconocido, y monstruos indescritibles que lanzaban dentelladas hacia las picas que los asediaban. Los gritos y aullidos se volvieron clamor, rugidos en un idioma desconocido. Estandartes rojos y negros ondeaban en mástiles fabricados con los huesos de los muertos.

No dijo nada. Sintió que temblaba y los ojos se le inundaban de lágrimas. Miró sobre el hombro y descubrió un hombre a su lado, agazapado, casi a cuatro patas. Tenía el cuerpo cubierto de vello y el rostro deforme, la nariz chata, casi un hocico, ojos profundos bajo el prominente cejo enojado. Su carácter resplandeció con un guiño bestial y gruñó al enseñar los dientes. Kali volvió la vista a la batalla, a los caballos que galopaban con las lanzas en ristre, la lluvia de dardos que silbó sobre su cabeza, grandes hachas que desmenuzaban la vida y botas de hierro que avanzaban sobre los cuerpos heridos. No había compasión allí, tampoco se esperaba.

La rabia y el odio volvieron con más fuerza, el rencor por tanto daño, el desprecio hacia los que luchaban y morían. No existía el bien ni el mal, solo la guerra. Sus pies se despegaron del suelo. El cuerpo le ardió como una tea incandescente. El cielo se iluminó sobre ella y la ceniza voló en todas direcciones llevada por la ira. El hombre perro gimió y retrocedió un paso, después se cubrió el rostro con el antebrazo y desapareció. Todo lo hizo. La batalla se detuvo tras la explosión. Los hombres y las bestias, los demonios y la caballería, todos se volvieron hacia la ola de fuego que descendía desde la colina arrasando todo a su paso. Los cuerpos se desintegraron, el metal hirvió y se evaporó cual agua sucia, los huesos se volvieron serrín requemado y las voces fueron devoradas por el fuego. Después no quedó nada, solo el vacío, con su aplastante presencia avasalladora.

Abrió los ojos y ya era de día. Tenía el cuerpo recogido y las manos aferradas al cuchillo que le había regalado Suave. Sentía los músculos agotados y la espalda dolorida, la boca seca y un ardiente estado febril. Los monjes habían salido, el campamento estaba recogido y la única huella de su paso era un montón de ceniza sobre las rocas. Kali observó el fino polvillo esparcirse y desaparecer en el barranco. Recordó sus sueños y se quedó quieta, sin pensar en nada



más, tan solo recordar en silencio. Abrazó con fuerza el arma, hasta sentir el metal de la cruceta y el pomo clavarse en su carne. Entonces escuchó las voces y, presa de un repentino sentimiento de culpa, cerró los ojos y fingió.

—Eso es una locura —dijo Olen, con emergencia—. Escucha bien, bermeja, esos tipos no van a dejar que te salgas con la tuya. Has jugado con fuego, chica. Si hubiese sido por el consejo ciudadanero os habrían arrojado por la muralla. Ahora has conseguido salir de Dromm, pero las manos de los monjes están sobre ella. Es peligroso agitar el cebo frente al lobo y dejarlo sin probar bocado. ¿Por qué crees que nos acompañan? Son perros serviles de sus amos y su misión es encargarse de que Kali vuelva a la ciudad.

—Ya te he dicho que yo me encargaré de eso —objetó Trisha casi en un murmullo—. Solo quiero saber dónde se oculta Geronte y después desaparecer. De locos es volver a esa ciudad.

—¿Y no lo es buscar un paso en estas montañas? —replicó con ironía el mercenario—. Ya oíste lo que dijeron. Cuando caiga la primera nevada, el valle se tornará una trampa mortal hasta la primavera, y no quiero que este hermoso cuerpo que parió mi madre se convierta en un témpano de hielo. —Trisha se adelantó, pero Olen la detuvo con un gesto y continuó. Su voz sonaba sincera, distinta—. Escucha, Trisha, te agradezco mucho lo que hiciste por mí en la muralla. Me salvaste la vida y eso no lo voy a olvidar. Pero me propones una misión suicida. No hay salida de estos valles, excepto la muerte.

—¿No confías en él?

—¿En quién?

—Reidhachadh —respondió con firmeza—. Es un hombre grande de Bront. Tú mismo lo dijiste, conoce las montañas mejor que ningún explorador, se crió entre nieve y hielo. Él será nuestro guía hacia el sur. ¿Acaso no es cierto lo que digo?

Olen repensó aquellas palabras, expulsó el aire por la nariz y asintió cargado de pesadumbre. Kali lo observó entre las pestañas. El mercenario inclinó la cabeza a un lado y el pelo tostado cayó sobre su frente. En cuclillas, con las manos enguantadas en las rodillas y la boca pequeña, parecía más joven, quizá más atrevido e intrépido, más hombre.

—Tú mandas, bermeja —cedió Olen—. Yo solo soy un asalariado.



Trisha miró sobre su hombro antes de continuar en tono confiante.

—Los sueños de Kali... —susurró y se mordió el labio inferior—. El hombre alado y el jorobado... Geronte desea a Kali, desea lo que hay en ella.

—Y nosotros vamos a dárselo...

—¡De ninguna manera! —exclamó, contenida—. Pero quiero saber por qué envía a sus esbirros tras ella y qué tiene que ver con sus artes malignas. Ese hombre es muy viejo, tanto como lo es su sabiduría. Él tiene respuestas a muchas cosas. Quiero saber de dónde surge el poder de Kali y por qué. Y creo que ella también lo desea. Creo que esas preguntas están despertando en su cabeza, puedo presentirlo; es la curiosidad por definirse en el mundo en que vive. —Trisha chasqueó los labios y rastrilló su pelo con los dedos—. Ha pasado toda su vida en un lugar remoto y alejado, sola con su padre. Ahora descubre que hay un mundo ahí fuera, un rompecabezas en el que debe encajar con la maldición que se le ha otorgado. No va a ser fácil para ella encontrar un hueco.

—El mundo es muy grande, bermeja.

—Por eso mismo —objetó ella—. Demasiado grande para Kali, demasiadas cosas, gente, planes, intereses. Política, religión, reinos, traiciones. Demasiado complicado.

Olen asintió, solemne.

—Bien —replicó, con seguridad—, iremos por Geronte y buscarás esas respuestas. Después saldremos de allí y harás lo que tengas que hacer para dar de lado a los monjes. He confiado tantas veces mi destino a Reidhachadh que una vez más apenas aumentará mi deuda con los dioses. Además —sonrió con la boca torcida—, cierto es que no hay mejor guía si pretendes encontrar una salida en estas montañas. Ni un oso de las cavernas lo haría mejor.

—No quiero que comprometas tu vida por nosotras.

—¿Estás de broma? —exclamó él, y ella respondió con las cejas en alto y una mirada alarmada sobre su hombro—. No pienso perder el montante que me debes, y te recuerdo que también te voy a cobrar las pieles que perdí.

Trisha suspiró con fastidio.

—No hace falta que me lo recuerdes.



Entonces se sonrieron y él puso una mano sobre la de ella. El corazón de Kali comenzó a golpear con fuerza en su pecho. Hasta que Trisha, tras un instante, retiró la mano y se volvió hacia ella. No dijo nada, la observó con tristeza, suspiró otra vez y su rostro se llenó de determinación. Olen dejó su mano en el aire, la contempló y después la devolvió a su rodilla al tiempo que frotaba los dedos y abría y cerraba el puño, como si el frío le helara los huesos.

—¿Qué es lo que quieren de ella? —preguntó el mercenario—. Esos fanáticos inquisidores...

Trisha continuó con la mirada puesta en Kali, cubierta por la manta y su capa.

—Todavía no lo sé —respondió—. Pero no me gusta. Anair ha puesto a trabajar a los monjes bibliotecarios. Están rebuscando viejos escritos, tratados de teología de mártires que ya nadie recuerda. Creo que intenta convertir la derrota en victoria. Fabricar señales de los dioses y ponerlas frente a los ojos de los crédulos. Y para eso necesita a Kali.

—¿Por eso quieres escapar?

—No esperaba que un ejército nos atrapase con ellos en Dromm.

—En su momento fue una buena decisión.

—Era la única decisión.

—Hay que afrontar las cosas como vienen.

—¿Qué has dicho?

—Que hay que afrontar las cosas tal y como vienen —repitió él—. Es algo que se aprende cuando vives al día. No todo el mundo se ha criado en el palacio de tu tutora en Róndeinn, bermeja. Cuando dependes del campo, o de tu trabajo, o no tienes más que robar al que está a tu lado para poder comer, el futuro no existe. No hay mañana, solo afrontar las cosas tal y como vienen.

—Es extraño... —musitó ella.

—¿Por qué?

—Kali dijo algo parecido antes de abandonar la ciudad —explicó Trisha—. Algo que le había enseñado su padre.

De repente, la voz de Kali la hizo dar un respingo y abrir los ojos, sobresaltada.

—¿Y si lo soy, realmente?

Trisha sonrió con apuro y se volvió hacia ella. La muchacha se



había incorporado, tenía el pelo revuelto, los labios firmes y tensos y aguantaba el cuchillo a un lado.

—¡Kali! —exclamó la mujer—. Estás despierta... Ven y come algo antes de seguir nuestro camino.

—¿Y si lo soy? —insistió ella, cubierta con la máscara de la seriedad.

—¿Ser qué?

—Un plan de Dios.

Trisha ahogó una risa e intercambió una mirada de extrañeza con Olen. Volvió a Kali y comprobó su pétreo semblante, impertérrita, decida y llena de fuerza. Tragó saliva y se volvió hacia Olen, pero esta vez sin disimular un profundo y amargo temor.



as luces entre las hojas lo cegaron cuando despertó. Se sentía ahogado, incapaz de respirar, y abrió la boca de la misma forma que un pez se asfixia fuera del agua. Tenía el cuerpo empapado en sudor y los músculos doloridos. La cabeza le daba vueltas y se sentía resbalar por una pendiente infinita, hasta que el vértigo le atenazaba el estómago y un escalofrío lo estremecía en el improvisado lecho.

El peludo rostro de Hontar apareció frente a él.

—Debes descansar, amo —escuchó su voz lejana y profunda.

Después sintió que desfallecía y volvía a la penumbra de los malos sueños. Tiritaba de frío y se retorció en un gemido que no reconocía como suyo. La voz del Perro seguía ahí, durante horas y días, reverberando en su cabeza. «Debes descansar, amo. Debes descansar.» Y, al tiempo, sentía los paños húmedos sobre su frente y el aire helado en sus ropas empapadas por humores ardientes que su cuerpo escupía.

Abrió los ojos en un camastro de madera y paja. Estaba tendido sobre una manta de lana teñida de amarillo y naranja. Los nudos del borde le hacían cosquillas en la nariz y él se desperezó e hincó la cabeza en la mullida almohada. Las paredes eran de piedra pulida. Una habitación pequeña excavada en la misma roca. Junto al jergón, una mesilla de madera sobre la que descansaba una lámpara de aceite con una pequeña llama titilante. Eadgard observó la danza de la llama, sinuosa y cálida, y sintió que una congoja crecía en su pecho. Entonces, desde la penumbra apareció ella y él dejó de respirar.

Su pelo rojo como la llama caía hasta los hombros y algún mechón recorría su rostro salpicado de pecas. Tenía los pómulos redondos y los labios amplios y jugosos. Le sonrió al tiempo que se arrodillaba junto al lecho. Vestía una holgada camisa de algodón con los nudos sueltos hasta el nacimiento de sus pechos. Pendiente de su cuello un cordón de plata con una joya que refulgía sobre su pálida carne. Una mano en alto, extendida, con las alas desplegadas.



Eadgard no dijo nada, tan solo se quedó quieto, contemplando la belleza de aquella mujer; atrapado por sus ojos verdes y el cálido abrazo de su presencia.

—Todo va a salir bien —dijo ella en un susurro, al tiempo que deslizaba una mano sobre la mejilla de Eadgard y ceñía la manta, delicadamente, a su cuello—. No debes preocuparte. Los he engañado. Pronto saldremos de aquí, juntas.

Pero él sabía que no era así. Que nada iba a salir bien y que todos morirían algún día. También la mujer pelirroja, tan hermosa, tan cariñosa con él, desaparecería. Sus caricias se volverían ceniza y vinagre y no quedaría nada en el mundo que valiese la pena. Esa era la única verdad, aunque ella continuaba allí, junto a él, con sus ojos llenos de amor y la sonrisa tan sincera que le dolió al sentir sus propios pensamientos. No dijo nada. Tan solo tragó saliva y dejó que el miedo lo devorase por dentro. Entonces ella se incorporó y se acercó a la lámpara, la miró por última vez, con un brillo extraño en el ángulo de sus ojos y, de repente, apagó la luz.

Una fuerza invisible le aplastó el pecho y sintió frío otra vez. De nuevo la brisa movía las hojas y su sonido le parecía el insoportable murmullo de miles de seres vengativos en espera de su muerte. Escuchó su propia voz pero no entendía las palabras.

—¿Qué ha dicho? —dijo la característica voz de Perro.

—No lo sé —respondió Iven—. Son los delirios de la fiebre. La infección... No sé qué más puedo hacer.

Eadgard abrió los ojos pero no conseguía enfocar la vista y todo le pareció el reflejo de un espejo sucio y deforme.

—Emplastos de musgo —afirmó con rotundidad Hontar—. Eso siempre fue un buen remedio en manos de mi familia.

—No es suficiente —replicó el joven ladrón—. Cada vez está peor. Ayúdame a ponerlo de costado.

Todo dio vueltas alrededor y de nuevo la consciencia se le deslizó a toda velocidad por un agujero negro, cubil de un mal sentimiento. La fuerza se le escurría entre los dedos y con ella la voluntad. En su lugar, solo quedaba un lugar desierto y yermo y vacío de toda esperanza. Recordaba el hedor de los callejones de Imhadir, cuando



no era más que un mendigo, y volvió a escuchar la risa de los otros buscavidas que, como él, vivían entre desperdicios, en lugares que incluso las ratas evitaban. Marena y los viajes de aldea a aldea, el desprecio de los otros, la risa del cruel Rághalak y, al final, siempre Mina. Las lágrimas eran un caldo ácido que no deseaba para él; una debilidad acallada por un rugido lleno de rabia. Se sintió caer de nuevo y gritó, aulló de dolor, hasta que la voz de la mujer pelirroja reapareció y con ella su salvación.

Los primeros susurros fueron ininteligibles con la apariencia de un idioma extraño, antiguo como el mundo. Después su voz le acarició la frente y descendió hasta sus labios. Unas piedras parecidas a hielo ardiente rozaron su cuerpo y huesos agitados chasquearon junto a sus oídos.

—Cuando se seque —dijo la mujer—, retirad la pasta y colocad más ungüento húmedo en su lugar. Que beba únicamente el mejunje que os dejo y cuando despierte que mastique estas hojas. Es todo lo que he podido encontrar de momento.

Eadgard abrió los ojos y parpadeó varias veces. Estaba tendido en el suelo sobre una manta hedionda empapada en sudor. Frente a él distinguió a Hontar, en cuclillas, y también a Iven, con su habitual temerosa mirada. Más atrás, casi oculto entre las bulbosas raíces de un roble, estaba Swerd, con los ojillos brillantes entre la suciedad de su rostro. Y en el centro, entre todos ellos, en pie, con la barbilla en alto y actitud orgullosa, estaba ella.

Tenía el pelo lleno de nudos y trenzas y cuentas de cristal y pequeños huesos que se contoneaban al menor movimiento. De su esbelto cuello pendían collares y abalorios que cubrían sus pechos desnudos y refulgían a la escasa luz o chocaban entre ellos. Lo observaba con los brazos en jarras, el abrigo de piel abierto, mostrando su voluptuosa desnudez empapada de aceites y esencias. Tenía el rostro maduro y atractivo, la nariz pequeña y los ojos grises y profundos como el pozo que lo había devorado.

—Volveré con un remedio que pondrá fin a la fiebre. Mañana, antes del anochecer —dijo. Se arrodilló a su lado. Las cuentas y collares emitieron su melodía—. Por fin te encuentro —dijo, como si rajase su piel con el ángulo cortante de su lengua—. Por fin te encuentro, Eadgard la Anguila.



Muchas horas después despertó. Lo habían incorporado y apoyaba la espalda contra unas raíces. Iven estaba a su lado, con un cuenco de agua, sentado sobre sus tobillos. Eadgard miró a su alrededor. Estaban en una pequeña arboleda, junto a las raíces de un enorme roble muerto que en su caída había levantado una gran porción de terreno y les servía de improvisado refugio. La luz del mediodía se colaba entre las ramas de los jóvenes robles, cubiertas de hojas secas que anunciaban su próxima desnudez invernal.

—¿Dónde estamos? —preguntó Eadgard con la voz quebrada.

Iven tendió el cuenco de agua antes de responder y lo acercó a sus labios.

—Debemos de estar a unos tres días al sureste de Uddla —explicó el joven ladronzuelo—, en dirección a Bruswic. ¿No recuerdas nada?

Eadgard bebió un poco. El agua le supo amarga y le abrasó la garganta al tragar. Sintió el lado derecho del rostro congestionado y apenas podía abrir el ojo. Se llevó la mano a la frente y palpó con cuidado.

—La herida se te infectó hace tres días —dijo Iven—. Has padecido fiebres y delirios desde entonces. Hontar cargó contigo hasta que encontramos este lugar y decidimos esperar que te recuperases. Por momentos pensamos que no sobrevivirías.

Tenía la frente y el pómulo hinchados, rajados como fruta madura, y el corte cubierto por una pasta grumosa.

—¿Quién es ella? —lo interrogó Eadgard, recorriendo con los dedos toda la herida y soportando una dolorosa punzada con su roce.

—¿La mujer? —Iven se arrastró hasta el odre de agua y vertió un poco más en el cuenco—. Nos encontró la primera noche que pasamos aquí. Es una curandera que iba de camino a Ylarnna. Fue ella la que te preparó el emplasto y un brebaje para bajar la fiebre. Ha sido toda una suerte.

—¿Dónde está?

—Se marchó. —Eadgard levantó la mirada y resopló lleno de furia, a lo que Iven dio un respingo—. Volverá antes de esta noche. Dijo que necesitaba algunas hierbas que no podía encontrar aquí.

Eadgard se dejó caer y cubrió con la mano la zona magullada de su cara.

—Te quedará una bonita cicatriz. —Iven sorbió los mocos—. Por



lo menos ahora ha comenzado a deshincharse. Se puso como un melón cuando estabas inconsciente...

—¡Calla! —gritó Eadgard con la voz ronca y se encogió ante el doloroso retumbar en su cabeza. Iven lo observó, temeroso, con el espanto en sus ojos redondos, infantiles y un poco vacíos. Una mueca furiosa deformó el rostro de Eadgard—. Es culpa tuya.

—Pero...

—Te escabulliste y me dejaste solo contra él —masculló Eadgard. Tenía el rostro tumefacto y paralizado y apenas movía los labios al hablar.

—Yo...

—Tú... —escupió con desprecio.

Eadgard le dirigió una mirada siniestra; el rostro inclinado y casi oculto por las sombras cambiantes. Después se tumbó sin dejar de mirarlo, hasta que Iven se apartó a un lado, con los hombros derrumbados y el rostro sin color.

La brisa sopló de nuevo y levantó algunas hojas a su alrededor. Eadgard sintió frío y se estremeció de forma incontrolable. El sonido de las ramas más altas, agitándose sobre ellos, le pareció una ruidosa compañía que, añadida a su cráneo embotado, le volvía los pensamientos un molesto zumbido. Esperaba no escuchar nada. Quería silencio, quizá desaparecer, pero el sueño y el agotamiento lo empujaron de nuevo a las pesadillas. Sin poder evitarlo se vio visitado por voces y rostros familiares y el dolor sobre todos ellos, siempre el dolor y el miedo.

Despertó de repente y se incorporó con la respiración agitada. Miró a su alrededor y también tras él, hasta que reconoció la arboleda y su cobijo junto al tocón de roble caído. Había una pequeña fogata y un espetón de carne pendiente de una rama sobre la llama. Trozos de piel y grasa se deshacían entre chisporroteos en las brasas mientras una mujer avivaba el fuego con un abanico de hojas en las manos. Al otro lado, Perro esperaba sentado en cuclillas, junto a Iven, algo más cerca que el sucio de Swerd.

El zumbido había desaparecido y ya no sentía la cara como un pellejo de cuero hinchado y endurecido al sol. La boca, tan reseca



durante los últimos días, se le inundó de saliva al tiempo que las tripas se le retorcían con vida propia. A pesar de ello se quedó allí, con la vista puesta en la mujer y el codo hincado en el suelo.

—Por fin despierto —dijo ella, ofreciéndole una gran sonrisa—. Pensé que dormirías para siempre.

Eadgard guiñó los ojos al estrechar el cejo y apuntó con la barbilla.

—¿Y esa carne?

—Hontar salió a cazar y yo me ofrecí a cocinar para vosotros. —Señaló con un leve movimiento de cabeza y el peludo hombre sonrió, orgulloso. Si hubiera tenido cola la habría agitado tras él—. Deberías comer algo sólido y recuperar las fuerzas. La fiebre te ha debilitado y te ha vuelto un pellejo sin músculo.

La mujer se incorporó y los collares se balancearon de un lado a otro con el movimiento, se acercó llena de determinación y se agachó a su lado.

—Mira esos brazos —dijo, tomando entre sus dedos la muñeca de Eadgard—. He visto mondadientes más gruesos. ¿Y las piernas? Hay garzas en Oag con mejores muslos que tú. Pero no hay nada que no se pueda recuperar. En mis manos, querido Eadgard, te pondrás fuerte como un toro.

Él se apartó bruscamente y la miró con desconfianza.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Ella amagó una carcajada llena de sorpresa e ironía, con una ceja en alto, y miró atrás, hacia los comensales que esperaban su ración de carne.

—He tenido unos cuantos días para aprenderlo —respondió—. Veo que todavía estás un poco confundido por las fiebres.

En ese momento ella extendió una mano hacia la frente de Eadgard, pero él dio un respingo y evitó su contacto. La mujer ladeó el gesto y su voz cambió, más serena y contundente.

—Escucha —dijo—, te he salvado la vida. Siento que mis maneras sean tan... desenvueltas. Pero yo soy así, nada podrá cambiar eso. Puedes confiar en mí y comer carne caliente o quedarte aquí tumbado y continuar con el brebaje y las hierbas.

Eadgard se humedeció los labios. Tenía la piel sucia y llena de cortes y pequeñas úlceras. Sentía el palpito de su corazón golpeando en los costados de su cabeza y, de nuevo, el aroma de la carne sobre



la brasa le hizo retorcerse. La mujer le aguantó la mirada, sin parpadear, con la ligera sonrisa en la comisura de los labios. Finalmente asintió con un suspiro y se desinfló sobre el suelo. Se encontraba exhausto y los ojos le ardían como ascuas.

Ella le acarició en el hombro y después en la mejilla.

—Descansa —dijo—. Te traeré la comida cuando esté lista. Mi nombre es Mardha.

Durante los días siguientes se dedicaron a rezongar y dormitar a cobijio de la arboleda. Mardha desaparecía por las noches y volvía al amanecer con algunas provisiones que guardaba en un saco remendado. Enviaba a Perro en busca de alguna liebre que guisar mientras preparaba un caldo con hojas y raíces que después colaba con un paño en una redoma de piel con tapón de corcho. Era un bebedizo repugnante, agrio y de color oscuro que Eadgard debía tomar a todas horas. Fuese por los cuidados de la mujer o por sus buenas comidas a base de carne, hojas y hongos, Eadgard se recuperó de forma casi milagrosa.

La hinchazón de la cara desapareció y la herida quedó cubierta por una costra oscura a la que asomaban rebordes de piel rosada. Pronto sintió que recuperaba las fuerzas. Las comidas fueron cada vez más copiosas, a medida de un vigoroso apetito que no había tenido nunca.

Cuando se puso en pie, durante la segunda mañana, comprobó que, tras las fiebres, había crecido por lo menos cuatro buenos dedos. Mardha le mostró una corteza seca en la que guardaba un montón de bayas que, de tan maduras, se habían convertido en un mejunje oscuro y dulzón. Su sonrisa jovial y vivaracha le hizo sentir cierto alivio momentáneo. A pesar de todo, echó de menos el pan recién hecho y el queso y la fuerte cerveza misinia, pero pensó que algún día conseguiría todo lo que desease. Se encontró lleno de fuerza y determinación, de una energía nueva.

El cielo había respetado su descanso y la lluvia helada de aquella noche fatídica había pasado al recuerdo, como una pesadilla más. Los días eran cálidos para aquella época del año y el cielo se presentaba salpicado de nubes que corrían sobre sus cabezas y desapare-



cían en el horizonte lejano. Todos aprovecharon para recuperar las fuerzas y olvidar las semanas pasadas.

Hontar salía a cazar, a explorar o, simplemente, a trotar por campos de suave pendiente, como si pretendiese exorcizar las cadenas que le prendieron y que todavía recordaba su carne. Iven estaba relajado, siempre que Eadgard no estuviera presente. Podía sentir esa cerrazón del joven ladrón cuando él aparecía, como si no pudiera olvidar lo ocurrido con Arnos y Rághalak. Su vergonzoso temor enojaba aún más a Eadgard, y cuanto más tenso estaba este, más se encogía Iven.

Todo era diferente cuando ella estaba presente. Mardha iba y venía sin dar ni solicitar explicación alguna. Despertaban y encontraban algunas frutas o un cuenco con semillas, junto al fuego. Después pasaban el día arreglando sus botas, trenzando esparto o remendando una camisa, hasta que ella aparecía de nuevo con un par de coles y un cesto de manzanas. Hontar brincaba a su lado, Swerd cantaba una canción horrible, casi dolorosa para cualquier amante de la música, e incluso Iven sonreía a la mujer y la ayudaba a preparar el fuego, siempre con la mirada oculta y esa expresión tan tonta que, sin embargo, a ella parecía gustarle.

Eadgard los observaba desde la distancia, ceñudo y desconfiado. Tomaba una rama y comenzaba a tallar una afilada punta con el cuchillo de Iven, sin un propósito en particular, no necesitaba armas, tampoco herramientas. Tan solo afilaba el extremo del palo, sin prisa, y después comprobaba la punta con la yema del dedo. Aunque de soslayo la miraba a ella, como un anzuelo a sus pensamientos, una voz que le hablaba sin palabras y decía: mírame. Sin embargo, Mardha no le prestaba atención. Se mantenía alejada, y charlaba de forma acaramelada con los otros, hasta que de repente le dirigía una mirada fugaz, como si escuchase sus pensamientos. Como si hubiera descubierto el bulto en su pantalón cuando la veía agachada junto al fuego, cuando miraba su carne dura, la cintura desnuda y los pechos casi ocultos por cristales y amuletos.

La cuarta mañana tras su despertar, se encontraban esparcidos entre las raíces del roble. Eadgard apoyaba la espalda contra la agrietada corteza y jugueteaba con una rama y el gesto amodorrado. Perro había salido, mientras que Swerd yacía tumbado sobre una gruesa rama caída.



—Me aburro —dijo Iven al tiempo que lanzaba una piedra fuera del campamento—. Estoy cansado de estar aquí.

—Nadie te obliga a quedarte —murmuró Eadgard, pero el ladronzuelo no lo escuchó.

—¿Qué camino seguiremos? —preguntó Iven, acuclillado frente a él.

Eadgard dio un bufido y lanzó a un lado la ramita, después miró con fastidio a Iven, chasqueó los labios, todavía hinchados en la comisura izquierda, y se incorporó.

—Seguiremos hacia el sur —explicó con suma paciencia—, hasta el río, y después hacia el este. Borearemos las montañas hacia el mar interior, pero no iremos a Imhadir. No volveré allí. Hay lugares más al sur, tan al sur como pueda ir.

—Pero ¿y la guerra? Tendremos que cruzar Aukana y daremos de narices con la guerra.

—Confío en que la guerra quede más al norte —replicó—. No pienso acercarme a Kjionna, ni mucho menos a Kivala. Si los misioneros y aukanos quieren matarse, por mí pueden hacerlo, pero no voy a estar allí para verlo.

—Podríamos ir hasta Róndeinn y tomar un barco a Osjen —propuso Swerd sin levantar la cabeza de su apoyo—. Una vez escuché un cuento sobre Osjen.

—¿Osjen? —Eadgard rio con insultante sorna—. La gente come ratas allí. Las cazan en los humedales y las guisan con arroz. Son grandes como un gato gordo. ¿Quieres ir a un sitio donde la gente come ratas?

—No me importa lo que coman. Seguro que he comido cosas peores. Osjen debe de ser un lugar hermoso a orillas del mar. Nunca he visto el mar.

El desgredado vagabundo se desinfló en un involuntario suspiro. Sus ojos, tras el flequillo, rodeados de roña incrustada en la piel tras años de hábitos descuidados, brillaron un breve instante.

—Solo es un río muy ancho —apuntó Eadgard.

—También huele diferente —añadió Iven—. Puedes olerlo desde mucho antes de llegar.

—En eso se parece mucho a ti, apestoso.

Swerd ignoró las últimas palabras de Eadgard y se sentó con las piernas colgando de la rama.



—En Uddla hay muchos mendigos. Los mayores se quedan con todo lo que encuentran y si te pillan te rompen un brazo o te vacían un ojo y después te roban lo poco que tienes. Nos escondíamos en cualquier lugar. Bueno, ellos lo hacían, yo tenía el mío propio. Un hueco en la muralla que nadie más conocía. Era mi refugio.

Iven y Eadgard intercambiaron miradas de desconcierto.

—Pero —musitó Eadgard al encogerse de hombros— ¿de qué estás hablando, apestoso? ¿Qué tiene que ver eso con el mar? No me interesa tu triste vida entre cagadas y mierda... —Miró a otra parte y se dejó caer sobre el codo antes de continuar en un bisbiseo nacido del desprecio—. No tengo nada que aprender de ti.

—Un día llegó un chico de Bahía Blanca. —Swerd contaba con la atención de Iven, y continuó su relato mientras comenzaba a ras-carse la roña de los pies—. Tenía el pelo colorado, casi... rojo. Había sido esclavo de un mercader de un lugar lejano que no conozco. Se reunían en un callejón cerca del mercado, donde tiraban los barriles con fruta podrida. Hablaban de cosas, de cualquier cosa, y yo me escondía en un tejado y escuchaba sus historias. El chico les contaba cómo era el mar y los barcos de pescadores y el faro que ilumina por la noche. En ese lugar el invierno no trae nieve ni frío, las casas son blancas y azules y nadie pasa hambre porque hay mucho pescado. También llegan los barcos del sur con telas, vino y... piratas. ¿Sabéis lo que es un pirata? —Iven negó con la cabeza. Tenía los labios entre-abiertos, las piernas cruzadas y las manos flojas sobre las rodillas—. Son ladrones del mar. Tipos que visten ropas de seda, armados con espadas curvas que pilotan naves tan rápidas como un tiburón.

—¿Qué es un tiburón? —preguntó Iven.

—Un monstruo de las profundidades —respondió Swerd de forma siniestra—. Con un centenar de dientes afilados como el vidrio, capaz de partir a un hombre por la mitad y tragarse sus piernas sin pestañear. Pocos marinos en el mundo pueden presumir de conocer esos monstruos. Por eso quiero ir a Osjen, por tomar un barco y salir al mar y ver todas esas cosas.

Eadgard emitió una risa que pareció un ronquido grave.

—Corromperías las provisiones y las velas se llenarían de hongos con un marinero como tú. Vuelve a Uddla y confórmate con las historias de tu amigo el esclavo.



Swerd se hundió en su remendada camisa de saco y sus labios se arrugaron, presa del desánimo.

—No era mi amigo —dijo—. Y murió poco después.

—Pues lo siento mucho, apestoso —lo increpó Eadgard—, pero no viajaremos a Osjen. No vamos a ir a ningún lugar en Misinia. Demasiado tiempo he estado dentro de sus fronteras. Los norteños están locos. Si algo deseo de verdad es perder de vista a su gente, sus costumbres, sus dioses y, especialmente, sus cárceles. Estuve preso en Róndeinn y me torturaron en Davingrenn. Trabajé en las cocinas del Lévvokan a cambio de mi sangre. No volveré a Misinia ni por todo el oro del mundo. Iremos a Aukana.

—Pero... —balbuceó Iven—. Una vez allí podríamos tomar un barco y viajar hacia el sur.

Eadgard se puso en pie con el gesto malhumorado, mostrando los dientes.

—¿Qué ocurre contigo? —Iven tartamudeó un susurro y bajó la mirada—. Seguiremos el río y abandonaremos Misinia para siempre. Si no estás de acuerdo puedes marchar en dirección contraria. ¿O es que tienes miedo a seguir tu camino?

—No... —Su voz estaba llena de disculpa y arrepentimiento—. Yo...

—Tú eres un cobarde —escupió con rabia—. Incapaz de hacer nada por ti mismo excepto quejarte y lloriquear. Eres un lastre.

—¡Eso no es justo!

—¡Y qué lo es! ¿Piensas que la vida te va a dar justicia? Todo tiene un precio. Cada cual exige lo que merece y tú pides a cambio de nada. ¿Qué me has dado desde que estás aquí? ¿Qué has dado a los otros, excepto tus quejas y tu cobardía? Tenerte a mi lado solo me ha traído una cicatriz y casi la muerte.

Iven retrocedió y bajó el rostro contrito. Tenía los puños cerrados y le temblaba un poco la mandíbula. Swerd saltó al suelo y se quedó quieto, expectante. Había un silencio espeso y denso, un lodo ponzoñoso en el que nadie se atrevía a dar un paso y quedar atrapado. Eadgard vio el cuchillo en su cinto y sonrió.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó, tal y como si leyera su mente—. Lo has pensado.

Iven desvió su atención al harapiento Swerd y pronunció un murmullo inaudible. Por momentos parecía más tembloroso e infantil.



—Responde —lo increpó Eadgard—. ¿No es cierto lo que digo?

—Me... marcharé —tartamudeó Iven.

Eadgard puso las manos en la cintura en un gesto lleno de sarcasmo.

—¿Te marcharás? —Buscó la complicidad del atónito Swerd y señaló con la cabeza hacia el exterior—. Y, ¿a dónde irás? ¿Te has vuelto valiente de repente? Tú no vas a ir a ninguna parte. El mundo es demasiado grande para ti, Peque. —Paladeó su antiguo nombre al pronunciarlo—. ¿Prefieres que te llame así, Peque? Como lo hacía aquel repugnante asesino de Arnos. —Se volvió hacia Swerd con una sonrisa sádica—. Nuestro amigo tenía un protector que lo llamaba Peque. Ese es su verdadero nombre, pequeño. A partir de ahora has recuperado tu antiguo nombre... Peque.

El mugroso Swerd rio como una hiena, quizá llevado por los nervios, sin saber muy bien qué debía hacer, aunque su risa se esfumó al observar a Iven. Estaba rojo de ira, con los brazos un poco alzados junto a la cintura y los labios devorados en una arruga bajo la nariz bramante. Eadgard ladeó el gesto y entrecerró el ojo todavía magullado y marcado por la cicatriz.

—Lo has vuelto a pensar —murmuró lleno de malicia, con un rápido vistazo al cuchillo del muchacho—. Estás cerca de hacerlo, pero sabes que no habrá vuelta atrás si el hierro abandona la vaina. Nunca debiste salir de las faldas de tu madre, Peque. Debiste quedarte en el burdel.

El joven ladronzuelo respiró muy rápido varias veces, sus pupilas destellaron y los músculos del cuello se le contrajeron en un espasmo. Swerd saltó atrás, espantado, como un reflejo aprendido en los callejones de los suburbios que lo destetaron. La mano del ladrón viajó rápida hasta la empuñadura de su cuchillo, con el golpe del brazo su capa se desplegó en una amalgama de tela. Adelantó el hombro derecho y desapareció tras las dobleces de la tela. Sus pies se asentaron en el suelo, los ojos se centraron en el objetivo, el codo se dobló dispuesto a lanzar el metal hacia Eadgard. Pero en el instante en que los dedos acariciaban la empuñadura, los pies se arrastraban sobre la tierra y los dientes rechinaban dispuestos a la lucha, Perro apareció de un salto al lado de Eadgard.

El musculoso hombre se dispuso junto a su amo, con el rostro bajo, los ojos ocultos y fijos en Iven, mostrando las lobunas fauces



rugientes. Eadgard ni se inmutó siquiera. Tan solo permaneció allí, quieto, con la peligrosa sonrisa en los labios, mientras el joven ladrón tragaba saliva y volvía a relajar sus facciones.

—¡Una pelea! —exclamó la voz de Mardha desde un lado, pero nadie miró en aquella dirección, con la atención presa en la trampa de la violencia— ¿Es esto una pelea?

La mujer caminó hasta el centro del claro y se detuvo entre los dos muchachos. Miró a uno y otro con expresión sorprendida, la nariz en alto, y un velo de sospecha en la mirada.

—Mi joven Iven —caminó hacia él y le acarició el mentón, con lo que el ladronzuelo se sonrojó avergonzado—, ¿tal es tu enojo que preparas el arma contra Eadgard?

—Él me provocó —musitó Iven.

Mardha se volvió hacia Eadgard y lo contempló un momento. El pelo le caía sobre la frente y tenía la sucia camisa abierta. A su lado, Perro había sustituido el amenazante gruñido por el habitual pasmo hechizado que producía la mujer en él. Ella chasqueó los labios y movió la cabeza a los lados, muy despacio.

—¿Y bien? —preguntó.

—Tenemos una cuenta pendiente —explicó, apuntando al ladrón con un dedo.

Mardha se volvió hacia Iven, pero no tuvo tiempo de pronunciar palabra.

—¡Yo no te debo nada! —exclamó Iven en una explosión repentina.

La mujer observó a uno y otro con una ceja en alto y una mirada un tanto extraña y enigmática.

—Creo que va siendo hora de lavar tus heridas, Eadgard —propuso antes de salir por un lado—. Sígueme.

Él esperó un momento, dubitativo, y la siguió, aunque antes escupió en dirección a Iven.

Abandonaron la arboleda y salieron al campo. Caminaron hasta la cima de una suave colina y después descendieron por un pequeño barranco rocoso. Una decena de olmos habían brotado de entre las piedras y perforaban con sus raíces en zarzas y helechos salvajes. Al fondo, rodeada de cañas y juncos verdes, estaba la charca.

Era bastante más grande de lo que Eadgard había supuesto. De unos quince pasos de largo por tres de ancho y acabada en un muro



de piedra viva. Del fondo surgía un pequeño manantial del que brotaba un fino hilillo de agua que resbalaba sobre el musgo. El lugar se inundaba del agudo tamborileo de las gotas al zambullirse. Después, entre las rocas, el agua formaba un escuálido riachuelo que corría hacia las colinas hasta desaparecer bajo la hierba.

Mardha pasó delante de él, se colocó sobre un peñasco y dejó caer su vestido al suelo. Sin mirarlo se introdujo en el agua hasta la cintura, tomó agua con las manos y se lavó la cara. Él observó su espalda desnuda, la piel morena, y cómo las ondas de la cabellera y las piedras y huesos pendientes la acariciaban. Tenía los hombros redondos y la cintura estrecha, surcada de arriba abajo por los músculos que nacían de unas nalgas en forma de corazón invertido. La carne se le contraía y los poros asomaban a los riñones y la cintura, bajo el ombligo, cuando su figura rompía el reflejo canela en el agua. Entonces se dio la vuelta y lo miró oculta tras un velo de trascendente seriedad.

—Ven —dijo.

Eadgard recordó a las prostitutas de Imhadir, sus pechos carnosos, los pezones tintados de polvo rojo y los vientres cubiertos de monedas y campanillas que sonaban con el agitar de las caderas. Al contemplar el velludo sexo de Mardha se transportó a los callejones en que viajeros en busca de fortuna fornicaban con voluptuosas hembras de tez oscura. Ellos, los rateros, los buscavidas, se escondían y observaban, con más curiosidad que excitación, los muslos en torno a la cintura de un extranjero, en espera de una moneda perdida, una bolsa mal cerrada o un paño de seda olvidado en algún rincón. Hacía tanto tiempo de aquello que apenas recordaba haberlo vivido. Como si fuese la vida de otro, una historia que se escucha de pasada y se olvida al despertar.

Se quitó la camisa y se sintió demacrado y ridículo. La miró fijamente, con firmeza, tratando de ocultar su miedo. Deshizo el nudo que sujetaba su pantalón y se quedó desnudo, frente a ella. El estómago devorado por las costillas, en un puño estrangulador. Tomó aire y sacó pecho, un pecho pálido y huesudo, como el de un gorrión desplumado. Raquítrico, surcado por venas azules y moradas que transportaban el caldo que codició Rághalak. Ella sonrió y lo observó con fijeza, sin pestañear. Tan solo con esa mirada hiriente a la que le había acostumbrado durante los últimos días. Eadgard sintió una



vergüenza un tanto estúpida que brotaba de la ansiedad y la inexperiencia, una justificación a su pene blando y arrugado. Él sabía que debía estar duro, cuanto más mejor, así que lo atrapó con el puño y apretó con fuerza, obligándolo a despertar. La mujer sonrió, y eso le hizo sentir incómodo, desconfiado aunque desafiante.

—Deja que limpie tus heridas —murmuró Mardha. Su lengua golpeó el paladar y asomó a los labios su rosada carne.

El agua estaba fría aunque no tanto como la brisa de la mañana. El fango se levantó en una nube voluble cuando sus pies tocaron el fondo y una pequeña onda agitó el cañizo de los lados. Ella lo cogió por los hombros, con una delicadeza aséptica, casi médica, tomó agua y la vertió sobre su tórax. Eadgard se estremeció y contempló la piel de ella, cada poro lleno de tensión helada, los pezones pequeños y oscuros y duros. Después Mardha repitió la operación y, mientras lo hacía, enfrentó su mirada a la de él.

—No deberías permitir que nadie te hable así, Eadgard Finean —murmuró la bruja.

—Sabías mi nombre —dijo él—. Cuando me encontraste ya sabías mi nombre.

—Sé muchas cosas, joven anguila —replicó ella con un guiño—. Pero no voy a decírtelas todas hoy.

Le alzó los brazos, lo obligó a darle la espalda y pasó las manos por su costado.

—¿Acaso conocías a Marena? —preguntó Eadgard, de forma suspicaz—. ¿Nos hemos visto alguna vez?

—¿Marena? —replicó—. No había oído ese nombre.

—Era la curandera que...

—No me importa —saltó ella, le dio la vuelta y le cubrió los labios con los dedos húmedos. Después la tristeza brotó del manantial oscuro de sus ojos y arrasó su semblante—. Hubo un tiempo en que yo no era así. Era más joven, llena de una energía inocente y rebelde a partes iguales. Una energía que con el tiempo se agota, Eadgard. Al final de los días la ilusión perece por las heridas recibidas con los años; devorada con cada derrota y vuelta una cagada seca. Es algo que sé muy bien.

—A mí sí me pareces joven...

Ella rio, complacida y sorprendida, y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.



—Eadgard... Me gustas. Desde el momento en que supe que debía encontrarte. Quizá por esos ojos, tan blancos, tan ingenuos, puros y... venenosos. Tú eres diferente. Aunque, la verdad, también siento curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Me gustaría saber por qué te persiguen —explicó mientras estudiaba con precisión médica su anatomía—, qué es lo que esperan obtener de ti. Te he buscado durante días y, finalmente, te he encontrado antes que ellos.

—¿A quién te refieres? ¿Hablas de los Levvo?

—Mucho peor. ¿Acaso no sabes quién va tras tus pasos? ¿Quién te observa desde hace tiempo y codicia tu poder?

Eadgard se envaró, desconfiado.

—Yo debía avisarte antes de que hagan contigo lo mismo que hicieron con ella, antes de que caigas en sus redes. Te he encontrado...

—Su rostro decayó de forma sombría—. Aunque demasiado tarde...

Eadgard ladeó la cabeza, confuso.

—Si hubiese llegado antes quizá habría podido ayudarla, salvarla de su cruel destino y permitir que volviese a su hogar, en el bosque, de donde no debió salir nunca.

—¿De quién estás hablando?

—¿Ya no recuerdas su nombre? —Sus ojos estaban tan desnudos como ella—. Mina.

Los labios de Mardha apenas se abrieron, pero su voz sibilina se arrastró sobre el agua y estremeció el cuerpo de Eadgard. El rostro de la mujer que tenía frente a él pareció transformarse en el de la criada que lo ayudó a escapar del Lévvokan. Eadgard parpadeó varias veces, todo se contoneó a los lados, en un vaivén suave, marino, y se sintió desfallecer, pero ella se acercó y lo aferró con fuerza por la cintura.

—Una prisionera de los druidas, eso era —dijo Mardha, pero cada vez se parecía más a Mina. El rostro se le volvió ovalado, el pelo corto y revuelto como paja limpia, los ojos almendrados y oscuros, los pechos grandes y lechosos, todavía cubiertos por los collares y amuletos de Mardha—. Sometida a su castigo, a su poder. Una esclava de su maldad que vivía con la amenaza del todopoderoso Dagir La.

—¿Quién es Dagir La?

—El culpable, el único culpable —dijo Mina al tiempo que acari-



ciaba los hombros de Eadgard—. Podríamos haber escapado juntos, tú y yo, lejos de este mundo. De no ser por la mano de esos druidas. Y ahora estoy muerta y tú perdido. Ya no queda nada que detenga mi estancia aquí. —Inclinó el gesto y levantó sus hermosos ojos hacia él—. Quizá solo una cosa...

—¿Qué? —preguntó con cierta ansiedad en la voz atragantada, esperando, sin saberlo, que fuese él su razón, que Mina lo estrujara contra su cuerpo y lo besase con pasión. Escuchar su nombre abandonar el columpio de sus labios, empujado por la lengua, la carne de sus senos contra su pecho, la sal de su piel. Sin embargo, ella dijo otra cosa, algo obvio y descarnado que no tenía nada que ver con sus añoranzas y pesares.

—Venganza —musitó Mina. Su boca se volvió pequeña, como la afilada punta de un cuchillo en su nuez; un delicado filo de maldad—. Me lo debes Eadgard.

Él bajó la mirada al agua rota en mil pedazos, como la superficie de una luna blanda y cambiante. El labio se le descolgó, la cabeza le dio vueltas al sentir el aroma de Mina, invadiendo sus sentidos. Volvieron a él algunas imágenes del pasado y la vio entrar en su celda, arrodillada a su lado, con la compasión y la ternura prendida en la comisura de su perfilada boca. Sintió que escapaba con ella, que se entregaba al desastre de su mano. Vio sus ojos de miel refulgir salvajes cuando Rághalak la llamó sangre verde y él supo que no había amor en ella, que todo era mentira. Sin embargo, la echó de menos. La misma necesidad que lo volvía débil, el dolor de sentirse traicionado por alguien amado y que lo encerraba en aquella rueda de abandono que había sido su vida.

—Yo conozco tus deseos —susurró Mardha a su oído.

Eadgard volvió en sí de repente, pestañeó varias veces y miró de soslayo a la bruja. Su rostro volvía a ser el mismo, con esa amalgama de salvaje naturaleza hambrienta. Moviò la cabeza a un lado, amagó una risa y volvió a ella cargado de seriedad.

—Tú no sabes lo que yo quiero —dijo.

—Tú tampoco —se encogió de hombros con cierto encanto seductor y sus pechos se movieron bajo los collares—, aunque llevo ventaja porque sé lo que querrás. Así que me anticiparé a tus deseos y además te haré un favor.



—¿Qué favor?

—Voy a salvarte la vida... —murmuró cerca de sus labios—. Otra vez.

Eadgard se contrajo con extrañeza al escuchar sus palabras. Después sintió el impulso de morder su boca y cerrar el abrazo que casi los unía en el agua; pero no lo hizo, se quedó hipnotizado, entre la excitación y el trémulo temor primitivo a ser devorado por aquella mujer.

—Estás temblando —presintió ella.

Él sonrió con malicia y la agarró por la cintura, un poco torpe al principio, demasiado fuerte, tal vez, y su sexo duro se estrechó contra los muslos de ella. Mardha empapó la cicatriz de su rostro y comenzó a lavar el ungüento seco que cubría el corte. La carne rosada y transparente apareció poco a poco.

—Están cerca. Vendrán a por ti —dijo—, muy pronto.

Los ojos de ella viajaron por los mechones de pelo que surcaban la frente, las cejas, el cañón herido bordeado por costras, su nariz, evitando encontrar el fuego que crecía en lo profundo de aquel iris incoloro. Acarició sus labios sin tocarlos, tan solo los contempló de la misma forma en que se mira un tesoro, con avidez contenida, codicia devoradora. Y él clavó las uñas en su cintura, como si pudiese comer su cuerpo con las manos.

—No me importa.

—Tú no conoces a los druidas y sus aliados —continuó—. Te perseguirán hasta el fin de los días, hasta encerrarte en una jaula o volverte su servidor agradecido. Quieren tu poder; someterte y que les entregues tu don. Ahora sé que eres especial y único. Veo esa luz en ti, la energía acumulada durante siglos que palpita por salir en una explosión. Eso es lo que persigue Dagir La.

Eadgard sintió su corazón latir con fuerza, los músculos se le contrajeron y la mandíbula le tembló un poco. Sus manos se deslizaron por la piel de ella hasta quedar bajo el agua.

—No tengo ningún miedo —masculló sin convencimiento.

Mardha inclinó la cabeza hacia atrás con una mueca divertida que se desvaneció en un parpadeo.

—Quizá deberías tenerlo. Las raíces del bosque llegan lejos, más allá de sus confines —continuó ella de forma vehemente—. Van por ti.

—Pues que vengan —mordió las palabras—. No es la primera vez.

Eadgard recordó a Earric, el paladín errante abandonado y per-



dido en su desesperación. Recordó las órdenes que llegaban desde Róndeinn y, sobre todas las cosas, recordó a Rághalak. Ojos de víbora; dientes de sierra, cortantes y afilados y húmedos como el hielo. Apartó la mirada y sintió frío. Las tripas se le revolvieron tras dar un bocado a su amargura.

—Aunque todavía no lo han conseguido —continuó ella, acariciando su rostro—, porque tú eres fuerte y sabes luchar. Ahora lo sabes. Nadie puede poner freno a lo irrefrenable.

—¿Por qué me dices esto?

—Voy a abrirte los ojos, a darte la comprensión de muchas cosas. Voy a abrir la puerta y romper tus cadenas.

Él se revolió pero ella lo apresó con sus brazos y lo estrujó contra su pecho.

—Vas a tener que confiar en mí —dijo—, la confianza es un tesoro en el mundo de los hombres. En ocasiones puedes tener una gran amistad, una alianza, poder sobre esclavos, pero no hay nada como la confianza. Una vez la consigues puedes saltar al vacío, lanzarte contra las armas o entregarte a las fieras; con la confianza nada puede pasarte.

Mardha le dio la vuelta, puso una mano en su nuca y lo empujó en el pecho, tratando de sumergirlo. Él resbaló y chapoteó, hasta que su rostro se quedó frente al de ella, llena de una serenidad mística. Eadgard trató de quejarse pero, de nuevo, ella lo detuvo.

—Confía en mí, Eadgard.

Respiró profundamente, la cogió por el brazo y apretó los dientes al tiempo que el labio superior le temblaba. Cerró los ojos cuando lo sumergió en el agua. Sintió cada porción de su piel contraerse por el frío y, después, cómo su cuerpo se empapaba y se volvía parte del agua. La mano de Mardha continuaba en su pecho, ejerciendo de cálido cabo que lo unía con el mundo exterior. Expulsó el aire por la nariz y se relajó. A su alrededor, el silencio y la oscuridad.

Por primera vez desde hacía mucho no escuchó nada, absolutamente nada, ni siquiera las voces que le hablaban en sus pesadillas. Se sintió en paz. Había una extraña sensación de retorno en aquella burbuja, una vuelta a algo que quizá había olvidado y sustituido por la dureza del mundo. Se relajó y las piernas resbalaron en el limo hasta disolverse en el caldo. Hubo un tiempo en que él era otra persona, un momento, tal vez también sumergido en el útero de una



madre que nunca conoció, en que él era otra cosa, un ser diferente. Pero después llegó todo lo otro y lo volvió rígido, una roca desgastada y llena de heridas. Por un instante, Eadgard sintió que todavía no había nacido, que ni siquiera tenía consciencia de lo que había allá fuera. Se sintió lejos de la vida. En otro lugar, libre, realmente libre.

Hasta que comenzó a ahogarse.

Su primer impulso fue volver a la superficie, pero Mardha lo mantuvo bajo el agua. La cogió por el brazo con ambas manos, pero ya no era carne y hueso lo que tocó. Una raíz nervuda y rígida se le clavaba en el pecho. Los dedos se extendieron alrededor de sus costillas hasta apresarle en un cepo. Abrió los ojos y comenzó a patear con fuerza. Los pulmones le ardían, asfixiados. En el espejo de la superficie vio su propia cara, reflejada, luchando por escapar. Al otro lado una sombra alargada como la de un árbol muerto, con teas luminosas por ojos y una boca monstruosa y cruel. El dolor creció hasta invadir su garganta con la necesidad de aire. Continuó luchando. Golpeó el brazo que lo retenía, vuelto madera fibrosa y dura, pero nada sirvió.

Cuando la última burbuja abandonó sus labios, la espuma y el cieno formaron agitadas nubes que se dispersaron hasta despejar el espejo de las aguas. El rostro reflejado ya no era el suyo. Había un hombre delgado y pálido, de aspecto joven y barbilampiño. Sus ojos, tan extraños, casi sin iris, tan solo una ligera corona de hielo, y sobre el derecho una tremenda cicatriz hasta el mentón. Su gesto hosco, con una mezcla de ausencia y determinación, quizá vacío, en la mirada. A su alrededor la oscuridad y manos, manos corrompidas por la muerte, podridas, cadavéricas, decenas de ellas aferradas a su cuerpo, acariciándolo de forma brusca, llenas de deseo y ansia. Sin embargo, él, sin mostrar afectación, esperaba en pie, rodeado de tantos, solo entre la multitud.

Desde la altura se podía ver muy lejos. Estaba en una mansión de piedra mostaza, con puntiagudas torres redondas en las esquinas. Se asomaba desde el tejado. La ciudad en llamas, el río corría plomizo nacido de un horizonte tormentoso, abotargado, tal que un ente que crecía con vida propia desde oriente. Asomado a las almenas, bajo él, un ejército de gigantes alzaba sus armas y gritaba su nombre. La tierra era negra y el fuego lo arrasaba todo hasta el horizonte. El día